



HQN™

UN CEREZO
EN
NUEVA YORK

Alba Biznaga



UN CERESO
EN
NUEVA YORK

Alba Biznaga

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Vanessa Orra Fuentes
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un cerezo en Nueva York, n.º 185 - febrero 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-859-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

*El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que
jugamos.*
William Shakespeare

Prólogo

Aquella mañana el Airbus A340-600 dirección Madrid Buenos Aires aterrizó media hora antes de lo previsto en el aeropuerto Ministro Pistarini.

Sara Martín estiró sus largas piernas, se soltó la melena de leona y tomó un poco de agua mientras se adentraba en un pasillo estrecho y plateado.

Eran las diez de la mañana, pero los rayos del sol le quemaban el rostro. Hacía un calor sofocante, y solo esperaba que a las seis de la tarde refrescase algo, justo la hora en la que estaba prevista la presentación de su novela. Y, si no, al menos esperaba que el aire acondicionado le refrigerase los nervios.

Se sentía exhausta y anhelaba el momento de llegar al hotel para tirarse en la cama. Necesitaba descansar, darse una buena ducha y comer algo medio decente. Pero, ante todo, necesitaba hacerse la manicura y, además, con urgencia, ya que el tono escarlata de sus uñas estaba tan descascarillado como el barro del desierto.

¡Qué vergüenza! Para cualquier escritor, las manos eran el motor de su estro, su herramienta de trabajo y su tarjeta de presentación. Lo eran todo. Eran toda su vida, sin embargo, las suyas no estaban a la altura. No le quedó más remedio que esconder los dedos bajo su chaqueta de lana; quizás con un poco de suerte se derretiría la poca pintura que quedaba en ellos.

Después de recoger la maleta, se quedó parada frente a la multitud, intentando localizar a su agente literaria. «¡Increíble, hasta tengo una agente!», se dijo, buscando la salida. En efecto, quién le iba a decir hacía tan solo unos meses que una aficionada de la literatura romántica podía llegar a ganar el premio Neptuno de la editorial Senea. Sobre todo, ella, una chica normal y corriente, que solo escribía por mera diversión.

Tras una hora de retraso, treinta bostezos y dos cafés, por fin vio aparecer a su editora, seguida de una ola de admiradoras que la inundaron por completo.

¡No podía creerlo!

«Papá, te lo dedico, sé que todo esto ha sido obra tuya. Tú eres mi única musa».

Aquella sensación era nueva para ella, diferente a cualquier otra. En ese momento un enjambre de emociones se le había instalado en la boca del estómago. Estaba flotando en una nube, y todas sus preocupaciones parecían efímeras.

No quería despertar de ese sueño. Su éxito era palpable, y no pudo evitar emocionarse ante las muestras de cariño por parte de sus lectoras mientras les firmaba algunos ejemplares.

Ya nada le importaba: ni su cara de oso panda, ni sus pelos electrificados... ni siquiera sus uñas descoloridas. Nunca antes se había sentido tan bella (por dentro y por fuera). Nunca antes se había sentido tan especial. Nunca antes una espera había merecido tanto la pena.

Capítulo 1

Un año antes

Sara estaba abrazada a la almohada, durmiendo como un bebé cuando, de repente, el tintineo del móvil la despertó. Se levantó malhumorada y fue como por inercia hasta el salón, intentando localizar aquel engendro del demonio que no paraba de sonar mientras se preguntaba por qué narices no lo había dejado en modo silencio. Al mirar la pantalla, dudó un par de segundos si no hubiese sido mejor estamparlo contra la pared. Desde luego, aquella noche no estaba de humor para escuchar las gilipolleces de nadie; mejor dicho, no estaba de humor para oír las gilipolleces de su amiga Ana, ya que no era la primera vez que la llamaba a esas horas para contarle alguna anécdota ridícula.

—¿Qué pasa? Acabas de joderme un sueño fantástico, espero que esta vez sea algo importante —afirmó Sara, con un tono de voz gutural.

—¡Al fin coges el maldito teléfono! Llevo toda la noche intentando contactar contigo. No puedo esperar para decírtelo en persona. Verás... ¡Has ganado! ¡Has ganado el premio Neptuno!

—¿Que he ganado qué...? Mira, Ana, no estoy de humor para aguantar tus bromitas.

—No es ninguna bromita... Sé que me vas a matar, pero hace un par de meses te inscribí en un concurso literario y... bueno, resulta que lo has ganado.

—¿Cómo dices?

—¡Te vuelvo a repetir que acabas de ganar el concurso de la editorial Senea!

—No puedo creerlo... Ay, madre, necesito verte, ¿qué te parece si quedamos en la consulta?

—Perfecto, nos vemos allí en treinta minutos.

De pronto, Sara ya no tenía ni una pizca de sueño; al contrario, parecía que le hubiesen pinchado una inyección de adrenalina, y sintió cómo un halo de energía le recorría todas las venas del cuerpo. Estaba tan contenta que necesitaba gritarlo a los cuatro vientos. Y lo hubiese hecho, pero no a las tantas de la noche en una comunidad llena de vecinos.

Mientras tomaba un taxi en dirección a la consulta, sus dedos no dejaban de tamborilear en el cristal de la ventanilla. Estaba histérica, ganar un concurso de esa envergadura significaba entrar por la puerta grande dentro del mundo literario.

¡Y pensar que todo se lo debía a la loca de Ana!

Ambas se habían conocido en el colegio y, desde entonces, parecía que estaban unidas por el mismo cordón umbilical. Un cordón que no se cortó con el paso de los años, sino que fue haciéndose más grueso y más consistente.

Eran inseparables. Amiguísimas. Hermanísimas.

Sin embargo, todo lo que tenían de buenas amigas, lo tenían de diferentes, tanto psíquica como físicamente.

Ana era una mujer que no pasaba desapercibida para nadie, empezando por la altura y terminando por su llamativa forma de vestir. El color de su cabello era negro como el azabache, y sus ojos aceitunados resaltaban el moreno de su piel. Sin lugar a dudas, había heredado la belleza andaluza de su madre y, además, sabía sacar partido de aquella espectacular gallardía, pues cambiaba de ligue como de ropa interior.

En cambio, Sara era una chica del montón. Su pelo castaño le caía por los hombros en forma de pequeños bucles. Tenía las caderas anchas, los pechos pequeños, y en su rostro no había ni rastro de picardía. Su mirada ambarina era dulce y transparente, y su nariz chata estaba moteada por algunas pecas, las cuales le daban un aire muy juvenil; tanto, que aparentaba tener menos edad y, a veces, soportaba las burlas de sus amigas cuando los adolescentes se le acercaban para tirarle los trastos. Además, Sara era una mujer recatada, no solo a la hora de vestir, sino también a la hora de compartir la cama con un desconocido.

La una era la antítesis de la otra, aunque había ciertas cosas que compartían por igual, como por ejemplo, la pasión por el trabajo. Recientemente habían abierto una consulta de psicología en pleno centro de Granada. Las dos sabían que los comienzos no eran fáciles (mínimo hasta que no se diesen a conocer dentro del mercado emocional) y había días que no entraba ni un mísero cliente. Por lo que, en aquellos descansos eternos, Sara aprovechaba para crear nuevas historias mientras que Ana navegaba por las redes sociales.

Cuando Sara llegó a la consulta, por poco se mata al tropezar con un par de zapatos color tierra que Ana había dejado esparcidos en el suelo de mármol grisáceo. No solo eso, también había dejado su bolso a la intemperie. Aquello, más que un consultorio, parecía una tienda de ropa en rebajas. Una chaqueta rosa palo vestía la espalda de una de las sillas del despacho, y un cenicero lleno de colillas presidía la mesa.

—¿Dónde estás? Ya he llegado —preguntó Sara, un tanto extrañada al no ver a su amiga merodeando por allí.

Inesperadamente, vio a Ana salir del aseo con una sonrisa de oreja a oreja. Sin pensárselo dos veces, se lanzó a sus brazos y por poco le tira la botella de Moët Chandon que traía en las manos.

—¡Me vas a asfixiar! —exclamó Ana.

—Es lo mínimo que te mereces por despertarme a las cinco de la madrugada.

—Lo siento, pero no podía esperar para decírtelo —puntualizó a la vez que le ofrecía un vasito de plástico lleno de champán—. No me mires así, son los únicos vasos que he encontrado.

—No miraba el vaso, sino la botella.

—Ah, la tenía guardada para una ocasión especial. —Le guiñó un ojo—. Hagamos un brindis: ¡por tus musas!

Sara asintió y se fijó en el líquido, espumado y dorado como sus propios ojos, burbujeantes llenos de emoción.

—¡Por mis musas!

Ambas se bebieron el vaso de un solo trago y, justo después, Sara echó todo su peso encima del diván.

—¿Por qué te diste por vencida? —le preguntó Ana, encendiendo un cigarro—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. Ya te he dicho mil veces que deberías dejarlo.

—Tienes razón, debería dejar tantas cosas... En fin, aún no me has contestado —reiteró Ana, con los ojos clavados en los suyos.

—¿Qué quieres que te diga? Después del último rechazo editorial, desistí. No pensé que mi novela tuviese tanta calidad como para ganar un concurso.

—¿Y por qué pensabas eso? ¿No sabes que jamás hay que darse por vencida? Si no, mírame a mí. ¿Recuerdas el camarero del pub donde fuimos el viernes pasado? Pues averigua, ese cañonazo, al final se ha rendido a mis encantos y quiere quedar conmigo este domingo.

—¿No me digas? Entonces, ¿ya tienes nueva víctima para el fin de semana? Pobre chico, le vas a destrozarse el corazón.

—En realidad solo me interesa destrozarte su cuerpo... Sería un desperdicio no hacerlo, ¿no crees? —matizó mientras el humo salía de su boca y se mezclaba con el aire—. Bueno, dejemos en paz a mis ligues y mejor hablemos de tu novela. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé, me he quedado de piedra. La verdad es que esto no me lo esperaba.

—Yo creo que nadie se lo esperaba. Pero aquí tienes la prueba de que no te he mentado —dijo, señalando con el dedo la pantalla del ordenador.

Los ganadores del certamen son:

Eusebio Vargas por: Invierno dorado.

Sara Carrilla por: Un cerezo en Nueva York.

—¡Es increíble! ¿Seguro que no estoy soñando? —preguntó Sara sin apartar los ojos de la pantalla—. ¿Cómo sabías que mi borrador encajaría con el estilo de la editorial?

—Por la temática, según las bases del concurso, la única condición para participar en el mismo era escribir sobre Japón, así que no me lo pensé ni dos veces. Sabía que tu novela estaba ambientada en Tokio.

—Estoy impresionada. ¿De verdad te la has leído hasta el final? Me has sorprendido, sobre todo tú que solo lees la *Cosmopolitan*.

—Ajá, al final hice de tu *beta-reader* y, créeme... ha sido todo un placer. Tengo que admitir que me he enamorado del personaje de Ren Carter. Chiqui, ¿existen tús así?

Sara sonrió y negó con la cabeza.

—Si lo encuentras, avísame. Y, ¿qué me dices del premio? Son tres mil dólares. He pensado que podríamos invertir en el negocio, ¿qué te parece?

—Muy mala idea.

—¿Y eso?

—Porque es tu talento. Mira, chiqui, tienes un don, así que solo espero que lo inviertas en ti misma, como por ejemplo, cambiar de portátil.

Y era cierto, su ordenador estaba a punto de jubilarse, y últimamente no paraba de pelearse con el sistema operativo. Ana tenía razón, lo primero que tendría que hacer era comprarse un MacBook Pro de color blanco. Llevaba meses soñando con tenerlo entre sus manos; cada vez que lo veía en la tienda de Apple parecía que le hablaba y le decía: «Muñeca, acércate y pruébame, no muerdo». No tenía nada que ver con el suyo, era como comparar un Ferrari con un Fiat Panda. De hecho, un día había estado a punto de llevárselo, pero en un acto de lucidez se sacudió la cabeza, convenciéndose a sí misma de que no era el mejor momento para darse un caprichito. Mejor dicho: menudo caprichito. Seguramente debería mirar en otras tiendas antes de decidirse, y seguramente al final acabaría comprándose uno, en vez de color blanco, de marca blanca.

—¡Sara! ¿Estás aquí? —inquirió Ana mientras le abanicaba el rostro con las manos—. ¡Qué careto tienes! Cualquiera diría que acabas de ganar un premio.

—Sí, perdona, se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué me estabas diciendo?

—Te decía que el dinero no es un problema, estoy harta de decírtelo.

—Y yo estoy harta de decirte que te devolveré hasta el último céntimo.

—Prefiero que me pagues con una buena sonrisa. A ver, ¿qué te he dicho mil veces? ¿Para qué estamos las amigas?

—Ya haces demasiado. ¿Qué haría sin ti? Dime...

—Anda, no sigas alabándome, que me va a venir la regla y estoy un poco sensiblon. ¿Desayunamos? ¿Qué te parecen unos churritos? Esta noche hace rasca, ya empieza a notarse que se acerca el invierno —comentó, frotándose los brazos con las manos.

—¿Has dicho churritos? A ti es lo que te sobran.

—¡Serás cerda! Pero es cierto, no puedo negar lo evidente... A todo esto, ¿ya has pensado cómo vas a llamarte? ¿Seguirás siendo Sara Carrilla? O mejor aún, ¿serás la nueva Sara Martín?

—No lo sé, todavía no lo he decidido.

—Hazme caso, tu apellido real es más bonito.

—¿Tú crees? A mí me gusta más Carrilla. En realidad se lo tomé prestado a una actriz madrileña de teatro. No es muy conocida, pero es una *crack*.

—Tú sí que eres una *crack*. Pues no, no tengo la suerte de conocerla. Ya sabes que yo solo conozco a los actores que están muy buenos. Si quieres te doy una clase completa con nombres y apellidos.

—No hace falta, te creo. Es más, estoy segura de que te sabes de memoria los teléfonos de los tíos más macizorros de toda Granada. Sin duda eres una mujer muy concupiscente.

—¿Concu... qué? ¡Oye, a mí no me hables en código Morse!

—Libidinosa, erótica, sexual. ¿Satisfecha?

Ana sonrió y colocó el pulgar hacia arriba mientras bebía directamente de la botella.

—Tienes delito. ¡Mira que beberte un Möet como si fuese una litrona de cerveza!

—¡Y qué más da! No te creas que estos vasitos *made in China* tienen mucho más glamour que nuestros labios.

Sara observó el vaso, y ambas comenzaron a reírse.

—Por cierto, ¿cuándo piensas ponerte en contacto con la editorial?

—¿Qué te parece si lo hago ahora mismo?

—A ver, déjame calcular. —Ana miró su reloj de muñeca—. Me parece bien, es buena hora.

—¿Tú crees? Lo único malo es que la llamada me va a costar un ojo de la cara.

—Que va, vamos a hacerlo por Skype. ¿No pensarías que íbamos a llamar a ese número tan largo?

Sara se encogió de hombros.

—Ay, señor, para el mundo tecnológico eres más cortita que un *tuit*... Espera un segundo —Ana preparó la conexión—, ya verás qué fácil, en un pispás estarás hablando con ellos, y lo mejor de todo: te saldrá gratis. Ah, antes de que se me olvide, ten mucho cuidado a la hora de decir ciertas palabritas. Recuerda que son argentinos.

—Sí, mami, te prometo que tendré cuidado. Entonces, nada de decir: acabo de coger el teléfono para llamarlos —bromeó con voz de teleoperadora.

—Mejor que no, amiga. —Ana le puso una mano en el hombro—. ¿Estás preparada para reclamar tu premio?

—Claro que sí, estoy preparadísima. —Sara respondió con entonación aletargada—. «Y también estoy un poco ebria», pensó.

—Pues, editorial Senea... ¡allá vamos! —vitreó Ana como si fuese un grito de guerra.

Capítulo 2

Meses más tarde

Sara todavía dudaba de que su humilde obra se hubiese convertido en todo un *best seller*. Sí. Todavía tenía que hacerse a la idea de que en breve viajaría a la sede de la editorial Senea, en Buenos Aires, para conocer a las personas responsables que habían hecho subir las ventas de su novela como la espuma. ¡Aún no lo asimilaba! ¿De verdad ese libro, que mecía entre sus brazos, había llegado hasta la estratosfera? Al parecer así era. Había volado más lejos de lo que nunca imaginó.

Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina, y ella tenía puesto todo su interés, más que en los problemas de sus pacientes, en su viaje inminente.

Era viernes, dos de la tarde, y la consulta estaba desierta. Bostezó un par de veces y, cuando vio su novela sobre la mesa, recordó cómo habían cambiado las tornas. Recordó cuántas veces había recibido el típico correo electrónico de consolación: *lo lamentamos, pero en estos momentos no estamos interesados en su obra*. Según las editoriales, su estilo gustaba, pero no encajaba dentro del panorama actual. En realidad no podía catalogarse como una novela romántica. Y aunque en un principio iba tener un desenlace lleno de corazones y de bombones, al final cambió el ritmo de la historia y, casi sin debatirlo con su conciencia, les colocó a los personajes una mochila llena de piedras emocionales: sus propias piedras. ¡Una pena! Pero ella ya no creía en los finales felices, no después de sufrir en primera persona unas cornamentas del tamaño del toro de Osborne. Después de todo, tenía que darle las gracias a su ex, ya que, sin su ayuda, su libro nunca hubiese llamado la atención de una de las mejores editoriales del mundo.

Así es, la editorial Senea no solo la había ayudado con la promoción, con la edición y con la corrección (sí, sobre todo, con la tediosa corrección) sino que también se había convertido en su segunda familia y, últimamente, hablaba más con su editora que con su madre.

Después de haber ganado el concurso, Sara se había convertido en una escritora famosa por tierras criollas, y su vida había cambiado de forma radical. Aunque no era lo único que había cambiado, también lo había hecho su personalidad, ya que por un lado estaba la señorita Carrilla, que escribía por las noches y, por el otro, la señorita Martín, que trabajaba durante el día como psicóloga.

Y allí estaba ella, la señorita Martín, sentada en la silla de su despacho, mordiendo el capuchón azul de un Bic. Llevaba un par de semanas muy estresada y solo rezaba para que el día tuviese más de veinticuatro horas. Al irse el último paciente de la mañana, se tumbó en el diván, se enjugó la frente con el dorso de la mano y bajó los párpados, dándole vueltas al caso de aquella pobre muchacha. Tan solo tenía diecinueve años, pero el desamor era cruel y despiadado y no distinguía ni la edad ni el sexo. Si no que se lo dijese a ella, que aún no había superado su divorcio. Digamos que estaba pasando por un buen momento a nivel laboral, pero no podía decir lo mismo de su corazón, el cual tenía más candados que la casa de Julieta. Ahora mismo estaba en esa fase en la que pensaba que los tíos eran unos auténticos cabrones, excepto el tipo del cartel de *Invictus*, que cada vez que lo veía se odiaba a sí misma por no poder meterlo dentro de esa lista interminable de capullos. «¡Mierda! ¿Por qué esta tan bueno?», se preguntó, hasta que el

sonido del timbre apartó de su mente esos dos oblicuos de infarto. Suspiró antes de levantarse para ver quién demonios era cuando estaban a punto de cerrar el chiringuito.

—Chiqui, ¿puedes ir tú? ¡Ahora mismo estoy hablando por teléfono! —gritó Ana desde su despacho—. ¡No te oigo, chiqui! ¿Vas o no vas?

—Sí, ya voy... ¡Ya voy! —exclamó Sara, dejando en el escritorio sus ganas de dormir y un vaso de agua con el borde manchado de pintalabios.

Medio moribunda, salió del despacho, se frotó los ojos y bajó la escalera a cámara lenta. El consultorio estaba enclavado en un edificio antiguo. Tenía cuatro plantas y acababa de ser reformado, aunque algunas huellas de su antigüedad habían quedado intactas, quizás para no desentonar con la estética de las construcciones contiguas. Era la típica casa del señorito andaluz del siglo pasado. Las ventanas eran grandes, de madera color haya, y estaban engalanadas por rejas negras. Aunque lo que llamaba más la atención del inmueble era la puerta de la entrada. Ana la había bautizado como la gran señora, la cual pertenecía a ese tipo de portones con solera, hecha de forja y llena de grabados imposibles. No podía negarse que aquel pórtico era toda una obra de arte. Sin embargo, era tan pesada que para poder moverla había que tomarse un bote de vitaminas. Siempre que Sara la observaba, se sentía como una pulga frente a su poderosa presencia. Incluso le daba escalofríos sentir el tacto de aquellos relieves incrustados en la madera. De hecho, corría el rumor de que en ese portal habían pasado cosas espeluznantes, y ese era el motivo principal de que no hubiese nadie más en el edificio y de que pudiesen disfrutar de un alquiler tan barato en una zona tan revalorizada.

Mientras bajaba el último escalón maldijo la hora en la que había cerrado a la gran señora. Llevaban varios días con el automático roto, y era en momentos como ese cuando echaba en falta una presencia masculina. Si al menos hubiese alguien más en el edificio, podría pedir ayuda a algún alma caritativa, pero no. Allí solo estaban ellas dos. Dos mujeres valientes que, desde hacía unos meses, los únicos fantasmas con los que habían tenido que luchar eran con los suyos propios.

«Allá vamos... Ya podías hacer un poco de dieta», musitó Sara a aquella masa de madera, antes de aferrarse al pomo de hierro y de estirar los brazos como si estuviese haciendo esquí acuático. Al mover a la gran señora (lo suficiente para ver quién había al otro lado) sacó la cabecita por la abertura. Tenía la lengua fuera y respiraba de forma acelerada cuando saludó al muchacho de Seur, que traía un paquete para ella. De inmediato, supo lo que contenía en su interior y lo firmó con premura, despidiéndose del chico con una tierna sonrisa. ¡Qué alegría! Estaba segura de que dentro de esa caja se encontraba su novela con una nueva portada. La anterior no le había convencido, y no había parado de darle la tabarra a su editora para que, por favor, se la cambiase.

Volvió al despacho con los ojos llenos de ilusión, igual que los de una niña pequeña cuando veía por primera vez los regalos de Navidad bajo el árbol. Abrió el paquete con ansias, peleándose con el envoltorio de plástico. Y entonces la vio: en el centro había un cerezo gigante en flor y, justo detrás, sobresalía la silueta oscura de unos edificios neoyorkinos, formando una especie de cordillera montañosa. La palpó con la yema de sus dedos y salió corriendo a enseñársela a su amiga del alma; eso sí, antes dejó aquella mole abierta, no estaba dispuesta a volver a cerrarla sin la ayuda de Ana.

—¡Ana, Anaaa!

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto griterío? ¡No me digas que has visto la araña!

—¿La araña?

—Sí, ¿acaso no sabes lo que es una araña? Ayer intenté matarla, pero cuando la tenía a mi merced, escapó. ¡Cómo no! Tiene ocho patas... ¡Joder! ¡Ocho patas, negras y peludas! Si la vuelvo a ver andando por el techo, te juro que me muero. Solo de pensarlo se me ponen los pelos como escarpas.

Sara estaba apoyada en el marco de la puerta del despacho y tuvo que respirar cuatro veces seguidas antes de decirle que se relajase. Parecía mentira que su amiga fuese una psicóloga especializada en fobias.

—De verdad, cada día estás más paranoica.

—¡No me mires así! ¡No estoy loca! Te aseguro que ahí dentro hay una tarántula.

—¡Venga ya! Esa araña ni siquiera había llegado a la edad de la pubertad.

—¡Así que la has visto!

—Sí, pero tengo que reconocer que era tan pequeña que me costó trabajo. —Ana no dejaba de peinarse el pelo con los dedos—. Eh, tranquilízate, he conseguido meterla en un frasco de cristal y la he soltado.

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¿Acaso se te ha ido la pinza? Creo que necesitas una terapia y, además, con urgencia. Desde que eres vegana, has pasado de ser una cristiana puritana a convertirte en una budista sin escrúpulos. ¿Qué coño te está pasando? Solo es una araña asquerosa, un monstruo en miniatura. ¡Por Dios! No te bastaba con los perros, los gatos y los cerdos, ahora también te dedicas a salvar bichejos repulsivos. ¿Qué será lo próximo? ¿Quizás rajarte la piel en pleno verano para alimentar a los mosquitos?

Sara puso los ojos en blanco y apoyó la espalda contra la pared, dando por hecho que, dijera lo que dijese, Ana nunca iba a entender su nueva filosofía de vida.

—En fin, ¿podemos dejar el monotema arácnido? ¿Acaso no vas a preguntarme por qué estaba chillando como una loca antes de que sacaras tus propias conclusiones sobre mi repentino amor por los insectos?

—Está bien, Spiderwoman. Venga, escúpelos... seguro que es algo referente a la novela, ¿me equivoco?

—¡Bingo! Acaban de enviarme un ejemplar de la segunda edición. ¿Puedes creerlo? Mi libro se ha convertido en un superventas y, además, me han hecho caso y le han cambiado la portada. —Sara le mostró el libro, meciéndolo en el aire—. ¿Quieres echarle una ojeadita?

—Por supuesto que sí... ¡Déjame verla!

Ana se colocó unas gafas de pasta negra. Desde que le diagnosticaron presbicia se sentía igual que una viejecita de ochenta años. Achicó los ojos para no dejar ningún detalle fuera de su alcance y guardó silencio mientras se fijaba en las ilustraciones.

—Y bien, ¿qué te parece?

—Me parece que tu novela traspasará las fronteras argentinas, y también me parece que todas esas editoriales que te dijeron que cambiases el final se arrepentirán de no haber valorado un diamante en bruto.

—Ojalá sea así, ojalá algún día pueda comercializarse en España. Está claro que no he sido profeta en mi tierra, pero no puedo quejarme, Buenos Aires me ha acogido con los brazos abiertos —confesó, sentándose de golpe en el diván.

—Si solo fuera Buenos Aires, ¿qué me dices de tu amiguito, el escritor? Últimamente habláis mucho por Skype. Yo también creo que quiere acogerte, o mejor dicho, cogerte, en el sentido literal de la expresión argentina.

—¿Tú crees? Pues si te soy sincera, no me importaría —suspiró mientras echaba la cabeza

hacia atrás—. Eusebio Vargas, no está nada mal.

—¿Nada mal? Lo único que tiene de feo es el nombre.

—Tienes toda la razón del mundo, Eusebio es un hombre muy atractivo. —Sara sonrió maliciosamente—. Quién sabe, lo mismo lo conozco antes de lo que pensaba.

Ana miró a Sara con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso de antes de lo que pensaba?

—Bueno, en realidad, no solo venía a enseñarte la portada. Hay algo más.

—¿Algo más?

Sara se reincorporó y le señaló la novela con la barbilla.

—Abre el libro, dentro hay una sorpresa para ti. Mejor dicho, hay una sorpresa para las dos.

Ana le hizo caso y, acto seguido, no solo abrió el libro, sino que también abrió la boca de par en par.

—¡No me digas que...! ¿Cuándo nos vamos? —exclamó con dos billetes de avión en la mano.

—La semana que viene. La editorial nos ha invitado a un evento y, por cortesía de la casa, nos han pagado el viaje.

—¡Joder, qué nivel!

—Pues aún hay más. No te lo quería decir hasta que mi editora me lo confirmase, pero vamos a firmar los derechos cinematográficos con una productora muy importante.

Ana dio un salto en el aire y acto seguido se abalanzó sobre Sara.

—¡Te lo dije! Te dije que tu novela llegaría lejos. Enhorabuena, chiqui.

—Gracias, loquita, sabía que te haría más ilusión que a mí.

Sara le correspondió y la abrazó como una garrapata. Luego se separó de ella y, nerviosa, caminó en círculo por toda la habitación mientras se atusaba el cabello.

—Estoy eufórica, aunque, por otro lado, tengo mucho miedo. Por lo general las películas desprestigian las obras de los autores.

—Te aseguro que no puede ser peor que *Cincuenta sombras de Grey*. Esa película sí que le ha hecho sombra al libro. Cualquier telefilme de Antena 3 tiene más sexo.

—¿Ves? Ahí tienes el ejemplo del daño que puede hacer una película a un libro.

—Si tú lo dices, aunque a la autora mucho daño no le ha hecho, más bien ha aumentado su cuenta corriente.

Sara se encogió de hombros.

—No te lo discuto, pero, no sé, me siento rara. Lo de la película me tiene inquieta, no era algo que entrase en mis planes.

—A ver, ¿de qué tienes miedo, Sara? ¿Otra vez están volviendo tus inseguridades?

—No, no es eso. Me refiero a los derechos de la obra. Ya sabes que no me pertenecen en exclusiva, y no me queda otra que confiar en el buen criterio de la editorial.

—Tranquila, todo irá bien, además, yo estaré contigo. Recuerda que soy una tiburona financiera. En cuanto tengas el contrato, déjame que lo lea.

—Descuida, será lo primero que haga.

—Por cierto, ¿te has dado cuenta de que los billetes no son en primera clase? Ya podían haberse lucido del todo. ¡Qué ratas!

—Anda, no seas tiquismiquis —dijo, mirando el reloj del móvil—. ¡Uh! Son casi las tres, tengo que irme. He quedado para comer con mi madre.

—Espera un segundo, recojo esto y me voy contigo, así cerramos a la gran señora entre las dos —sugirió Ana, cogiendo una carpeta entre las manos.

—No hay problema, si es por eso, podría esperarte toda la vida.

—Vaaaya, esas han sido las palabras más románticas que he escuchado jamás... ¿Te he dicho ya que si tuvieras una polla entre las piernas me casaba contigo con los ojos cerrados? —bromeó Ana antes de salir por la puerta del despacho.

—Sí, como unas mil veces. —Sara terminó la frase, sacándole la lengua mientras bajaba la escalera a todo gas. Estaba impaciente por contarle a su madre lo de la película, y no podía esperar para decírselo. Por fin la vida le sonreía e intuía que, aquel, iba a ser un gran día.

Capítulo 3

Tras despedirse de Ana, Sara se colocó unas deportivas y guardó los zapatos de tacón en una bolsa de Zara. Le encantaba ir andando a todos los sitios, pues era más divertido que ir al gimnasio y, además, le salía gratis. Aparte, su madre vivía en un piso a dos kilómetros del consultorio y no merecía la pena coger el autobús para ir a verla. Justo eso era lo que más le gustaba de vivir en Granada: lo cerca que estaba todo. Todavía se acordaba de cuando trabajaba en Madrid y se llevaba las dos manos a la cabeza. ¡Qué suplicio! Tenía que coger dos metros y tardaba cuarenta y cinco minutos en llegar al trabajo.

Cuando llegó a casa de su madre, un olor a cocido le invadió las fosas nasales. Al reconocer el aroma de aquel plato, contundente en proteínas animales, se llevó las dos manos a la cabeza y resopló molesta; al parecer todas las charlas que había tenido con su progenitora acerca de su nuevo estilo de alimentación no le habían servido para nada. Sin embargo, estaba demasiado feliz como para tener confrontaciones con ella (y mucho menos por la comida), así que lo dejó pasar. Estaba de tan buen humor que ni siquiera tenía ganas de pelear con Diego, su hermano de veinte años que, un día sí y otro también, solía sacarla de sus casillas.

Mientras se tomaba el café, Sara contemplaba a su madre con una sonrisilla en los labios, imaginando la cara de felicidad que pondría cuando supiera lo del éxito de su libro. Y no se equivocó, pues al saber que una productora había comprado los derechos de su novela para recrearla en la gran pantalla, por poco le da un soponcio. En cambio, Diego apenas se inmutó con la feliz noticia y se levantó de la mesa sin decir ni mu. Ni siquiera le dio la enhorabuena. Desde que su padre había muerto, ella había adoptado el rol de cabeza de familia, algo que su querido hermano no compartía y que tampoco se molestaba en ocultar. La noche anterior habían discutido porque él había conseguido un trabajo a jornada completa y eso repercutía en el rendimiento de sus estudios. ¡Dios! Por muy psicóloga que fuese no sabía cómo tratar a un adolescente en la edad del pavo. Realmente era agotador.

Enojada, caminó a la habitación de Diego dispuesta a cantarle las cuarenta. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de entrar en su cuarto en plan hiena para gritarle que qué coño estaba haciendo con su vida, apartó la mano del pomo de la puerta como si este le quemara la piel. ¡Menos mal! Por suerte había recapacitado, ya que, hasta una niña de parvulitos sabía que el silencio era mucho más poderoso que un par de palabras subidas de tono. Así que regresó al salón, pensando que ya hablaría con él en otro momento, cuando los ánimos estuvieran más templados.

Tras un día abrumador cargado de intensas emociones por fin llegó a su piso. Lo primero que hizo fue quitarse las deportivas con los talones y tumbarse en el mejor sitio del mundo: su sofá. Exhaló aliviada, movió los dedos de los pies y se acomodó un cojín detrás de la espalda. Se podía decir que ahora sí había empezado sus vacaciones de forma oficial. Giró la cabeza y vio la bolsa donde estaba guardada su novela y, alargando un brazo, la atrapó entre sus largos dedos. Se quedó mirándola ensimismada mientras le venían a la mente las imágenes del día que comenzó a perfilar aquellas primeras líneas. Recordó que empezó a escribirla una noche en la que se había desvelado por culpa del sonido de un trueno. Al contrario que le pasaba con las arañas, lo único que, a día de hoy, le producía una fobia incontrolable eran las tormentas. De modo que, como no

podía pegar ojo, aquella madrugada se transformó en la góndola de su inspiración y se puso a teclear como una posesa. No se fijó en nada, ni en la ortografía ni en el estilo; después ya se encargaría de maquillar esas palabras y de darles el aspecto que se merecían.

Sin embargo, lo que jamás podía augurar era el futuro tan brillante que aguardaba a ese manuscrito, y mucho menos que mutaría en una especie de diario terapéutico, ya que, un mes después de empezar a escribirlo, encontró a su marido, en la oficina, agarrándole el trasero a una rubia plastificada. Y lo peor de todo es que no era cualquier rubia, sino Malena, su vecina y, además, su despampanante secretaria. En aquel momento no sabía si había sentido más vergüenza de él o de ella. Le había sido infiel no solo con su empleada, sino también con la *barbie* del primero. ¡Qué guay!

¿Acaso no se podía haber liado con otra zorra que viviese un poquito más lejos?

Desde luego la mudanza le iba a salir gratis, pues ella misma estaría encantada de tirarle las maletas por la ventana.

Y para terminar de rematar el día, su madre la había llamado para avisarle de que a su padre le habían hospitalizado. En los últimos meses el cáncer le había absorbido toda la energía y ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Lo sabía. Presentía que su final estaba cerca. Después de todo, la muerte no era lo peor que podía sucederle, lo peor había sido verlo apagarse, derriéndose poco a poco, como una vela.

Los desafortunados sucesos que habían teñido su vida de melancolía la habían convertido en una mujer triste e insegura. No sabía cómo reaccionar. En menos de un año, no solo había perdido a su padre y a su marido, sino también a su bóxer. Se sentía abatida y desorientada y no encontraba una explicación racional a todo lo que le estaba sucediendo. Era como si todos los planetas se hubiesen confabulado en su contra. Quizás lo habían hecho, porque le daba la sensación de que se hubiera estrellado, pero en su propia galaxia.

No, no estaba pasando por su mejor momento, así que decidió centrarse en todas las cosas que le sacaban una pequeña sonrisa, y una de ellas era aquel borrador. Acababa de terminar el segundo cambio de rumbo[1] y le faltaba muy poco para entrar en el clímax.

Una noche, después de muchos cambios y correcciones, puso un punto y final a su historia. No podía creer que, después de nueve largos meses, hubiese acabado su obra maestra. Fue como un parto primerizo doloroso y sin epidural. Se había dejado el alma y la piel en cada una de esas trescientas veinte páginas. ¡Toma ya!

Y ahora, casi dos años después de haber escrito la palabra *fin*, estaba facturando la maleta en el mostrador de Iberia.

Hacía tan solo unos meses estaba preocupada por los pagos de la hipoteca y por las deudas familiares. En cambio, ahora el negocio iba viento en popa, y los ingresos obtenidos por los derechos le habían dado un pequeño respiro.

No obstante, algunas heridas seguían supurando por culpa del recuerdo de Alfonso. Aún necesitaba tiempo para olvidarse de él. ¿Cuánto más? Esa era la pregunta del millón. Lo de su padre ya no tenía remedio, sabía que jamás volvería a verlo, pero su ex, por el contrario, estaba vivito y coleando. No es que le deseara la muerte, pero tener que cruzárselo cada día era un martirio. Por desgracia, todavía lo amaba: había sido el primer amor de su vida, el primero en todo, y también el primero en destruir su corazón en mil pedazos.

¿Por qué tenía que seguir enamorada de él?

Había salido con otros hombres, aunque ninguno le había hecho tilín ni tampoco tolón. Bueno, más bien, había salido obligada a conocer a otros hombres. En efecto, Ana había hecho de

celestina, organizando un par de citas a ciegas. ¡Y vaya si habían sido ciegas! Sara no vio nada en aquellos especímenes. Y también habían sido sordas, ya que no escuchó en toda la noche algo medio coherente.

Tenía que aceptarlo, no sería fácil encontrar un sustituto que pudiese rellenar el hueco que Alfonso había dejado, y solo esperaba que su viaje a Buenos Aires calmara las ansias de pensar en él.

[1] Estructura narrativa que forma parte de la creación de una novela.

Capítulo 4

Aquella mañana Devon Stelin aterrizó en Buenos Aires para la presentación de la penúltima temporada de *Misterios en Manhattan*, la serie que lo había convertido en el actor por el que suspiraban miles de seguidoras en todo el mundo gracias a Scott Dubatti: su papel más mediático. La verdad es que hubiese preferido no tener tanto éxito, ya que él era un hombre al que le gustaba pasar desapercibido, y la fama no era algo con lo que soñase.

A sus treinta y dos años era un soltero de oro y estaba en el punto de mira de todas las revistas. No podía negarse el gran atractivo del que gozaba: moreno, ojos azules y cuerpazo once hacían de él una combinación explosiva. Además, Devon empezaba a ser conocido a nivel mundial y, para rematar, económicamente las cosas no le iban nada mal. Pero nada mal. Digamos que era un hombre afortunado. Aunque nadie le había regalado nada, y había sido él mismo quien se había buscado su suerte.

Cuando cumplió la mayoría de edad, se marchó en busca de un futuro prometedor a la ciudad que nunca duerme. Vivir solo lo hizo madurar antes que otros muchachos de su edad. A los dieciocho años, el mundo estaba a sus pies. Lo tenía todo para triunfar: belleza, energía e ilusión, y supo aprovechar las oportunidades que se le cruzaron por el camino. Así fue como consiguió su primer papel protagonista en una obra de teatro clásica. No obstante, fue su actuación de príncipe Hamlet la que le abrió las puertas del séptimo arte.

El trabajo de actor era lo único que le hacía levantarse de la cama con una sonrisa que iluminaba toda su habitación. Realmente era lo único que le llenaba de vida. Amaba su profesión por encima de todo. Para él, era una necesidad, igual que el aire que respiraba. Era una especie de intercambio altruista. Simplemente no podía vivir sin actuar. La interpretación lo era todo. Era todo su mundo.

Devon era un actor responsable y se tomaba muy en serio todos los proyectos en los que participaba. Por eso, aunque todavía no se había acostado después de una noche de parranda, aquella mañana fría del mes de diciembre salió del club donde se había celebrado la fiesta del trigésimo quinto cumpleaños de su mánager y llamó a un taxi directo al aeropuerto JFK para tomar un vuelo rumbo a Buenos Aires.

Se sentó en primera clase, al lado de Steve, el anfitrión de la fiesta y el culpable de que se encontrase con un dolor de cabeza descomunal. Cerró los ojos y respiró hondo antes de que el artefacto despegase. Se colocó un antifaz negro e intentó dormir, pero no lo consiguió. ¡Mierda! Ya no tenía dieciocho años. El alcohol, las mujeres y las drogas empezaban a pasarle factura. Incluso sopesó el consejo que su asistente le había dado. Ya lo había decidido: cuando regresara a Nueva York se tomaría unas pequeñas vacaciones y se alejaría por un tiempo de aquellas tentaciones que tanto le gustaban y que, tras pasar unas horas, tantos estragos causaban en sus neuronas.

Al final se dejó vencer por el sueño y, cuando despertó, contempló la ciudad de Buenos Aires bajo sus pies. Emitió un ligero bostezo y abrió los ojos muy despacio. Observó el asiento de su acompañante y, con una sonrisa diabólica, lo zarandeó hasta despertarlo. Steve tampoco era ningún jovencuelo, y aquellas noches de desenfreno también habían hecho mella en su cuerpo.

Steve era como su hermano mayor. Los dos se habían conocido en un internado, y todavía

recordaba como si fuese ayer la primera vez que lo vio apoyado en la puerta de la entrada con cara de pocos amigos. Devon torció los labios al recordar el puñetazo que les dio a unos chavales que no paraban de molestarle. Desde aquel día, ese niño de ojos oscuros se convirtió no solo en su mejor amigo, sino también en su protector. Aunque con el tiempo parecía que los papeles se habían intercambiado, y ahora era él quien lo cuidaba y quien le aconsejaba en plan padrazo.

Steve no solo era su representante, sino que también formaba parte de su familia. A día de hoy, era el hombre en el que más confiaba. Era su mejor amigo, el único que le había demostrado el significado de la lealtad infinita, y eso, en un mundo corrompido lleno de hipocresía y de envidia, no era fácil de conseguir.

Las ruedas del avión chocaron contra la pista de aterrizaje. A los pocos minutos, el avión frenó y se encendieron todas las luces. Devon intentó levantarse del asiento, pero una punzada de dolor le recorrió el interior de la cabeza y tuvo que volver a sentarse.

—¡Eh, guaperas! Levanta el culo, ya hemos llegado a casa —exclamó Steve, estirando los brazos igual que las patas de un felino.

—Sí... hemos llegado a casa —repitió Devon algo melancólico.

—¡Vamos, anima esa cara! Ya sabes que a tus seguidoras les fascina el brillo de tu esmalte.

—No me lo recuerdes, con solo imaginarme el día que tengo por delante, me entran ganas de quedarme volando.

—¿No me digas? Pues tengo la solución: si quieres volar más alto que este avión, vas a tener que conformarte con esta pastillita.

Devon lo miró de mala gana.

—No, gracias, por ahora no me interesan tus remedios caseros.

—Tú mismo... pero después no te quejes —comentó Steve, dándole una palmada sonora en la espalda.

—Ten cuidado, Steve, últimamente no paras de meterte.

—¿Acaso piensas mantenerme a raya?

—Muy gracioso —contestó Devon con un tono de voz superficial.

—¡Vamos, tío! No me seas aguafiestas, anoche no pensabas lo mismo.

—¿Anoche? Dirás más bien hace un par de horas... Y sí, no pensaba lo mismo, pero, en este preciso momento, estamos a punto de presentar la sexta temporada de *Misterios en Manhattan*, y no me gustaría que mi mánager apareciese haciendo el gilipollas. Te lo advierto: si algo sale mal por tu culpa, me encargaré personalmente de que nadie vuelva a contratarte, y ya sabes que no me temblará el pulso para hacerlo.

—¿Es por tu madre?

Devon arrugó la frente.

—¿Cómo dices?

—Tu mal humor. ¿Desde cuándo no la ves?

—¡Oh, no me vengas con esas! No pienso seguirte el juego.

—Tienes que ir a verla, Logan ha financiado el proyecto y se enfadará mucho si no lo haces.

—¡Que le den a Logan! Me tiene sin cuidado lo que piense de la relación con mi madre —exclamó malhumorado.

—¡Podría ser un escándalo! ¿Por qué no la invitas a comer? Así acallaremos rumores. Devon, eres uno de los actores de moda, y tu imagen podría verse perjudicada. No te conviene, hazme caso, aunque solo sea por esta vez.

Devon cerró los ojos y emitió un bufido de disconformidad.

—Está bien, lo intentaré, pero no te prometo nada.

De repente, una azafata se acercó hasta ellos, con la mirada de una leona hambrienta, y le mostró a Devon la salida.

—¡Joder! ¿Has visto qué par de tetas? —preguntó Steve, mordiéndose el labio inferior.

—No, no he visto nada. Solo veo estrellitas blancas alrededor de los ojos. ¡Maldita resaca!

—Se te pasará, a ver... —Steve rastreó entre los bolsillos de su pantalón—. Juraría que me quedaba una... Sí, aquí está, tomate esto.

Devon volvió a mirarle sin indulgencia.

—Tranquilo, no es lo que piensas, solo es un inofensivo paracetamol.

—Vaya, pasas de lo ilegal a lo legal a la velocidad de la luz.

—Ya sabes lo que opino, nos iría mejor si la coca se legalizase —murmuró en su oreja.

Steve le robó a Devon el botellín de agua y se lo terminó de un solo trago.

—Por cierto, ¿quién decías que venía a recogerlos? —preguntó Devon, masajeándose las sienes.

—¿De verdad quieres saberlo? Creo que vas a necesitar otra pastilla —afirmó Steve mientras tiraba el botellín a una papelera del aeropuerto.

—¿No me digas que...?

Steve se encogió de hombros y volvió a darle otra palmadita en la espalda.

—No es para tanto. ¡Vamos, saluda a mami!

Capítulo 5

Al pisar tierra, Sara y Ana fueron en busca de Mónica Soler, la editora de Sara. Sin embargo, cuando llegaron al sitio estipulado, allí no había nadie. Después de una hora de retraso y varias llamadas fallidas a su editora, Sara estaba dispuesta a abandonar el aeropuerto, en cambio, Ana se lo impidió.

—Espera, un momento... ¿Tu editora no será aquella pelirroja que no para de hacer movimientos de animadora americana?

—A ver... Sí, es ella. ¡Estamos aquí! —gritó Sara, moviendo las manos para que se percatase de su presencia.

—Acuérdate de no mencionar las palabras vetadas. Ya sabes, nada de decir *coger*, *concha* o *pija*.

—¿Pija? ¿Por qué? ¿Qué significa *pija* para ellos? —susurró Sara con el entrecejo arrugado.

—Polla. Decididamente, nuestra lengua no es la misma que dejó nuestro querido Cristóbal Colon.

Sara sonrió mientras Ana miraba, estupefacta, la belleza de Mónica. La editora lucía una cabellera de fuego y tenía un tipazo igual que las muñecas de Mattel; además, sus ojos estaban lacados en jade, al igual que los suyos. Nadie podía cuestionar que era una fémina muy llamativa, empezando por su maquillaje: párpados tiznados de negro, pestañas apelmazadas en rímel y labios pintados de rojo vampiresa. Y si a todo eso le sumaban que su larga cabellera, de color zanahoria, se balanceaba a la altura de los omóplatos y que sus caderas se contoneaban igual que las de una bailarina árabe, podría decirse que Mónica era la doble de la señorita Rabbit.

—No me habías dicho que fuese tan guapa.

—No me lo habías preguntado.

—Con esa tía cerca de nosotras, olvídate de ligar —musitó en su oreja.

—¡Vaya! ¿Tienes miedo de que Mónica te eclipse?

—No es eso... es solo que... ¡Joder! Es un pibonazo.

—Pues prepárate, porque presiento que estos días vamos a ver a muchos pibonazos.

Mónica caminaba hacía ellas con pasos cortos y veloces, subida en unos tacones de doce centímetros que repiqueteaban sobre la brillante superficie del aeropuerto. Se veía a la legua que era una mujer de carácter.

—¡Bienvenidas a la París de América! —exclamó Mónica antes de estrecharle la mano a cada una de ellas. Tras hacer los saludos pertinentes, la editora les pidió que por favor la siguiesen.

—¿Por qué vamos tan deprisa? ¿Acaso vamos a ganar una medalla olímpica en la especialidad de cien metros lisos con tacones? —preguntó Ana, un tanto sofocada.

—A mí no me mires, yo no participo —afirmó Sara al fijar la vista en sus zapatos: unos botines *nude cowboy* más planos que sus propios pechos.

—¡Vamos, chicas! No dejen de menear esos culitos o, a este paso, no llegamos.

—¿Adónde no llegamos? —preguntó Sara, intentando recuperar el aliento con las manos puestas en los riñones.

—A un sitio que te va a encantar. —Mónica dio dos palmaditas en el aire—. ¡Vamos, no se detengan!

Sara y Ana se miraron con un rictus de desconcierto al tiempo que agarraban el asa de sus respectivas maletas e intentaban recuperar el ritmo que llevaba aquella pelirroja. Parecía que en vez de tacones llevaba ruedas.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Ana mientras le daba un buen repaso al bolso de Mónica, un Chanel del mismo tono que sus zapatos, estilo *peep toes*.

Mónica señaló con el dedo a un grupo de mujeres que traían consigo un par de carteles fosforitos y que vitoreaban el seudónimo de Sara.

—Ahí tienes a algunas de tus lectoras. Están ansiosas por conocerte.

Sara no daba crédito a sus ojos y se llevó una mano a la boca.

—¡No puedo creerlo!

—¡Vamos! ¿Qué esperas para correr y unirte a ellas? —la animó Mónica.

Sara giró la cabeza buscando los ojos de Ana, como si necesitase su permiso antes de meterse en ese tumulto de fans. Tras ver su pulgar hacia arriba, haciendo el gesto de una emperatriz en la antigua Roma, avanzó hasta sus seguidoras.

Mónica esperó unos minutos antes de adentrarse en esa tolvanera y, cuando fue a buscar a Sara, se colocó a su lado como si fuese su guardaespaldas.

—Bueno, bueno, ha sido un placer compartir este momento con todas ustedes, pero ahora tenemos que irnos. ¡Recuerden, las esperamos a las seis de la tarde en El Ateneo Gran Splendid!

—Mónica, espera un momento, al menos déjame despedirme como es debido.

—Sara, no podés quedarte todo el día firmando libros. Tenemos una agenda colapsada de eventos —le musitó, con uno de los brazos rodeándole el cuello.

—¿Cómo dices? —susurró Sara, antes de decirle adiós con la mano a sus lectoras.

—A ver, te diré el programa: a las tres tenemos una comida con el señor Brandon. Después, a las cuatro y cuarto, hemos quedado con Paolo Rossi, el director de la película, y a la seis tenemos una firma de libros.

—Estoy alucinando. ¿Desde cuándo tenemos director?

—Desde hace una semana, esto va viento en popa. —Mónica se sacudió la melena—. Aunque nos falta lo más importante, todavía no hemos elegido a los actores protagonistas.

—Te lo dije, chiqui, a este paso vas a hacerte más famosa que la tía de Harry Potter —añadió Ana, mirándose en un espejito de mano mientras se retocaba el maquillaje.

—Te has dejado un brillo en la mejilla izquierda —puntualizó Mónica—. Con este calor es mejor utilizar polvos traslúcidos. Yo tengo unos relindos de Lancôme. ¿Querés probarlos?

—¡Oh! Me encantaría —respondió Ana con un aleteo de pestañas igual que el parabrisas de un coche en pleno diluvio.

Ensimismada, Sara las miraba moviendo la cabeza como si estuviese en un partido de tenis. Aquello se asemejaba a una competición de *misses*. Las dos eran altísimas, guapísimas y perfectísimas y, para colmo, ambas tenían unos buenos *airbags* delanteros. Otra cosa no, pero Ana había encontrado en ese viaje a su alma gemela.

Al salir del aeropuerto hacía un calor insoportable, y las tres se pusieron las gafas de sol, al estilo de *Los ángeles de Charlie*. Cuando llegaron al impresionante Audi A4 color plata, Ana se quitó las gafas de golpe y emitió un silbido libertino.

—Por lo que veo, el sueldo de editora no está nada mal. ¡Vaya cochazo!

—Ojalá fuese mío. —Mónica pulsó la llave—. Es el auto de empresa.

Tras colocar el equipaje en el maletero, Sara y Ana se subieron en el coche mientras Mónica se abrochaba el cinturón y regulaba el aire acondicionado—. ¿Lo bajo un poco más?

—Está perfecto —respondió Sara, que iba de copiloto.

—Chicas, ¿están cómodas?

—¡Estamos de maravilla! —exclamó Ana con mucha efusividad.

Mónica sonrió, ajustó el retrovisor y arrancó el coche.

—Por cierto, Sara, ¿ya pensaste qué actor te gustaría que hiciese el papel de Ren Carter? ¿Tenés alguna preferencia?

—¿Qué tal Johnny Depp?

—¿Hablás en serio? Aunque quisiéramos, no podríamos pagar su caché, es altísimo.

—Lo sé, solo estaba bromeando. En fin, adiós, amor mío, quizá te conozca en otra ocasión —comentó, dando un beso en el aire con cara de niña buena.

—¿Te inspiraste en él para crear a Ren? —preguntó Mónica, con los ojos pegados en la carretera.

—Así es, él fue mi muso.

—Pero, físicamente, no tiene mucho que ver con el personaje —expuso Mónica, reduciendo la velocidad antes de entrar en el peaje de la autopista.

—No mucho, pero para eso están las lentillas de colores y el maquillaje.

—No sé, sigo sin verlo en el papel. Lo que necesitamos es un pirata en Nueva York, no en el Caribe. Ren Carter es un espía infiltrado en la bolsa de Wall Street. Es moreno, alto, corpulento y tiene unos ojos oceánicos preciosos. Yo, desde luego, no lo contrataría.

—¿Ah, no? Pues yo no me lo pensaría ni dos veces. No hay nada que un poco de caracterización no pueda conseguir. Además, no nos pelearíamos por la comida, él también es vegano.

—Sara, tenés que ser más objetiva —ironizó Mónica, sacando un par de pesos de la guantera —. A ver, Ana, mejor te lo preguntaré a ti, ¿vos a quién elegirías?

—Uh, en estos momentos barajo tantos nombres que no sabría por cuál decantarme.

—Bien, solo dime tres.

—No sé, quizás Matt Bomer, Travis Fimmel y Henry Cavill. Los tres tienen unos ojazos que podrían provocarte un glaucoma.

—Interesante elección, Ana vos sí sabés cómo caracterizar a un personaje. —Mónica detuvo el coche frente a una ristra de vehículos—. Parece ser que tardaremos un poco en pasar el control. —Se recogió el pelo en una coleta alta—. Ya que estamos acá paradas, ¿por qué no aprovechamos el tiempo y vamos adelantando algo de trabajo?

—Vale —contestó Sara, poniéndose las gafas de sol en la cabeza.

—Bien, a tu derecha hay una carpeta azul, por favor, abrila.

Sara hizo caso de las instrucciones de Mónica y sacó varios currículums vitae.

—¿No me digas que estos son los actores preseleccionados?

—Así es. Todos tienen bastante experiencia, el único problema es que sus nombres no son tan sensacionalistas. Queremos que esta película sirva de trampolín para su carrera.

—Genial, me parece perfecto —opinó Sara, sin quitar la mirada a cada una de las fotografías.

—¡A ver! ¡Pásamelas! Quiero verlas. —Ana se levantó tan rápido que rozó la cabeza con el techo del coche.

—A simple vista, los tres son muy guapos, aunque la belleza no lo es todo. Antes de hacer una primera valoración, tenemos que verlos actuar. —Sara, por fin, le pasó la carpeta a Ana.

—¡No puede ser! —bramó Ana al ver la foto de uno de los actores—. ¡Si es Devon Stelin, el protagonista de la serie *Misterios en Manhattan*! La echan los jueves en la Fox y él interpreta a

Scott Dubatti, un agente del FBI. Sara, ¿tienes que elegir a este! —Señaló a Devon con el dedo.

—¡Vaya sorpresa! ¿Así que conocés a Devon? —preguntó Mónica.

—Bueno, ¿qué mujer no lo conoce? También es modelo de Calvin Klein y hace poco ha salido en una película de Quentin Tarantino.

—¿Desde cuándo eres la wiki-Devon? —indagó Sara, con la frente arrugada—. ¿Hay algo que no sepas de ese actor?

—Sí, por ejemplo no sé su número de teléfono, pero si lo eliges puede que lo consiga.

—No sería mala idea, Devon Stelin es un buen actor. Además, el señor Brandon es el mánager de su madre —sugirió Mónica.

—¿Cómo? —preguntó Sara—. ¿Su madre también es escritora?

—No, no... ella es actriz de teatro. Se llama Aurora Montreal y acá es más famosa que Eva Perón.

—Entonces ese tal Stelin está vinculado a la editorial —supuso Sara—. ¿No tendrá enchufe?

—Digamos que está relacionado con la empresa, aunque no es lo que pensás, el señor Brandon y él no pueden ni verse.

—¿Y por qué se llevan tan mal? —preguntó Ana, mordiendo la patilla de las gafas.

—Al parecer mi jefe y la madre de Devon tuvieron un romance... Ya saben, líos familiares. Bueno, ¡por fin nos movemos! —exclamó Mónica—. Y cambiando de tema, ¿qué tal con Eusebio? Me dijo que te envió su novela. ¿Qué te pareció?

—Fantástica, tiene una trama trepidante.

—Sí, *Invierno dorado* es una gran novela... ¿Y a ti, Ana? ¿Te gusta escribir? ¿También sos lectora?

—¿Yo? No, no, qué va. Siempre que empiezo un libro acabo durmiéndome encima de la portada. El único que me he leído ha sido el de Sara, y reconozco que me salté algunos capítulos.

Al oír su confesión, Sara giró la cabeza y la fulminó con la mirada.

—¿En serio? Me has mentido. Me dijiste que te lo habías leído entero.

—La verdad es que me aburrí un poco con el tema del asesinato. Solo me leí la parte del triquitriqui.

—Vaya, y yo pensando que tus gustos literarios iban más allá del género erótico —espetó Sara, arrugando la nariz—. Me has decepcionado.

—Vamos, chiqui, no es para tanto. Oye, se me ha ocurrido algo, ¿por qué no escribes una novela subida de tono?

—Uh, buena idea. Podría escribir tu vida sexual, aunque me temo que sería una novela bastante larga y tediosa.

Mónica soltó una carcajada.

—Chicas, presiento que no me voy a aburrir con ustedes.

—Yo también lo presiento... Hacía mucho tiempo que no estaba tan ilusionada. Apenas he podido dormir, pensando en el Gran Splendid. Es una suerte poder firmar en un lugar tan maravilloso como El Ateneo —confesó Sara.

—Te va a encantar. Como sabrás, antes era un teatro, pero ahora es una de las librerías más bonitas del mundo. Buenos Aires es la ciudad perfecta para cualquier amante de la literatura.

—Lo sé, qué suerte tienes de vivir en un país tan aficionado a la lectura, aunque reconozco que me hubiese gustado venir en noviembre, con la floración de los jacarandas.[2] Debe de ser impresionante ver la ciudad teñida de morado.

—Sí, está divina. Sin embargo, ahora podrás disfrutar del rojo de las copas de los ceibos.[3] En

realidad, es una ciudad teñida de color todos los días del año; está llena de vida, de música y de cultura, y el responsable de que luzca así de hermosa se llamaba Carlos Thays. A principios del siglo pasado, diseñó la mayoría de los jardines y mandó plantar más de ciento cincuenta mil árboles. Y, ¿qué decir de sus barrios? San Telmo, La Boca, Recoleta o Palermo... Buenos Aires no tiene nada que envidiarle a otras ciudades europeas. Estoy segura de que acabarán enamoradas de la arquitectura porteña.

—Estoy deseando conocer cada uno de esos lugares. ¿Has estado en Granada? —preguntó Sara.

—Sí, es relinda. La Alhambra es la fuente de inspiración de cualquier poeta. El año pasado estuve haciendo un tour español y quedé maravillada. España es muy hermosa.

—Sí, España es preciosa, sobre todo, si quitas a los políticos —puntualizó Ana.

—Ah, ¡qué bueno! Acá ocurre igual, está todo corrompido.

—¿Es mi imaginación o está sonando un móvil? —preguntó Ana.

—Es el mío... ¿Sí? —contestó Sara.

—¡Hola, princesa!

—Eusebio, ¿eres tú?

—¿Conoces alguien más con ese nombre?

—No, no conozco a ningún otro argentino que se llame Eusebio y que me llame princesa... ¿Cómo es que tienes mi número de teléfono?

—Me lo dio Mónica. ¿Qué tal el vuelo?

—Horroroso. Ha estado lleno de turbulencias. —Sara se rio al recordar lo que Ana había provocado en el aseo del avión. Al final su amiga no había podido cumplir su fantasía sexual con el azafato, sino que terminó con los labios hinchados y, para colmo, con un buen golpe en la cabeza.

—Suele pasar. Y, ¿dónde van ahora? ¿Qué planes tenés?

—Ahora mismo vamos al hotel y después tenemos programada una comida con el señor Brandon.

—¡Ah, qué bueno! Justo te llamaba para invitarte a almorzar.

—¡Vaya! Lo siento.

—No pasa nada. ¿En qué hotel van a hospedarse?

—Pues no me acuerdo, espera, aquí tengo la reserva... A ver, sí, se llama Callao Palace. ¿Te suena?

—Claro que sí, te va encantar esa zona, se parece mucho a la Gran Vía de Madrid. ¿Qué te parece si quedamos antes de la firma para tomarnos un café?

—Por mí, perfecto, ¿a las cinco y cuarto? ¿Te viene bien?

—Me viene perfecto. Entonces nos vemos en el Ateneo... Princesa, no te pongas muy hermosa o me desconcentrarás y, al final, acabaré tirándome el café en los pantalones.

—Descuida, eso no ocurrirá. Hoy soy una fotocopia de *Scream*, tengo unas ojeras que me llegan al suelo.

Sara escuchó al otro lado de la línea una risa llena de energía positiva.

—No, no estoy tranquilo... me gustas con ojeras y sin ellas. Hasta luego, princesa.

—Hasta luego, sapito. —Se despidió, con las mejillas enrojecidas.

—¿Lo llamarás sapito? —preguntó Mónica.

—Cosas nuestras... Un día le dije que yo no creía en los príncipes, y él me respondió que él sí creía en las princesas, sobre todo, después de conocerme; ya sabéis, es escritor, no le faltan

palabras. Desde entonces, yo lo llamo sapito y él me llama princesa. Fin del cuento.

—¡Oh, qué historia tan bonita! —ironizó Mónica—. Eusebio es un buen tipo.

—Sí, es un buen tipo y aparte está muy bueno —aclaró Ana—. ¡Como para no gustarle el sapito!

—Seguro que si lo besas se convierte en un príncipe apasionado —bromeó Mónica.

—Eso espero —afirmó Sara con un largo suspiro—. Ambos compartimos una misma afición y eso nos ha unido. Si surge algo, pues surgirá... En estos momentos de mi vida estoy abierta a nuevas experiencias.

—¡Así se habla! Ya verás como te abres más rápido de lo que piensas —matizó Ana.

Sara soltó una risita nerviosa. Ana estaba en lo cierto, desde su divorcio, ningún hombre le había llamado la atención, y esperaba con ansias aprovechar cada segundo que estuviera al lado de Eusebio. Y también esperaba que su sapito hundiese el recuerdo de su ex en el fondo de una charca.

[2] La jacaranda es un árbol de procedencia sudamericana que crece espontáneo en países como Brasil y Argentina.

[3] También llamado Seibo, Árbol del coral, Flor de coral y Pico de gallo, debido a sus llamativos colores rojo intenso en forma de vaina. Además de ser la flor nacional de Argentina y Uruguay.

Capítulo 6

Al llegar a la habitación del hotel, Sara se tiró encima de la cama e hizo un barrido visual a la decoración de la misma. En el centro del techo colgaba una lámpara de araña, típica de la época barroca. Las paredes estaban envueltas en papel vainilla sobresaliendo en cada esquina superior una moldura de yeso. Al fondo se divisaba una gran ventana con dobles cortinas, en color verde aceituna, recogidas en forma de caramelo y, para rematar, el suelo estaba revestido de moqueta roja.

«¡Fantástico! El paraíso de los chinches», reflexionó, poniendo cara de asco.

Tras advertirles a aquellos parásitos chupasangres que no se les ocurriese abalanzarse sobre su piel, colocó la maleta encima de la cama y comenzó a ordenar la ropa. Con el cambio de estación no había tenido que hacer grandes esfuerzos mentales para que todas sus pertenencias encajasen a medida. Echó un par de vestidos, una falda vaquera, unas camisetas básicas, unos *shorts*, unas zapatillas deportivas, unas chanclas, dos biquinis y una toalla de playa. No necesitaba nada más. Bueno, sí, después de escuchar la voz ronca y sexy de Eusebio, necesitaba echar un polvo con urgencia. ¡Por todos los santos! Ya no recordaba la última vez que había sido tocada por un hombre. Mejor dicho, que había sido tocada por Alfonso.

«¡Maldito seas, sal de mí cabeza!», exclamó mientras tiraba a la cama el bote del desodorante como si fuese un proyectil.

De repente, escuchó que llamaban a la puerta de la habitación, y el recuerdo de su ex se desvaneció en el aire.

—¿Todavía estás así? Eres una tardona —comentó Ana, a la vez que el brillo áureo de la bisutería de sus muñecas resplandecía con la luz del sol.

—Sí, es que no sé qué ponerme... no quiero ir tan arreglada como tú, pero tampoco quiero parecer una *hipster*.

—Hazme caso, tú solo preocúpate de elegir la ropa interior. ¿Te has traído el conjunto de La Perla que te regalé?

—Sí, aquí lo tengo, pero pensaba guardarlo para una ocasión especial.

—¿Y qué mejor ocasión que esta noche? En cuanto tu sapito te vea con ese conjunto de encaje, va a saltar encima de ti y se va a volver loco.

—¡Por favor, qué tonterías dices! Eusebio es un caballero. No creo que se lance en la primera cita.

—¿Y quién te ha dicho a ti que él va a tomar la iniciativa? Esta vez vas a ser tú.

—¿Yo? Ni de coña... Prefiero que sea él quien me emita alguna señal.

—¡Venga ya! ¡Qué señal ni qué leches! Hazme caso, solo vas a estar una semana. ¡Una puta semana! Sara, déjate de prejuicios o te arrepentirás toda tu vida.

—Está bien —afirmó suspirando—. Voy a ser más lanzada. Pero prométeme que te vas a portar bien y que no me harás lo de última vez con aquel gilipollas que me presentaste.

—Lo prometo —dijo Ana con las manos en alto.

—¿Entonces me prometes que nada de pataditas debajo de la mesa?

—Lo prometo.

—¿Y nada de WhatsApps?

—Lo prometo.

—¿Y nada de anotaciones?

Ana emitió un largo bufido.

—¿Ni siquiera vas a dejar que te analice? Entiéndeme, es un experimento social, lo hago por el bien de la humanidad.

—He dicho que nada de anotaciones —le ordenó mientras iba al armario.

—Está bien, pero al menos me dejarás opinar sobre tu indumentaria. ¿Por qué mejor no te pones el vestido ibicenco? Te favorece más y de paso le das una alegría a tu Eusebi... Porque, vamos, pobre chaval. Con esa falda va a tardar un año en encontrarte las bragas.

—Ya te he dicho que hoy no pienso liarme con él. Anda, deja de decir estupideces y ayúdame con la manta térmica —puntualizó, señalándose el pelo.

A las dos en punto, Mónica estaba esperándolas frente a la puerta del hotel para hacer un *tour* turístico por la ciudad.

—¡Qué lindas están! —expuso la editora, a la vez que sonaba el bramido del claxon.

—¡Hola, Mónica! Tú también —opinó Sara.

—¿Listas para conocer Buenos Aires?

—Ajá —respondieron ambas al unísono.

A pesar de que el día se iba tornando cada vez más brumoso, los ojos de Sara chispeaban de ilusión, pues las ganas que tenía de conocer la ciudad habían aplacado sus temores meteorológicos. Desde que era pequeña huía del calor como si fuese el mismísimo coco. Y ahora, veintinueve años después, el verano le seguía pareciendo de todo, excepto agradable. No, el calor no estaba hecho para ella.

Mónica las paseó por algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Sara se quedó impresionada por la dimensión de sus avenidas y por la variedad de estilos arquitectónicos que albergaban sus edificios, pasando del colonial al neoclásico. Transitaron por la plaza de la República y otearon el obelisco, justo en la intersección de la avenida Corrientes y Nueve de Julio. Después se dirigieron a la plaza de Mayo, en cuyo centro se encontraba la pirámide del mismo nombre, construida para celebrar el centenario de la revolución. Por último, salieron en dirección a Palermo, uno de los barrios más extensos de Buenos Aires en el que se encontraba el jardín japonés, el lugar donde habían quedado para comer con el señor Brandon.

—¡Oh, no puedo creerlo! ¡Qué sitio más bonito! —exclamó Sara mientras tomaba unas cuantas fotos.

En el centro había un lago lleno de carpas rodeado por un sinfín de especies vegetales. Era el típico modelo de jardín zen basado en el equilibrio, en contraste con las azoteas de algunos edificios que rompían aquella armonía paisajística. Por un momento le recordó al Central Park de Nueva York.

En la curva más pendiente de un puente rojo que unía las dos partes del jardín, se encontraba la figura de un hombre alto y moreno. Desde lejos, Mónica lo saludó y se acercaron a su encuentro. Sara supo de inmediato que se trataba del señor Brandon, el dueño de la editorial.

—¡Qué ganas tenía de conocerla, señorita Martín! —la saludó con un apretón de manos.

—Igualmente, señor Brandon, es un placer. —Sara le estrechó la mano con la misma efusividad.

—No, por favor, llámeme Logan, hace que me sienta más joven.

Sara asintió y, a continuación, le presentó a Ana.

—Entonces, usted es la famosa Ana, la responsable de todo esto.

—Exacto —asintió Ana con una pequeña reverencia—. Encantada.

—No sabía que las mujeres españolas era tan bellas —afirmó, escaneando a Ana de arriba abajo y de abajo arriba—. ¿Y bien? ¿Qué les parece Buenos Aires?

—Por lo poco que he visto, me ha impresionado. Es enorme —contestó Sara, apoyándose en la barandilla del puente.

—Sí, es una gran ciudad, yo también tuve esa misma sensación cuando llegué hace treinta años —confesó él, con cierta pesadumbre.

—¿No es argentino? —preguntó Sara mientras se colocaba las gafas de sol.

—No, yo nací en Montreal.

—Con razón no tiene acento porteño... pero treinta años son muchos años. Al menos se le habrá pegado el voseo.

—Pues no, es extraño, pero lo único que se me ha pegado de los argentinos son las ganas de hablar.

—Entonces es de los nuestros. —Ana interrumpió la conversación.

—Sí, yo también lo creo —matizó Mónica.

Todos se miraron y sonrieron.

—Bueno, supongo que tendréis hambre. Espero que os guste la comida japonesa.

—Uh, qué rica, a mi me encantaba —aclaró Sara.

—¿Cómo que te encantaba? —repitió el señor Brandon algo confuso.

—Mejor se lo cuento durante la comida, eso sí, yo solo pediré una ensalada.

El dueño de la editorial esbozó una sonrisa y luego las acompañó al restaurante.

—¿Qué van a pedir? —preguntó el señor Brandon analizando la carta.

Sara lo observó unos instantes y se fijó en que era un hombre bastante atractivo para su edad. Juraría que en el pasado había tenido que ser todo un rompecorazones. Sus ojos eran oscuros como el carbón. Tenía el cabello moteado por algunas canas y una incipiente barba sobresalía por los poros de su piel. Después analizó sus manos; al parecer no estaba casado, aunque llevaba puesto en el dedo corazón un anillo de oro con el sello de un dragón negro. Estuvo un par de minutos intentando recordar dónde había visto aquel dibujo, pero la memoria le falló. De pronto, todo su cuerpo se tensó, no porque se sintiese atraída por el señor Brandon, sino porque tenía miedo de que Ana intentase flirtear con él. No podía permitir que algo así sucediese, así que se lo advirtió en un mensaje.

Ni se te ocurra utilizar tus armas de mujer, es mi jefe.

A los pocos segundos Sara recibió contestación, y un pajarito sonó en su móvil.

¿Por qué no? Lo he observado y no lleva anillo de casado...

Sara escribió otro mensaje con más rapidez que un cambio de ropa de Superman, y luego esperó, impaciente, la respuesta de su amiga.

Ni lo pienses.

Tras enviar el mensaje, Sara se cruzó de brazos e intentó retomar el hilo de la conversación, sin embargo, el sonido de otro pajarito desvió de nuevo su atención.

Chiqui, llegas tarde, ya lo he pensado.

Al leer aquella frase, en la que al final había dibujado un emoticono guiñando un ojo con la lengua fuera, Sara entornó los ojos y supo que su amiga no pararía hasta meter al señor Brandon bajo sus sábanas.

Cuando trajeron los platos, la mesa se llenó de color. Pidieron *tataki* de atún, pato en salsa de cerezas, una ensalada de algas y un surtido de sushi, todo ello acompañado de un delicioso y refrescante vino blanco.

—¡Uh! Esta ensalada está exquisita —comentó Sara—. Todo es perfecto, la comida, el vino y el lugar.

—Me alegro de que te guste. Es mi pequeño homenaje a tu novela —puntualizó el señor Brandon, alzando la botella de vino.

—No podía ser más acertado. Estoy segura de que si el personaje de Kiari Tokomeji existiese, le diría que muchas *arigato* —bromeó Sara mientras el señor Brandon sonreía e inclinaba la botella para rellenarle la copa—. Gracias.

—A todo esto, Mónica, ¿a qué hora has quedado con Paolo Rossi?

—Sobre las tres y media.

—¡Estupendo! Tengo muchas ganas de saludarlo.

—Por cierto, ¿sabían que Paolo acabó de ganar un premio en el festival de Venecia? —inquirió Mónica, mezclando la salsa de soja con el *wasabi*.

—Algo he oído. ¿Y los actores? ¿Han elegido ya a los protagonistas? —preguntó el señor Brandon antes de llevarse a la boca un trozo de pato.

—Bueno, aún no está decidido de forma oficial, pero ya tenemos a los tres candidatos que harán el *casting*, y uno de ellos será el hijo de Aurora Montreal.

—¿Devon Stelin? —El señor Brandon se cuadró de hombros—. No sabía nada.

Sara percibió la tensión en su cuello y recordó que ese tal Stelin y el señor Brandon no tenían una buena relación.

—¿Ocurre algo? —interpeló Sara, haciéndose la ingenua.

—No, no es nada. Es solo que Devon y yo hemos tenido algunas desavenencias —matizó él mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—Espero que no sea nada grave. —Sara dejó los palillos en el borde del plato—. No me gustaría comenzar el *casting* con un ambiente de hostilidad.

—Tranquila, Sara, ante todo soy un profesional, y jamás haría nada que perjudicase mis propios intereses. —Se aclaró la voz—. Mónica, ¿cuándo dices que es el *casting*?

—El miércoles. Lo hemos adelantado para que Sara pueda darnos su opinión.

—Me parece muy bien. De hecho, pensaba proponerle a Sara que se quedara durante todo el rodaje. He invertido muchos millones en este proyecto y no quiero que nada salga mal. Como sabrás, la editorial Senea forma parte de una multinacional. De modo que no solo hemos comprado los derechos de la película, sino que también vamos a ser los productores. Por ello nos gustaría mucho que aceptases y que trabajases con nosotros en el guion literario.

Al escuchar lo que el señor Brandon le estaba proponiendo, Sara se bebió de un solo trago la

copa de vino.

—Pero yo...

—Por supuesto, habrá que cambiar ciertas cláusulas del contrato.

—De verdad, es una propuesta halagadora, pero no puedo dejarlo todo así como así, tengo pacientes que atender.

—Por favor, no tomes una decisión a la ligera, medítalo unos días y después me dices la respuesta. Si quieres, podemos llegar a un acuerdo... No sé, podrías venir una vez al mes. Al menos, piénsatelo.

Sara guardó silencio unos instantes.

—De acuerdo, me lo pensaré. —De repente, su móvil vibró y vio en la pantalla un mensaje de Ana.

No seas tonta, di que sí. ¿Vamos a hacer pis?

Sara sonrió y, cuando Ana se levantó de la mesa para ir al aseo, ella hizo lo que cualquier mujer y buena amiga haría: acompañarla.

—Por favor, no tarden mucho, Paolo Rossi está a punto de llegar —les advirtió Mónica.

Al entrar en el baño, una vez que Ana se percató de que estaban solas, le aconsejó que aceptara la oferta del señor Brandon.

—No seas tonta, es una oportunidad de lujo para poder quitarte la hipoteca. Imagínate la cara de Alfonso cuando se entere.

—Oh, por favor, no me lo menciones. Cuando escucho ese nombre, me entran náuseas. —Se echó un poco de agua en la nuca.

—Está bien, no firmes solo por ver la cara de gilipollas que se le pondría a tu ex, que, desde mi punto de vista, es un motivo más que suficiente. Entonces firma por ti. Hazlo por ti, chiqui.

—¿Por mí? Hace tanto tiempo que no hago nada por mí...

—Si lo dices por tu familia, tu madre ya está mejor de la depresión, y tu hermano hace muuucho tiempo que dejó de ser un niño. —Ana sacó la polvera y se dio un par de brochazos—. No te preocupes por los pacientes, me los apañaré sola.

—Gracias, loquita. Muchas gracias por tu apoyo, pero no pienso dejarte tirada con el negocio.

—Si insistes. —Ana se secó las manos bajo el aparato eléctrico y tuvo que alzar la voz para que Sara la escuchase—. Estaba pensando en pedirte algo a cambio. No te creas que me iba a comer tu marrón así como así.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quieres a cambio? —preguntó Sara, dando por hecho cuál iba a ser la respuesta.

—Follarme al señor Brandon. Es un hombre de los pies a la cabeza. Oh, chiqui, su voz está llena de peligro, llena de deseo...

—¿Cómo? ¡Ana, por Dios y por la virgen! Y ya que estamos, ¡por la sagrada cena...! Déjate de chorradas, aquí la única que está llena eres tú, pero de pajaritos.

—¿Perdona? Yo no soy la que tiene en el móvil un criadero de canarios —replicó Ana, retocándose la línea inferior del ojo.

Ana se encogió de hombros, y Sara dio la batalla por perdida.

—Mira, haz lo que quieras. Adelante, si quieres tirarte al señor Brandon, perfecto. Solo te pido que intentes mantener tus zarpas alejadas de él, al menos hasta que firme el contrato. ¿Es mucho pedir?

—Vale, vale, mantendré a raya a la leona que vive dentro de mí. Pero, en cuanto firmes el contrato, no habrá nada ni nadie que me impida seducir a ese hombre. Advertida quedas.

—Qué remedio... Ahora será mejor que regresemos, o van a pensar que estamos cuchicheando en el servicio.

Cuando volvieron a la mesa, las dos se quedaron atónitas al conocer en persona a Paolo Rossi. Al saludarlo, Sara le hizo su particular análisis de personalidad. Pensó que no le había hecho falta estudiar psicología para darse cuenta de que aquel hombre tenía más plumas que el sonido de los pajaritos de su móvil.

—¡*Mamma mía!* Me ha encantado el guion. *Bambina*, ¡eres lo máximo! —afirmó el director a Sara con una elocuencia exagerada—. Siempre digo que el amor *regge senza legge*... es decir, que se rige sin leyes. Tengo que confesar que por poco me da un infarto con el final de la novela. Nunca pensé que separarías a esos dos tortolitos. ¡Es *supercool!*

—Muchas gracias, Paolo. Es un placer estar rodeada de personas que valoran tanto tu trabajo —comentó Sara, antes de dar un sorbo a un vaso de agua mientras examinaba su conjuntito de ropa. En la cabeza llevaba un sombrero igual que el de Michael Jackson, pero lo que llamó más su atención fue una camiseta nadadora de flores, con los pétalos contorneados en lentejuelas azules. Otra cosa no, pero aquel director brillaba como nadie. Luego examinó las facciones de su cara: tenía los ojos grandes, marrones y expresivos; y los labios, finos y perfilados. La nariz era pequeña y respingona y estaba adornada con un arito, aunque no era el único *piercing* que agujereaba su piel, sino que varios pendientes colgaban de sus orejas en forma de pequeñas cruces. Desde luego, aquel italiano no pasaba desapercibido para nadie, por no mencionar la centena de tatuajes tribales que lucían sus delgados brazos.

Todos estuvieron hablando un buen rato acerca de las cuestiones relativas al rodaje de la película. Hubo un momento en el que Sara por poco se duerme. No es que estuviese aburrida, más bien lo que estaba era muerta de cansancio. Acababa de cruzar el océano Atlántico, y lo que menos le apetecía era escuchar una conversación de porcentajes y de beneficios.

—Sara, ¿qué opinas? —preguntó Paolo, que se quitó el sombrero, mostrando el esplendor de su calva.

—Me parece bien.

—¡Cómo que te parece bien! ¿En serio, *bambina*? Estamos hablando de miles de dólares.

Sara lo pilló haciéndole un guiño cariñoso, y cayó en la cuenta de que Paolo solo estaba bromeando con ella. Entonces supo que aquel italiano no tenía ni un pelo de tonto, mejor dicho, no tenía ninguno.

—¿Tú qué opinas, Ana? —Sara utilizó una técnica que nunca fallaba: echarle el muerto a otro.

—¿Yo? ¿Qué voy a opinar yo? —inquirió Ana con cara de pez.

—No sé, para eso has venido conmigo. Se supone que eres mi tiburona financiera, ¿lo recuerdas?

Y era verdad: Ana había heredado de su padre el amor por las matemáticas y, desde que era una mocosa, tenía un buen olfato para los negocios. Sara todavía no entendía cómo su amiguísima había podido estudiar psicología, cuando a ella lo que se le daban bien eran los números, no las mentes descarriadas, que para eso ya tenía la suya propia.

—Me parece bien, un veinticinco por ciento es aceptable —valoró Ana al escrutar la documentación.

—Así que además de bellísima es inteligente, ¿señorita...? —indagó el señor Brandon con la mirada de un caníbal hambriento.

—Rivas, me llamo Ana Rivas.

—Pues, señorita Rivas, me gustaría pedirle consejo acerca de una empresa que quiero absorber... Si le apetece, podríamos discutirlo mientras cenamos. ¿Qué le parece?

—Me parece estupendo, dígame el día y la hora y yo estaré encantada de hablar con usted de fusiones —contestó Ana con voz melosa.

Sara no pudo evitarlo y le envió un mensaje al móvil.

Tú lo que quieres es fusionarte con su polla.

Justo después, Sara ojeó el contrato mientras observaba cómo Ana y el señor Brandon hablaban igual que dos jovencitos llenos de acné. Se preguntó cuánto tiempo le duraría a su amiga este nuevo caprichito. Y suspiró, pensando que ojalá fuera como ella. Y de nuevo volvió a suspirar. Desde el día que Alfonso había firmado los papeles del divorcio, parecía que había estudiado un doctorado en exhalaciones.

—*Bambina*, no pareces muy convencida de lo que lees —musitó Paolo en su oreja.

Sara dio un pequeño respingo y se dio la vuelta.

—¡Qué susto me has dado!

—Perdona, no era mi intención, solo quería despedirme de ti... ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto... Es solo que la proposición del señor Brandon me ha pillado un poco desprevenida.

—Te entiendo, esta productora es una cajita de sorpresas —opinó Paolo, poniéndose el sombrero en la cabeza—. Aunque intuyo que detrás de esa carita de preocupación se esconde algo más. Algún hombre, ¿me equivoco?

Sara no entendía el porqué, pero ese director le transmitía mucha confianza. Acababa de conocerlo y le parecía que era su amiga Ana pero en versión gay.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco... yo también sé lo que es sufrir por amor... Podría reconocer esa mirada a kilómetros. —Sara esbozó una tierna sonrisa—. Y dime, ¿cuándo te marchas a España?

—El día dos de enero, supongo que nos veremos en el *casting*.

—Supones bien. —Él chasqueó los dedos—. *Ciao, bambina*, espero que estos días disfrutes de Buenos Aires, pero, sobre todo, espero que disfrutes de sus monumentos. —Al acabar la frase, Paolo le guiñó un ojo.

Y hablando de monumentos, recordó que había quedado con Eusebio a las cinco y cuarto. ¡Ay, madre!

Capítulo 7

Sara se quedó sin habla al llegar a El Ateneo. No solo le impresionó el exterior del edificio, sino también su exquisito interior. El antiguo teatro-cine, ahora convertido en una de las bibliotecas más bonitas del mundo, estaba lleno de cornisas y de palcos pintados en tonos dorados, ocre y rojos. En el centro, había una cúpula decorada con un óleo, donde algunos ángeles y ninfas festejaban la caída de la guerra. La pintura era una alegoría de la paz que, junto con la iluminación, le daban al lugar un toque victoriano.

—¡Guauuu! Es de película. Muy bonito —exclamo Sara, visiblemente emocionada, admirando la belleza del teatro.

—Sí, es un sitio precioso —confirmó Ana.

—Me alegro de que les guste. Es uno de los lugares más hermosos de Buenos Aires, y también uno de los más solicitados para celebrar eventos culturales —explicó el señor Brandon mientras escondía las manos en los bolsillos de su elegante traje—. De hecho, ayer mismo el actor Devon Stelin estuvo aquí, presentando el estreno de *Misterios en Manhattan*.

Al escucharlo, Ana se llevó las manos a la boca.

—¿De verdad? ¡Qué coraje! Me hubiese encantado estar en esa presentación.

El señor Brandon la miró con una sonrisa ladeada y le preguntó:

—¿Conoces la serie?

—Por supuesto, nunca me pierdo un capítulo.

En ese instante, Sara se topó con una inmensa pancarta publicitaria que promocionaba la serie. Entonces se dio cuenta de que en aquel lugar aún quedaban vestigios del protagonismo de ese tal Devon. Por unos segundos se quedó anonadada, analizando la fuerza de su mirada, y sintió una punzada en el pecho. Sin duda, su imponente físico concordaba a la perfección con Ren Carter: el muso de sus sueños.

—Sí, ahí lo tienes. Tiene los mismos ojos que su madre, la gran Aurora Montreal.

La voz del señor Brandon hizo que Sara bajara de las nubes.

—¿Aurora Montreal?

Sara se hizo la ingenua y actuó como si Mónica no le hubiera contado que era una actriz de teatro muy famosa en Buenos Aires y que, asimismo, era la madre de Devon.

—Sí, Aurora es la madre de Devon. ¿Mónica no te ha hablado de ella?

—No, es la primera vez que escucho ese nombre.

—Vaya, parece que Mónica ha aprendido a ser discreta. —El señor Brandon le guiñó un ojo—. Siento decirte que no es una de sus cualidades... En fin, tengo varios compromisos que atender. Ha sido un almuerzo fabuloso. Después las veo.

Antes de que el señor Brandon se marchara, le murmuró de forma coqueta algo a Ana en el oído. Sara lo miró de reojo e intuyó que la bragueta de su jefe tenía mucho kilometraje recorrido, pues sabía reconocer cuándo una mujer se le ponía en bandeja, y su querida amiga llevaba un buen rato con la manzana puesta en la boca.

—¿Qué te ha dicho? Espera, espera, no me lo digas, seguro que es algo relacionado con vuestro próximo intercambio de fluidos —bromeó Sara.

—¿De verdad quieres saberlo? No sé por qué, pero presiento que te importa un comino — ironizó Ana mientras observaba a lo lejos a su nueva presa.

—Cómo lo sabes. Pero recuerda lo que antes me prometiste, hasta que no firme el contrato, nada de bajarte las bragas.

—Palabrita del niño Jesús, aunque, si yo fuera tú, en estos momentos dejaría de pensar en mis bragas y saldría corriendo en busca de tu amigo el del nombre raro. ¿No habías quedado con él?

—Sí, es verdad, ¡qué cabeza tengo!

—¿Y a que estás esperando para irte?

Sara le sonrió y luego caminó deprisa hasta llegar al escenario. Subió una escalera y se puso a mirar de un lado a otro, buscando a su sapito entre la multitud. De repente, sintió el calor de una mano apoyada en uno de sus hombros. Se giró muy despacio y entonces vio a Eusebio, vestido con una camisa blanca con rayas azules y un pantalón vaquero. Llevaba gafas de ver y su pelo castaño parecía un poco más largo que en sus conversaciones por Internet.

—Hola, princesa —la saludó él, con una sonrisa tan cáustica que por poco le licua las pocas neuronas que le quedaban.

—Hola, sapito —atinó a decir ella, intentado apartar un mechón de pelo de su cara cuando, en realidad, llevaba el cabello recogido y era innecesario hacer ese gesto repetitivo—. Esto... perdona por llegar tarde, ya sabes cómo son estas cosas.

—Lo sé, no hace falta que te excuses.

Sin previo aviso, Eusebio le atrapó la muñeca y le besó el dorso de la mano mientras clavaba los ojos verdes en el escote de su vestido.

—Vaya, no sabía que fueses tan caballeroso —comentó Sara para intentar distraerlo y que así no se fijara en el temblor de sus manos.

—No soy un caballero, créeme. Solo estoy saludando a una princesa. —Él le guiñó un ojo.

Sara le siguió el juego e hizo una genuflexión.

—Es un placer. ¿Conde...?

—Vargas... Conde Vargas, a su servicio.

Eusebio se reincorporó y le movió la silla hacia atrás, antes de que ella tomara asiento.

—Uh, conde Vargas, me encanta esta faceta de galán romántico. Creo que podría acostumbrarme.

—Esa es la idea, princesa.

Sara le dedicó una amplia sonrisa.

—No sabía que fueses tan alto.

—Es normal, hay muchas cosas que aún no sabes de m^{??}. —Torció la boca de forma traviesa—. Bueno, ¿qué vas a tomar?

—Café solo, con hielo. Gracias.

—Yo tomaré lo mismo —aclaró al camarero—. Y bien, ¿qué tal va la película?

Sara alzó los hombros.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea. Solo sé que el miércoles es el *casting* y apenas conozco a los actores.

—Eso tiene fácil solución, echa mano de san Google.

—Tienes razón. Desde luego, lo que no encuentres ahí, no lo encuentras en ninguna parte.

—¿Y qué pensás hacer estos días? ¿Recordás a mi amigo Darío? Verás, mañana tiene que ir a hacer un reportaje a los estudios. Si querés podemos ir con él a conocerlos. ¿Qué me decís?

—Me parece estupendo.

—Perfecto, entonces, en cuanto llegue al piso, se lo comentaré a Darío.

—¿Ahora vives con Darío?

—Así es, desde que Alicia y yo nos separamos, no podía seguir haciéndome cargo de la hipoteca, de modo que al final le he alquilado una habitación.

—¡Ah, qué buena idea! A este paso yo también voy a tener que pensar en algo.

—Sí, el que no corre vuela, todo es cuestión de supervivencia. Al menos, vos no has tenido hijos.

—Tienes razón, sufrir un divorcio no es fácil, y mucho menos con niños de por medio... En fin, no vamos a ponernos tristes por algo que ya forma parte del pasado. Mejor vamos a cambiar de tercio, como se dice en mi país. No sabía que usabas gafas... te quedan bien, incluso pareces un gran escritor —opinó, al echar un azucarillo al café.

—¿En serio? Me alegro mucho de que te guste; me refiero a con gafas.

—Ajá. Me gustas muchísimo —confesó ella, con los dedos anudados en la taza, sin apartar los ojos de los suyos.

Sara se sorprendió de su flirteo. ¿Dónde demonios había aprendido a coquetear así? Ni siquiera sabía por qué le había dicho aquello con esa mirada de furcia. Ella no era así, no actuaba así. ¡Mierda! Ya no recordaba cómo se ligaba. Al parecer, tantos años al lado de Ana habían cambiado su ADN. De modo que intentó ser la Sara que siempre había sido: ella misma.

—Esto, ¿y qué tal te va en el periódico? —preguntó mientras se aclaraba la garganta y erguía la espalda.

Eusebio la miró interrogante ante su cambio de actitud.

—Bien, ahora mismo estoy trabajando en un nuevo artículo sobre los ovnis bajo el mar.

—¿De verdad? —dijo Sara, fingiendo que se sentía interesada en ese tema.

—Sí, es bastante curioso. Por ejemplo, ¿sabías que en Puerto Rico hay una ruta de los extraterrestres por la cantidad de avistamientos que hay?

—No, no lo sabía, pero cada día se aprende algo nuevo.

Sara iba a verter el café en el vaso de hielo, pero Eusebio se lo impidió.

—Deja que lo haga yo... tengo buen pulso —puntualizó él, hipnotizándola con sus dos esmeraldas mientras sus dedos rozaban los suyos.

—¿Crees en los extraterrestres, Sara?

—Por supuesto que sí. Antes no creía en ellos, pero desde que trabajo en la consulta, todas mis dudas se han disipado.

Eusebio arqueó los labios.

—Entonces, ya sé dónde tengo que ir a hacer el reportaje.

—¿De verdad, vendrías a Granada?

—¿Por qué no? No depende de mí. Antes tenés que invitarme.

—Eso está hecho, sapito.

—Sara, no quiero seguir hablando de boludeces. —De pronto, Eusebio se tensó y sus ojos se oscurecieron—. ¿Te gustaría cenar esta noche conmigo? Los dos... solos.

Al escuchar su invitación, ella por poco escupe el café delante de él. Al parecer no le había hecho falta aprenderse el manual de Ana acerca de cómo tirarse a un tío en menos de cinco minutos, pues su sapito estaba muy colaborativo.

—Claro... ¿Sobre qué hora?

—¿Te parece bien después del evento? He pensado que podíamos ir a cenar al barrio de Almagro, conozco un lugar increíble.

—Me parece estupendo, tú eres el guía, así que me fiaré de ti.

—¿Te fías de mí?

—Nunca, eres un hombre, pero no me dejas opción.

—Haces bien en ser desconfiada —matizó él con una sonora carcajada—. En realidad, solo quiero llevarte a la cama.

Antes de contestar, Sara pensó en una respuesta original, al fin y al cabo aquello era como una especie de competición de creatividad entre dos escritores. Sin embargo, por culpa de los nervios, se quedó en blanco y respondió con el típico:

—Pues como bastante, así que la cena te va a salir muy cara.

—No me importa, tendré lista la chequera.

Sara le sonrió mientras tomaba el último sorbo de café.

—Bueno, ya es hora de irnos... ¿No estás nervioso? Vamos a ser los encargados de entregar los nuevos premios Neptuno. Parece mentira que haya pasado más de un año.

—Así es, hoy tenemos que quitarnos la corona... En fin, ¿te sentarás a mi lado, princesa?

—Será un honor, sapito.

Al terminar la firma de libros, Sara le comentó a Mónica que Eusebio la había invitado a cenar, y ella misma se ofreció para acompañar a Ana al hotel.

Por el camino, Eusebio le explicó que iban a cenar a La Catedral Club, un lugar donde se bailaba el verdadero tango y se servía comida vegetariana con productos orgánicos. Además, estaba considerado como patrimonio artístico y cultural del barrio de Almagro.

—¡Qué chulo! —exclamó Sara cuando vio la fachada del local.

—Pues ya verás cuando lo veas por dentro.

Nada más entrar, ella se fijó en el techo, lleno de vigas de madera. En las paredes yacían cuadros de diferentes formas y estilos. De repente, se quedó absorta al observar cómo bailaba una pareja en medio de la pista. Aquel juego de piernas, iluminado por un collar de bombillas que recorría la estancia, fue lo más erótico que jamás había visto.

—Y, ¿qué tal? ¿Te gusta el sitio?

—Oh, sí. ¿A quién no? Es un lugar mágico. Me gustan los lugares donde las paredes te hablan.

—Ah, ya sé lo que querés decirme. A mí también, creo que tenemos muchas cosas en común.

Ella le sonrió y, cuando ojeó la carta naturalista, por poco echa a esos dos bailarines de la pista y se pone a dar palmas y a bailar una sevillana. ¡Qué maravilla! En aquel restaurante no se sentía un bicho raro.

—¿Tú no eres vegano, verdad?

—No, yo soy carnívoro, pero reconozco que a veces vengo a cenar acá.

—Ya decía yo que no podías ser tan perfecto.

Eusebio comenzó a reírse, y luego se acercó a su rostro y le plantó un beso en la boca. Sara mantuvo los ojos abiertos hasta que él se despegó muy despacio de sus labios.

—En cambio vos sos perfecta, princesa —susurró antes de alejarse de ella y fijar sus ojos en la carta como si no hubiera pasado nada entre ellos. —Bueno, vamos a pedir o, a este paso, no cenamos.

Sara sintió un calor en los muslos que, de pronto, le subió hasta la cara. ¿Cómo era posible que estuviese tan excitada? Ella era la nueva Sara, una mujer segura de sí misma. Una mujer que tomaba la iniciativa y que no se intimidaba ante ningún hombre... Sí, sí, todo eso era muy bonito

en la teoría, pero en la práctica seguía siendo la misma tonta que se ruborizaba con un simple roce de labios. Desde luego, Ana tenía razón: tanto tiempo sin sexo no tenía que ser bueno.

Tras la cena, Eusebio la invitó a bailar un tango. Al principio, Sara se negó, pero él fue tan insistente que no le quedó más remedio que aceptar por pura cortesía.

—¡Por favor! Ten compasión con mis pies —le advirtió ella, moviendo las falanges.

Eusebio sonrió y, con uno de sus brazos, la atrajo a su cintura.

—Shh, princesa, no te preocupes, no te voy a pisar —susurró él, calentando con el aliento el lóbulo de su oreja—. Solo déjate llevar por la música, cuando bailas un tango experimentas un romance de tres minutos.

—¿No me digas? A ver si es verdad, porque hace mucho tiempo que ya no creo en los romances —afirmó ella, tajante, mientras Eusebio metía una pierna bajo la suya, apretando las nalgas contra su cintura.

—Esta noche voy a hacer que cambies de opinión —respondió él, con una sonrisa de ligón de discoteca.

Eusebio se movía seguro de sí mismo, haciendo de lazarillo de sus pies. Hubo un momento en el que Sara casi se cae al suelo, pero él la mantuvo firme, como ya lo estaba su entepierna. Entonces él la miró fijamente, atrapó sus labios y su lengua comenzó otro baile dentro de su paladar, investigando cada recoveco de su boca. Aquel beso fue tan apasionado como ese tango, en el que los besos y las caricias se entrelazaban entre sí al compás del sonido del acordeón.

—Creo que podemos pedir el postre —jadeó Sara, al apartarse de sus labios.

Eusebio pareció entender lo que ella necesitaba, de modo que la tomó de la mano y la sacó del local a toda prisa. Por el camino, no dejaron de besarse, y Sara estaba tan fogosa que incluso intentó abrirle el cuello de la camisa.

—Eso es, princesa. Eso es... —musitó él mientras la ayudaba a quitarse los primeros botones.

Al llegar al coche, Eusebio la sentó en el capó y comenzó a deshacerle la trenza con cadencia. El pelo de Sara cayó en cascada sobre sus hombros, y él ahuecó los dedos dentro de sus rizos.

—Sos una diosa —susurró él, mientras una de sus manos le bajaba hasta el pecho, masajeándolo con delicadeza.

—Creo que será mejor que nos vayamos al hotel —sugirió ella con los ojos nublados de deseo.

—Yo también lo creo... si seguimos así vamos a coger delante de todos.

Capítulo 8

Al llegar al hotel, Sara metió la tarjeta en la ranura de la puerta, mientras la nariz de Eusebio le hacía cosquillas en el cuello.

—Shh, para... —susurró ella entre risas, colocándole un dedo en la boca.

Cuando entraron en la habitación, Eusebio la levantó en volandas y la dejó caer en el colchón. Poco a poco él le quitó las sandalias y le sonrió de forma pícaro mientras terminaba de desprenderse de su ropa ante la mirada curiosa de ella, que no dejaba de evaluar aquel improvisado *striptease*.

—Princesa, me volvés loco, sos tan hermosa...

—Tú tampoco estás nada mal, sapito —gimió ella, haciendo eco dentro de su garganta.

—¿Tomás la píldora? —pregunto él, con voz queda.

—Sí, sapito... Aunque prefiero que te pongas un preservativo.

—¿Estás segura? Estoy sano y pienso demostrártelo.

—No lo dudo, pero es mejor no correr riesgos.

—Está bien. Voy a por uno.

—Te espero impaciente —afirmó ella, mordiéndose el labio inferior.

Eusebio caminó desnudo hasta una silla, donde estaba colgado su pantalón vaquero, y hurgó en uno de los bolsillos. Luego se acercó a Sara y, sin ninguna contemplación, le devoró la boca mientras metía una rodilla entre las suyas, separándole las piernas mientras los dedos palpaban su excitada hendidura. Con movimientos circulares masajeó su clítoris y, de un tirón, le arrancó el tanga. En ese instante, ella sonrió para sus adentros y se alegró más que nunca de no haberse puesto el conjunto de La Perla. Y, sin más preámbulos, él se colocó el preservativo y la penetró con fuerza.

—¿Te he hecho daño, princesa?

Sara abrió la boca y arqueó la espalda hacia atrás.

—Un poco, sapito, pero no pares, por favor... ¡Ahora, no pares!

Al escuchar su petición, Eusebio sonrió y comenzó a moverse más deprisa, hasta que el cuerpo de ella se aclimató a sus movimientos.

—Sapito, ten cuidado, ¡me vas a aplastar!

—Perdona, princesa... Decime, ¿te gusta?

Sara le contestó con una sutil sonrisa, deleitándose con la presión que su miembro ejercía dentro de ella mientras sus músculos comenzaban a contraerse. Ya no recordaba lo bien que se sentía al tener sexo, e incluso se emocionó con cada embestida. Lentamente el placer fue apoderándose de todo su cuerpo y percibió un fuego abrasador quemándole por dentro. Sin embargo, la imagen de Alfonso apareció en su cabeza en el momento menos oportuno, haciendo que su temperatura corporal bajase diez grados bajo cero.

—Ha sido fantástico —opinó él con la respiración agitada mientras le hacía un nudo al preservativo.

Durante unos segundos, Sara lo miró con ternura. A pesar de que su cuerpo no había llegado al clímax, aquel hombre la había ayudado a mudar de piel, y ahora se sentía un poco más libre de las ataduras de Alfonso. Y, sin saber el porqué, en un acto impulsivo, le dio las gracias, antes de

besarle uno de los hombros.

—¿Por qué me das las gracias? —indagó él al masajear sus sonrojadas mejillas.

—Porque me has desvirgado. —Eusebio frunció el ceño ante su respuesta—. Es broma, sapito, aunque tengo que reconocer que eres el segundo hombre que entra en mis dominios.

Eusebio giró la cabeza y, en un acto reflejo, se puso las gafas, como si las necesitase para entender lo que ella quería insinuarle.

—¿Es otra broma?

—No, es real —contestó Sara, cubriéndose los pechos con la sábana.

—¿De dónde has salido, princesa?

—¿De dónde voy a salir? Pues de la barriga de mi madre.

—Esta noche estás muy chistosa, ¿eh? —respondió él mientras le hacía cosquillas en el abdomen.

—¡No, no, paraaa, por favor!

Cuando ella puso las manos en alto como señal de rendición, él cesó de masajear su vientre.

—¿Querés que me quede a dormir? —preguntó él con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

Sara tardó unos segundos en responder. En realidad, aún no estaba preparada para compartir su almohada con ningún hombre. Dormir era para ella algo mucho más íntimo que probar todas las posturas de Kamasutra.

—Mejor que no, ha sido un día duro y estoy muerta de sueño.

Después de oír su veredicto, Eusebio saltó de la cama como si fuese un resorte y se puso los pantalones.

—Tenés razón, princesa, no te dejaría dormir —afirmó él, poniéndose la camisa por dentro de los vaqueros.

—¿Te ha molestado mi sinceridad?

—Para nada. Prefiero que descanses y que recuperes fuerzas... Aún me quedan seis días para hacer que te enamores de mí —aseguró con un guiño y una gran sonrisa en los labios—. Ah, recordá que mañana hemos quedado a la una para conocer los estudios. —Le dio un beso en la frente—. Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, sapito.

Al escuchar el chasquido de la puerta, Sara se olfateó la piel y se metió bajo la ducha. Todavía no entendía por qué sentía la imperiosa necesidad de arrancar ese perfume masculino de su cuerpo, pero necesitaba hacerlo. Por desgracia, Eusebio no la había hecho vibrar como ella esperaba, y se sentía mal consigo misma. Quizás no debería haber forzado la situación, al fin y al cabo era la primera vez que se veían sin una cámara de por medio. Sin embargo, quería intentarlo. Quería comprobar si su cuerpo era capaz de conectar con el suyo. Quería comprobar si su boca era capaz de borrar las huellas de un pasado tortuoso. Quería comprobar si el calor de su piel era capaz de ahuyentar al fantasma de Alfonso de su mente. Pero no. Estaba equivocada, y ni sus labios ni sus caricias habían estado a la altura de sus expectativas. Casi podía asegurar que, por muchos besos que le diera a su sapito, él jamás se convertiría en el príncipe de sus sueños.

Al día siguiente, Sara y Ana, de la mano de Eusebio y de su mejor amigo, Darío, fueron a conocer los estudios de producción S. W. S, uno de los más reconocidos dentro del mundo cinematográfico. La compañía Senea World Studios disponía de varias sedes repartidas entre

Nueva York, Los Ángeles y Montreal. Normalmente, los estudios estaban situados en la periferia, como era el caso de Buenos Aires.

Cuando Sara llegó al imponente edificio, tuvo que parpadear varias veces. En su vida había visto nada igual, era como si estuviese dentro de un mundo de fantasía. De repente, se vio iluminada por un par de focos y acabó medio ciega al fijarse en uno de ellos; en ese momento la vista se le nubló y solo veía cientos de puntitos blancos moviéndose de manera intermitente. ¡Odiaba esa sensación! Por eso mismo nunca quería salir en las fotos con flash.

Con la mano en forma de visera, alzó el cuello y observó varias cámaras de cine enganchadas de una grúa móvil. Estaba rodeada por infinidad de cables y, en vez de andar, daba la impresión de que había salido de la misma charca que su sapito, pues iba dando saltitos para no caerse. Luego se fijó en los camerinos, situados en fila india, y también en la colorida pintura que recubrían las paredes de los decorados, asemejándose a un estuche de Carioca. Había un ajeteo constante de movimiento. No paraba de entrar y salir gente. Entonces ella empezó a tomar conciencia del duro trabajo que había detrás de una película, tal como pasaba con la creación de una novela.

Eusebio, tomando el rol de guía turístico, les mostró las diversas salas, explicándoles los pasos de cualquier filmación: preproducción, rodaje, postproducción y distribución. Se notaba que estaba documentado, mientras Sara no quitaba la vista de sus dos ojos cetrinos. Estaban preciosos, parecían los de una pantera y cambiaban de tonalidad según les iluminase la luz del día, igual que les pasaba a los de Ana y, cómo no, a los de su ex, que cuando se nublaban se oscurecían como la piel de una sandía. Ahora comprendía por qué se había convertido en vegana, ya que con tanto verdor a su alrededor podía hacerse una ensalada e incluso la fotosíntesis.

De pronto, se dio cuenta de que lo había vuelto hacer. Había vuelto a acordarse de su ex y se odió a sí misma por recordar su mirada macarena. Por desgracia, el nombre de Alfonso seguía cosido entre sus entrañas. Todavía se acordaba de sus caricias, de sus besos y hasta de su aroma. Sí, todavía se acordaba de él y le daba mucha rabia no poder apagar esa antorcha de dolor que aún ardía en su interior. Pero ¿por qué narices seguía recordándolo? Estaba en Buenos Aires, trabajando en un proyecto apasionante, al lado de un hombre atractivo, culto y divertido. En cambio, no parecía ser suficiente, y todavía le dolía su engaño. ¿Qué más tendría que hacer? Quizás acostarse con muchos Eusebios hasta que su corazón se emborrachase de placer.

—¡Eh, princesa! ¿Qué te ocurre? ¿Acaso te estoy aburriendo?

—No, no, para nada. Estaba pensando. Esto... vale, me has pillado. ¡Ains! —exclamó Sara, emitiendo un leve suspiro—. Estoy un poco nerviosa. Aún me parece mentira que vayan a hacer una película con mis personajes.

—Perdona, te he bombardeado con demasiada información. Estoy seguro de que Mónica te lo explicará mejor. ¿Qué te parece si la llamamos y almorzamos con ella?

—Me parece una idea estupenda.

Tras acabar la excursión por los estudios, todos se acercaron hasta la cafetería, que parecía más bien un gimnasio repleto de cuerpos fibrosos. Sara no daba crédito a lo que estaba viendo, pues no sabía si aquellos hombres eran extras, actores o modelos, pero había un denominador común: el culto a la belleza.

—¡Flipante! Esto es el puto paraíso —le murmuró Ana.

—Por favor, si parecen cruasanes.

—¡Venga ya! No me dirás que no te los comerías a todos, porque tu Eusebi también tiene unos buenos bíceps —afirmó, mordiéndose el labio inferior.

—Eres un caso perdido. Además, ¿cómo puedes comparar estos clones de bollería industrial con un dulce casero?

—¿Dulce casero? Definitivamente, desde que escribes, se te va la olla con las metáforas.

—¿No me digas? No me había dado cuenta —ironizó Sara antes de acercarse a una mesa ovalada, en la cual ya estaban sentados Eusebio y Darío.

—¿Qué van a comer? Es estilo bufé, así que sírvanse ustedes mismas —les sugirió Darío.

—¡Mirad, allí viene Mónica! —exclamó Ana.

—Sí, le avisé que estábamos acá —matizó Eusebio.

—¿Qué tal, chicos? Me alegra verlos por el plató, sobre todo a ti, Sarita, pronto te acostumbrarás a este ritmo de trabajo desenfrenado.

—No lo creo, es decir, no creo que esté mucho por los estudios. Este no es mi lugar.

—¿Cómo pensás eso? Si sos la escritora. Mira, Sara, vos sos la que mejor conoce a tus personajes, la única que sabe lo que realmente sienten y la única que tiene la última palabra junto al director.

—Pero, yo pensé que...

—Anda, no pienses tanto y disfruta de la vista. Si ella no quiere venir, yo vendré con gusto en su lugar —opinó Ana, dejando a Sara con la palabra en la boca.

Mónica sonrió ante el comentario de Ana, sin embargo, a Sara no le hizo tanta gracia y fulminó a su amiga con la mirada.

—Bueno, bueno, noto un poco de tensión en el ambiente, ¿qué tal si antes de comer nos tomamos una copita de fernet para limar asperezas? —sugirió Mónica.

—¿De qué...? —respondió Sara.

—De fernet, es una especie de vermú que tomamos en el aperitivo.

Sara negó con el dedo índice.

—Oh, muchas gracias, pero no aguanto el alcohol, y menos con el estómago vacío. Yo prefiero tomarme una Coca Cola.

—¡Anda, no seas aguafiestas! Probalo y después me decís. Normalmente lo tomamos con cola —explicó Mónica.

Sara observó con recelo aquella botella de alcohol, pero, ante la insistencia de su editora, aceptó tomarse un trago.

—¿Y qué tal? —inquirió Mónica—. ¿Te gusta?

—¡Buah, sin comentarios! —exclamó Sara, con las manos puestas en el estómago.

Todos se rieron de ella al verle la cara: estaba roja como un tomate mientras Mónica le sujetaba la copa.

—¡Vamos, tómatela entera! —la animó Mónica.

—¡Ni de coña! Si quieres emborracharme, vas a tener que pedirme una botella de ron Legendario.

—¡Venga! —Mónica volvió a insistirle.

En ese instante, Ana, Eusebio y Darío se fundieron en una mirada cómplice, poniendo los ojos del gato con botas mientras Sara los observaba con cara de: esto-no-puede-estar-pasándome-a-mí.

—Vale, vale... vosotros ganáis, pero no me responsabilizo de mis actos. Os lo advierto, el alcohol me vuelve agresiva.

Aquel aperitivo se alargó más de la cuenta, y Sara acabó convirtiéndose en la fan número uno del fernet. Entre copa y copa, las risas subieron unos cuantos decibelios e invadieron de alegría

aquellas conversaciones banales. Sin duda el fernet era un antidepresivo muy eficaz.

—Ana, ¿quieres ver los decorados de tu serie favorita? —sugirió Darío.

—¡Oh, me encantaría! —Emocionada, se puso de pie y empezó a dar palmaditas como si fuese una foca—. No sabía que esta temporada habían rodado en Buenos Aires.

—Sí, ha sido una sorpresa para todos los fans.

—¡Ya te digo! Sara, ¿vienes con nosotros?

—No, gracias, yo prefiero ver el decorado de los aseos —bromeó, intentando levantarse de la silla—. Mónica, ¿sabes dónde están?

—Sí, claro. Acá tenés uno, pero yo en tu lugar iba a los que están arriba. Esta tarde no hay rodaje y fijo que están vacíos —comentó sin despegar los ojos de su cuarta copa.

—Perfecto, ahora regreso.

De repente, Sara se tambaleó hacia atrás y Eusebio la sujetó de la cintura.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy un poco mareada.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿En seriooo quierees acompañarme a hacer piiiis? —Eusebio la miró interrogante, y ella esbozó una vaporosa sonrisa—. Graciaaas, pero no hace falta.

—¿Seguro?

—Seguro —repitió ella, con voz aterciopelada.

Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia el ascensor. Mientras subía a la primera planta, una taquicardia le invadió el pecho, y una pátina de sudor, frío como el hielo, le recorrió todo el cuerpo.

¡Santo cielo, había pillado una buena melopea!

Haciendo dobleces con las piernas, al final consiguió llegar a su destino. Lo primero que hizo fue apoyar las palmas de las manos sobre una gigantesca encimera de mármol. Al cerrar los ojos comprobó que Mónica tenía razón: el lugar estaba desierto. En parte agradeció ese silencio, pues no soportaba el bullicio infernal que reinaba en la cafetería. De hecho, las aglomeraciones y el ruido estridente le provocaban ansiedad y siempre huía de los ambientes estresantes. Abrió el grifo del lavabo y, echándose un poco de agua bajo la nuca, se acordó de Dios y de toda su familia mientras exclamaba un par de improperios.

«Pero ¿qué coño he hecho?», se preguntó cuando vio su reflejo en el espejo: estaba demacrada y tenía el pelo hecho un asco. A continuación, entró en el aseo como si fuese un miura. Al cerrar la puerta, sus fosas nasales se inundaron de un fuerte olor a lejía que le provocó náuseas. Como si fuese un autómatas, abrió la tapadera del váter, dispuesta a expulsar de las venas hasta la última gota de fernet, aunque no lo consiguió. De nuevo cerró los ojos y sintió cómo sus neuronas se centrifugaban a una velocidad desorbitada. Todo le daba vueltas y parecía que las piernas se le habían transformado en mantequilla. Y, como colofón, pensó en Alfonso y rompió a llorar.

Durante un buen rato, dio rienda suelta a sus emociones, hasta que el ruido de unos nudillos tocando en la puerta de manera insistente la hizo reaccionar.

—¿Ocurre algo? ¿Se encuentra bien?

Al escuchar la voz de un hombre, se quedó impactada. Pero ¿cómo era posible? A no ser que fuese un perverso y que se dedicase a espiar en los aseos femeninos, no encontraba otra explicación más coherente. Esa, o quizás es que había entrado al baño contrario y no se había fijado en si el muñequito de la entrada llevaba falda o pantalón.

—Sí... esto, no me pasaa nada, enseguida salgooo —contestó ella, limpiándose las lágrimas

con el dorso de la mano.

—No me lo parece.

—¿El qué nooo lo pareeece?

—Que esté bien.

—¡Clarooo queee estoy bien! —reiteró, frotándose los ojos.

—No se lo tome a mal, pero no la creo. Por favor, ¿podría abrir la puerta para comprobarlo?

Extrañada por aquella inaudita petición, Sara frunció el ceño. Al parecer ese tipo tampoco estaba muy cuerdo si pensaba que ella le abriría la puerta a un desconocido, y mucho menos con su careto de borracha; ¡vamos, ni loca!

—Leee agradeeeezco su preocupaaación, peero ya le he dichooo que estooy biiien.

—¿No me diga? Entonces no le importará abrir la puerta para que vea con mis propios ojos lo bien que se encuentra.

Sara arrugó la nariz, pensando que aquel imbécil la estaba retando. Pero ¿por qué no la dejaba en paz? Se suponía que los caballeros andantes que salvaban a damiselas en apuros hacía muuucho tiempo que ya se habían extinguido. Sin embargo, estaba equivocada, y aún quedaba uno al otro lado de la puerta.

—Oigaaa, no sea pesado y váyaseee por dondeee ha venidooo.

—¡Oiga usted! Soy actor y tengo que regresar al rodaje, así que si no quiere que llame a seguridad, le sugiero que abra esta maldita puerta.

¿Había escuchado bien? Aquel energúmeno no se andaba con rodeos.

Al escuchar la palabra seguridad, Sara abrió los ojos como dos platillos volantes y se llevó una mano al pecho, intentando normalizar su respiración. ¡No, por favor! Lo último que quería era formar un escándalo en los estudios.

Convulsa, se acicaló el pelo con las manos mientras imaginaba cómo sería físicamente ese actor. ¿Sería tan varonil como el tono de su voz? Impaciente por verle el rostro, quitó el pestillo de la puerta y alzó la barbilla, orgullosa, emulando un estado de sobriedad. Aunque todo su esfuerzo por parecer una persona agnóstica fue en vano, ya que las piernas le traicionaron y cayó de lleno sobre él.

—Lo sientooo, esto... —balbuceó mientras la cabeza seguía apoyada en su torso, que parecía estar hecho de hormigón. Instintivamente, cerró los ojos y disfrutó del tacto de aquel pecho fuerte y cálido. ¡Por todos los santos! Pero ¿cómo era posible que hubiera pasado del infierno al cielo en tan poco tiempo? Se sentía igual de protegida que en el vientre de su madre.

Aún no se había recompuesto de esa agradable sensación cuando los ojos de aquel desconocido la terminaron de sentenciar. Tenía dos ojazos: los más bonitos que había contemplado jamás. Más incluso que los de Alfonso. Eran celestes, como el color del cielo en un día calmado; y brillantes, como dos estrellas en la oscuridad. Aquella mirada la abdujo y la transportó al mar. Entonces se dio cuenta de que otro oleaje mucho más fuerte que el del fernet se le había instalado en la boca del estómago. Daba la sensación de que se hundía en las aguas de esos iris cristalinos mientras sus dedos crispados se solazaban con la suavidad y el aroma masculino que desprendía su camisa de lino blanco. ¡Oh, Dios! Sentir el calor de su cuerpo, oler su *aftershave* y ver el fuego de su mirada la habían catapultado a un estado de éxtasis. Su mente se había nublado y no podía pensar en nada. Ni siquiera en su ex. Por primera vez en mucho tiempo, un hombre la había impactado en todos los sentidos.

Desconocido 1- Alfonso 0.

«¡Vaya con el actor!», se dijo a sí misma acompañado de un silbido lascivo que hacía eco

dentro de su cabeza.

Al observarlo detenidamente, comprobó que su rostro se parangonaba con el de un dios griego. Tenía el mentón cuadrado y los pómulos bastante pronunciados. Estaba tan cerca de su boca que incluso olió su aliento a café mientras atisbaba una pequeña cicatriz que le sobresalía por encima de uno de sus hoyuelos. Después, examinó sus labios: dulces y esponjosos como las nubes de golosina. Sin ningún pudor, lo analizó a cámara lenta, hasta que esa expresión fría y hermética cambió, dedicándole una sonrisa impecable e implacable, con unos dientes tan blancos y alineados que la encandilaron entre aquella luz tan tenue.

¡Jaque mate!

Al instante cayó en la cuenta de que ese tipo era igual que uno de los actores que iba a participar en el *casting* de la película.

Sintió calor. Frío. Y de nuevo, calor. Muchísima calor.

En efecto, ese hombre de aspecto regio, sublime y celestial era Devon Stelin. No obstante, estaba mucho mejor al natural que retocado con tanto Photoshop. Sobre todo, estaba mucho más accesible, a tan solo unos centímetros de sus labios. Lucía una barba incipiente, y se apreciaban algunas arruguitas a cada lado de sus dos luceros. Pero lo que más le impresionó fue su aura. Se notaba muy seguro de sí mismo; tanto, que por un momento pensó que le había arrebatado la voluntad. Sí. Ese hombre era justo lo ella estaba buscando para interpretar el papel de Ren Carter. Era tal como lo imaginaba, como si alguien se hubiese metido dentro de su cerebro y le hubiese hecho una diapositiva a su personaje de ficción para después moldearlo en carne y hueso.

—¿Está bien? ¿De verdad no quiere que llame a alguien?

Sara se quedó muda. ¿Por qué ese actor le ponía tan nerviosa? Los estudios estaban invadidos por un montón de metrosexuales que le quitaban el habla a cualquiera, en cambio ese tal Devon se la había quitado del todo.

«¡Madre mía! ¿Ahora qué hago? O bien le digo quién soy, o bien salgo echando leches de aquí y, con suerte, se olvida de mi careto».

Al final optó por la segunda opción. Aunque intuyó que no sería nada fácil desprenderse de aquella muralla de músculos.

—¡Espere! ¿Dónde va? Se deja el... bolso —vitreó él mientras salía del baño e iba tras ella.

Al escucharlo, Sara aumentó la velocidad de sus pasos. En aquel momento le importaba un pimiento recuperar el bolso y su contenido, en realidad, lo único que deseaba era recuperar su autoestima. Mientras caminaba, esbozaba una pequeña sonrisa, pensando que quizás debería patentar esa nueva forma de ligar. ¿Por qué no? Se sentía como una cenicienta moderna, solo que en vez de dejar un zapato de cristal, ella dejaba sus datos personales. Desde luego, era un método infalible para llamar la atención de un hombre, aunque, esta vez, buscaba conseguir el efecto contrario. Y es que nunca hubiera imaginado que conocería a Devon Stelin dentro de un aseo, llorando como una magdalena y, para colmo, con un trancazo del quince. Sin embargo, ya era demasiado tarde para lamentarse, porque él la alcanzó en un par de zancadas y la sujetó del brazo, haciendo que se girase sobre sus talones.

Cuando se dio la vuelta, de nuevo se dio de bruces con aquella mirada azul láser y por poco sufre un infarto vaginal.

—¿Seguro que no quiere que la acompañe a algún sitio? —preguntó Devon, devolviéndole el bolso, sin prisa, como si fuese un objeto muy valioso a punto de romperse.

Sara negó tímidamente con la cabeza y se lo colocó en forma de bandolera, percibiendo cómo

aquellas diáfanas retinas le taladraban el rostro.

—Está bien, como prefiera —masculló Devon, curvando los labios en una sonrisa que podría pararle el corazón a cualquiera.

Sara le apartó la mirada, se aferró al asa del bolso y respiró con avaricia. Estaba casi segura de que, tras ganar una medalla por colaboración ciudadana, ese actor desaparecería de su campo de visión. Sin embargo, estaba equivocada y, en vez de retirarse, él enredó entre su dedo uno de sus largos rizos y se lo llevó a la boca. Al sentir el fuego de sus labios, ella abrió los ojos de par en par y lo miró interrogante. Pero ¿quién le había dado permiso para que besara su melena a su antojo? ¡Oh, Dios! Aunque había que reconocer que sabía cómo hacerlo y, con ese gesto tan inofensivo, la estaba poniendo a doscientos por hora. Incluso estuvo tentada a cerrar los ojos para dejarse llevar por aquella sensación que le encrespaba todo el vello del cuerpo. Pero no. No podía hacer caso a sus instintos. Claro que no. Por desgracia, ella no era como Ana. La noche anterior se había tirado a Eusebio y ahora estaba dispuesta a tirarse al actor principal. A este paso acabaría tirándose a todo el equipo de producción.

De modo que, haciendo un esfuerzo titánico por apartarse de él, le dio un manotazo y no dejó que continuase intimidándola.

—¿Qué coño estáss haciendooo! ¿Acaso eeeres imbéciiil?

—¿Española? ¡Vaya! En vez de darme las gracias por ayudarte, me insultas. Bonita forma de presentarte.

—¿Perdonaaa? Mira, te agradeezco lo del bolso, pero eso nooo te da ningún derechooo a tocarme ni un solo pelo.

Sara intentó mantener la compostura, pero la lengua le pesaba toneladas, algo que a él parecía divertirle.

—Tienes razón. Lo siento, no he podido contenerme. Me recuerdas a un perro de agua.

Sara lo miró con la boca abierta antes de hablar.

—¿Me estáss comparandooo con un perrooo? ¡Já! Para mí eso no es un insultooo. Créeme.

Y soltando una carcajada, Devon colocó otra mano en la pared, acorralándola entre sus torneados brazos.

—No pretendía hacerlo —le musitó al oído.

Al percibir el calor de su aliento y el magnetismo que irradiaba esa mirada azulada y penetrante, Sara sintió que se mareaba de deseo. Estaba parada muy cerca de sus labios. Demasiado cerca, y solo deseaba besarlos. ¿Qué mujer no lo desearía? Sin embargo, una ráfaga de luz apareció delante de sus ojos pardos, rompiendo la magia del momento. ¿En qué estaba pensando? Ese actor solo era un compañero de rodaje, una pieza más del puzle. Seguramente el fernet estaba bajándole de la cabeza, porque al fin pudo evaluar la situación. Tenía que irse de allí cuanto antes y lo empujó hacia atrás, intentando zafarse de sus brazos. Pero fue imposible, el torso de ese hombre era como atravesar un muro infranqueable.

—Oyeee, miraaa, ¿por qué no te pierdes un rato de miii vistaaa? Me duele muchooo la cabeza para aguantaar tus gilipollecees.

Con un gesto de sorpresa, Devon arqueó una ceja, y volvió a murmurarle al oído:

—Discrepo, más bien pareces una leona, una leona muy furiosa. —Puso las dos manos en alto—. Está bien, me rindo... Cuídate, fierecilla.

Justo después, se alejó de ella, caminando unos pasos hacia atrás sin dejar de sonreír, mientras Sara, que aún estaba temblando como una hoja, no podía apartar los ojos de su espectacular anatomía. Ahora comprendía las palabras de Ana y de Mónica: ese actor era demasiado perfecto.

Demasiado hombre y también demasiado engreído, y solo le habían hecho falta un par de minutos para comprobarlo. Apostaría lo que fuese a que ese encuentro le pasaría factura y, además, con altos intereses.

Capítulo 9

Después de su encuentro inesperado con aquella desconocida, Devon se dirigió a la sala donde estaba ensayando la escena que debía interpretar para el *casting* de una nueva película, basada en el superventas de una escritora novel. Desde que la productora lo había llamado para ofrecerle formar parte del elenco de actores, apenas lo había meditado, y aceptó de inmediato. Para él, era un reto personal. Eso sí, antes de decidirse, ya se había leído el guion, y Ren Carter era un personaje que había conectado con su lado actoral. Además, era la primera vez que optaba a un papel protagonista en una película. Antes había participado en otros proyectos cinematográficos, sin embargo, habían sido papeles secundarios. Pero ahora, gracias a Ren Carter, se abría ante él un abanico lleno de oportunidades.

En realidad, su verdadera pasión estaba del lado de los escenarios, y no era de extrañar, pues se había criado detrás de un telón, contemplando a través de las bambalinas cómo su madre, una conocida actriz de teatro, se transformaba en una fémina agresiva, irónica o amorosa. Sí, amorosa, justo el papel que a él le hubiese gustado que interpretase en la vida real. Había muchas cosas que todavía no podía perdonarle a Aurora Montreal, y una de ellas era que lo había apartado de sus brazos cuando él apenas era un niño. Según ella, los compromisos teatrales la mantenían tan ocupada que no podía hacerse cargo de la educación de su único retoño.

Con solo seis años se fue a vivir lejos de sus padres y entró en un colegio privado (o cárcel de señoritos como él solía llamarlo). Paradójicamente, muchas veces deseaba no tener familia antes que haber conocido a una madre así, tan fría y tan soberbia. En el fondo de su ser todavía no había podido perdonarle que se hubiese deshecho de él como si fuese un juguete roto. ¿Por qué lo había hecho? Ninguna mujer en sus santos cabales se separaría de su hijo. Aún no comprendía cuál había sido su error. Lo único que, a ciencia cierta, sabía, era que su relación con ella iba de mal en peor y, con el paso de los años, se había creado entre ambos una barrera irrompible.

Tras la muerte de su padre, los problemas con su madre no menguaron, al revés, se intensificaron. Él era el pilar de la familia y había sido la luz de su infancia. Nunca faltaba a un cumpleaños ni a una fecha señalada, y siempre tenía una dulce sonrisa con la que conseguía ahuyentar todas sus pesadillas. Para él, era su papá. Devon sabía que no había tenido nada que ver con la decisión de encerrarlo en ese puto internado; incluso una vez escuchó cómo intentaba quitarle a su madre de la cabeza esa estúpida idea de dejarlo al cuidado de unos desconocidos. Pero todo fue en vano. Estaba tan enamorado de Aurora Montreal que bebía los vientos por su esposa. Devon nunca lo culpó, ahora comprendía el poder de persuasión que podían llegar a desarrollar algunas mujeres. Y había que reconocer que su madre no era cualquier mujer. Desde luego, no lo era.

Con el paso de los años, su corazón se había transformado en un bloque de hielo. Devon se había convertido en un hombre insensible, y todo por cortesía de su progenitora. Al parecer, en aquel colegio habían hecho un buen trabajo, educándolo como un caballero en el que primaban los modales por encima de los propios sentimientos. El internado fue su mejor escuela de teatro, la primera en la que aprendió a interpretar el papel de aparentar ser un niño feliz.

—¿Dónde estabas? —inquirió Steve, que apareció en la sala interrumpiendo sus cavilaciones—. ¡No me digas que otra vez te has tirado a una fan en el camerino!

—No, qué va, ojalá me hubiese tirado a esa preciosidad —contestó Devon, con una sonrisa pizpireta.

—¿Cómo dices?

—Digo que acabo de conocer a una mujer increíble. —Devon achicó los ojos—. Sí, no me mires así.

—¿Me estás diciendo que has conocido a una mujer y que aún estás pensado en ella? ¿Seguro que no estás enfermo? —ironizó Steve, colocándole una mano en la frente.

—Necesito saber quién es esa fierecilla.

—¿Fierecilla? Definitivamente, esa mujer te ha embrujado.

—Puede ser... ¿Alguna vez has mirado a una mujer y has podido ver más allá de sus ojos?

—¿De verdad me lo preguntas a mí? No, qué va, ya sabes que no suelo fijarme en los ojos... Hay otras partes que me llaman más la atención —puntualizó Steve de forma lenta y deliberada. —A continuación, abrió un paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo. —Anda, fúmate uno, a ver si te relajas.

Devon aceptó, lo encendió con la boquilla del suyo y luego le dio una fuerte calada.

—Si vieras la borrachera que llevaba encima y, para colmo, estaba en el servicio de los tíos.

—Qué raro, a esta hora no debería haber nadie merodeando por aquí. ¿Ves? Te he dicho mil veces que no es buena idea quedarte a ensayar tan tarde, un día de estos te va asaltar una chiflada y después será tarde para arrepentirte.

—Quizás sea una actriz o alguna periodista.

—¿Todavía estás con lo mismo?

—Tienes razón, aún no he terminado de ensayar. No debería estar pensando en esa mujer.

—Ese es mi chico. —Le dio una sonora palmada en la espalda—. ¿Por qué no lo dejas por hoy? Ayer tuviste la presentación de *Misterios en Manhattan* y apenas has dormido.

—Lo sé, pero necesito el papel. —Devon apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Y por qué tanto empeño? ¿No me dijiste que preferías regresar al teatro?

—Y sigo pensando lo mismo, pero, antes de dejar el cine, quiero demostrarle a mi madre que no soy un actor mediocre.

—Devon, no puedes seguir culpándola por lo que te pasó en el pasado. ¿Cuándo la perdonarás?

—No lo sé, después de la muerte de mi padre no ha sido fácil lidiar con ella... Todavía no sé cuándo llegará el día en el que pueda perdonarla.

—¡Joder, Devon! Pero ahora estáis bien, al menos tenéis una relación cordial, así que, por favor, intenta no cagarla. Además, si tanto quieres conseguir ese papel, más te vale que así sea —le aconsejó Steve, apoyando el trasero sobre una mesa.

—Tranquilo, Steve, sé lo que hago —aseguró, antes de apagar el cigarrillo—. Ah, por cierto, esta noche no hagas planes, vamos a ir al estreno de la nueva obra de teatro de mi madre.

—¿Esta noche? Pero si habíamos quedado en cenar con Rodrigo, ya sabes, el de la productora mexicana —le recordó Steve, peleándose con el nudo de la corbata.

—Pues cancelalo.

—¡Devon! No es tan sencillo, la cena estaba programada desde hace un par de semanas. —Nervioso, Steve se pasó las manos por el pelo—. ¿Por qué no hablas con tu madre? Yo soy el primero que quiero que hagas las paces con ella, pero no esta noche.

Devon enarcó una ceja y lo miró sin compasión.

—Steve, no te pago para que me cuestiones. Necesito hablar con Logan, así que vamos a ir a la

función, y es mi última palabra. Seguro que se te ocurre algo para salir del paso. —Acabó la frase con un gesto taimado.

Steve resopló y puso los ojos en blanco.

—Está bien, pero después de la función nos tomaremos unas copas donde yo diga y con quien yo diga. —Steve le ofreció la mano.

—Eso está hecho, amigo.

Sara apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta el suelo. «Devon, Devon, Devon». Parecía que ese nombre se le había grabado a fuego lento en la mente. Aquel actor tenía un magnetismo especial y, aunque ella había intentado con todas sus fuerzas parapetarse de sus ataques, no pudo hacer nada ante el poder de su hipnótica mirada. Sí, sus dos iris eran como dos flechas que le habían agrietado el pecho. Esos ojazos la habían amilanado. Devon era un depredador nato, y su forma de hablar e incluso de caminar estaban hechas para aniquilar a sus víctimas. De pronto, se sacudió la cabeza para regresar a la realidad. ¿Pero cómo era posible que ese tipo le hubiera provocado una taquicardia aguda? No, no era normal. ¿Qué demonios le estaba pasando? Hacía más de un año que su corazón estaba blindado, sin embargo, ahora le había dado por abrir la puerta a un desconocido con el aspecto de un dios. ¿Un dios? ¿Cómo podía comparar a Devon Stelin con un dios? No, esto estaba yendo demasiado lejos. No era un dios. Claro que no, solo era un actor arrogante; solo era un hombre de carne y hueso bañado por la gracia de la diosa Afrodita. ¡No, no y no! Lo había vuelto a idolatrar. Vale, era guapo. Mucho. Muchísimo. A no poder más. Y además, su voz, sus dedos largos y masculinos, su olor a café... y su boca. ¡Oh, sí! Sobre todo, su boca había despertado dentro de ella sus instintos más primitivos.

Cuando llegó al hotel, se quitó las sandalias y se tumbó en la cama. Al final se había marchado de los estudios sin despedirse de nadie. Al menos tuvo la decencia de enviarle a Mónica un mensaje donde se disculpaba por su comportamiento. En realidad estaba demasiado cansada como para seguir bebiendo y, además, quería estar sola. Necesitaba ordenar sus ideas.

Se agarró a la almohada, cerró los ojos y, de nuevo, rebobinó todo lo sucedido. Musitó un par de veces el nombre de Devon y, sin darse ni cuenta, se quedó plenamente dormida.

Unas horas más tarde, la voz de Ana la despertó. Sobresaltada, abrió los ojos y se encontró de frente con la imagen de su amiga con el entrecejo arrugado y los brazos puestos en jarras.

—¿Se puede saber por qué no me has cogido el teléfono? Nos tenías a todos muy preocupados.

—Esto... le quité el sonido... ¡Uy, qué dolor de cabeza! Parece que me ha pasado un camión por encima —se quejó, tocándose la frente—. ¿Y los demás?

—Ni idea, después de que Mónica nos enseñara tu inesperado mensaje, se nos cortó el rollo.

—Oh, lo siento mucho. Te he dejado sola, perdóname.

—No tienes que pedirme perdón. En realidad, me lo he pasado de vicio, pero la próxima vez, avisa. No te cuesta nada.

Sara se dejó caer en la cama con las manos y los pies en forma de aspa.

—Y dime, ¿quién te ha traído al hotel?

—Pues tu querido sapito... Darío y él han sido muy amables.

—Sí, son unos tíos geniales.

En ese instante, Sara giró la cabeza y observó a Ana, ¡pero qué guapa estaba! Borracha o no, su amiga siempre brillaba con luz propia.

—¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago el qué? —repitió Ana, con las palmas de la mano boca arriba.

—Para estar siempre así, tan perfecta... ¿De verdad no se te ha subido el fernet? ¿Ni un poquito? —preguntó, enfatizando con los dedos.

—Ni un poquito. Chiqui, no estás acostumbrada a beber, es lógico. —Ana miró un reloj de madera que había colgado en la pared de gotelé—. Uy, son casi las siete y tenemos que estar listas a las nueve para ir al estreno de una obra de teatro. Mónica me ha dado las entradas.

—¿Una obra de teatro? Qué raro, Mónica no me ha comentado nada.

—¿Cómo iba a hacerlo? Te recuerdo que te largaste de los estudios como alma que llevaba el diablo.

—¡*El lago de Lucifer!* —exclamó Sara, observando los tickets—. Vaya, vaya, hoy vamos a conocer a Aurora Montreal, la madre de ese tal Devon.

—Así es, ¿y sabes lo que eso significa? Significa que lo más seguro es que su hijito lindo ande por allí. ¡Ay, Dios! Si lo veo me desmayo, te lo juro, chiqui. No puedo esperar al miércoles para conocerlo en persona.

Sara se arrellanó en una silla y, pensativa, se llevó un dedo a la boca. Su amiga estaba en lo cierto: había muchas probabilidades de que ambos volvieran a coincidir.

—Chiqui, ¿estás bien? Te has puesto pálida, parece que hayas visto a un fantasma.

—No, no es nada, solo estaba pensando que vas a tener que dejarme algo de ropa para esta noche.

—Si es por eso, no te preocupes, ya sabes que me traje maleta para tres personas.

—Perfecto, entonces vamos a empezar a arreglarnos.

Al final Sara optó por ponerse un vestido corto de color negro, con flecos en los bordes, de la firma BDBA. Esa noche se había dejado el pelo suelto y, para dar un toque de color a su indumentaria, se calzó unos taconazos rojos.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Sara mientras agitaba su larga melena.

—Estás preciosa, chiqui, hasta te pareces a mí —contestó Ana con un ojo pintado.

—No puedo decir lo mismo de ti —opinó Sara, y emitió una sonora carcajada—. ¡Vamos, date prisa, solo tenemos veinte minutos!

Sara se miró en el espejo y sonrió. Hacía mucho tiempo que no se veía tan hermosa. Aquel reflejo le gustaba y había elevado su ego. Esa era la idea. Necesitaba estar segura de sí misma para poder enfrentarse de nuevo a la mirada de ese actor. ¿De verdad lo volvería a ver? Al acordarse de Devon, la barra de labios tembló en el contorno de su boca escarlata. Otra vez estaba pensando en ese hombre. De hecho, durante toda la tarde, no había podido apartarlo de sus pensamientos. De repente, dio un salto de júbilo... ¡Sí, estaba olvidando a Alfonso! Casi dos años después de su divorcio, su corazón comenzaba a liberarse de ese traumático recuerdo. Sin embargo, aquella alegría se vio empañada cuando se dio cuenta de que había dejado de pensar en un cabrón para pensar en otro.

Tras cenar en el barrio de Palermo, en un exclusivo restaurante, junto al señor Brandon, Mónica, Eusebio y Ana, Sara llegó al Teatro Nacional Cervantes. Antes de entrar en el edificio, ella alzó la mirada para observar la fachada, la cual gozaba de innumerables pináculos, predominando un estilo plateresco. Sin duda, la influencia de los Reyes Católicos había llegado a muchos edificios de Buenos Aires, dando a entender la inmensidad que había tenido el imperio

español en su época de mayor esplendor.

Una vez dentro, todos se sentaron en primera fila, excepto el señor Brandon, que aún estaba de pie, hablando con varias personalidades del mundo del teatro.

—Sara, ¿te ocurre algo? Durante la cena has estado muy callada —comentó Mónica—. ¿Aún tenés fernet en las venas?

Sara le contestó con una dulce sonrisa. Mónica tenía razón: durante la cena por poco se atraganta al escuchar el nombre de Devon. En el fondo no sabía cómo decirle dónde y en qué lamentable estado lo había conocido. Estaba tremendamente avergonzada y, si pudiera, borraría ese momento de su vida. De repente, respiró con fuerza, como si hubiera encontrado las palabras necesarias para confesarle la verdad. Sin embargo, al sentir el tacto de una mano acariciándole el muslo, su cuerpo se tensó y la mente se le quedó en blanco.

—Princesa, tengo muchas ganas de que acabe la función para ir al hotel y arrancarte la tanga con la boca —le murmuró Eusebio en la oreja.

Sara se giró muy despacio y lo miró con un rictus de turbación. En vez de excitarse con sus palabras, le dio por reír. Si antes lo intuía, ahora ya era un hecho: su sapito acababa de perder el último comodín para poder conquistarla.

—¿Buscás a alguien? —preguntó Eusebio—. No paras de mover el cuello.

—No, solo estaba mirando el interior del teatro. Es una maravilla.

—Sí que lo es, al igual que tu boquita. —Eusebio le dio un pico en los labios.

—¡Eh! Deja de hacer eso. —Sara se apartó de forma brusca de él—. Podrían vernos, y no me gustaría que supiesen que estamos liados.

Eusebio apretó la boca y juntó las cejas.

—¿Acaso te avergonzás de mí?

Sara no sabía qué responderle. No, por supuesto que no se avergonzaba de él. ¿Por qué tendría que hacerlo? Eusebio era un hombre apuesto e inteligente. En realidad, reunía todas las condiciones para gustar a cualquier mujer. No obstante, la conexión que había entre ambos era más de amistad que de otra cosa, al menos para ella. Aún no sabía cómo y en qué momento iba a decírselo, pero estaba casi segura de que no volvería a acostarse con él. Y también estaba casi segura de que ella iba a quedar como la típica calientabraguetas, pero ya no podía hacer nada para borrar lo que había sucedido entre ellos.

—Eusebio, no es eso. Solo es...

—Déjalo, va a empezar la obra... ya habrá tiempo de hablar.

Sara asintió mientras él retiraba la mano de su pierna.

De pronto, las luces se apagaron y el telón se abrió. Sara previamente se había leído el libreto y, por si acaso, había echado en el bolso un par de paquetes de clínex. Aurora Montreal interpretaba el papel de Adelaida, una mujer que jamás podría estar al lado del hombre que amaba. Era un drama, como una versión de *Romeo y Julieta* a la argentina.

Cuando Aurora salió a escena, Sara comprendió por qué su hijo era tan guapo. No solo era una mujer bellísima y poseía una elegancia innata, sino que, además, tenía un gran talento como actriz. Su voz estaba cargada de tristeza y sabía cómo transmitir la esencia del personaje. Por un momento, se sintió identificada con ella, y los ojos se le inundaron de lágrimas.

Al final de la función, todos se levantaron y aplaudieron con mucha efusividad, y Sara no iba a ser menos.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaba todo el público.

Cuando los aplausos cesaron, el señor Brandon se acercó a Sara.

—Sara, ¿puedes venir un momento, por favor? —Le hizo un gesto con la mano—. Me gustaría presentarte a Aurora Montreal.

—¿A Aurora Montreal? —Sara arrugó la nariz.

—Así es, Aurora es una de tus lectoras, y me ha pedido personalmente que subas al camerino a firmarle un ejemplar; claro, si no es mucha molestia para ti.

Sara tragó saliva; en realidad, tanto la madre como el hijo la intimidaban bastante.

—No, por mí no hay problema —afirmó mientras observaba que estaba obstaculizando el paso a varias personas. Se echó a un lado, pidió disculpas y se deslizó entre los asientos buscando la salida, hasta que, de forma inesperada, reconoció dos ojos azules y brillantes que la desvestían con la mirada. En ese instante una oleada de excitación recorrió todo su cuerpo y se quedó paralizada. Era él. ¡Era Devon!

Capítulo 10

Cuando Devon llegó al teatro, también se sentó en primera fila y, antes de que empezase la función, saludó al señor Brandon.

—¡Vaya, Devon! No esperaba verte por aquí —comentó el señor Brandon mientras le oprimía los dedos con la mano.

—¿Ah, no? En cambio, yo sí sabía que no faltarías al estreno —contestó Devon con una sonrisa ladeada.

—¿Y qué te trae por Buenos Aires? ¿Has venido a ver a tu madre?

Devon era casi igual de alto que él, y sus barbillas se tensaron al mismo nivel.

—Oh, Logan, no te hagas el tonto... sabes mejor que yo a lo que he venido.

El señor Brandon le mostró una sonrisa desafiante.

—¿Qué te parece si lo discutimos después de la función? Ahora me están esperando.

Cuando Devon giró el cuello y divisó a los acompañantes del señor Brandon, se quedó absorto al atisbar una melena castaña llena de rizos.

«No puede ser, si es la fierecilla. Pero ¿qué diablos hace aquí?», pensó con la mandíbula a nivel del suelo.

—¡Espera! —Devon interrumpió al señor Brandon—. ¡La mujer del pelo rizado! ¿Quién es?

El señor Brandon se dio la vuelta y lo observó con un ademán de turbación.

—¿Sara? ¿Te refieres a Sara Carrilla, la escritora? ¿La conoces?

Devon se quedó un rato pensativo antes de responder. Aquella mujer a la que había apodado fierecilla había creado al personaje de Ren Carter. Ahora todo tomaba sentido.

—No, no la conozco, pero no voy a esperar mucho para hacerlo —manifestó con total rotundidad.

—Si quieres te la presento, o, mejor aún, después del estreno vamos a ir todos juntos a tomar unas copas. ¿Te apuntas?

—Claro que me apunto... Bueno, te dejo, no quiero que seas descortés con tus invitados... Espero que disfrutes de la obra.

—Tú también, me alegro de verte, muchacho. —El señor Brandon se despidió de él con un codazo cariñoso.

Al saber quién se escondía bajo esos sugestivos tirabuzones, Devon se frotó las manos y se mordió el labio inferior. Hacía mucho tiempo que una mujer no le ponía tan dura la entepierna. Es más, cuando Sara se levantó del asiento y dejó pasar al señor Brandon, comprobó el porqué de su excitación. Estaba bellísima. Y desde ese instante, y con mucha diplomacia, sus ojos no la abandonaron en toda la función. Observó su manera de gesticular y se percató de que estaba muy acaramelada al lado de un hombre que tenía pinta de erudito. Por un momento, sintió vergüenza de sí mismo. Era la primera vez que estaba espiando a una mujer, y lo peor de todo es que no podía dejar de hacerlo. Incluso Steve lo miró un par de veces, extrañándose de su inaudita conducta. Ni siquiera se fijó en la actuación de su madre. ¡Por Dios! Aquello parecía de locos.

Cuando el sonido de los aplausos retumbó en su cabeza y el teatro recuperó los destellos de las luces, sus pupilas se ensancharon, al igual que su sonrisa al estamparse con los ojos de ella. Un hormigueo recorrió el interior de sus muslos mientras sus iris azules reptaban por el contorno de

aquel cándido rostro. Devon sintió como si todo su cuerpo hubiese colisionado contra cientos de agujas calientes que le quemaban la piel. Sara intentó apartar la mirada, y Devon percibió un ligero rubor en sus mejillas. Entonces flexionó la boca de forma cínica y se acercó a ella con seguridad, dando por hecho que él tampoco había pasado inadvertido para ella.

—Devon, te presento a Sara Carrilla, la autora de *Un cerezo en Nueva York*.

Devon le ofreció la mano, y Sara parpadeó unos instantes antes de envolverse en la piel de sus dedos.

—Encantada —dijo ella de forma sucinta.

—¿Seguro que no nos hemos visto antes? Tu cara me resulta familiar —aseguró él con una sonrisa descarada.

—No, no lo creo, tengo buena memoria y me acordaría de ti.

—Yo también me acordaría... —le musitó cerca de los labios.

Sara se retiró de la combustión de su cuerpo, y su rostro adoptó un tic políticamente correcto.

—En fin, si me disculpas, el señor Brandon me ha pedido que suba al camerino para conocer a Aurora Montreal.

—Oh, perfecto. Voy con ustedes, así aprovecho para saludar a mi madre.

Caminando entre bastidores, Sara iba comentándole al señor Brandon lo que le había parecido la actuación de Aurora Montreal. Devon, que iba justo detrás, tenía los ojos anclados en su espléndido trasero y, esbozando una sonrisa irónica, no perdía detalle de la conversación mientras pensaba que debía de estar muy colado por aquella española como para subir al camerino a saludar a la protagonista de *El lago de Lucifer*, algo que en principio no tenía planeado. En realidad, la relación con su madre seguía estando en la cuerda floja. Desde el momento que lo había recogido en el aeropuerto, las únicas palabras que habían intercambiado habían sido un par de monosílabos de camino al suntuoso chalé, situado a las afueras de Buenos Aires. Para colmo, su agenda, encorsetada de compromisos laborales, unidos a los compromisos festivos de Steve, no había ayudado a que aquella comunicación aflorase. De modo que, al final, entre una cosa y la otra, llevaba dos días sin dar señales de vida. De nuevo sonrió cabizbajo; ojalá hubiesen sido dos días, lo realmente preocupante era que habían sido tres largos años en los que Buenos Aires parecía que había desaparecido del mapa.

Mientras subían por la escalera, Devon se mantuvo callado, aunque no podía decir lo mismo de sus ojos, los cuales hablaban por sí solos: cada vez que sus retinas se enredaban con las de Sara era como si chocasen dos trenes de alta velocidad. Resultaba indiscutible que entre ellos se había creado una conexión especial... Un no sé qué que no tenía explicación racional y que le hacía cuestionarse si no se trataría de uno de esos flechazos de los que tanto se burlaba. De hecho, para él no existía el ricitos, como llamaba a Cupido, ni creía en el amor a primera vista. No, qué va. Según él, el amor era producto de un desajuste químico del cerebro. Es más, lo concebía como una enfermedad pasajera de la que, por suerte, él estaba al día con sus vacunas. Al menos eso pensaba.

Al llegar al camerino, la puerta estaba entreabierta. El señor Brandon dio unos golpecitos antes de entrar, y Aurora, con su dulce voz, lo invitó a pasar dentro.

—Vamos, Sara. —El señor Brandon le puso una mano en la cintura—. Adelante, por favor.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Sara a Devon de forma tímida.

—Ahora voy, antes tengo una llamada que atender —contestó Devon con el móvil en la mano y con un gesto que destilaba lascivia.

—Vale —dijo Sara antes de entrar en el camerino.

Devon descansó la espalda contra una pared y tecleó el número de Steve.

—¿Qué es lo que pasa? Tengo cinco llamadas perdidas tuyas.

—Oye, ¿dónde estás? Me voy un momento a saludar a Susan y cuando regreso no te veo por ninguna parte.

—¿Quién es Susan?

—Joder, tío, Susan, ¿de verdad no la recuerdas?

—No, no me acuerdo de esa tal Susan.

—Pues te voy a enviar una foto para refrescarte la memoria.

—No, no hace falta, cuando baje me la enseñas. Ahora mismo estoy a punto de entrar en el camerino de mi madre.

—¿Cómo dices?

—Sí, ¿de qué te extrañas? ¿No me habías dicho que fuese un buen hijo? Pues es justo lo que estoy haciendo.

—Bueno, parece que por fin has madurado. Un poco tarde, eso sí.

—Vaya, qué interesante... Habló la voz de la sabiduría —ironizó mientras se masajeaba la nuca.

—¿Acaso lo dudas? Está bien, saluda a mami y baja rápido; te recuerdo que me prometiste que después de la función haríamos lo que yo quisiera, así que he quedado con Susan y sus amiguitas. ¿Qué te parece el plan?

—Es cierto, te lo prometí, pero...

—¡Vamos, Devon! Un trato es un trato.

—Déjame terminar. Verás, siento decirte que Susan y sus amiguitas tendrán que esperar para otro día.

—¿Cómo? ¿Otra vez me dejas tirado? ¡Me lo habías prometido! ¿Ahora qué excusa le digo a Rodrigo? Al menos, tómate una copa con nosotros.

—Steve, prometo que te compensaré, pero entiéndeme, Logan me han invitado a tomarme algo junto a Sara Carrilla, y, como comprenderás, no voy a dejar pasar esta oportunidad.

—¡Venga, ya! ¿Con la escritora? ¿Acaso piensas tirártela? Amigo, eso se llama jugar sucio.

—¿Y qué problema hay? Quiero ese papel, y me da igual lo que tenga que hacer para conseguirlo. Necesito meterme en su cabeza y que, cuando me vea actuar en el *casting*, recuerde mi nombre. Así que, si quieres venir, perfecto, y sino, también.

—Vale, vale. Iré contigo, pero después podríamos...

—Shh, después ya veremos... Antes necesito que me hagas un favor.

—¿Qué favor?

—Quiero que busques cualquier información relevante acerca de Sara Carrilla.

—Me estás dando miedo, ¿qué quieres que busque?

—No sé, navega por Internet, lee su biografía o rastrea entre sus redes sociales, pero necesito saber qué le gusta. Puede ser una canción, un país para visitar, una comida... Hazme caso, tú solo tienes que decírmelo y yo haré el resto. Te dejo, ahora voy a entrar al camerino. Después hablamos.

Cuando Sara entró en aquella habitación, se fijó en cada minúsculo detalle. En la pared colgaba un espejo enmarcado por bombillas, y encima del tocador había infinidad de maquillajes y utensilios de peluquería.

—¡Por favor, pasen! —exclamó Aurora mientras se retiraba una peluca atezada. El señor Brandon colocó las manos sobre sus hombros y la abrazó por detrás.

—Querida, has estado espléndida.

Aurora echó la cabeza hacia atrás y buscó el contacto con sus dedos.

—Oh, Logan... ¿De verdad te ha gustado o solo me lo estás diciendo para animarme?

—Ya sabes que la sutileza no es una de mis cualidades, así que siento decirte que aún sigues siendo una de las grandes.

—No sé si creerte, al fin y al cabo eres mi mánager.

Aurora se levantó de la silla y sacudió su verdadera melena de cabellos rubios y ondulados mientras sus ojos se clavaban en los de Sara.

—¿Así que tú eres Sara Carrilla? —preguntó Aurora, apretándose el cinturón de una bata roja —. Logan me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien —murmuró Sara antes de darle un beso en la mejilla.

—Mejor que bien —aclaró Aurora al alejarse de su rostro—. Aunque lo que no me había dicho es que fueses tan guapa, las fotos no te hacen justicia.

Al verla de cerca, Sara contempló la belleza de su cutis aterciopelado y el color casi transparente de sus iris, iguales que los de su hijo, azules y penetrantes.

—Oh, muchas gracias, pero en realidad todo es obra del maquillaje y del vestido.

—¡Bah! No seas humilde, la que es guapa lo es con todo —sentenció al tiempo que mecía una mano en el aire.

—Opino igual que mi madre. —Devon interrumpió la conversación mientras se guardaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando Aurora escuchó la voz de su hijo, se quedó boquiabierta y se acercó hasta él.

—¿Devon? ¿Has venido? Todavía no puedo creerlo —declaró muy sorprendida.

—Claro, mamá, no me perdería el estreno por nada del mundo.

Durante unos instantes, Aurora y Devon mantuvieron un silencio absoluto hasta que Aurora quebró ese sosiego.

—Hijo mío, me alegro mucho de que estés aquí...

Devon apenas la miró, y asintió con un gesto aséptico.

Sara observó la escena, y el ambiente se llenó de tensión. Aquel saludo estaba falto de afecto: no hubo besos, ni abrazos... ni siquiera hubo una pequeña sonrisa. Más que una madre y un hijo, parecían dos desconocidos.

Segundos después, Aurora se apartó de la figura de Devon, agachó la cabeza y caminó en busca de su bolso. A continuación, abrió la cremallera y sacó un libro.

—Aquí tengo la novela, ¿me harías el honor? —dijo a Sara, ofreciéndole un bolígrafo.

—Claro, el honor es mío.

Sara retiró algunas cajitas de colores e hizo un pequeño hueco para colocar la novela en la superficie del tocador.

—¿Piensas escribir una segunda parte? —preguntó Aurora.

Era la misma pregunta que no paraban de hacerle sus lectoras, y para la que todavía no tenía respuesta.

—Aún no lo sé, quizás lo decida después de la película —contestó con los codos flexionados en aquel tablero de melanina, a punto de estampar su firma en el papel.

—¿No te parece que mi hijo se parece mucho a Ren Carter? Fíjate bien, es igualito —cuchicheó Aurora en su oído.

Sara se quedó perpleja con ese comentario y, sin saber por qué razón, observó a Devon de reojo y lo escaneó con la mirada. Ajá. Aurora tenía razón, y no le cegaba el amor maternal: su hijo era una copia de Ren Carter, aunque eso ya lo sabía desde el momento en que sus ojos se quedaron a un palmo de su rostro.

—Sí, ahora que lo dices, es verdad, se da un aire... —Sara sonrió mientras tamborileaba el bolígrafo en la portada del libro.

Aurora emitió una carcajada y luego se acercó a su cuello y le volvió a susurrar:

—¿Solo un aire?

Sara dio un brinco al sentir el aliento de Aurora caldeando su oreja. ¿Pero hasta dónde quería llegar aquella mujer con ese interrogatorio? Si seguía hablándole de lo buenísimo que estaba su hijo, no llegaría a estrenar el bolígrafo. ¡Estupendo! Su creatividad estaba atascada, y todo gracias a esa señora. ¿Y ahora qué? Quizás debería caligrafiarle algo típico y aburrido. Sin embargo, cuando estaba a punto de hacerlo, un cometa ingenioso le iluminó la mente.

Para Aurora Montreal, muchas gracias por parir a Ren Carter. Con cariño, Sara Carrilla

—Ese será nuestro pequeño secreto —le musitó Aurora tras leer la dedicatoria con una gran sonrisa—. ¡Muchas gracias, muchacha! Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente, espero que sigas cosechando grandes éxitos y, sobre todo, que sigas disfrutando con mi lectura.

Aurora le estrechó la mano, y Sara observó que llevaba puesto en el dedo corazón el mismo anillo que el señor Brandon. De nuevo intentó recordar dónde había visto la insignia de ese dragón negro esculpido en oro. A lo mejor debería preguntarle para salir de dudas, pero no quería dar la impresión de ser una cotilla, así que lo dejó pasar. Después de todo, ¿qué le importaba a ella?

—Aurora, hoy es la fiesta de Navidad de la editorial y vamos a ir a tomarnos algo, ¿te apetece unirte? —inquirió el señor Brandon.

Antes de contestar, Aurora observó el semblante serio de su hijo y entonces negó con la cabeza.

—Gracias, Logan, pero esta noche estoy un poco cansada. Quizás otro día.

—En fin, querida, queda por ti. ¿Nos vemos mañana para cenar?

—Por supuesto... Ah, Sara, ¿por qué no vienes mañana a cenar con nosotros? Me encantaría celebrar la Nochebuena contigo.

—Muchas gracias por la invitación, pero no he venido sola, estoy con una amiga.

—Mucho mejor, así seremos más en la mesa.

—Bueno, pero...

—Pero nada. No aceptaré una negativa.

Sara asintió y, cuando todos se disponían a salir por la puerta, Aurora le agarró el brazo a su hijo.

—Espera, antes de que te vayas, quería saber si tú también cenarás... Si quieres, podría cocinar algo que te guste...

Devon soltó la mano de mala gana y la miró con desdén.

—¿Lo dices en serio? —Dubitativo, se colocó la chaqueta en el hombro—. Está bien, acepto. Mañana estaré allí.

—¿De verdad? ¡No sabes cuánto me alegro! Aunque aún no me has dicho cuál es tu plato

favorito...

—Ah, por eso no te preocupes, en YouTube hay una entrevista donde confieso cuál es.

—¡Devon, no deberías faltar al respeto a tu madre! —exclamó el señor Brandon.

—No lo hago, solo estoy diciendo la verdad. —Devon lo atravesó con la mirada.

A Sara se le creó un nudo en el estómago. Pero ¿qué puñetas estaba pasando allí? Y lo más importante, ¿por qué ella tenía que estar presente en los asuntos familiares de ese tal Devon y de su madre?

—Esto... mejor lo espero abajo, señor Brandon —dijo Sara un tanto apocada.

—No, Sara, tranquila, ya nos vamos. Aurora, mañana nos vemos. ¡Y tú, muchacho! —señaló a Devon con un dedo acusador—, ya hablaremos en privado, los dos tenemos una conversación pendiente.

—Logan, por favor, no se lo tomes a mal. —Aurora se colocó delante de su hijo—. Devon ha heredado el humor negro de su padre y solo estaba bromeando.

—Aun así, no me gusta el tono en el que se dirige a ti.

—Logan, mi madre no está molesta, ya te lo ha dicho. ¿Qué problema es el que hay? ¿Podemos dejarlo pasar?

Devon le ofreció la mano, y Logan la aceptó.

—Está bien, muchacho. Por hoy lo dejaremos pasar; además, estamos en Navidad y no quiero confrontaciones.

—Así me gusta, y ahora disfrutad de la noche. No me gustaría que Sara se llevase un mal recuerdo por mi culpa.

Aurora hizo un esfuerzo por sonreír y cerró muy despacio la puerta del camerino.

Al bajar la escalera, ninguno de ellos abrió la boca, y Sara agradeció el silencio que dominaba el ambiente. Mónica tenía razón, esos dos no se podían ni ver, y ella acababa de presenciarlo. No sabía qué motivos tendría Devon para comportarse de esa manera con su madre, pero si de algo estaba segura era de que ella no era quién para juzgarlo. Recordó que a diario se enfrentaba en la consulta a casos de familias desestructuradas. Incluso Ana había sufrido en sus propias carnes lo que significaba ser abandonada por un ser querido, en este caso, por su padre. Sara daba por hecho que ese era el motivo por el que su amiga trataba a los hombres como simples objetos sexuales. En el fondo, tenía miedo de empezar una relación formal por si volvían a dejarla en la estacada. Sin lugar a dudas, los hijos eran el fiel reflejo de sus progenitores, pues no solo transmitían sus fortalezas, sino también sus debilidades. Al menos en ese aspecto, ella se sentía muy afortunada y agradecía a la vida el haber nacido en una casa donde le habían enseñado lo que significaba sentirse querida. Ni siquiera cambiaría a su hermano Diego, conocido más bien como el Tocapelotas. Nada. No cambiaría nada y, si volviera a nacer, volvería a elegir a su familia con los ojos cerrados.

—Sara...

De repente, escuchó la voz de Devon, y sus pensamientos se difuminaron.

—¿Sí? —dijo ella de forma suave, como un murmullo.

—Señor Brandon, ¿podría dejarme a solas con Sara unos segundos?

El señor Brandon buscó la mirada de Sara y esta asintió con la cabeza.

—Estaré abajo, por si me necesitas...

—No te preocupes, Logan, no va a pasarle nada a tu producto —afirmó Devon con una expresión mordaz.

—Estaré abajo —reiteró el señor Brandon, ignorando su pulla.

Cuando el señor Brandon desapareció de la semipenumbra de la sala, Devon se aproximó a ella.

—¿Eres así con todo el mundo? —indagó Sara, alzando la barbilla.

—No, solo con los malos. —Devon curvó la boca—. Verás, lamento mucho que hayas presenciado la escena con mi madre... No sé qué me ha pasado, nunca pierdo los nervios, pero no he podido evitarlo. De verdad, te pido disculpas.

Sara se quedó perpleja. Devon había cambiado una mueca violenta por otra de pesadumbre. Casi podía percibir el dolor detrás de sus retinas. De pronto, el corazón se le encogió. Aquel hombre no era el actor prepotente e insensible que ella creía; al revés, era un hombre que admitía sus errores, y eso lo engrandecía como persona.

—No tienes que pedirme disculpas. Solo espero que la próxima vez tengas más cuidado a la hora de lavar los trapos sucios de tu familia. Imagina por un momento que en vez de ser una escritora hubiese sido una periodista sin escrúpulos.

—Lo tendré en cuenta. —Devon se acomodó la americana—. Aunque te aseguro que no habrá próxima vez. De nuevo te pido perdón y espero que esto no afecte a mi imagen como actor.

—No te preocupes, como dice mi madre: «eso pasa hasta en las mejores familias». Además, yo ya lo he olvidado.

Él se arregló la solapa de la chaqueta y cambió su mirada tierna y dulce por otra arrolladora.

—Al parecer se olvida muy rápido de las cosas, señorita Carrilla.

Sara comprendió que estaba refiriéndose a su terrorífico encuentro con él en el aseo e hizo como si no lo hubiese escuchado.

—Bueno, no tengo la suerte de tener tan buena memoria como usted, señor Stelin —afirmó, desafiándolo con la mirada desde lo alto de sus tacones.

Devon le mostró un par de hoyuelos y dio un paso más, acercándose hasta ella.

—Cómo podría olvidarlo —musitó él, acariciando con la nariz el lóbulo de su oreja—. Por cierto, estás mucho más bonita sin tanto maquillaje.

Durante unos segundos Sara se quedó inmóvil. Otra vez, en menos de veinticuatro horas, el aliento de Devon se mezclaba con el suyo. Otra vez ese dios todopoderoso estaba cerca de sus labios, adormeciendo todos sus sentidos y aprisionándola en una cárcel llena de deseo. Oh, sí. ¡Bendita cárcel! Aquel hombre no le había tocado ni un pelo, pero su piel ya echaba humo. ¿Pero qué le pasaba? Estaba irreconocible. ¿Por qué no se apartaba de él y le daba un tortazo por gilipollas?

—Sara...

«¿Sara, qué? No, no te acerques más, no se te ocurra besarme o no podré parar hasta tenerte dentro de mí. Así que no lo hagas...».

—Sara... No te muevas, por favor —le rogó Devon mientras tomaba su rostro con las manos.

—¿Qué estás haciendo? —farfulló nerviosa.

En ese instante ella se desarmó delante de él. Aquella mirada la subyugaba, la consumía por completo. Tenía que aceptarlo: no podía continuar luchando contra esa atracción. Ahora sí estaba perdida, ese hombre la había hipnotizado con sus ojos, con su voz y con sus dedos. Cerró los párpados y abrió la boca, como invitándolo a que tomara lo que quisiera de ella, a la vez que su yo maquiavélico seguía en guerra con su yo angelical por lo que estaba a punto de suceder. Pero Devon no atrapó sus labios tal como ella esperaba, sino que metió un dedo bajo el lagrimal de uno de sus ojos y luego se separó de su cuerpo, dejándola más caliente que un cráter en erupción.

—¡Ya está! Perdona, tenías una pestaña...

¿Cómo? ¿De verdad había escuchado bien? ¡Dios mío! Había hecho el ridículo más grande de toda su historia. Mucho más que cuando él le había abierto la puerta del aseo y se había estampado contra su torso. Pero muchísimo más. Antes, al menos, tenía la excusa del alcohol, pero ¿ahora qué iba a inventarse para negar lo evidente?

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, esto... estoy muy bien —contestó un poco molesta.

—Vale, entonces ya podemos regresar con los demás. Solo quería disculparme por mi comportamiento —confesó en un tono de euforia mientras Sara le dedicaba una mirada homicida.

Cuando llegaron a la primera planta del teatro, Ana se quedó ojiplática al ver que su amiga venía caminando al lado de su gran ídolo.

—¡Ah! ¡No puedo creerlo! Estoy alucinando. ¿De verdad estoy viendo en persona a Scott Dubatti? En serio, todo esto me parece surrealista... ¿Sabes? No me pierdo ni un solo capítulo de *Misterios en Manhattan*. No, no me lo digas, ¿al final muere Jason esta temporada? Dime que no... ¡No puedes matarlo!

Al ver que Ana no paraba de hablar, Sara interceptó el monólogo de su amiga.

—Devon, te presento a mi mejor amiga, Ana Rivas.

Devon sonrió y, en vez de darle la mano, le dio dos besos. Sara frunció el ceño, ya que no entendía por qué con ella se había mostrado más distante.

—Encantado, por lo que veo eres una *serieadicta*...

—Por supuesto. Oh, espera, te lo suplico, ¿podrías firmarme un autógrafo y hacerte un *selfie* conmigo? En cuanto llegue a España, mis amigas se van a morir de la envidia.

—Ana, es tarde, no deberías molestar al señor Stelin —opinó Sara.

—Claro que debería. ¿Dónde quieres que te firme? —sentenció Devon, haciendo caso omiso a los comentarios de Sara sin ni siquiera mirarla.

—¡Tachán! Sí, aquí la tengo. Desde que supe que ibas a participar en el *casting* tenía la corazonada de que coincidiría contigo, así que, por si las moscas, siempre llevo una foto tuya en el bolso.

Sara suspiró tranquila cuando vio que su amiga cerraba la cremallera del bolso; con lo patosa que era, por un momento creyó que, en vez de una foto, sacaría un preservativo.

—Veo que eres una mujer previsora —manifestó Devon, regalándole otra sonrisa encantadora.

—¡No sabes cuánto!

—Yo también os quiero presentar a mi mánager y buen amigo, Steve Werner.

Sara y Ana le saludaron con un apretón de manos.

—El gusto es mío. —Steve fijó sus ojos en los de Sara—. De modo que tú eres la encargada de hacer el guion literario de la película.

—Eso parece.

—¿Ya has firmado el contrato?

—Bueno, aún tenemos que discutir algunos aspectos. Pero sí, al final he aceptado las condiciones del señor Brandon.

—Vaya, ¡qué rapidez! Logan sí que sabe hacer negocios. —Steve tironeó las comisuras de sus labios—. Supongo que vendréis a la fiesta.

—Claro que sí —afirmó Sara.

—Entonces ya nos veremos. Estaré con Logan, avísame cuando acabes de hablar con estas dos preciosidades —puntualizó Steve antes de despedirse.

—Por supuesto, enseguida estoy con vosotros. —Devon guardó las manos en los bolsillos de su traje—. Ana, disculpa, ¿me decías?

—Te decía que no pienso dejar que te vayas del teatro sin antes firmarme esta foto.

Devon le sonrió y comenzó a debatir con ella algunos aspectos de la serie mientras Sara leía los mensajes del móvil. En realidad se sentía fuera de lugar. No era una seguidora de *Misterios en Manhattan*; no conocía a ese tal Scott, y mucho menos a ese tal Jason, así que, en cuanto divisó a Mónica, no se lo pensó dos veces y avanzó hasta su editora.

—¿Ya conociste a Devon? Ese hombre gana en las distancias cortas. Impresiona, ¿eh?

Mónica estaba en lo cierto, en las distancias cortas era mucho más irresistible, pero también en las largas y desde cualquier ángulo.

—Sí, no puedo negarlo, es un hombre muy atractivo. —Sara se rascó la nuca—. Por cierto, ¿dónde está Eusebio?

—Está hablando con el señor Brandon. ¿Y qué tal? ¿Cómo te va con tu sapito?

—Bueno, quizás me precipité un poco en mis conclusiones... Si te soy sincera, no hay mucho *feeling* por mi parte.

—Vaya, lo lamento, a simple vista se os ve bien.

Sara agazapó los hombros.

—A veces las apariencias engañan.

—Si yo te contara. —Mónica emitió una risita—. Y decime, ¿qué te pareció Aurora?

—En realidad me la esperaba más seria, pero es todo lo contrario. ¿Tú la conoces?

—Ajá, me la presentó el jefe... Él la adora y, desde que su esposo murió, está al pendiente de ella.

—Sí, ya me he dado cuenta de que el señor Brandon la trata con mucho cariño... Me pregunto por qué no seguirán juntos. Él no parece haberla olvidado.

—Tienes buena intuición femenina, yo también pienso que sigue enamorado de ella.

—¿Entonces es Aurora la que no quiere regresar con él?

—Puede ser... Te veo bastaste interesada en la relación del señor Brandon con Aurora. ¿Es por tu amiga Ana?

—Ah, no. No es por Ana. A estas alturas ella ya es mayorcita para saber con quién se acuesta.

—Tenés razón. —Mónica levantó una ceja mientras observaba a Ana, que seguía hablando con Devon—. Tal vez ya no le interesa el señor Brandon.

Sara apretó la boca cuando comprendió lo que Mónica quería darle a entender y, de forma automática, sus ojos se perdieron en ellos. ¿Por qué no? Los dos eran guapos, altos y no paraban de reír. ¿Y si fuese verdad? ¿Y si su amiga estuviera maquinando acostarse con Devon? Y lo más importante, ¿por qué el solo hecho de imaginárselo le quemaba las entrañas? Mientras pensaba en aquella posibilidad, sintió una mano moviéndose alrededor de su trasero.

—Princesa, ¿me has echado de menos? —musitó Eusebio, paseando la punta de la nariz entre el hueco del cuello y su clavícula.

Noqueada por su comportamiento, Sara frunció el ceño. Ya no le cabía la menor duda: a su sapito le hacía falta ver un capítulo de *Barrio Sésamo*, aquel en el que se explicaba la diferencia entre lo público y lo privado. Estaba tan enfadada que, si no hubiese estado delante de tanta gente, ella misma le habría aclarado el significado con un buen tortazo en la cara. ¿Pero qué les pasaba a los hombres? O se quedaban cortos o se pasaban de listos. O te subían al infierno con una simple sonrisa o te congelaban la sangre con una sutil caricia.

No le quedó más remedio que sacar a la luz a una Sara muy diferente de la que todos conocían

y, sin darse la vuelta, apartó con delicadeza la mano que su sapito tenía anudada en su cintura.

—Eusebio, no creo que sea el momento.

Eusebio se quedó pálido y tardó unos segundos en reaccionar, mientras Mónica, que presenciaba la escena, se cruzó de brazos y miró al techo.

—¿Y cuándo es el momento? —contestó él, con un rictus encrespado, alejándose de ella.

—¡Eusebio! Espera, perdona, hoy no he tenido un buen día —exclamó Sara, sujetándolo de la manga de la camisa.

Eusebio se dio la vuelta gradualmente, tomó su mano y la dejó caer.

—Pues acabas de perder la oportunidad de pasar una buena noche. No te mortifiques, princesa, cuando sepas lo que querés, avisame, te estaré esperando. Nos vemos en la fiesta.

Mónica se acercó a Sara por detrás y, cuando Eusebio avanzó unos pasos, le puso una mano en el hombro, consolándola.

—Ay, Sarita, creo que te hace falta una buena copa de fernet.

—Yo también lo creo, o quizás dos.

Capítulo 11

Tras soportar media hora infernal, observando con los dedos de los pies engarrotados cómo Ana y Devon se hacían cada vez más amiguísimos, Sara por fin respiró tranquila cuando el señor Brandon apareció entre la multitud, avisándola de que ya podían marcharse a disfrutar de la fiesta de Navidad que la editorial había organizado en la discoteca Niceto Club, una de las mejores de la capital. El señor Brandon les sugirió que, para mayor comodidad, tomaran un taxi entre varias personas, y que se verían directamente en la puerta del local. Al salir del teatro, se formaron varios grupos, y Ana decidió ir en el mismo taxi que el señor Brandon, en el cual también iban Devon y Steve; a Sara le tocó subirse con Eusebio y Mónica.

—Al final me voy en el taxi con mi editor —comentó Eusebio.

—Eusebio, verás, yo...

—Shh, no digas nada, es mejor así... Tengan cuidado. Nos vemos allá.

—Le has herido su orgullo de machito —opinó Mónica mientras se colocaba una chaqueta de punto sobre los hombros—. ¿No tenés frío? Está fresca la noche.

—No, pero lo que sí tengo es mucha rabia. Ana es una traidora, ¡mira que abandonarnos por ir sentada al lado de Devon! —ironizó con una sonrisa en la boca.

—Es lógico, tú harías lo mismo si Devon fuese Johnny Depp.

—¡Ya te digo!... Mira, ahí hay un taxi, ese es el nuestro.

Nada más subirse, Sara se quitó los zapatos y movió los dedos de los pies.

—¡Oh, Dios, qué descanso! Por poco no salimos del teatro, había demasiada gente... No sé cómo el señor Brandon aguanta tantas horas con la sonrisa en la cara, ¿seguro que no es de mentira?

—No te creas, yo también lo he pensado, pero así es la industria del entretenimiento. La diplomacia es la base de los negocios, y el señor Brandon tiene un gran potencial para las relaciones humanas.

—Ni que lo digas, es el hombre más encantador que he conocido en mi vida. Todavía no comprendo por qué Aurora no quiere estar con él.

—No es tan sencillo. Por cierto, el otro día, la secretaria del señor Brandon me desveló algunas cosas del pasado de Aurora Montreal que me dejaron boquiabierta... Eso sí, antes de contártelo, quiero que me prometas que tu boca estará sellada. Ni siquiera se lo cuentes a Ana. ¿Puedo contar con tu discreción?

—Por supuesto, pero ¿a qué viene tanto misterio?

—Verás, no me gustaría que llegara a oídos del señor Brandon, no quiero perder mi puesto de trabajo —susurró.

—Claro, es obvio. No te preocupes, mi boca es una tumba.

—Bueno, como ya sabrás, el señor Brandon nació en Montreal, pero lo que yo desconocía era que el esposo de Aurora también había nacido allí. Por lo que se ve, ambos eran íntimos amigos hasta que se enamoraron de la misma mujer, y ahí empezaron los problemas... Digamos que Aurora fue la causante de romper esa amistad; incluso el señor Brandon le dio a Aurora un ultimátum y le exigió que debía elegir a uno de los dos, y como ya te imaginarás, se quedó con Julio.

—Pobre, debió de pasarlo muy mal. ¿Por eso se vino a Buenos Aires? Ahora lo entiendo todo.

—Así es, el jefe quiso olvidarla y puso tierra de por medio. Acá tenía buenos contactos y empezó a trabajar como mánager de varios futbolistas. Al principio fue duro, pero, poco a poco, aumentó su cartera de clientes y consiguió hacerse un nombre dentro del mundo del espectáculo.

—Pero hay algo que sigo sin entender: si el señor Brandon hizo su vida lejos de Aurora, ¿por qué ella se mudó a Buenos Aires?

—Ahora viene la segunda parte. Bien, la familia de Aurora tiene mucho poder adquisitivo, así que cuando Aurora le presentó a su padre a su futuro marido, un joven sin recursos, el magnate de una de las multinacionales más importantes de Canadá lo rechazó y le prohibió a Aurora que volviera a verlo, amenazándola con desheredarla. Sin embargo, Aurora no hizo caso de sus advertencias y luchó contra viento y marea por ese amor; al final los dos tortolitos escaparon de Canadá y se fueron a vivir a Europa. Durante varios meses estuvieron viviendo en Milán, en la casa de unos amigos de Aurora, hasta que Julio encontró trabajo de jardinero en la mansión de uno de los directores de teatro más aclamados del panorama, el famoso Francesco Rossi, ¿te suena el apellido?

—¿El padre de Paolo?

—Exacto. Francesco le enseñó a Aurora el arte de la interpretación... Como verás, nuestro querido director sabe más de lo que aparenta, y lleva por sus venas la sangre de toda una generación de artistas.

—De modo que el padre de Paolo fue quien descubrió a la actriz que llevaba dentro.

—Es la trama de cualquier novela, ¿no es cierto?

—Totalmente. Pero ¿y por qué Aurora se vino a Buenos Aires? ¿Por qué no se quedó a vivir en Milán?

—Espera, no seas impaciente, aún no he terminado de contarte. Todo ocurrió una noche donde Francesco celebraba su cumpleaños junto a varias personalidades de la sociedad milanesa y, curiosamente, entre ellas, se encontraba el señor Brandon, que, por aquella época, era el representante de un conocido jugador que el Boca Juniors había comprado al Inter de Milán.

—¡Madre mía, lo que es el destino!

—Eso mismo pensé yo. Es increíble que, después de tanto tiempo, los tres amigos de la infancia volviesen a reencontrarse a miles de kilómetros de Montreal. Ahí fue cuando nuestro jefe le propuso a Aurora que se mudara a vivir a Buenos Aires. Él le prometió que se encargaría de su carrera artística. Al principio, Julio desconfió de las buenas intenciones del señor Brandon, pero, al final, aceptó por el gran amor que sentía por ella. —Mónica se llenó los pulmones de aire antes de continuar hablando—. En todos estos años, el señor Brandon siempre ha respetado a Aurora como mujer. Sin embargo, cuando Julio murió, ambos comenzaron una relación que, meses más tarde, ella cortó de raíz. Yo creo que Aurora estaba confundida por la muerte de su esposo y, al darse cuenta de que el señor Brandon nunca sería el hombre que ella amaba, no quiso seguir con la relación.

—¡Qué triste! Parece el guion de *El lago de Lucifer*.

—Tenés razón, esa obra de teatro es igual que su historia de amor fallida. A veces pienso si no la habrá escrito el jefe.

—Vaya, ahora concuerdan muchas cosas. Por eso Aurora no tiene acento argentino... aunque ahora que lo pienso, Devon tampoco lo tiene. ¿Por qué?

—Esa es otra. Cuando Devon nació, el padre de Aurora viajó a Buenos Aires e hizo las paces con ella. Al enterarse de que había sido abuelo de un niño se le ablandó el corazón. En parte era

lógico: Aurora era su única hija, y Devon, su único heredero. Por otro lado, por aquel entonces, Aurora comenzaba a saborear los pros y contras de la fama y pensó que lo mejor para su hijo era criarse en un internado, en Montreal, junto a su padre. De esa forma, el día de mañana, él podría hacerse cargo de los negocios de la familia. Sin embargo, con lo que Aurora no contaba era que Devon había heredado no solo su rebeldía, sino también el amor por la actuación, así que un día, al igual que hizo ella, su hijo rompió con las estrictas normas de la familia y decidió escapar a Nueva York en busca de su sueño.

—¿Y qué me dices del anillo? ¿Por qué el señor Brandon y Aurora llevan el mismo anillo?

—¿Te refieres al del dragón negro? Eso fue un regalo de Aurora a todos los socios de la empresa, es una especie de sello familiar que llevan todos los Pioginni.

—¿Los Pioginni?

—Exacto. El verdadero apellido de Aurora es Pioginni.

—¿Italiano?

—Sí, el abuelo de Devon es italiano.

—¡Con razón me sonaba el símbolo del dragón! Ahora que lo dices, cuando estuve de viaje en Nápoles, lo vi incrustado en la puerta de algunas joyerías.

—Exacto, algunos de sus tíos regentan varios negocios por la zona.

—¿Y el padre de Aurora sigue viviendo en Montreal?

—Ajá. Con noventa y cuatro años sigue controlando los negocios de la familia. Es asombroso, ¿no crees?

—Desde luego. En fin, vaya historia. ¿Entonces Aurora y el señor Brandon son socios?

—En efecto. Aurora quiso invertir en Buenos Aires e inyectó capital en varias empresas del grupo. Así fue como nació la editorial o la productora de cine, entre otros negocios.

—¡Qué cosas! Aún tengo que procesar toda esta información.

—Sí, a mí me pasó igual cuando me enteré. —Mónica suspiró—. En fin, hablando con vos se me ha hecho el trayecto muy corto, ya casi hemos llegado.

Al bajarse del taxi, Sara y Mónica se pusieron a la cola de la discoteca. Al final de la fila, se divisaban varios orangutanes vestidos de negro que cerraban el paso a una ristra de personas desesperadas por avanzar.

—¿Todos los años hacéis esta macro fiesta?

—No lo sé, el año pasado no estuve, pero, según me han dicho, aquí se reúne lo mejor de lo mejor.

De repente, las dos giraron la cabeza al escuchar la voz del señor Brandon.

—¿Chicas, que hacen ahí paradas? Síganme, por favor, por ahí no es la entrada. Nosotros vamos a la zona VIP.

Sara ladeó la cabeza y observó que, detrás de ella, Eusebio, Ana, Devon y Steve venían hablando de lo más entretenidos, hasta que, de pronto, los gritos de una muchacha interrumpieron aquella tranquila conversación.

—¡Es Scott, es Scott! ¡Me muero! ¡Me muero!

Una fan empezó a bramar como una loca al reconocer a Devon, mientras Sara y Mónica ojeaban, medio embobadas, cómo él se hacía cargo de la situación. Había que reconocer que era un hombre fascinante en muchos aspectos, y esa seguridad que tenía en sí mismo era lo que a Sara le había cautivado. ¡Por todos los santos! Nunca antes había visto algo así, ¿cómo era posible que tuviera tanta paciencia con sus seguidoras? Ojalá algún día su querido Johnny Depp la abrazase y la tratase con tanto cariño, aunque en su caso acabaría desmayada en el suelo.

Después de que la muchacha, muy a su pesar, se despegó del torso de Devon (algo que ella comprendía a la perfección), todos siguieron al señor Brandon y pasaron por una puerta trasera que daba acceso al local. Luego subieron un par de escalones metálicos y caminaron por un largo pasillo hasta llegar a una sala donde había un grupo de personas, entre las cuales se encontraba Paolo Rossi. El reservado era amplio: a la derecha había unos sillones blancos, justo al lado, una pequeña barra y, tras ella, dos explosivas camareras. Toda la sala estaba amenizada por música comercial, mientras varios camareros repartían copas de champán y canapés del tamaño de un microorganismo.

—¡Qué chulo! ¿Alguna vez has visto algo así? Y nosotras pensando que los palcos de la Mae West eran una pasada —exclamó Ana.

De repente, la música dejó de sonar. El señor Brandon subió a la cabina del DJ y habló por el micrófono.

—Bien, lo prometido es deuda, aquí estamos todos juntos un año más para celebrar que la editorial Senea ocupa los primeros puestos en ficción literaria. Esta noche tengo el honor de tener entre mis invitados a Sara Carrilla y a Eusebio Vargas, nuestros dos autores galardonados en la pasada convocatoria del premio Neptuno. También contamos con la presencia de Paolo Rossi, el director de nuestra nueva producción, y el gran actor Devon Stelin, hijo de nuestra estimada compañera Aurora Montreal, que, por desgracia, esta noche no se encontraba con fuerzas para acompañarnos. Por favor, pido un fuerte aplauso para todos ellos.

Tras la ovación, el señor Brandon mencionó unas últimas palabras:

—Bien, no tengo nada más que decir, solo espero que disfrutéis de la noche. ¡Feliz Navidad!

A continuación, el señor Brandon bajó de la cabina y, como de costumbre, se mezcló entre los invitados, mostrando sus increíbles dotes de anfitrión.

—¿Comprendes ahora por qué adoro a ese hombre? —indagó Ana.

—Pues no lo adores tanto, hazme caso.

—¿A qué viene eso?

—A que ese hombre tiene el corazón ocupado.

—Ya sabes que yo no quiero su corazón... —le murmuró al oído.

—Eso espero —afirmó Sara mientras sentía cómo unos deditos le presionaban la espalda.

—*Bambinas*, ¿qué hacen contándose secretitos? Yo también me quiero enterar.

—¡Paolo! Me alegro mucho de verte, no sabía que estabas aquí.

De nuevo Paolo iba vestido como si fuese la bola que colgaba en el centro de la pista.

—Bueno, me animé a venir a última hora. Mañana tenía un vuelo programado a Milán, quería pasar la Nochebuena en familia, pero con todo el lío de la película, al final he decidido quedarme en Buenos Aires hasta que pasen las fiestas. Y vosotras, ¿dónde vais a pasar la Nochebuena?

—En casa de Aurora Montreal —afirmó Sara.

—¡Ah! ¡Qué casualidad! Yo también estoy invitado.

—Pues yo acabo de enterarme —puntualizó Ana, antes de dar un sorbo a su copa.

—Entonces mañana cenaremos juntos. Estoy seguro de que será una noche memorable, además, Aurora hace unos ravioli para chuparse los dedos.

—¿Ah, sí? ¿Es buena cocinera? —preguntó Ana.

—De las mejores.

—Se ve que la conoces muy bien —comentó Sara con rotundidad tras saber que su padre y Aurora eran grandes amigos.

—Es una larga historia, quizás te la cuente... Bueno, *bambinas*, la noche es joven, voy a

terminar mi ritual de saludos. Si queréis encontrarme, estaré bailando en la pista.

—Perfecto, en cuanto me anestesie los pies, iré a buscarte —bromeó Sara, haciendo hincapié en sus preciosos e incómodos tacones.

Paolo sonrió y alzó la copa.

—Antes hagamos un brindis: ¡Por la película y por nuestra reciente amistad!

Segundos después, Paolo se despidió de ellas y se perdió entre el gentío, mientras los ojos de Sara no dejaban de examinar a Devon, quien estaba hablando muy acaramelado con una de las camareras.

—¿Cuándo pensabas contarme lo de la cena? —inquirió Ana con el ceño fruncido.

—¿No estarás molesta? La culpa es tuya por haberte ido en el taxi con ese actor. Si te hubieras venido conmigo, lo sabrías.

—¿Estás celosa? ¡No puedo creerlo!

—¿Celosa yo? ¡Já! ¿Por qué debería estarlo?

—No sé, quizás porque ese actor te ha ignorado.

En vez de replicarle, Sara cerró los ojos, apretó los labios y se tomó la copa de un solo trago. Por desgracia, no encontraba ningún argumento que justificara su actitud aniñada. Odiaba darle la razón a su amiga, pero estaba en lo cierto. Aunque eso no era lo que más le molestaba, lo peor de todo es que era la primera vez en su vida que sentía envidia de ella. Sí, era inconcebible.

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras? Un poco más y echas corazoncitos por los ojos.

Sara sonrió de forma perezosa y tomó otra copa de la bandeja.

—Oh, no empieces con tus tonterías, que te conozco. Mejor cuéntame qué tal te ha ido con él, ¿al final te ha dicho si muere Jason esta temporada? —ironizó Sara, mientras se deleitaba con el sabor afrutado del champán.

—No, qué va, no he conseguido sacarle nada, y eso que Logan ha intercedido por mí. Devon es un profesional.

—Y también es un capullo. —Sara dejó la copa medio vacía y cogió otra—. Míralo, ahí lo tienes, hablando con esa camarera. Bah, todos los tíos están cortados por el mismo patrón... Ven dos tetas y ya se olvidan del mundo.

Ana achinó los ojos y soltó una carcajada.

—Chiqui, te noto cabreada. ¿Ha pasado algo entre vosotros dos?

—¿Por qué lo dices?

—¿Cómo que por qué lo digo? Es evidente. Anda, desembucha de una vez.

—No hay nada que desembuchar. Solo estoy enfadada conmigo misma, porque nunca aprenderé de mis errores.

—¿No crees que deberías dejar de beber? Tú no eres así, me estás preocupando.

—Ya, yo no soy así. ¿Y cómo soy?

Ana arrugó la frente y la miró extrañada.

—Baja la voz, chiqui. ¿No ves que estamos rodeadas de la *crème de la crème*?

Cuando Sara fue a tomarse otra copa, Ana se lo impidió.

—¿Pero qué coño haces?

—Mira, no sé lo qué te pasa esta noche, pero no pienso permitir que te emborraches y que hagas el ridículo delante de toda esta gente.

Sara empezó a reírse como una histérica; por primera vez en su vida Ana estaba comportándose de forma sensata, y eso le asombró.

—Vale, vale... la Sara responsable acaba de regresar.

—No me fío, chiqui, estás muy alterada y, por lo que veo, también estás un poco ebria. Voy a ir a por un Aquarius. ¡No te muevas de aquí!

—¿No crees que estás exagerando?

—Enseguida vuelvo —reiteró Ana, llevándose el dedo índice a uno de los ojos para advertirle que estaría vigilándola.

Nerviosa y confundida por el cúmulo de sensaciones que su corazón estaba experimentando, Sara cerró los ojos y se dejó llevar por la música. Sonaba la canción *Fly awy* de Lenny Kravitz, y sus pies cobraron vida al escuchar el sonido de la guitarra eléctrica.

Oh, i want to get away

I wanna to fly away

yeah, yeah, yeah...

I want to get away

I wanna to fly away

yeah, yeah, yeah...

Estaba tan concentrada en la canción que, cuando sintió una mano en su cintura, creyó que era la de Ana, así que la asió entre sus dedos y la levantó en el aire, moviéndola junto a la suya.

—¡Vamos, Ana! ¡Es nuestra...!

Al girarse, atisbó a Devon mirándola de forma divertida y no pudo terminar la frase. Ella le tenía la mano sujeta y sintió que sus pecas ardían bajo el maquillaje. Aquellos dedos irradiaban tanto calor que su corazón empezó a palpitar muy deprisa. De nuevo había regresado ese hormigueo que pululaba dentro de su estómago y que mermaba todas sus defensas.

—Perdona, ¿podrías...? —Devon señaló con los ojos hacia la mano que ella le tenía aprisionada. En ese instante, Sara se dio cuenta de su fuerte agarre y, de forma abrupta, liberó aquellos nervudos dedos.

—Lo siento, creí que eras Ana...

Ella se fijó en el nudo deshecho de su corbata y en los primeros botones desbrochados de su camisa. Su pelo estaba ensortijado, y su sonrisa destilaba una sensualidad que debería estar vetada. Aquel hombre rezumaba testosterona por todos los poros de la piel.

—Más lo siento yo, te he fastidiado la canción.

«Si solo fuera la canción, ¡maldito seas!», pensó ella mientras se mordía la lengua con los dientes.

—Por favor, permíteme compensarte... Como sabrás, no puedo invitarte a una copa, hoy invita la editorial, sin embargo, puedo ofrecerte mi compañía —sugirió con esa medio sonrisa que le ponía todo el vello del cuerpo encrespado—. No todos los días puedes tomarte algo con Scott Dubatti, así que, si yo fuera tú, aprovecharía la oferta.

Sara no pudo reprimir la sonrisa. Otra vez estaba parada frente a él con cara de boba. ¡Oh, no! Menuda estúpida.

—¿Eso es un sí?

—Bueno, antes tengo que esperar a Ana, me ha dicho que no me moviese de aquí.

—¿Siempre eres tan obediente? —indagó él sin apartarle la mirada antes de llevarse a la boca un trago de un líquido ambarino.

—Lo intento, ¿acaso tú no?

—Según las circunstancias, si merece la pena puedo hacer una excepción —respondió él, meciendo el vaso—. Por cierto, he visto a tu amigo, el escritor, hablando con una chica. ¿Ya no estás con él?

Sara abrió los ojos de par en par, asombrada por su pregunta.

—¿Y a ti qué te importa?

Devon se encogió de hombros.

—A mí nada, pero siento decirte que no es tu tipo.

—¿Cómo dices?

Sara estaba alucinando con sus palabras. ¿Quién era él para decirle quién era o quién no era su tipo?

—¡Y tú qué sabrás! ¡No me conoces de nada!

—Puede que sí, ¿nos apostamos algo?

Al escucharlo, se le dilataron las aletas de la nariz y, orgullosa, alzó la barbilla.

—Adelante, listillo, hazme un examen de personalidad —lo retó, con las manos puestas en la cintura.

—Está bien, si insistes... —Devon se llevó una mano a la barbilla y empezó a frotársela como si quisiera leerle la mente—. A pesar de los fracasos sentimentales, eres una mujer que aún cree en el amor, ¿me equivoco? También eres apasionada, luchadora y valiente y prefieres mojarte un día de lluvia antes que pasear bajo el sol. ¿Qué más? Ah, sí, adoras a los animales, eres vegana y tu canción favorita es *Volveré junto a ti*, de Laura Pausini.

Sara palideció y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo sabes todas esas cosas? ¿Te lo ha dicho Ana?

Al oírla, Devon se puso a reír sin parar.

—Eres muy divertida. En serio, no puedes ser tan inocente o los hombres te partirán el corazón.

—¡Todavía no me has contestado!

Él la miró con una sonrisa ladeada, sacó el móvil y escribió su seudónimo en Google.

—Aquí tienes todas tus respuestas. ¿Estás satisfecha?

Mientras leía su biografía de autora, Sara sintió como si la arrollase una manada de búfalos. Ni siquiera se acordaba de aquello. En menos de veinticuatro horas había vuelto a meter la pata delante de ese actor y no podía perdonárselo. ¿Desde cuándo era tan impulsiva? Ella no era así; antes de hablar siempre meditaba lo que iba a decir, en cambio, ese hombre había trastocado lo poco que le quedaba de sensatez. Estaba tan encolerizada que no podía pensar con claridad. Mejor dicho, no podía pensar en nada más que no fuera en él.

—¿Y?

Al escuchar la voz de Devon, supo que aquello no había sido un mal sueño.

—¿Y qué?

—Bueno, teniendo en cuenta que no soy vidente ni que tampoco tengo poderes sobrenaturales, siento decirte que he ganado la apuesta y ahora me toca elegir el premio —afirmó él, con una sonrisa triunfal.

—¿Cómo? Oye, estás confundido, yo no he apostado nada.

—Sí lo has hecho, me has retado y he ganado.

Sara puso los ojos en blanco y resopló antes de abrir las palmas de las manos en señal de rendición.

—Está bien, ¿qué es lo que quieres a cambio?

—¿Puedo pedir lo que sea? —preguntó él, arrellanándose en la comisura de sus labios, mientras ella observaba cómo la nuez de su garganta se ondulaba bajo la piel—. Un consejo. Solo quiero un consejo.

—¿Un consejo? No entiendo.

Devon se apartó de ella y volvió a centrar toda la atención en su copa.

—Me gustaría que me dieras un consejo para interpretar a Ren Carter.

Ella achicó los ojos y le preguntó:

—¿Acaso tienes problemas para captar la personalidad del personaje?

—Así es —confesó él, cabizbajo—. El *casting* es pasado mañana y todavía no he conectado con su alma.

Aquellas palabras le generaron cierta desconfianza, pues Devon no parecía ser un actor inseguro. Al contrario, daba la impresión de ser un hombre que dominaba cualquier situación por muy complicada que fuese. Durante un par de segundos, lo miró indecisa. Sin embargo, un poco recelosa y por el bien de la película, decidió ofrecerse como guía actoral.

—Vale, te echaré un cable, pero antes necesito leer la escena. ¿Qué te parece si mañana por la noche me la enseñas durante la cena?

—Me parece perfecto. —Él sonrió de soslayo—. Eso sí, preferiría que esto quedara entre nosotros. No me gustaría que mi madre pensara que no valgo para interpretar al protagonista de su novela favorita.

—Cuenta con ello, seré discreta.

—Entonces, quedamos en eso. —Le clavó los ojos en sus iris amielados—. Ahora, te dejo, ahí viene tu amiga y no quiero molestar. Pasadlo bien.

—Gracias, igualmente.

—No tenían Aquarius, así que te he traído una Coca Cola. ¡Espera un momento! ¿Ese de ahí no era Devon? —preguntó Ana con el aliento entrecortado.

—El mismo.

—¿Y qué quería? ¿ Ha preguntado por mí?

—Más quisieras. Anda, vamos a buscar a Paolo, ahora más que nunca, necesito ese baile con urgencia.

Capítulo 12

El zumbido de un mosquito despertó a Sara. Somnolienta, arrugó los párpados y se mojó los labios con la punta de la lengua. Abrió los ojos y comprobó que aún era de noche. De inmediato, reconoció el lugar: estaba en la habitación del hotel. Se giró despacio y observó las ventanas abiertas de par en par mientras una sutil brisa bamboleaba las cortinas. De pronto, escuchó el sonido de una respiración agitada. ¡Dios mío, no estaba sola! Se suponía que Ana estaba durmiendo con el señor Brandon. Entonces, ¿quién era aquella sombra que estaba a su lado y que roncaba igual que su bóxer? A lo mejor la habían drogado y por eso no lo recordaba. Sí, aquello era muy de película, pero es que, últimamente, su vida parecía sacada de un guion de cine. Antes de tirar de la sábana, inspiró dos veces seguidas; en el fondo, no se atrevía a descubrir quién se escondía bajo aquel tejido de algodón. ¿Sería su sapito? O, mejor aún, ¿sería Devon? O quizás no era ninguno de los dos. Incluso se llevó las manos a la boca, pensando en la posibilidad de que fuese Paolo (a lo mejor no era tan gay como ella imaginaba). No podía seguir con esa incertidumbre, así que encendió la luz y tiró con garra de la tela. Cuando vio a Ana enganchada a la almohada, por fin respiró aliviada.

—¡Joder, chiqui! Si ni siquiera ha amanecido... Eres una pesada —se quejó esta, embozándose con la ropa de cama.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Desde cuándo roncas como un oso?

—Déjame en paz, estoy muerta de sueño —aclaró Ana con las manos puestas en los ojos.

—¡No sabes la pesadilla que he tenido!

—Muy bien... —masculló Ana.

—Por cierto, ¿qué haces en mi cama? Creía que estabas durmiendo con el señor Brandon.

—¿Por qué no le llamas Logan? Es más corto.

—Vale, pues ¿dónde está Logan? ¿Por qué no estás con él? ¿Acaso se le olvidó tomar la Viagra?

Ana le tiró la almohada a la cara.

—¡No! ¡Serás imbécil!

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Cómo se nota que ayer no bebiste. ¡Qué ganas tienes de hablar! —Ana volvió a enredarse entre las sábanas.

—Sí, y todo es gracias a ti. No sabes cuánto me alegro, loquita.

—Lo que tú digas, pero haz el favor de cerrar el pico. Necesito dormir.

Sara sonrió y se quedó callada. Nunca antes se había alegrado tanto de ver a su amiga. Y no era para menos, pues minutos antes de despertarse había soñado que estaba en la cama con un hombre, pero, en cuanto se acercaba a él, su rostro desaparecía entre la penumbra. Por suerte solo había sido un mal sueño. Aunque si analizaba los últimos sucesos de su vida sentimental, quizás su cerebro estaba tratando de decirle algo. Quizás quería darle a entender que, al igual que hizo Aurora con el señor Brandon, ella también debería elegir qué camino tomar: o bien aprovecharse de la oferta sexual que su sapito le ofrecía o bien buscar esa oferta en los brazos de otro hombre; por ejemplo, en los brazos de ese actor que tanto le gustaba. Se rascó la cabeza y pensó que, por ahora, ninguna de las dos opciones le convencía como para dar saltos en el aire.

Cuando Ana se despertó, esta salió de la habitación sin mediar palabra. Aquella mañana no estaba muy habladora, y Sara daba por hecho que era a causa de su querido jefe y, en especial, a su particular alergia al sexo.

Más tarde, Ana regresó a la habitación y parecía otra persona: sin duda, el maquillaje había hecho un buen trabajo, y el ave fénix había resurgido de sus propias cenizas.

—Hoy es nuestro día, chiqui. Te lo advierto, no quiero comer con nadie de la editorial. Solo quiero que estemos tú y yo —aclaró mientras se hacía un *selfie* con el iPhone.

—Lo sé, loquita. —Sara la observaba con regocijo, intentando camuflar sus pálidas mejillas bajo un toque de color.

Ana le mostró la foto a Sara.

—¿Salgo bien, eh? Voy a subirla a Facebook.

—Tú misma, pero si yo fuera tú, no subiría nada, y mucho menos estando de vacaciones. ¿Sabías que los ladrones utilizan las redes sociales para robar? Y lo más gracioso es que somos nosotros mismos quienes les brindamos esa valiosa información —puntualizó Sara, revisando que en su bolso no faltaba de nada, sobre todo, sus apreciados clínex, a la vez que Ana no le quitaba el ojo a su extensa galería fotográfica.

—Ah, eres una exagerada. De verdad, no te entiendo. Si sigues así, te quedarás en la época de los dinosaurios... Anda, déjame subir esta foto en la que salimos guapísimas. Venga, no seas sosa.

—Ni de coña. Ya sabes que lo único que me gusta del Facebook es la palabra *book*.

—Pero mira que eres rara... Está bien, entonces subiré la que me hice con Devon. En cuanto las chicas me vean con él, van a tener que ir directas a urgencias —presagió con una risita malvada.

Sara sonrió y, por tratarse de Devon, se acercó a mirar la foto.

—A ver, déjame examinarlo. Este tío tiene que tener algún defecto que nuestra vista no es capaz de detectar.

Sara le dio al *zoom* y analizó sus facciones, pero, muy a su pesar, no encontró ninguna imperfección y no le quedó más remedio que admitir que ese hombre estaba guapo hasta con aquella pose ridícula. Para colmo, en vez de parecer afeminado, resultaba incluso sexy, y daban unas ganas inmensas de comerle aquellos morritos en forma de O.

Tras devolverle el móvil de mala gana, Sara cogió el bolso, metió la tarjeta en la ranura de la puerta y salieron rumbo a avenida Corrientes, el centro neurálgico de la ciudad, donde había negocios de todo tipo: teatros, librerías, confiterías, pizzerías... Conocida también como la calle que nunca duerme, la diversión estaba más que asegurada.

Durante la comida, Sara había notado que Ana no estaba tan contenta como de costumbre, y supuso que el culpable de su melancolía era el espíritu navideño. Desde que su padre la había abandonado, la Navidad se había convertido en una especie de tortura. En ese aspecto tampoco se parecía a ella, a la que le encantaba la Nochebuena y disfrutaba enormemente de la familia, los villancicos, el turrón y los regalos. Aunque, en realidad, el mérito había sido de su padre, el cual, desde que era pequeña, le había transmitido esa ilusión por sentir la magia de las fiestas. Resultaba paradójico pero, aunque estuviese muerto, él seguía viviendo dentro de su corazón; sin embargo, el padre de Ana, aunque seguía vivo, hacía mucho tiempo que había muerto para ella.

Antes de ir al hotel se detuvieron en una cafetería. El sitio irradiaba una potente luz natural. Estaba rodeado de enormes cristalerías desde donde se podía divisar el ritmo ajetreado de los transeúntes y el colorido de los comercios.

Las dos se sentaron en una mesa cerca de la entrada, y Ana dejó las bolsas de las compras sobre una silla mientras Sara hojeaba la carta.

—Uh, huele a gofres...

—¿Vas a pedirte uno?

—Claro que sí, ya sabes que esta celulitis hay que mantenerla —bromeó, dando una palmadita en el muslo.

—¡Pero bueno! ¿Qué hacen acá?

Las dos se giraron al escuchar una voz familiar.

—Hola, Darío, ¡qué casualidad! —exclamó Ana.

—¿Qué tal? ¿Has venido solo? —indagó Sara.

—No, he venido con Eusebio, pero está en el aseo.

—Ah, qué bien. —Sara trató de disimular su incomodidad, pues intuía que Eusebio aún seguiría molesto con ella. Recordó que durante la fiesta había intentado acercarse a él en un par de ocasiones para hablar de lo sucedido. Sin embargo, aquella noche, su sapito no había estado tan comunicativo como de costumbre.

A los pocos minutos, un Eusebio sonriente se paró a saludarlas.

—¡Amigo, mirá a quién tenemos acá!

—Vaya, ¡qué sorpresa! ¿Al final hasta qué hora se quedaron?

—Hasta las seis, un poco después que tú. Pillamos una buena con los chupitos de tequila. Mónica es una *barman* malísima —puntualizó Ana.

—Tenés razón. —Eusebio se rio y luego clavó sus ojos en Sara—. Y vos, princesa, ¿aún seguís enfadada con el universo?

Sara torció los labios y cambió el tema de conversación.

—¿Cómo has amanecido? ¿Tú también has tenido resaca?

—No, para nada, apenas bebí. ¿Y vos?

—Bueno, digamos que Ana no me dejó beber.

—¡Hombre! Después de que te bebieras tres copas de champán en menos de cinco minutos, tenía que ponerte el freno de mano. Como comprenderás, no iba a permitir que me avergonzaras delante de Logan.

—¿Así que solo lo hiciste por eso? —Todos se rieron—. Desde luego, tener amigas para esto... ¿Y qué planes tenéis para esta noche? ¿Cenáis con la familia?

—Sí, de hecho, ahora mismo salgo para la casa de mis padres —contestó Darío.

Ella buscó la mirada de Eusebio, esperando su respuesta.

—Yo también ceno con la familia, pero mañana almuerzo en casa de Alicia. Queremos estar juntos cuando Andrea abra los regalos de Navidad.

Sara le dedicó una tierna sonrisa, pues sabía de antemano lo mal que lo estaba pasando con su exesposa por el tema de la custodia de la niña.

—Me alegro mucho, los hijos no tienen por qué pagar los errores de sus padres. Ese sí es un buen regalo de Navidad.

—El mejor... En fin, chicas, espero que siga en pie lo de fin de año. Ya saben que las espero en mi piso.

—Claro que sí. Allí estaremos, sapito.

—Me ha encantado saludarlas. Feliz Navidad.

Todos se despidieron, y, cuando Sara le dio dos besos a Eusebio, él le susurró en el oído:

—Llámame, princesa.

Sara y Ana volvieron a sentarse y siguieron disfrutando de la tarde.

—¿Sabes? Estoy empezando a cansarme de Logan —manifestó Ana, aspirando el olor del café—. Te juro que como esta noche no me dé mi dosis de sexo, va a saber quién es Ana Rivas.

—¡Pero qué impaciente eres! Estoy segura de que está esperando el momento oportuno. El señor Brandon... —Ana se aclaró la garganta—. Vale, Logan es un hombre de los de antes y va con pies de plomo. No le des más vueltas.

—¡Pues sí se las doy! De verdad, no hay derecho, unas tan poco, y otras que no saben aprovechar lo que tienen delante de sus narices.

—¿Por quién lo dices? ¿No será por mí?

—¿Ah, no? Pues claro. Tú sapito te ha follado con los ojos. ¡No me digas que no te has dado cuenta!

Sara sonrió mientras se tocaba las puntas del pelo.

—Sí, hoy estaba muy guapo, pero hay algo en él que no me termina de convencer.

—Yo sé lo que es...

—¿Ah, sí? Pues adelante, escúpelos.

—Le falta chispa. ¿A que sí?

—Un poco, por ahí van los tiros. No se te escapa ni una, loquita.

—No, chiqui, no se me escapa nada ni nadie, y esta noche se lo voy a demostrar a Logan.

—Hablando de esta noche, deberíamos irnos al hotel o, a este paso, los ravioli de Aurora se van a enfriar. Solo espero que no estén rellenos de carne.

—Sigue soñando.

A las ocho en punto, Sara tocó el timbre de la residencia de los Pioginni.

—Chiqui, ¿te has fijado en la puerta? Es igual que la gran señora pero en color blanco.

—Uh, no me la recuerdes. Espero que cuando regresemos a Granada hayan arreglado el interfono. Le dije al muchacho del seguro que...

Al ver que quien abría la puerta era Devon, vestido con un traje negro y pajarita a juego, a Sara se le reseco la garganta y no pudo terminar la frase.

—Sois muy puntuales, adelante, por favor. Estáis en vuestra casa.

Tras recuperar la cordura, ante esa visión casi celestial, Sara camino detrás de él y se obligó a quitar la vista de aquella espalda nadadora para observar con detenimiento la decoración del chalé. Todo estaba impregnado de un estilo colonial: los muebles eran de madera y el suelo de barro. En el centro del salón había una chimenea de ladrillo y, justo encima, colgaba un retrato de Aurora de cuando era más joven. Después llegaron a un patio interior en el cual había una gran mesa rectangular llena de entremeses con varias botellas de vino repartidas a lo largo de la misma. El menaje era de lujo: la cubertería de plata relucía a la luz de las velas, y las servilletas de tela inglesa hacían juego con el mantel.

—¡Hola, ya estamos todos! —exclamó Aurora.

Aquella noche Sara se había puesto cómoda. Horas antes, mientras se arreglaban, Ana la había obligado a embutirse en uno de sus vestidos de la talla treinta y ocho con los que no podía respirar. Al final, había optado por enfundarse unos pantalones vaqueros y un quimono de flores; sin embargo, al comprobar el *glamour* que destilaban algunos invitados, empezó a cuestionarse si había sido una buena idea. Alrededor de la mesa había unas cuarenta personas. Ella no imaginaba que habría tantísimos comensales, y la cara se le puso tan roja como las letras de

Netflix.

Tras hacer las presentaciones pertinentes, Devon y Steve se sentaron al lado de Aurora y del señor Brandon, quizás para acallar rumores, mientras que Ana y Sara tomaron asiento al final de la mesa, junto a Paolo. Durante la cena, los tres compartieron risas y confidencias como si fuesen amigos de toda la vida.

Después del postre y de brindar por décima vez por la Navidad, todos los invitados pasaron al jardín, donde una cantante, íntima amiga de Aurora, se subió a un pequeño escenario y animó la velada al interpretar algunos tangos con su voz angelical.

Ana se puso a bailar con el señor Brandon, y Sara aprovechó ese interludio para acercarse a una preciosa barra hecha de bambú y pedirse una copa fría de champán. Automáticamente, cerró los ojos, concentrándose en su sabor espumoso. Le encantaba sentir cómo aquellas burbujitas doradas le acariciaban la garganta; de hecho, era su bebida favorita. Luego se fijó en el cielo: estaba precioso, iluminado por cientos de estrellas, y no pudo evitar pensar en su padre y en su familia. Miró el reloj e imaginó que a esas horas sus tías y sus primas la estarían liando parda, mientras su hermano Diego seguiría enclaustrado en el servicio, intentando domar su flequillo de Justin Bieber antes de salir de fiesta con los amigos. Sonrió al visualizar la cara de preocupación de su hermano, se quitó los zapatos y caminó descalza sobre el frescor del césped hasta que el olor a jazmín se mezcló con un perfume delicado pero a la vez muy intenso.

—¿Te han gustado los ravioli de mi madre? —preguntó Devon con una voz tan sensual que la estremeció por completo.

Sara sujetó la copa con más fuerza, como si necesitara aferrarse a algo para no perder el equilibrio.

—Sí, el relleno de berenjena estaba exquisito. Ha sido un detalle por parte de tu madre y le estoy muy agradecida.

—¿De verdad eres vegana?

—Sí. ¿Te sorprende?

Devon se quedó unos segundos mirándola fijamente sin decir nada.

—¿En serio no comes nada de origen animal? ¿Acaso te alimentas del aire? —reiteró con ojos burlones.

Sara no respondió, y volvió a fijar su vista en el cielo. Estaba harta de dar explicaciones acerca de su estilo de alimentación.

—¿Fumas? —Devon le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias, no fumo. Y, además, no soporto a la gente que huele a nicotina —aclaró ella mientras se ponía los tacones.

Devon sonrió de medio lado.

—De eso no estoy tan seguro —afirmó él con los ojos anegados de deseo.

Sara mantuvo la calma e intentó no amedrentarse ante su belleza. Pensó que cuanto menos rato estuviera cerca de ese hombre, mejor. De modo que fue directa al grano.

—¿Te has traído la escena? Si quieres puedo echarle una hojeada antes de que se me suban las copas.

—Sí, la he dejado en mi cuarto. ¿Te importaría acompañarme? Allí estaremos más tranquilos.

Sara asintió y lo siguió. Durante el trayecto, sus ojos disfrutaron de una excelente panorámica: espalda ancha y atlética y, un poco más abajo, un trasero de infarto. En ese momento le dio gracias a Dios de que él llevara la chaqueta colgada del brazo, de ese modo su lujuriosa vista podía deleitarse con el movimiento de sus nalgas, redondeadas y firmes. Al llegar a la habitación,

Devon abrió la puerta y la invitó a pasar.

—No, gracias, mejor te espero aquí fuera.

—¿No hablarás en serio? Anda, entra... No pienso hacerte nada. Créeme, no eres mi tipo.

Devon lo dijo tan convencido que Sara incluso se entristeció.

«¡Maldito capullo egocéntrico!». Él tampoco era su tipo. No podía ser su tipo. Aunque, por desgracia, debía admitir que ese hombre tenía un cien por cien de probabilidades de convertirse en el tipo de cualquier mujer, sobre todo, cuando sus ojos se perdían en aquella figura granítica y en sus espléndidos iris.

Alentada por él, al final entró y comenzó a escanear el cuarto. A su derecha había un gran armario empotrado de color nogal, y en el centro yacía una cama de matrimonio. Instintivamente, se ruborizó al imaginarse desnuda en aquel colchón encima de él, besando sus labios y acariciando su piel.

«¿Pero qué coño me pasa...?». Se abanicó con la mano y continuó examinando el lugar.

—¡Vaya! ¡Tienes el Mac Pro de veintisiete pulgadas! —Sara lo tocó como si fuese una primera edición de Jane Austen.

—¿Entiendes de ordenadores? —preguntó él con las cejas enarcadas.

—En realidad, no, pero cuando te pasas media vida tecleando, al final, casi sin darte cuenta, acabas haciendo un máster de cuál es el mejor PC del mercado. Precisamente hace un par de meses me enamoré de este bicharraco, pero cuando vi lo que costaba, le dije *¡bye, bye!* —Sara hizo un gesto de despedida con la mano.

Devon sonrió y se metió las manos en el bolsillo del pantalón.

—Si te soy sincero no me había dado cuenta ni de que estaba ahí. Cuando vengo a Buenos Aires no suelo dormir en casa de mi madre. ¿Entonces dices que es un bicharraco?

—Así es y, además, es el último modelo. Tal vez te lo ha traído Papá Noel.

—No creo, este año no he sido un chico bueno. —Hizo hincapié en la última palabra. Después esbozó una pequeña sonrisa y comenzó a desabotonarse la camisa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Vas a desnudarte delante de mí? —preguntó Sara con los ojos fuera de sus órbitas.

Devon no contestó. Solo se rio, movió la cabeza a un lado y se desprendió de la camisa. Luego abrió el armario y permaneció unos segundos quieto frente a la puerta.

—Encima de la mesa está el guion. Si quieres puedes empezar a leerlo mientras busco algo que me sirva. Estaba muerto de calor —afirmó al pasarse una mano por la frente.

Sara se preguntó cómo puñetas iba a leer con semejante torso enfrente de ella y maldijo algo entre dientes. ¿Pero qué diablos hacía allí? Ella no debería estar a solas con él, y menos en su cuarto. Y no solo lo decía por la atracción que sentía por ese hombre y que ya no podía negar, sino también porque aquello que estaba punto de hacer, tanto en su tierra como en Buenos Aires, se llamaba trato de favor, y los otros actores no se lo merecían.

—Devon, no creo que esto esté bien. Es decir, si te ayudo con el personaje, tú tendrás cierta ventaja sobre los demás. Será mejor que me marche.

Al escucharla, Devon avanzó hasta ella y la aprisionó entre los brazos. Sara se tensó mientras el guion temblaba en sus manos. Él estaba muy cerca... tan cerca que observó cómo su pecho subía y bajaba con la respiración. Alterada por aquella espléndida visión, su vista viajó hasta sus formidables pectorales y observó que, entre el vello de su torso, llevaba un colgante de oro que relucía con la insignia de los Pioginni. Sin saber el porqué, lo cogió entre sus crispados dedos.

—Disculpa, es tan bonito que no he podido resistirme. —Sara admiró aquel medallón con el

dibujo de un dragón negro—. ¿Tiene algún significado?

Devon se retiró el colgante del cuello y se lo entregó para que pudiese verlo más de cerca.

—Está hecho de cuarzo negro. Mi madre se lo regaló a mi padre. Si lo abres, verás que dentro hay una foto de ella. En realidad es un sello familiar. Según la cultura oriental, el dragón significa fuerza y valor, y atrae la buena fortuna... Aún no sabemos quién tuvo la genial idea de hacer estas joyas. Lo único que sé es que han pasado de generación en generación. —Su rictus cambió, y sus facciones se endurecieron—. Al morir mi padre, mi madre me lo entregó y, desde entonces, siempre lo llevo conmigo. Ambos estábamos muy unidos, y cada vez que lo toco me siento aliviado, es como si nunca se hubiese ido.

Sara lo palpó con los dedos, y después, con delicadeza, lo depositó en la palma de su mano.

—Vaya, lo siento mucho. Te entiendo, yo también estaba muy unida a mi padre.

Devon se apoyó contra el escritorio y se colocó el colgante.

—Sí, ambos teníamos una relación muy especial, aunque, como ya habrás comprobado, no puedo decir lo mismo de mi madre.

Sara alzó la barbilla y se tensó antes de seguir hablándole.

—Creo que estás equivocado. Mira, apenas te conozco y sé que no soy la persona más indicada para decirte lo que opino, pero no hay que ser ningún lumbreras para darse cuenta de que tu madre te adora. Quizás deberíais hablar y dejar atrás el rencor.

Devon agachó la cabeza y se echó a reír.

—No te lo tomes a mal, pero te he traído hasta aquí para que me aconsejes sobre el papel, no para solucionar mis problemas familiares.

Al escucharlo, Sara tomó distancia y se irguió por completo.

—Vale, vale, estás en todo tu derecho, pero entiéndeme, yo también estoy en todo mi derecho de no ayudarte a conseguir ese papel. ¡No está bien, y los dos lo sabemos!

Devon se colocó a la altura de su mentón y la fulminó con la mirada.

—Por favor, solo te estoy pidiendo un puto consejo, no te estoy pidiendo que intercedas por mí. Yo jamás lo permitiría.

Y como si lo conociera de toda la vida, Sara supo que decía la verdad. Devon no parecía ser el típico trepa que mendigaba por un papel. Solo había que mirarlo para darse cuenta de ello.

—Está bien, te ayudaré. Te daré ese puto consejo.

«¿Y a mí quién me dará un puto consejo para reprimir mis impulsos?».

Capítulo 13

Sara contuvo el aliento antes de comenzar a leer la escena, sin embargo, la mirada penetrante de Devon no la dejaba concentrarse. Ofuscada, cogió el guion como si estuviera leyendo el periódico y escudó el rostro bajo los folios.

—Sara...

—Dime...

—¿Desde cuándo lees al revés? —preguntó él con una sonrisa ladeada.

Indignada, le dio la vuelta al guion, mientras mentalmente no paraba de repetirse lo idiota que era. A continuación pegó su espalda al respaldo de la silla y, cuando leyó las primeras líneas, comprendió la incertidumbre de Devon. No entendía por qué motivo Paolo había dado instrucciones al director de *casting* para que la prueba se hiciera en torno a la escena final del libro, y eso le extrañó; aunque pensándolo bien, no era una idea tan descabellada, ya que, si lo analizaba desde otra perspectiva, el candidato que supiera conectar con el protagonista masculino de su novela, en ese estado entre desolado e irascible, justo cuando estaba a punto de abandonar a la mujer de su vida, también podría interpretarlo en cualquiera de sus otras facetas.

—A ver, dime, ¿qué es lo que no entiendes de la escena?

Devon caminó nervioso por la habitación y luego se sentó en la cama con las manos en la nuca.

—Verás, en el último diálogo, cuando Ren le dice a Kiari que no puede seguir a su lado, a mi parecer, no dejas muy claro qué es lo que realmente siente en ese momento. Es decir, por un lado está melancólico porque ha renunciado a la mujer a la que ama, pero, a la vez, siente mucha rabia y frustración porque sabe que se ha comportado como un cobarde. Entonces, ¿cómo crees que debería interpretar esa última mirada? ¿Debería ser de odio o de tristeza?

Antes de responder, Sara se llevó las manos a las sienes y recordó lo cabreada que había estado el día que escribió aquella escena. ¡Cómo no! El culpable de su mal humor solo podía llamarse Alfonso, y la culpable de que aquella semana estuviese a punto de tirarse por la ventana fue una cláusula del divorcio (en particular una donde se desentendía del piso). Suspiró. ¡No, otra vez no! ¡Con lo a gusto que estaba sin acordarse de ese impresentable! Apretó los dientes e inspiró dos veces seguidas antes de meterse en el pellejo del personaje. Pensó que si ella fuera Ren Carter, también estaría muy dolida por abandonar al amor de su vida. Sin embargo, nadie le obligaba; él había antepuesto su trabajo de espía por encima de sus propios sentimientos y, en el fondo, se odiaba a sí mismo por no haber sido capaz de romper con su pasado. Por lo que el mayor enemigo de Ren era el propio Ren. Él había sido el único que había cerrado las puertas de la relación, y eso era algo que no podía perdonarse.

—Bien, yo creo que tu mirada debe traslucir una mezcla de sentimientos. Si yo fuese tú, primero me pondría triste y, justo después de arrojar el móvil al río Hudson, mis ojos reflejarían odio y resentimiento.

Pensativo, Devon se giró y se sujetó la barbilla con los nudillos.

—Me parece que has dado en el clavo. Así lo haré.

La habitación daba al jardín, pero desde allí apenas se escuchaban la música ni el vocerío de los invitados. Por unos segundos se quedaron callados y solo se oyeron el canto de los grillos y el sonido de sus respiraciones. De repente, Sara se sintió incómoda por la atmósfera tan íntima que

se había creado entre ambos. Devon la estudiaba en silencio mientras sus implacables retinas no dejaban de deambular por todo su cuerpo. En ese instante, el corazón empezó a latirle con fuerza y tuvo miedo que de él pudiera darse cuenta de su nerviosismo, de modo que le retiró la mirada e intentó sosegarlo.

—Bueno, será mejor que me marche —manifestó ella para romper aquella tensión sexual de nivel alarmante.

Devon se incorporó y la acompañó hasta la salida con una camiseta negra de manga corta sobre uno de sus hombros.

—¿No bajas? —preguntó ella, apartando tímidamente la mirada de aquellos bíceps.

—No. Antes voy a ducharme, pero si te apetece, puedes ayudarme a quitarme el pantalón —comentó, de forma vanidosa, con los dedos engarzados en el cinturón.

Sara ignoró su comentario y puso los ojos en blanco.

—No, gracias; por hoy ya te he ayudado bastante. ¿Por qué mejor no se lo propones a alguna de tus fans? Estoy convencida de que te lo arrancarían con la boca.

—¿Y tú? ¿Me lo arrancarías con la boca? —preguntó con una sonrisa pérfida—. Estaba pensando en invitarte a cenar por las molestias, pero he cambiado de opinión... He pensado que podría pagarte de otra forma.

Aquellas palabras, llenas de dobles intenciones, estaban acabando con su escasa paciencia. Mejor dicho, estaban empezando a hacer mella en su cuerpo, ya que, por una centésima de segundo, había estado a punto de tomarle la palabra. Sí, había estado a punto de desnudarlo, de meterse con él en la ducha y de enjabonarle el cuerpo con los labios.

—Oh, eres muy amable, pero prefiero que me pagues con una buena interpretación. Estoy deseando comprobar si eres tan buen actor como dicen —puntualizó, alejándose de él, como si el contacto con su piel le provocara chispazos eléctricos.

—Eso está hecho. ¡Te recuerdo que aún estas a tiempo de verme desnudo! —vociferó él con una gran sonrisa, mientras ella bajaba la escalera a toda prisa con las piernas gelatinosas.

Al llegar a la fiesta, Sara se acercó a la barra, se bebió de golpe una copa de champán y después fue a buscar a Ana.

—Paolo, ¿has visto a mi amiga?

—Sí, *bambina*, acaba de irse con Logan y me ha pedido que te diga que esta noche no la esperes despierta.

—¿No me digas que al final el señor Brandon ha sacado a la bestia que lleva dentro? Es comprensible, Ana es una mujer muy insistente.

Paolo emitió una carcajada.

—En eso te doy toda la razón. Antes de irse me ha repetido, como unas veinte veces, que por favor te llevara al hotel; así que, *bambina*, me temo que no vas a librarte de mí en toda la noche. —Paolo le guiñó el ojo.

—¿Has dicho toda la noche? ¿Acaso tienes algo en mente?

—Por supuesto, ¿no pensarías que íbamos a quedarnos aquí bailando canciones de Carlos Gardel como si fuésemos dos abuelos?

Sara torció los labios y se llevó un dedo a la boca.

—Hablando de abuelos, ¿y el abuelo de Devon? ¿Por qué no ha venido?

—¿Don Roberto Pioginni? Oh, mejor, déjalo en Montreal. Tiene un carácter temible.

—¿Lo conoces?

—Sí, una vez cené con él, ¡y no sabes la noche que nos dio! Es un viejo cascarrabias. No sé

cómo Devon ha podido soportarlo durante todos estos años.

—Quizás porque su carácter es mucho peor que el de su propio abuelo.

Ambos se rieron.

—¿Tú crees? Antes he visto que estabas hablando con él, ¿te ha dicho algo del *casting*?

—No, ¿por qué lo dices?

—No lo sé, solo lo supuse. Devon es un hombre muy competitivo, y no me extrañaría nada que hiciera lo imposible por asegurarse el papel... Por cierto, aún no me has dicho qué te parece físicamente como Ren Carter. No está nada mal, ¿verdad?

Sara se encogió de hombros.

—Sí, no está mal...

Paolo abrió la boca y empezó a hiperventilar de forma teatrera.

—¿Cómo que no está mal? Devon está como quiere. Es una pena que no le gusten los hombres.

—Eso no puedes asegurarlo. Conozco más de uno y más de dos que aún siguen escondidos dentro del armario.

A Paolo le entró la risa y se la contagió a Sara.

—¿Estáis pasándolo bien? —preguntó Steve, que se acercó hasta ellos.

—¿Qué tal, Steve? ¿Cómo va la agenda de Devon? —inquirió Paolo.

—Es un infierno. Desde que acabó la temporada no ha parado de recibir ofertas.

—Eso es genial, significa que su fama va *in crescendo*.

—¿Genial para quién? ¿Para él o para mí? —Steve dio un sorbo a su gin-tonic mientras escudriñaba a Sara—. ¿Y qué tal? ¿Cómo van esas vacaciones?

—Muy bien, gracias.

—Me alegro. —Steve columpió el vaso.

—*Bambini*, ¿me disculpáis? Estoy sediento. Sara, ¿te traigo otra copa de champán?

—Sí, por favor.

Cuando Sara se quedó a solas con Steve, ella lo observó de cerca y se dio cuenta de que era un hombre bastante atractivo: moreno, alto y corpulento. Y también se dio cuenta de que era un pelín petulante.

—¿Y Devon? No lo veo por aquí.

—La última vez que hablé con él me dijo que iba a ducharse.

—Vaya, veo que os estáis haciendo íntimos... Antes os he visto hablar muy acaramelados —aseguró Steve, con las cejas levantadas.

—¿Acaramelados? Creo que estás confundido, solo estábamos hablando de la película.

—¿De veras? —Steve la miró de soslayo. —No sé, pero a mí me ha dado otra impresión.

Sara se quedó desconcertada con el comentario de Steve. Ella no era una mujer que se dejaba guiar por las apariencias, pero aquel hombre no le gustaba. Cuando lo miraba a los ojos intuía que había algo oscuro dentro de su alma, y no era precisamente el color de sus iris.

Cuando Paolo llegó con las copas, Steve se distanció de ella.

—Bueno, voy a rellenarme otra. —Señaló la copa con el dedo índice—. Ha sido un placer hablar contigo, Sara.

—Igualmente, Steve.

—*Ciao, bambino*... Sí, es un tipo raro, yo también lo pienso —le musitó Paolo al oído.

—¿Cómo lo has sabido? Me refiero a lo que estaba pensando.

—*Bambina*, ¿crees en la amistad a primera vista?

—Nunca lo había escuchado, pero suena bien.

—Yo no creo que suene bien, creo que suena de escándalo.

—Chicos, ¿cómo van por aquí? —preguntó Aurora con un mojito en la mano.

—Estupendamente, madrina —contestó Paolo, rodeándole la cintura.

—¿Y tú, Sara? ¿Te ha gustado la cena?

—Por supuesto. Tengo que hacer una mención especial a tus ravioli. Tienes que pasarme la receta, estaban exquisitos.

—Eso está hecho, dame tu número de teléfono y te agrego al WhatsApp.

—Madrina, ¿sabes utilizar el WhatsApp? ¡Esto sí que es un notición! —exclamó Paolo, haciendo una ola con la mano.

—¿Pero por quién me tomas, lucerito? Claro que sí, me enseñó Logan. A todo esto, creo que se ha ido con tu amiga, ¿cómo es que se llamaba? —indagó Aurora dando vueltas con la pajita.

—Ana.

—¡Ah, sí! No quiero parecer indiscreta, pero ¿desde cuándo están juntos?

—Pues para no parecerlo lo estás siendo, querida —puntualizó Paolo.

—Perdona, Sara, no he debido...

—No, no pasa nada. Bueno, que yo sepa por ahora son solo amigos.

—¿No me digas? Es una pena. Desde que estuvo conmigo no lo había visto así de ilusionado... Solo espero que sea feliz con esa muchacha, aunque solo sea por unos días —comentó, mirándose el esmalte de las uñas—. Oh, pero no te quedes callada, en este mundo no hay secretos. ¿No me digas que no lo sabías? ¡Por favor!

Antes de responder, Sara intentó descifrar qué se escondía detrás de aquella mirada, la cual no le dio buen augurio. En esos momentos era cuando más deseaba meterse dentro de la mente de las personas. Quizás Aurora empezaba a sentir algo más por el señor Brandon que una simple amistad.

—¿Aún sigues aquí? Pensaba que te habías marchado sin despedirte.

Cuando Sara escuchó la voz de Devon, estuvo a un tris de lanzarse de alegría a sus brazos, ya que su interrupción no podía haber sido más oportuna.

—Sí, justo estaba despidiéndome de tu madre.

—Así es, estamos a puntito de salir de esta residencia de ancianos.

Aurora le dio un codazo cariñoso a Paolo.

—¡Paoolo! Eres de lo peor. Sara, ¿de verdad te fías de este demente? Yo en tu lugar no estaría tranquila.

—No te preocupes, si veo que se pasa un pelo, se lo corto.

—Pero ¿cuál, *bambina*? Si no tengo...

Todos emitieron una carcajada mientras Devon le susurraba a Sara:

—¿Quieres que te lleve al hotel?

Sara se quedó obnubilada con su nueva vestimenta: llevaba una camiseta negra y unos vaqueros oscuros que le marcaban la silueta de sus contorneadas piernas.

—No, gracias, ya me lleva Paolo —balbuceó mientras aspiraba el cítrico olor a champú que emanaba su cabello húmedo.

—Está bien, entonces me marchó. He quedado con Steve. —Le hizo una señal a su mánager con la mano.

—¿Cariño, vas a venir a dormir o te quedarás en el hotel?

Devon frunció el ceño.

—¿Cariño? ¿Desde cuándo soy tu cariño? Creo que no deberías seguir bebiendo, mamá.

Paolo le dio un pellizco a Sara en el brazo.

—¿Nos vamos ya, *bambina*?

—Sí, Paolo. En fin, es hora de mover el esqueleto. Aurora, ha sido un placer. —Sara le dio dos besos—. Si alguna vez vienes por Granada, avísame.

—Claro que sí, muchacha, y recuerda que desde ahora tú también formas parte de la familia Senea Group Corporation.

Sara asintió y, acto seguido, hizo amago de estrecharle la mano a Devon, sin embargo, este fue más rápido y paseó la boca por su mejilla. Al sentir el roce de aquellos labios, el corazón le palpité muy deprisa. No sabía si era efecto del champán o la necesidad de olvidarse de Alfonso, pero cuando ese hombre estaba cerca de su cuerpo, la sangre le hervía y algo muy fuerte despertaba dentro de ella. Era como si necesitase el contacto de su piel para saciar a un monstruo de deseo que yacía en su interior.

—¿Qué vais a hacer mañana? Steve y yo vamos a ir a comer a la Boca. ¿Os apetece acompañarnos?

—¿Mañana? No sé, yo...

Paolo interrumpió la conversación.

—¡Estupendo! Me parece un plan excelente. Y después podemos ir a San Telmo y tomarnos un mate.

—Buena idea. Entonces ya estamos en contacto. Que lo paséis bien. —Devon le susurró al oído—: Nos vemos en unas horas, fierecilla.

Al salir de la fiesta, Sara no paraba de masajearse los pómulos. Era como si aún pudiese sentir el calor de Devon en ellos. Nunca había sentido nada igual, ni siquiera cuando Alfonso la había besado por primera vez.

—*Bambina*, ¿qué te ocurre? Antes estabas animadísima, y ha sido salir de la residencia y te has desinflado como un globo.

—No es nada. Son cosas de mujeres, ya sabes.

—Ay, sí... ¡Las hormonas os matan!

—Sí, son un incordio. En fin, ¿dónde dices que vamos?

—Al edén de la música... Conozco un pub donde ponen canciones de los ochenta. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? Me parece que ya estamos tardando en llegar.

Tras pasar una noche memorable bailando temas de Modern Talking, Miko Mission o de sus adorados Depeche Mode, Sara se levantó después del mediodía y lo primero que hizo fue abrir su portátil y establecer conexión Skype con su madre.

—¿Me escuchas? ¡Mami, feliz Navidad!

—¡Hija mía! ¡Qué adelantos! Todavía no me explico cómo es posible que pueda verte.

—Dímelo a mí, mami. ¿Qué tal estás? ¿Cómo has pasado la Nochebuena?

—Pues cómo voy a pasarla, mal. Me acordé muchísimo de tu padre y también de ti. ¿Cuándo vienes, cielo?

—El día dos me tienes en casa.

—Por mí puedes quedarte un año en Argentina —bramó su hermano Diego, que, de pronto, apareció por la pantalla.

—¡Oye! ¡Feliz Navidad a ti también, Tocapelotas! En cuanto llegue tenemos que hablar largo y

tendido.

—Ni lo sueñes, hermanita. Contigo de lo único que tengo que hablar es de tu amiga Miriam. Está para mojar pan.

—¡Serás asqueroso! Anda, quita tu cabezón de en medio, que no puedo ver a mamá y quiero despedirme. Aquí la cobertura no es muy buena.

—Hija, no te he preguntado por la película. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, mami. Ya te contaré.

—¿Estás comiendo? Esa dieta tuya me trae por la calle de la amargura.

Sara le mostró una manzana y le dio un buen mordisco delante de ella.

—No te preocupes, estoy comiendo de fábula.

—Vale, cielo, pues ten mucho cuidado. Por favor, no hagas locuras. Yo sé que eres una niña responsable, pero no puedo decir lo mismo de Ana, esa amiga tuya está como una cabra.

—Ya, mamá, ya lo sabemos... Venga, os dejo. Dale saludos a toda la familia. ¡Besitos!

A Sara le hizo gracia el consejo que su madre le había dado pues, en ese viaje, la única que había estado a punto de cometer una locura había sido ella. La noche anterior le había faltado muy poco para devorarle la boca al gran Devon Stelin. Y lo hubiese hecho si no llegan a impedirselo su moral y su rectitud. ¡Maldita ética! De nuevo al recordar a ese actor sus arterias se llenaron de deseo. Y no era para menos, sobre todo, después de comprobar en primera persona que los oblicuos del tío del cartel de *Invictus* sí existían y no eran obra del Photoshop. Sin poder evitarlo, tecleó su nombre en la barra de direcciones de Google. Y allí estaba él, guapo no, lo siguiente. Había cientos de fotos suyas: en blanco y negro, en color, con más ropa y con menos, e incluso había una donde exhibía su fantástico trasero. ¡*Oh, là là!*

Acalorada, se humedeció los labios y se puso cómoda mientras disfrutaba de la acidez de la manzana y de aquellas imágenes cuando, de repente, tocaron en la puerta. Sara intuyó que se trataba de Ana y abrió sin ni siquiera preguntar.

Sin embargo, al otro lado no estaba su amiga, sino el nuevo dueño de sus pensamientos.

Capítulo 14

Sara se quedó inmovilizada en el umbral de la puerta. ¿Pero qué narices hacía Devon allí? ¿Quién le había dado su paradero? ¿Qué quería? Y, sobre todo, ¿cómo demonios la recepcionista le había permitido subir sin ni siquiera avisarle antes por teléfono? Pensó que la seguridad del hotel dejaba mucho que desear mientras él la examinaba con diversión y sus ojos viajaban por la costura de sus braguitas. En ese instante se dio cuenta de que solo llevaba una camiseta de tirantes sin sujetador y un *culotte* de Mickey Mouse. Instintivamente se tapó con las manos y se escondió tras la puerta.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Sara, sacando la cabeza por una rendija.

—Si tuvieras el teléfono encendido, lo sabrías.

—¿Cómo dices? No entiendo nada.

—¿Puedo pasar? —inquirió él con cara de niño bueno, aunque su camiseta de Metallica y sus vaqueros rasgados reflejaban todo lo contrario.

—¡Espera un segundo! Voy a ponerme algo encima.

—Está bien. Por cierto, ¿quién fuera Mickey!

Al oír su pulla, Sara se sonrojó. Exaltada, se miró al espejo y se peinó con los dedos. Luego se puso a ordenar la habitación, metiendo todo lo que encontraba a su paso dentro del armario. Por último, cogió el quimono de flores que había llevado la noche anterior y se lo cerró en forma de batín.

—Anda, pasa. Yo tampoco voy a hacerte nada, no eres mi tipo —afirmó, coqueta, apoyada en el quicio de la puerta.

Devon ensanchó los labios y, al entrar en la habitación, señaló con el dedo índice su portátil.

—Pues para no ser tu tipo, me tienes de salvapantallas.

Rápidamente, Sara cerró el PC y se puso a la defensiva. ¡Pero qué torpe era!

—No es lo que piensas —titubeó—. Solo estaba buscando información acerca de ti, ya sabes, sobre tu currículum como actor y, de pronto, me salió esta foto indecente.

Antes de responder, los hoyuelos de Devon volvieron a tironear en sus comisuras.

—Esa foto que tú llamas indecente fue para el anuncio de Calvin Klein. Por si no lo sabías, también trabajo como modelo, pero solo lo utilizo como una plataforma comercial. En realidad no me gusta.

A Sara se le hizo un nudo en la garganta.

—¿No me digas? Pues no se te nota. Es más, incluso diría que disfrutas posando para la cámara.

—Si tú lo dices... Aunque los cachetes del culo no son muy expresivos.

Ambos se echaron a reír, y ella agradeció ese pequeño paréntesis para liberar un poco de tensión sexual.

—Tienes razón, la cara apenas se te ve... Y bien, ¿no habrás venido a contarme tu experiencia como modelo de ropa interior?

—No, claro que no. He venido a recogerte para ir a comer. Paolo me llamó por teléfono y me comentó que te hospedabas cerca de mi hotel. Él fue quien me dio tu dirección y tu teléfono.

—Ayer estuvimos hablando de ir a La Boca, pero al final no concretamos nada. ¿Así que Paolo

ha sido el artífice de todo esto? Se va a enterar cuando lo vea.

De repente, la puerta de la habitación dio un crujido y se abrió por completo.

—¡Sara! ¿A qué hora llegaste? —Al ver al actor, Ana se quedó muda y abrió los ojos de par en par—. ¿Devon? ¿Qué haces aquí? ¿Acaso estáis...? ¿Los dos habéis...? ¡Oh!

—Ana, no empieces a sacar conclusiones que no son.

Devon comenzó a reírse.

—No, no es lo que parece. Solo he venido a secuestraros para ir a comer. Mejor os espero abajo, he dejado a Steve en el coche. No tardéis mucho, no estamos bien estacionados.

—Vale, enseguida bajamos.

Cuando Devon cerró la puerta, Ana arrastró los pies y se puso a observarlo por la mirilla.

—¡Madre mía! ¿Pero tú has visto a semejante jambo?

Sara se apoyó contra la pared y se deslizó despacio hasta el suelo.

—Claro que lo he visto, y lo peor es que, cada vez que lo veo, me gusta más. Ese hombre ha revolucionado mi cuerpo y mi mente. Desde que lo conocí en el aseo, no he podido quitármelo de la cabeza.

—¿Lo conociste en un aseo? ¿Me he perdido algo, chiqui?

—Solo un par de capítulos... ¿Y tú, qué tal? ¿Al final el señor Brandon es tan apasionado como imaginabas?

Ana no contestó. Se sentó en la cama con un ademán de aflicción y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo? —Sara le acarició el pelo.

—No, chiqui. Ese es el problema: no me ha hecho nada.

—Pero no lo entiendo. ¿No te fuiste con él?

—Así es. Subimos a la habitación, me besó, me quitó el vestido. —Ana suspiró—. Todo iba bien hasta que se separó de mí. Se puso muy nervioso y luego me confesó que solo me estaba utilizando para darle celos a Aurora. ¿Puedes creerlo?

—Joder, lo siento mucho. Pero ¿sabes qué? Es mejor así. En el fondo me alegro de que no te hayas acostado con él. No hay nada peor que enredarse con un hombre que tiene el corazón destrozado. —Sara la obligó a mirarla—. Vamos, loquita, no te pongas así.

Ana asintió mientras su barbilla descansaba en el hombro de Sara.

—Por primera vez en mi vida un hombre me ha rechazado. Vale, sé que no debo estar triste porque apenas lo conocía, pero reconozco que me ha dolido... Tengo muchas ganas de llorar. No solo es por lo de Logan, también es por estas fechas. ¡No soporto la Navidad! No dejo de pensar en mi padre. ¡Es que no comprendo cómo ha podido olvidarse de mí! Es inconcebible. —Ana hizo un ovillo con las sábanas—. Aún recuerdo cómo lloré el día que se marchó. Nunca lo olvidaré. En aquel momento era joven e ingenua y creía que volvería. Pero cuando pasan los meses y tu madre te explica que se ha largado con otra y que ahora tiene otra familia, al final haces tu vida como si no te importara nada. Sin embargo, no puedes engañarte a ti misma y sabes que ese dolor vivirá dentro de ti y también sabes que nunca desaparecerá. Es como si se hubiera enquistado en las entrañas y te hubiese tatuado el corazón. Cómo lo odio, chiqui, ¡lo odio!

Sara la escuchó atentamente y le trajo un vaso de agua.

—Ana, te conozco como si te hubiera parido e intuía que estabas a punto de explotar. Si necesitas llorar, llora. Ya sabes que es la mejor de las terapias y, además, es gratis.

—No, no quiero llorar... Perdóname, soy una tonta. Te estoy agobiando con mis cosas cuando ese pedazo de actor nos está esperando.

Ana se levantó de la cama, pero Sara le sujetó la muñeca.

—¿Adónde va usted tan rápido, señorita Rivas? Le recuerdo que sus cosas son mis cosas, y ese pedazo de actor puede esperar. Si no te apetece ir a comer, no vamos. Eh, mírame, de verdad no me importa. —Sara le acarició el pelo—. Solo quiero que estés bien, lo demás es secundario.

—Lo sé, chiqui, pero quiero ir. No sirve de nada quedarme encerrada. Yo no soy así. Prefiero recrearme la vista con Devon antes que llorar por algo que no tiene solución.

—¡Olé! ¡Esa es la Ana que yo conozco!

—Solo necesitaba hablarlo. Gracias por escucharme, ya estoy mejor.

—Que sepas que te pasaré la factura, y ahora, ¡largo, a tu cuarto!

Minutos más tarde ambas salieron del hotel y, antes de montarse en un Chevrolet Celta de color blanco, Devon rodeó el coche y les abrió la puerta.

—¡Hola, chicas! —exclamó Steve.

—Hola, Steve. Perdona por la tardanza —se disculpó Sara, acomodándose en el asiento trasero.

—No hay problema, mientras haya aire puedo esperar.

—Antes de que digáis nada, no es mi coche —afirmó Devon.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas? —indagó Sara.

Devon curvó los labios y parapetó sus ojos tras las gafas de sol.

—¿Después de haberme visto con esos calzoncillos, de verdad piensas que puedo avergonzarme de algo?

Sara se quedó muda, y Ana la miró con los ojos como platos.

—¿Qué calzoncillos? ¡Joder, yo también quiero verte en calzoncillos!

—Pues dile a tu amiga que te pase el enlace de la página.

—Pensaba que los actores ganabais más dinero —bromeó Sara, intentando cambiar el tema de conversación, ya que no quería por nada del mundo que Ana supiera que había estado espiándolo por Google. ¡Cualquiera la aguantaba!

—Es lo único que quedaba de alquiler.

—¿En serio has alquilado un coche para ir a La Boca?

—¿Por qué no? No me gusta que me lleven, ni tampoco me gusta usar el transporte público.

—Te entiendo, a mí tampoco me gusta ir en bus. Por eso voy caminando a todas partes.

—¿No tienes coche?

—No, no me gusta conducir. Yo prefiero que me lleven.

—No le hace falta, me tiene a mí, que soy su chofer privado. —Ana interrumpió la conversación, y Sara le lanzó una mirada asesina, aunque, en el fondo, se alegraba mucho de que hubiera vuelto la Ana deslenguada que ella conocía.

—¿En serio? ¡Vaya ganga! —Devon sonrió por el retrovisor.

—¿Y Paolo? ¿Vamos a ir a recogerlo? —preguntó Sara mientras encendía el móvil.

—No. Hemos quedado con él en la puerta de La Bombonera —respondió Steve.

—¿La Bombonera? —se interesó Ana.

—Sí, así se le conoce al campo de fútbol del Boca Juniors. Como ya sabéis, en Buenos Aires es el deporte sagrado. Para los argentinos, los jugadores son como dioses, y los estadios son sus templos —explicó Steve.

—En España ocurre igual. Allí también tenemos mucha pasión por el fútbol. De hecho, yo soy forofa del Real Madrid —aclaró Ana.

—¿Ah, sí? ¿Y tú Sara, eres del Barcelona o del Madrid? —preguntó Devon.

—De ninguno de los dos, no me gusta el fútbol. El único deporte que veo por la televisión es el patinaje artístico sobre hielo.

Devon comenzó a reírse.

—Eso no estaba en tu biografía. Deberías actualizarla.

Sara lo miró y por poco se derrite dentro del coche. Aquellos hoyuelos, que aparecían tímidamente por las comisuras de sus labios, estaban adormeciendo sus neuronas.

Cuando llegaron a La Boca, Devon tuvo suerte y aparcó el coche en un pequeño hueco. Después fueron recoger a Paolo y se adentraron en el sitio más pintoresco de Buenos Aires: un barrio lleno de color, de historia y de costumbres. Durante el paseo, el director le explicó a Sara algunas curiosidades del lugar, como, por ejemplo, que su nombre se debía a que se encontraba en la desembocadura del riachuelo de la Plata, y que las construcciones tenían diferentes tonos porque los vecinos aprovechaban la pintura que sobraba de los barcos de los pescadores para pintar las casas.

—¡Qué bonito! Me recuerda al colorido de las casitas de Burano —comentó Sara mientras hacía un par de fotos.

—Sí, La Boca huele a Mediterráneo... y también huele a pizza.

—¿Pizza? Uh, que hambre tengo —confesó Sara.

—Mis antepasados dejaron huella en esta zona. ¿Qué os parece si vamos a comer a la pizzería de un buen amigo?

—Genial, a mí también me apetece comer pizza —respondió Ana.

Al final de una de las callejuelas, llegaron a un local donde las mesas vestían manteles decorados con pequeños cuadritos rojos y blancos. Las sillas eran de color abedul, y las paredes estaban ataviadas con litografías de monumentos italianos.

—¡Qué sitio tan confortable! Me encanta —exclamó Sara.

—*Un tavolo per quattro, per favore.* —Paolo le tocó la espalda a uno de los camareros.

—¡Paolo! ¿Qué haces por aquí? Hacía mucho tiempo que no te veía.

—¡Oh, Bernardo! ¿Cómo te va el negocio?

—No puedo quejarme. Tengo mi propia clientela, y las propinas no están mal.

—Me alegro mucho. Te presento a unos amigos. *Bambini*, este es Bernardo, un argentino de sangre italiana y el dueño de este coqueto restaurante.

Todos lo saludaron y después pidieron unas pizzas y una ensalada de *mozzarella*, rúcula y tomates *cherry*. Entre cervezas, Devon le comentó a Sara cómo había sido su infancia y cómo había conocido a Steve en el internado. Le explicó que, cuando cumplió la mayoría de edad, él mismo le propuso que se marchara a vivir a Nueva York. Al igual que Devon, Steve tampoco había querido hacerse cargo de los negocios familiares. Tras la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, la única persona que le quedaba en el mundo era su tío, un adinerado industrial, por lo que su infancia estuvo llena de carencias afectivas. Sara comprendió que quizás ese era el motivo principal de que fuese un hombre tan reservado y tan observador. Aun así, seguía sin fiarse de él. Sus ojos eran hipnóticos, y, cada vez que lo miraba, daba la sensación de que te envolvían dentro de su propia oscuridad.

Después del almuerzo, fueron a San Telmo. Se sentaron en la plaza Dorrego y tomaron mate mientras disfrutaban de las [4]milongas al aire libre.

Devon se sentó al lado de Sara y continuó compartiendo con ella algunas confidencias. Cada vez que lo escuchaba, la boca se le hacía agua. Ya no recordaba la última vez que se sentía tan a

gusto al lado de un hombre. Aquel actor no era tan frívolo como aparentaba ser, sino que era culto, inteligente y hasta tenía sentido del humor. Además, le gustaban el champán, leer, viajar y adoraba a los niños y los animales. Y para colmo estaba como un tren. ¿Se podía pedir más? Sí, Sara quería mucho más; pensó que ojalá se lo pudiese llevar a España como recuerdo de su viaje. Ese sí que sería un buen *souvenir*: el mejor de todos.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Devon.

—No, nada. ¿Por qué lo dices?

—De repente te has quedado callada.

—Es que me acordé de algo.

Devon se acercó a ella y, sin previo aviso, le quitó con el dedo un poco de helado de la boca y luego se lo chupó con lascivia.

—¡Uh, qué rico! El mío es de vainilla. ¿Quieres probarlo?

Sara se quedó abducida por el color de sus ojos y sufrió una especie de combustión interna. Devon flirteaba con ella de una forma tan natural que siempre la pillaba por sorpresa.

—No, gracias, por hoy ya he consumido demasiadas proteínas animales. Si sigo así, cuando llegue a España todo mi esfuerzo habrá sido en vano.

—¿Llevas mucho tiempo con la dieta? —preguntó Devon, saboreando su cono de helado.

—Sí, empecé hace unos meses. Fue a través de una compañera del refugio de animales. Aunque reconozco que no soy una vegana estricta. Aún hay una parte carnívora que aúlla dentro de mí. —Sara silabeó—. No es fácil resistirse a las tentaciones.

Por unos segundos, ella le mantuvo la mirada y deseó estrellar su boca contra la suya. ¿Por qué no? ¡Total! El daño ya estaba hecho. Se mordió el labio y se acercó a él. Un olor a perfume masculino penetró en su cerebro a la vez que observaba la inmaculada piel de su rostro: era perfecta, incluso con esa pequeña cicatriz que sobresalía en uno de sus hoyuelos. Luego se fijó en sus labios, en su barba incipiente, en su nariz, y en sus ojazos: azules, brillantes, seductores, magnéticos... Sí. Aquel hombre era puro deseo y su cuerpo lo reclamaba. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de dejarse llevar por su lado más felino, los alaridos de Ana la trajeron de vuelta a la realidad.

—¡Ah, qué dolor! ¡Me ha picado una avispa!

Sara se levantó de un salto y corrió a auxiliarla.

—¡Madre mía! ¿Pero cómo te ha picado en la boca?

Todos formaron un círculo en torno a Ana, mientras su labio superior no paraba de crecer de forma desproporcionada.

—Joder, chiqui, me voy a parecer a Carmen de Mairena.

Sara no pudo evitar sonreír, la verdad es que su amiga estaba en lo cierto. Aquel labio no tenía buena pinta.

—¿La llevamos a urgencias? —sugirió Paolo, que no dejaba de abanicarla—. Tengo el coche aquí al lado.

—Sí, será lo mejor. Le están saliendo unas ronchas muy raras por el cuello.

—¡Pues vamos, no perdamos más tiempo! —exclamó Devon.

—¡No, déjalo Devon! Vosotros dos quedaos aquí y aprovechad la tarde. Yo me encargo —aclaró Paolo.

Sara miró a Devon y se despidió de él con los ojos. Intuía que hasta el día del *casting* no volvería a verlo, y eso la entristeció, ya que si fuera por ella se lo hubiera pegado a la piel con pegamento. Pensó que esta vez el destino había sido benévolo y le había impedido cometer el

error de besarlo, pero también sabía que, si seguía tentando a la suerte, el día menos pensado nada ni nadie podría evitar lo inevitable.

[4] Género musical, propio del Río de la Plata.

Capítulo 15

El despertador sonó a las siete de la mañana. Devon dio un golpe al reloj y se levantó de la cama. A pesar de que era un día muy importante en su carrera como actor, no estaba nervioso. Llevaba varias semanas preparándose para el *casting* y confiaba en su capacidad para conseguir el papel. Sosegado, se enjabonó el cuerpo con su gel de baño favorito, de la marca Bulgari e, inesperadamente, la imagen de Sara apareció dentro de su cabeza. ¡No, otra vez no! Otra vez se había empalmado pensando en aquella mujer. Desde el día que la había visto en el hotel, vestida con un *cullotte* y con una camiseta que no ocultaba el tamaño de sus pechos, no había dejado de fantasear con su cuerpo. Era pensar en ello y, de manera automática, su entrepierna se ponía dura y caliente. Esa escritora le había hecho su prisionero y, aunque en un primer momento sus intenciones no habían sido de buena fe, poco a poco su dulzura y su desparpajo habían calado dentro de su mente.

Al llegar a los estudios, Devon se sentó en una silla de *sky* y esperó pacientemente su turno para hacer la prueba de *casting*. Estaba ansioso de que lo llamaran. Quería demostrarles a todos que él era un actor camaleónico y que podía adaptarse a cualquier tipo de personaje. Cuando escuchó pronunciar su nombre de los labios de Paolo, caminó con su prepotencia habitual, dando un par de pasos, que hicieron eco en la sala. Luego saludó a cada miembro del equipo y, por último, fijó los ojos en el director de *casting*, asintiendo con la cabeza. Al recibir la señal, comenzó a decir las primeras líneas del guion. Ya no era él, ya estaba bajo el dominio de Ren Carter. Sus expresiones se habían endurecido, e incluso el tono de su voz sonaba diferente. Y allí estaba Sara. No se atrevía a mirarla. ¡Joder, estaba preciosa! Aquello sí que era surrealista: él, Devon Stelin, el superhombre, daba la impresión de ser un adolescente hormonado. ¡Qué bajo había caído!

Apartó la mirada de ella y volvió a concentrarse en el papel. Tal como Sara le había aconsejado, terminó la prueba con una mirada fría y llena de rencor. Aunque, en realidad, él era un actor con experiencia y todo había sido una artimaña creada para quedarse a solas con ella. Y por lo visto su plan había dado resultado. La manipulación era un arte que llevaba en la sangre y, después de lucir su torso y de mostrarle su cara más amable, daba por hecho que esa española ya estaría rendida a sus pies.

Tras terminar la prueba, salió de la sala, sonriendo con un atisbo de triunfo. Quizás era demasiado pronto para hacer conjeturas, pero, de todos los actores que formaban el *casting*, su físico era el que mejor se acomodaba al personaje y estaba casi seguro de que había conseguido el papel. Aunque juraría que no era lo único que había conseguido. Al parecer también había conseguido captar la atención de Sara. Después de todo, era lógico. Devon no pasaba inadvertido para nadie, y mucho menos para las mujeres. Su mirada enamoraba en las distancias cortas y justo eso es lo que le hacía distinguirse del resto del gremio. Y, asimismo, lo que lo había convertido en el actor de moda.

Últimamente no daba abasto y su agenda estaba colapsada de nuevos proyectos. A veces sentía envidia de la gente de a pie y echaba en falta el anonimato al recordar con añoranza aquellos primeros años en que comenzó en el Theatre Marquis de Broadway. Sí. A veces se sentía fuera de lugar. Su popularidad empezaba a hacer estragos, y ya no pasaba tan desapercibido como

antes. Las cosas más sencillas ahora eran las más complicadas, como por ejemplo, salir a comprar al supermercado, lo cual le suponía toda una odisea, o salir a correr a las cinco de la tarde por Central Park sin acabar invadido por una avalancha de gritos.

Desde que había probado el sabor agridulce de la fama, ya nada era igual, y nunca conseguía desconectar del trabajo. Además, cuando los periodistas se hicieron eco de su notoriedad, empezaron a perseguirle sin tregua. Entonces fue cuando comenzó a preguntarse si el precio de su éxito no sería demasiado alto. Y también fue cuando se preguntó si realmente estaba tan bueno como para ser el nuevo *sex symbol* del momento. Ahí estaba la clave. Quizás debería ponerse tan redondo como una bola de Cheetos o quizás debería dejarse la barba de un rabino (incluso las dos cosas a la vez). No veía otra solución para que la prensa y sus enamoradas platónicas le diesen un pequeño respiro.

Devon solía disfrutar de los pequeños placeres de la vida, de aquellos que aún le hacían sentir que estaba en el mundo real, como comerse una buena hamburguesa en Corner Bistro. Todavía se acordaba de la última vez que estuvo allí. Recordó que no pudo probar bocado por culpa de las miradas contiguas. Todos lo observaban como si fuesen *zombies* a punto de devorar su cerebro, y ahí fue cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo las riendas de su intimidad. Poco a poco empezó a sentirse como el protagonista de *El show de Truman*. Por ello tomó medidas drásticas para intentar salvaguardar lo poco que le quedaba de vida privada, y, a partir de ese día, decidió imitar a los canguros, escondiendo la cabeza bajo una capucha de nailon. Bajo aquella tela se sentía libre y podía darse el lujo de examinar a las demás personas como si ellos fuesen los verdaderos actores. Le fascinaba analizar sus expresiones para después ponerlas en práctica. Según él, la mejor escuela de interpretación estaba en la calle, y solo había que poner los cinco sentidos para captar el alma de cualquier individuo.

Su momento favorito del día era el atardecer, justo antes del crepúsculo. Le encantaba correr desde el puente de Manhattan hasta llegar a Long Island, a la vez que la brisa del río Hudson le acariciaba el rostro y el cielo teñía de naranja los rascacielos. Ese paisaje le recordaba a cada instante lo maravillosa que era la ciudad donde vivía. Efectivamente, a los dieciocho años se había instalado en la Gran Manzana y, tres años más tarde, ya la había mordido por completo. Nueva York lo acunó entre sus interminables edificios, y él acabó adaptándose a su ajetreado ritmo de vida. Cada vez se sentía más americano que argentino. Incluso había perdido su acento porteño y en ocasiones dudaba de cuáles eran sus verdaderas raíces. Se había transformado en un yanqui, y cuando regresaba a su tierra, bien por asuntos laborales o familiares, se encontraba melancólico y solo pensaba en volver a la metrópoli que lo había adoptado. Digamos que Buenos Aires no le traía muy buenos recuerdos, en cambio, desde hacía un par de semanas, no paraban de ofrecerle trabajos en su ciudad natal.

Al salir del rodaje, estaba tan cansado que lo único que quería era irse a la cama. Ni siquiera le apetecía jugar a los bolos (su gran pasión después del cine). ¡Increíble! Hacía años que no se sentía así. Solo le apetecía dormir, dormir y dormir.

—¡Uff! Ren Carter ha terminado conmigo —puntualizó Devon a su mánager.

—¿Te has dado cuenta de cómo te miraban? No te han quitado el ojo de encima. Sobre todo la escritora.

—¿Lo dices en serio? Porque a mí me ha dado otra impresión. A veces creo que esa mujer me odia. —Terminó la frase medio bostezando.

—Qué va, no conozco a ninguna mujer que te odie... Serán imaginaciones tuyas.

—Ya, claro, en fin, ¿nos vamos al hotel? Necesito descansar. —Se llevó las manos a las sienes

—. Tengo un dolor de cabeza que me está matando.

—Últimamente tienes muchas migrañas. Deberías visitar al médico, o mejor aún, a la doctora Suárez. Seguro que te quita las molestias con un buen polvo —bromeó Steve con una sonrisa en los labios.

—No lo creo. Te aseguro que, después de dejarla plantada en aquel restaurante, lo último que quiere esa mujer es volver a verme, y mucho menos auscultarme.

—Discrepo, claro que quiere auscultarte, pero con la lengua.

Devon resopló fastidiado ante sus continuos sarcasmos.

—Steve, no insistas, más que un polvo, lo que necesito es una cama.

—Joder, Devon, ahora que lo dices, tienes mal aspecto. Enseguida nos vamos, pero antes déjame despedirme del director del *casting*.

—Está bien, te esperare aquí. Pero, por lo que más quieras, no tardes mucho, o me caeré al suelo —dijo mientras se quitaba la chaqueta de *mohair*, echándosela en uno de los hombros. Luego apoyó la cabeza contra la pared y aflojó el nudo de la corbata. Justo cuando estaba a punto de cerrar los ojos, la voz de un muchacho lo perturbó.

—Por favor, ¿podrías firmarme esta camiseta? Es para mi hermana.

Devon abrió los ojos de par en par mientras observaba su vestuario: estaba disfrazado de vaca. Entonces rememoró sus primeros pinitos en la industria cinematográfica. Se acordó de cuando él anunciaba hamburguesas de pollo, e instintivamente sonrió.

—Esto... claro. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Estela, se llama Estela, como mi difunta madre.

—Vaya, lo lamento... No es fácil perder a un ser querido.

—No, no lo es. Mi hermana no lo lleva bien. Ambas estaban muy unidas, por eso mismo pensé en regalarle un autógrafo de su actor favorito. Estoy seguro que eso la animará.

Devon miró al chico con dulzura mientras el pecho se le llenaba de regocijo. En aquellos momentos es cuando realmente se sentía orgulloso de su trabajo. Con un gesto tan simple como firmar una dedicatoria, podía alegrar la vida de alguien, aunque fuese por un mísero segundo, y solo por eso merecía la pena soportar el peso de la fama.

—Bueno, aquí tienes, espero que le guste.

—¡Ya lo creo! Lleva toda la semana diciéndome que si no le conseguía un autógrafo tuyo, jamás me lo perdonaría. ¡Fijo que esta noche moja la cama! —vitreó el muchacho entre carcajadas.

—No será para tanto —respondió Devon como si estuviese grabando un comercial de Colgate.

—Muchas gracias, se pondrá muy feliz.

—No es nada, solo es parte de mi trabajo. —Devon lo miró con ternura—. Tienes agallas, jovencito. ¿Sabes? La gente que empieza desde abajo valora mucho más esta profesión.

—Y tan abajo, por ahora esto es lo único que he conseguido.

—No te apures, con el tiempo llegarán mejores oportunidades, y estoy seguro de que sabrás aprovecharlas —auguró Devon con una mano apoyada en su hombro.

—De nuevo, muchas gracias por todo, y también por los ánimos, de verdad, no tengo palabras.

—¡Mucha suerte! Y demuéstrales a todos que los cuernos pueden llevarse con estilo. —Devon levantó la mano despidiéndose del muchacho igual que un comandante del ejército. Después entornó los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, hasta que, de pronto, escuchó otra voz, pero esta vez femenina.

—Siento interrumpirte, estaba buscándote y, bueno... en realidad no he podido evitar escuchar

toda la conversación. No sabía que fueses tan amable con tus fans.

Al levantar la barbilla, atisbó a Sara. Estaba guapísima, aunque eso ya lo sabía desde el minuto cero que había llegado al rodaje. Incluso le dolía reconocerlo, pero se había saltado varias frases del guion por estar mirando embobado lo que no debía. ¿Cómo era posible? Él nunca cometía un error, y menos por fijarse en una mujer. Ninguna le había provocado ese efecto. Ninguna había conseguido estar en su cerebro por más de veinticuatro horas. En cambio, desde que conoció a Sara, no podía quitársela de sus pensamientos. Parecía que esa escritora le había subyugado todos los segundos de su reloj vital. «¡No, no y no!», se dijo sacudiéndose la cabeza. Tenía que estar confundido a causa del estrés, y daba por hecho que, con un par de horas de sueño, volvería a ser el mismo macho alfa de siempre y no el asustadizo cachorrito que ahora estaba enfrente de ella.

—¿De verdad piensas que soy amable? Entonces, ¿ya no te parezco un gilipollas?

Sara torció los labios, y se llevó un dedo a la boca como si tuviera que pensar la respuesta.

—No. Aún sigo pensándolo, aunque, después de ver cómo has interpretado a Ren Carter, creo que podría cambiar de opinión.

Al observar cómo ella se humedecía los labios, la garganta se le secó y su entrepierna cobró vida propia. De repente, el cansancio había desaparecido de su cuerpo y sintió unos intensos deseos de empotrar a aquella mujer contra la pared y hacerla suya. Estaba caliente. Muy caliente. Estaba excitado. Muchísimo. Incluso su cabello lucía más engominado a causa del sudor que le perlaba la frente. ¡Mierda! Esa mujer tenía el poder absoluto de sus partes bajas.

—De modo que solo me has buscado porque querías felicitarme por mi actuación —comentó quitándose la corbata por completo mientras se desabrochaba los primeros botones de la camisa.

—Así es, reconozco que has estado magnífico, aunque eso no es nada nuevo... ya lo sabes.

—¿Quieres que te diga la verdad? —Él se levantó, oscureciendo toda su figura como si fuese un eclipse.

—Por favor...

—Llevo muchos años trabajando como actor y sé cuándo le gustas al director. Y también sé cuándo le gusto a una mujer —silabeó mientras sus ojos azules reptaban por el cuerpo de ella.

—¿Ah... sí? ¿Y piensas que le has gustado a Paolo? —preguntó ella, balbuceando.

Antes de contestar, Devon sonrió con una gran suficiencia masculina, pensando que aquella española verdaderamente tenía agallas.

—Digamos que solo tenía que ver vuestras caritas para saber que estaba conectando con el personaje. Si al final soy el elegido, ¿crees que estaré a la altura?

Sara retrocedió unos pasos, pero él continuó acercándose hasta ella.

—Ya te lo he dicho, y no pienso seguir alimentando tu ego. Vuelvo a repetirte que, de todos los candidatos, has sido el único que me ha hecho sentir que estaba viendo al verdadero Ren Carter. Quiero que sepas que apostaré por ti.

Devon percibió que sus palabras eran sinceras, y cuando ella chocó contra la pared, se situó a escasos milímetros de su rostro, cercándola con los brazos.

—Te lo agradezco, me siento muy halagado —le susurró sin poder despegar sus iris límpidos de aquellos rizos revoltosos, cuyo tacto suave y flexible se había quedado grabado en su mente. Entonces rememoró el instante en el que ella le había reprendido por tocarle el cabello.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Sara, arrugando el entrecejo.

—Nada, solo me acordé de algo —contestó él, con una sonrisa pendenciera.

Devon percibió cómo ella daba un respingo y cómo sus mejillas se encendían igual que las

luces de un semáforo.

—Esto... Creo que te están llamando. —Sara señaló con el dedo índice en dirección a su mánager mientras Devon la miraba extrañado, intentando desvelar su inaudito comportamiento. Aún no concebía que una mujer hubiese herido su orgullo de tío bueno. Él estaba acostumbrado a que las féminas se le pegaran como un enjambre de moscas y no a que huyesen de sus brazos como si fuese un temible insecticida.

—¡Un segundo, Steve! Ahora voy —apostilló de manera cordial, aunque en el fondo lo estaba maldiciendo por aparecer justo en ese momento—. Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Si te soy sincera, no lo sé...

Los dos sonrieron, y Devon volvió a acortar la distancia que había entre ambos, colocándose próximo a sus pómulos.

—Por cierto, ¿cuándo regresas a España?

—El día dos. Todavía no me hago a la idea de que este año me tomaré las uvas en biquini.

—¿Uvas en biquini? Suena tentador.

—¿Cómo dices? No sé qué habrá entendido tu mente perversa. Solo me refería a una costumbre española.

—Lo sé. La conozco. Tengo muy buenos amigos en Madrid. Por lo que veo ya tienes el vestuario elegido para esa noche —manifestó con un aire petulante.

—Así es, Eusebio me ha invitado a una barbacoa. ¿Y tú? ¿Regresas a Nueva York?

Devon agachó la cabeza y echó los hombros hacia atrás.

—No, mi madre ha insistido en que cene con ella —contestó con la mandíbula tensa y los puños apretados—. Al final he cambiado el vuelo y me marcho mañana por la tarde.

—Me alegro mucho, a tu madre le va hacer mucha ilusión que estés junto a ella.

Devon tardó un rato en volver al hilo de la conversación. En realidad iba a cenar con su madre de puro compromiso, ya que aquellas fiestas, llenas de consumismo y de falsos deseos, le revolvían el estómago.

—En fin... solo me queda desearte feliz año nuevo —dijo él con cierta pesadumbre.

—Gracias. Yo también te deseo feliz año. Esto... me encantaría seguir hablando contigo, pero tengo que irme. —Sara miró su reloj de muñeca—. Me están esperando para comer y, al parecer, a ti también.

—¡Espera! Antes de irte, quiero proponerte algo.

Apenas había dado unos pasos cuando Sara se giró muy despacio y lo enfrentó con la mirada.

—Tú dirás.

Él alargó su mano y se la ofreció.

—Sé que no hemos empezado con buen pie, así que, antes de que te marches a España, me gustaría dejar atrás cualquier rencilla del pasado.

—¿Esto es una tregua? —preguntó ella, con una ceja alzada.

—¿De verdad crees que alguna vez ha habido una guerra entre nosotros?

Al palpar esos dedos tan menudos alrededor de los suyos, su entrepierna volvió a endurecerse y sintió cómo un latigazo eléctrico le recorría todo el cuerpo. Nunca antes le había ocurrido algo similar. Sin duda, aquello tenía que ser un producto del cansancio acumulado. No era normal que con una simple caricia estuviese tan excitado. Y tampoco fue normal cómo le quemó el estómago cuando, unos segundos más tarde, la vio salir del rodaje junto a Eusebio.

No podía más. Tenía que rendirse ante las evidencias: esa mujer lo había hechizado. Devon se moría por besar sus labios color cereza. Se moría por enredar sus manos entre aquellos bucles

castaños. Se moría por descubrir qué habría bajo esa camiseta de algodón. Bajo esos pantalones. Bajo su ropa interior. Quería sentir su piel y hacerla suya... Si aquello no era un flechazo, entonces, ¿qué diablos le estaba pasando? Desde luego, no se reconocía. Había perdido el norte y el sur, y solo rezaba para que Sara fuese otra diversión dentro de su lista interminable de féminas. Quizás se estaba tomando aquello muy en serio, pero una cosa la tenía clara: hasta que no ahondase en sus sentimientos, no descubriría la verdad, y la mejor forma que conocía era seduciéndola.

Ya era oficial. Para bien o para mal, aquella escritora se había convertido en su nuevo entretenimiento, y se juró a sí mismo que gozaría de ese cuerpo bajo sus sábanas.

Capítulo 16

Antes de que Sara abandonase el país, el señor Brandon había organizado una cena de despedida a la que asistieron los cuatro magníficos, tal como ella llamaba de forma cariñosa a su nueva familia literaria. En esa ocasión, Ana no había querido acompañarla, alegando en su defensa que aún tenía el labio un poco hinchado tras el percance sufrido con la avispa. Sin embargo, Sara intuía que aquello no era más que una excusa y que, en realidad, lo que no quería era verle la cara al señor Brandon.

Durante la cena, Eusebio invitó a todos los allí presentes a la fiesta que celebraba en su azotea para despedir el fin de año. No obstante, ninguno de ellos aceptó la invitación, ya que el señor Brandon cenaba con Aurora, Mónica viajaba a París con un amigo, y Paolo tomaba un avión a primera hora rumbo a Milán.

Tras la velada, todos se detuvieron en la puerta del restaurante y se despidieron de Sara. Justo después, Eusebio se ofreció a llevarla al hotel, y esta aceptó. Cuando se montaron en el coche, antes de que él arrancara el motor, ella le sujetó el brazo.

—Eusebio, estaba esperando que nos quedáramos a solas. Necesito hablar contigo.

Sara sabía que ese era el momento ideal para limar asperezas. Quería hablarle claro y confesarle cuáles eran sus verdaderos sentimientos. No quería engañarlo, sobre todo, después de lo bien que se había portado con ella. Le aclaró que, cuando llegó a Buenos Aires, habría apostado lo que fuese a que él se convertiría en algo más que un buen amigo. Sin embargo, tras probar sus besos y sus caricias, su cuerpo no había sentido esa química que tanto anhelaba. Entonces, se dio cuenta de que aún no estaba preparada para surfear esas olas, ya que el sexo sin amor, más que hacerle pasar un buen rato, la dejaba vacía. Cuando terminó de sincerarse, él no le recriminó nada. Al contrario, Eusebio se mostró pacificador y aceptó la derrota con deportividad. Incluso la animó y le dijo que como pareja no tenían futuro, pero sí como buenos amigos.

—Bueno, ya hemos llegado al hotel... He cumplido mi cometido: te dejo sana y salva en tu castillo, princesa. —Eusebio agarró el volante con fuerza, antes de girarse a ella para mirarla fijamente a los ojos—. Perdona si te molesta que te llame princesa, pero quiero que sepas que vos siempre serás mi princesa.

Sara le dedicó una tierna sonrisa, y luego le dio un beso en la mejilla.

—Y tú siempre serás mi sapito. Buenas noches, mañana nos vemos.

—Mañana nos vemos. Que descanses.

Cuando llegó al hotel, Sara no pegó ojo en toda la noche, pensando que ojalá se hubiese enamorado de su sapito. Sí, eso hubiera sido lo mejor. Eusebio era un gran escritor y un gran hombre, pero, por desgracia, en el corazón no se mandaba, y al parecer el suyo se había ido por la tangente. ¡Y tanto!

Al mediodía, Ana y ella llegaron a la fiesta que Eusebio había preparado. Según le había contado a Sara, antes de casarse él había comprado un piso en una zona muy revalorizada de Buenos Aires. Por aquel entonces el periódico donde trabajada entró en quiebra y perdió el trabajo. Durante los meses que estuvo parado, había aprovechado para escribir la novela y, más

tarde, al ganar el premio Neptuno, sus finanzas le dieron un pequeño respiro. Gracias a la editorial, el nombre de Eusebio Vargas se hizo conocido en los círculos de lectores y, al poco tiempo, volvió a trabajar de forma esporádica en otro periódico, escribiendo artículos semanales. No obstante, el sueldo no era muy alto, y la hipoteca del inmueble, junto con la manutención que debía pasarle a su hija, lo había llevado a alquilar una habitación a su amigo Darío para poder afrontar los gastos. Ante todo no quería vender el piso, pues la ubicación era inmejorable, tenía buenas vistas, y en la azotea había una terraza espectacular que él aprovechaba para disfrutar de veladas inolvidables.

Cuando llegaron al mirador, Sara entendió el motivo de por qué Eusebio no quería deshacerse de su exclusivo nidito. El paisaje urbano era impresionante, rodeado de rascacielos porteños. A la derecha había una barbacoa gigante repleta de carne asándose a la parrilla y, justo al lado, una mesa rectangular llena de refrescos y de bebidas alcohólicas. En el centro había una piscina con *jacuzzi* y, a la izquierda, un gran árbol de Navidad. La música sonaba a todo volumen. Se escuchaba *Lady*, de Modjo.

—Uh, qué olor más rico. Esto tiene que ser para ti una especie de hecatombe —puntualizó Ana.

—Más o menos. Reconozco que si después de esto sigo siendo vegana, lo demás será como un paseo por las nubes.

—Ya te digo... Pero ¡fíjate! Esto está animadísimo. Si no veo el árbol, ni me acuerdo de que hoy es Nochevieja. ¡Yuju! Voy a ponerme negra o quizás morada —Ana silabeó la última palabra cuando vio pasar a un atractivo joven en bañador.

—¿Te has puesto protector solar? Recuerda lo que te dijo el médico.

—Sí, lo sé, pero ya estoy bien. ¿Ves? Apenas se nota la hinchazón. —Le señaló el labio superior con el dedo.

—De todas formas, antes de beber asegúrate de que en la boquilla no haya una avispa.

—No te preocupes, he aprendido bien la lección. ¡Guaaaau! Pero qué amigos más guapos tiene tu sapito —le susurró al oído al tiempo que se fijaba en un grupo de hombres que tomaban el sol en la piscina.

—Sí, ya lo veo —reiteró Sara mientras la seguía con la mirada.

—¡Hola, chicas! Me alegro mucho de que estén acá. Por favor, acérquense a la barra y tomen algo de beber. Sara, he comprado fernet pensando en ti. —Eusebio le guiñó un ojo.

Sara lo miró de arriba abajo. Eusebio estaba muy favorecido. Llevaba puesto un bañador blanco que contrastaba con el tono dorado de su piel. Y aunque sus músculos no estaban trabajados en el gimnasio, se notaba que se cuidaba.

—Muy gracioso. Toma, te he traído esto, ¿dónde lo pongo? —Le entregó una bolsa de plástico.

—No deberías haberte molestado, ya te dije que había de todo.

—Lo sé, pero quería asegurarme de que no nos faltarían reservas de champán.

—Está bien, voy a ponerlas en la heladera. Ahora regreso.

Cuando caminó unos metros, Ana le dio a Sara un codazo.

—¿Has visto el cuerpazo que tiene tu sapito? Ese bañador le marca un culito increíble.

—Ya no es mi sapito. Ayer corté con él. Bueno, digo cortar por decir algo.

—¿Cómo dices? ¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Tampoco hay mucho que contar. —Sara se encogió de hombros—. Se veía venir.

—¿Por eso tienes esa cara de amargada?

—No, no es por eso. Al contrario, me he quitado un peso de encima. Estoy triste porque hoy es

nuestro último día de vacaciones, y me da mucha pereza volver al trabajo.

—¿No me digas? Pues ya somos dos, aunque, al menos, tú te vas con los deberes hechos. ¿Pero yo? Mi vida sexual es patética. Si me dicen que en todos estos días el único agujijón que me iba a picar era el de una avispa, no me lo creo.

Sara sonrió mientras se recogía el pelo en una coleta alta.

—Anda, no te quejes tanto. Quién sabe, lo mismo algún cachas de la piscina rompe el maleficio de tu abstinencia.

—¡Dios te oiga!

—¡Eh, chicas! ¿Cómo están? —preguntó Darío.

—¿A ti qué te parece? —Ana se dio una vuelta completa.

Darío tragó saliva antes de contestar.

—Me parece que estás rebuena.

Sara rodó los ojos y dejó a Ana hablando a solas con Darío mientras ella se acercaba a la parrilla. Tomó un plato y eligió unos pinchos de verduras, aunque había que reconocer que el asado se le metía por los ojos. Al parecer ella y su dieta vegana habían viajado al país menos indicado.

—Ya llegué, princesa. Por lo que veo ya te has servido.

—Sí, todo tiene una pinta buenísima.

—¿Y Ana?

—Está con Darío.

—Uy, esos dos tienen futuro. Me refiero a futuro en la cama. Es una pena que vos y yo... —Hizo un gesto con los dedos, señalándose a ambos—. En fin, si me dejaras repetir, quizá podría hacerte cambiar de opinión.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero es mejor dejar las cosas como están.

—Está bien, no insistiré más. Tú te lo pierdes, princesa. —Eusebio dio un buen trago a su cerveza y luego la sujetó de la cintura—. Ven, quiero presentarte a unos amigos del periódico.

Horas más tarde, después de brindar por el nuevo año, todos se lanzaron a la piscina y bebieron hasta olvidarse de sus nombres. Sin duda, Eusebio había sido un gran anfitrión y ambas lo habían pasado de lujo, sobre todo Ana que, como colofón final, había tenido una buena entrada de año de la mano de Darío. Sin embargo, a las dos de la mañana regresaron al hotel. Al día siguiente tenían que madrugar, y no era plan perder el vuelo, más con lo que costaba el billete.

Por la mañana, Sara se asomó a la ventana, cogió la cámara de fotos e inmortalizó la avenida Callao antes de abandonar la habitación rumbo al aeropuerto. Al sentarse en el taxi, observó las instantáneas que había hecho de Buenos Aires. Mientras las miraba, sonreía orgullosa, pensando que lo mejor de este mundo era invertir el dinero en descubrir lugares que te enriquecían la vista, el alma y la mente. Y si a todo eso le sumaba que los billetes de avión y el hotel le habían salido gratis, podía decirse que había tenido unas vacaciones redondas: había hecho negocios, había reído como nunca y había hecho nuevos amigos... En resumen, había vivido intensamente. Pero lo más importante es que había vuelto a sentir cosas que parecían olvidadas, como tener cosquillas en el estómago, ruborizarse como una adolescente o temblar de deseo por una simple mirada.

Desde el día del *casting*, no había vuelto a coincidir con Devon. Todavía no asimilaba el hecho de que ese actor hubiese pasado de ser un completo desconocido a convertirse en alguien tan especial para ella. Y solo rezaba para que consiguiera el papel, así tendría un motivo para volver a verlo. Además, había que reconocer que se había ganado a pulso la interpretación de Ren

Carter. No solo su físico concordaba con las características del personaje, sino que también su timbre de voz e incluso su forma de gesticular habían sido perfectos. ¡Por Dios! No se reconocía a sí misma, ni siquiera estaba siendo objetiva. De la noche a la mañana se había convertido en una fan obsesionada con Devon Stelin. Incluso había conseguido destronar a su amado Johnny Depp. Sí, ya no se reconocía.

«¿Pero qué me pasa? ¿Acaso he perdido la razón?», pensó mientras se daba dos palmaditas en la cara y regresaba a la tierra.

Al entrar en el avión, Sara se fijó en que volaban con la misma tripulación. En ese momento deseó que una zanja se abriera por la mitad y la tragase por completo. Cerró los ojos e inspiró profundamente, escondiendo el rostro tras un periódico. Aún recordaba como si fuera ayer la vergüenza que había pasado por culpa de los excéntricos caprichos sexuales de su amiga.

—¡Joder, chiqui! ¡Estoy en racha! —exclamó Ana mientras miraba al azafato, el mismo con quien se había besado en el aseo del avión.

—Por favor, no se te ocurra liarla en este vuelo. De verdad, me gustaría descansar.

—Vale, chiqui, me portaré bien. Pero tienes que reconocer que ese aseo da un morbo que lo flipas.

Las dos sonrieron y se pusieron el cinturón. Minutos después despegaron mientras Sara disfrutaba de la imagen de Buenos Aires en miniatura. Incluso derramó una lágrima al alejarse de ella. Esa ciudad llena de contrastes se había ganado un hueco dentro de su corazón.

«Adiós, Buenos Aires, echaré de menos el sonido de tus tangos, el olor de tus flores y la alegría de tus habitantes».

A medida que atravesaban el océano Atlántico, la oscuridad se arrellanaba dentro del avión. Sara miró a Ana y observó que, gracias a Dios, estaba dormida; pensó que eso era lo mejor, así no molestaría al pobre azafato. Al parecer Darío la había dejado satisfecha con una buena dosis de sexo.

Horas más tarde, Sara se levantó para ir al servicio y, al avanzar entre los asientos, sintió cómo unos iris azulados atrapaban los suyos.

¡No podía ser, era él! ¡Era Devon!

Nerviosa, se tocó la frente y se preguntó que cómo era posible que no lo hubiese visto en el embarque, pero entonces cayó en la cuenta de que seguramente iría en primera clase.

Mientras se acercaba hasta él, el corazón parecía que se le iba a salir por la boca. Justo cuando estaba a punto de saludarlo, una turbulencia la desestabilizó y se desplomó contra su pecho. ¡Benditas turbulencias! Otra vez ese maravilloso torso había evitado que se estampara contra el suelo. Por lo visto aquel hombre se había convertido en su salvador. Sin embargo, cuando alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos, percibió un atisbo de maldad tras esas preciosas retinas; más que la mirada de un héroe era la mirada de un perverso villano. Un villano sexy y peligroso que se acercaba hasta sus labios y que quería cobrar su recompensa. Y no se equivocó. Acto seguido, la besó con furia mientras sus manos se adherían con fuerza a su pequeña cintura, pegándola al calor de su cuerpo. Daba la sensación de que sus dedos estaban cargados de electricidad mientras subían, impacientes, por debajo de la camiseta, explorando el encaje del sujetador. Sara creyó que se mareaba: su aroma a madera, sus besos y sus caricias, la hacían volar más alto que ese avión. Y no hablemos de sus labios, los cuales la abrasaban, la quemaban viva... ¡Joder, qué bien sabía Devon Stelin! Entonces comprendió a Ana, ya que, en ese instante, le daba igual ponerse en evidencia frente a la tripulación y los pasajeros; en ese momento, estaba hambrienta de deseo y solo buscaba saciar su gula sexual.

Aprovechando la lobreguez del pasillo, Devon la sujetó de las caderas, empujándola dentro del aseo. Luego cerró la puerta con una pierna y, aunque el espacio era reducido, la levantó con los brazos y la apoyó contra el lavabo. Apremiante, le bajó las bragas y, antes de enterrar la nariz entre los sedosos muslos, la miró con una sonrisa impúdica. Sara curvó los dedos de los pies a medida que su lengua, caliente y húmeda, le saboreaba el clítoris y profundizaba dentro de su empapada hendidura. El placer era tan intenso que sus dedos le alborotaban el cabello mientras su cuerpo se arqueaba de forma involuntaria hasta que no lo soportó más y explotó entre gemidos.

—¡Sara! ¡Sara, ya hemos llegado! ¡Despierta, por favor!

Cuando escuchó la voz de Ana, se despertó perlada en sudor. Todo había sido un sueño, pero parecía tan real que incluso había estado a punto de tener un orgasmo. ¡Por Dios! ¿Qué había hecho ese hombre con ella? Era como si le hubiera introducido un chip bajo la piel.

—¿Qué estabas soñando? Has susurrado el nombre de Devon —dijo Ana con una sonrisa traviesa.

—La culpa es tuya, me has hablado tantas veces de hacerlo en el avión que al final he soñado que ese actor me practicaba sexo oral en el aseo.

—¡No me digas! —Ana comenzó a reírse—. Chiqui, qué suerte tienes... Hace mucho tiempo que no tengo sueños eróticos.

—No te hace falta, tú los practicas. —Sara bostezó—. ¿Qué temperatura hace en Madrid?

—Cinco grados bajo cero, así que es hora de abrigarse.

Sara se cubrió con la chaqueta de lana y se ajustó el cinturón de seguridad. Faltaba muy poco para aterrizar en Madrid. El día estaba nublado y no se veía nada por la ventanilla, tan solo se distinguían unas pequeñas gotas de lluvia que caían como si fuesen lágrimas. Cerró los ojos al notar cómo bajaba la presión y se agarró con fuerza al asiento. Luego sintió el impacto de las ruedas contra la pista de aterrizaje y entonces respiró tranquila.

Al salir del aeropuerto, su rostro recibió un azote de aire helado, y ella sonrió aliviada. El calor nunca había sido un buen aliado, y juraría que había sido el culpable de que tuviese la cabeza llena de fantasías. Estaba casi segura de que, ahora que había llegado a España, volvería a ser la Sara realista de siempre. Una Sara que no perdía el tiempo pensando en actores que estaban fuera de su alcance.

Capítulo 17

Meses más tarde

Devon y Steve aterrizaron en Madrid a las nueve de la mañana para acudir al evento que la productora había organizado en la capital española. Al salir del aeropuerto, cogieron un taxi y fueron directos al vestíbulo del hotel NH.

Cuando llegaron a la habitación, Devon se dio una ducha rápida. Luego se vistió con una camisa celeste y unos vaqueros ya que, para la entrevista que tenía programada a las doce de la mañana, no quería dar la impresión de un hombre serio.

Tras cumplir a rajatabla con todos los compromisos de su asfixiante agenda, Devon llegó tarde a la cena de la productora. Ni siquiera le había dado tiempo a cambiarse de ropa. Pidió disculpas y se sentó al lado de Manako Izumi, una modelo que era imagen de la marca Shiseido y que, además, había actuado en algunos cortometrajes. Era la primera vez que coincidía con ella, y felicitó a todo el equipo de *casting* por elegirla para interpretar el papel de Kiari Tokomeji. Estaba tan centrado en lo que Manako le comentaba acerca de la película que no se había percatado de la presencia de una preciosa mujer de cabellos rizados que no dejaba de sonreír mientras hablaba con Paolo Rossi.

—*Can you excuse me a moment, please?* —le preguntó Devon a Manako antes de limpiarse de forma sutil con la servilleta.

Manako sonrió, y él se levantó en busca de Sara. Llevaba todo el día pensando en ella y no quería perder ni un minuto más para saludarla. En todos esos meses había estado tentado de conectar con ella, sin embargo, prefirió dejar que pasara un tiempo prudencial sin que el uno supiera nada del otro. Ya no le hacía falta fingir que la necesitaba para conseguir el papel: se le habían acabado las excusas. Y a pesar de que Steve le había advertido de que lo que menos le convenía era tener una aventura con esa escritora, el simple hecho de imaginarlo lo excitaba de manera sobrecogedora. Sigiloso, rodeó la mesa y, justo cuando estaba detrás de su espalda, le susurró:

—¿Cómo estás, fierecilla?

Ella hizo amago de levantarse, pero él no se lo permitió. Al contrario, bajó la cabeza a la altura de su barbilla y le dio un dulce beso en la comisura de los labios.

—Estábamos preocupados por ti. ¿Dónde estabas?

—Promocionando la serie. En España tenemos mucha audiencia, y he aprovechado el viaje para hacer algunas entrevistas. ¿Qué tal, Paolo? —Devon le dio una palmadita en la espalda.

—Muy bien, en breve comenzamos la filmación. ¿Nervioso?

—Más que nervioso, estoy ilusionado.

—Vaya, ¿tanto confías en tus habilidades actorales?

—¿Acaso es malo tener seguridad en uno mismo? —Devon no apartó los ojos de Sara mientras formulaba la pregunta.

—No, *bambino*. Pero la seguridad implica comodidad, y no me gustaría que te relajases.

—Eso es imposible. ¿Cómo podría relajarme estando rodeado de mujeres tan bellas? —Le

dedicó un guiño a Sara—. Bueno, he de regresar con Manako. ¿Vais a hacer algo después de la cena?

—Yo he quedado con Ana. Vamos a ir a la fiesta de unos amigos.

—¿Tú también vas a esa fiesta, Paolo?

—No, no me han invitado. Y créeme, estoy muy molesto.

—¿De modo que esta noche ya tienes planes? —Él ojeó su escote en forma de V, y su entrepierna cobró vida—. En fin, es una pena, pensaba invitarte a un local donde sirven los mejores cócteles de todo Madrid.

—Lo lamento, quizás en otra ocasión —comentó Sara mientras jugueteaba con un mechón de pelo.

Devon apoyó las manos en sus esbeltos hombros y notó que los músculos se le tensaban bajo los dedos. Aquella mujer reaccionaba al contacto con su piel, y pondría la mano en el fuego a que lo deseaba tanto como él a ella. Sin embargo, esta vez se mostraba distante, y eso lo único que hacía era aumentar las ganas de estar a su lado.

—Quizás en otra ocasión —reiteró, y se despidió de ella con un arma de seducción infalible: su sonrisa.

Al llegar a la mesa volvió a sentarse al lado de Manako y, haciendo acopio de toda su artillería, utilizó a su compañera de reparto para darle celos a Sara. Primero le tocó el brazo, luego le musitó una banalidad al oído mientras percibía cómo la expresión de la escritora se tornaba crispada. Tenía un sexto sentido para las mujeres, y ese gesto había ratificado sus sospechas.

—Devon, ¿se puede saber a qué estás jugando con la japonesa? —murmuró Steve.

—A nada. Steve, relájate y disfruta de la noche. —Devon observó su copa: estaba rebosante, al igual que su paciencia, y se juró a sí mismo que aquella noche haría todo lo posible para que Sara y él estuvieran a solas.

—No puedo relajarme. Sé lo que estas tramando, y no me gusta. —Steve sonrió a Manako y esta le correspondió.

—No, no imaginas lo que estoy tramando. —Sonrió de medio lado y le dedicó a Sara un brindis a lo lejos—. Necesito que me consigas una gorra y una sudadera.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído, camarada.

Steve resopló molesto.

—¿Acaso piensas que soy una tienda ropa? ¿De dónde demonios voy a conseguir a estas horas una gorra y una sudadera?

Devon le señaló con los ojos a uno de los miembros del equipo de producción.

—¡Estás loco! No pienso robar nada.

—No vas a robar nada, mañana se lo devolveremos.

—¿Y se puede saber para qué necesitas una gorra y una sudadera?

—Porque esta noche voy a ir a una fiesta y no quiero que nadie me reconozca por la calle. Ah, y también necesito que vigiles a Sara y que me avises en cuanto salga del hotel.

En todo este tiempo, Sara había hecho las paces con su pasado: Alfonso y ella ahora mantenían una relación más o menos cordial, tanto que incluso él le devolvió a su adorado Pixi. Por otro lado, la consulta siempre estaba a rebosar de pacientes, y su libro empezaba a comercializarse en España. Y, por si fuera poco, Devon había sido elegido como el actor protagonista para

interpretar a Ren Carter. Sí, las cosas no podían ir mejor. Todavía no concebía que estuviera cenando a escasos metros de él y sonrió al recordar que por poco sufre una cardiopatía aguda al estamparse con sus preciosos iris. Aún le temblaban las piernas tras haber sentido el calor que desprendían sus mullidos labios y la suavidad de las yemas de sus dedos. Incluso en la distancia, ese hombre seguía ejerciendo su poder, pues la miraba como si él fuese un depredador y ella, una inofensiva pieza de cacería. Para colmo, se había desordenado el cabello y se había remangado la camisa. ¿Pero qué mortal podría resistirse ante ese abanico de tentaciones? Desde luego, ella ya no tenía tanta fuerza de voluntad.

Estiró los dedos antes de centrarse en la conversación que Paolo mantenía con el director de fotografía, un aclamado milanés que había trabajado con él en su último cortometraje. Necesitaba distraerse y tener la mente fría. A las doce y media había quedado con Ana en la puerta de una discoteca que organizaba encuentros furtivos. Esa noche tenía la intención de desmelenarse y de comprobar por sí misma si era capaz de culminar su experimento sexual; si fuese por ella utilizaría a Devon de conejillo de indias, pero sabía que eso era imposible. Ambos compartían productora y no quería mezclar el placer con el trabajo. Además, ahora mismo, lo que menos le apetecía era sufrir por otro hombre, y ese actor tenía todas las papeletas para convertirla en una mártir. Él era un picaflor y, en cuanto la metiera en su cama, estaba segura de que pasaría a ser un número más en su lista de conquistas. En cambio, para ella, Devon no era un número más, sino que ese hombre ocupaba el primer puesto en el *ranking*.

—Sara, te noto extraña. ¿Te pasa algo? —preguntó Paolo intrigado.

—No es nada, es solo que echo de menos al señor Brandon y a Mónica —le musitó—. Me gustaría que hubieran estado aquí.

—Sí, es una pena que no hayan podido venir, pero estoy yo. ¿Es que no te has alegrado de verme?

Sara le hizo un puchero con los labios.

—Qué pregunta más tonta. No pienso contestar... ¿De verdad te has enfadado por lo de la fiesta?

—Un poco. Creí que después nos meteríamos en un antro de los que nos gustan.

—Mira, hagamos una cosa. Organiza un fin de semana y nos metemos la fiesta del siglo.

—¿Has dicho fin de semana? Me temo que con la filmación se me acaban las eternas vacaciones. Y a ti también, querida.

—¿En serio?

—Muy en serio. Esto se mueve, reina, y cuando menos lo esperes, estamos rodando en Nueva York. Así que, en cuanto puedas, necesito que me envíes las escenas que te pedí. Tengo que pasárselas a los guionistas. ¿Cuánto tardarás?

—No te preocupes, las tengo casi listas.

—¡Estupendo! Porque a partir de ahora vamos a estar en contacto casi a diario.

—Genial. ¿Y qué tal va el presupuesto de la película?

—Ese tema está zanjado. Al final Logan encontró la financiación necesaria. Grabar en Japón no es barato, pero los Pioginni son una familia con recursos, e intuía que no iban a escatimar en gastos.

—Está claro que Devon trabaja por mera vocación.

—Así es, *bambina*, y por mucho que reniegue de su familia, él siempre será un Pioginni.

Más tarde, Sara posó en el *photocall* junto con los protagonistas de la película y después se despidió de todo el equipo. Fue una noche amena y divertida en la que descubrió los entresijos

que rodeaban el mundo del séptimo arte; sin embargo, para ella, la verdadera noche empezaba al salir del exclusivo hotel Eurostars Tower. Sí, aquella noche, había quedado con Ana para acudir a un club liberal. No, no estaba loca. Por fin había decidido dejar atrás todos sus prejuicios y hacer caso a las excéntricas ideas de su amiga. Necesitaba liberarse del peso que la cadena afectiva de Alfonso aún ejercía sobre ella, impidiéndole llegar al orgasmo, y si para ello tenía que probar nuevas experiencias, quien era ella para negarse.

Cuando salió a la calle, tomó un taxi hasta la puerta de la discoteca, donde previamente había quedado con Ana. Estaba tan nerviosa que, al llegar al local, no se fijó ni en el nombre ni en sus luces de neón; ni siquiera se fijó en la estrambótica indumentaria de la relaciones públicas, tan solo sujetó el brazo de su amiga y entraron dentro. Antes de pasar a la sala, una muchacha les sonrió y, junto con la consumición, les entregó un antifaz negro. Ana le aconsejó que se lo pusiera, ya que, de esa manera, se sentiría menos cohibida. Sara lo miró un tanto extrañada, como si en realidad ese trozo de tela pudiera evitar que a la mínima de cambio saliese corriendo de allí. Aun así, le hizo caso a la experta en protocolo erótico y se lo colocó sobre los ojos.

—Ana, creo que estoy empezando a arrepentirme de haber venido.

—Shh, tranquilízate, es normal. La primera vez que vine también me sentí intimidada, pero te aseguro que una vez que entres en calor, ya no habrá quien te pare. Recuerda: aquí no se viene a hablar, aquí se viene a follar. Y también recuerda que nadie te obliga a nada, esa es la primera regla.

—¡Joder, Ana! Estoy como un flan. No sé si podré hacerlo.

—Claro que podrás, solo necesitas encontrar al hombre adecuado.

—¡Espera! ¿Dónde vas? Por favor, no me dejes sola.

—A ver, ¿qué parte es la que no has entendido? Sabías a lo que venías. Lo siento, chiqui, pero aquel hombretón me está mirando, y habíamos quedado en que no nos van los tríos. No sé tú, pero ya que he venido, voy a amortizar el dinero de la entrada. ¡Suerte!

Sara se agarró al vestido de Ana como si fuera un flotador en alta mar, pero fue inútil: su amiga desapareció en la oscuridad del local. No sabía cómo actuar. Estaba sola frente a cientos de ojos que la observaban como si no llevara ropa. Sus piernas se habían transformado en gelatina. Se le secó la boca. Se sentía fuera de lugar. Estaba incómoda e inquieta. Las manos le sudaban, y el corazón le latía a mil por hora.

Caminó hasta la barra hecha un manojo de nervios, sorteando a las personas que se encontraba a su paso. Necesitaba beber algo que le quemara la garganta. Se pidió un chupito de tequila y se lo bebió de golpe (ni siquiera usó la sal y el limón). De repente, un hombre se acercó hasta ella. Apenas lo distinguía con la penumbra, pero se veía alto y corpulento. También llevaba un antifaz que ocultaba parte de su rostro, sin embargo, sus ojos no ocultaban sus deseos de poseerla. Mientras él escudriñaba cada centímetro de su figura, no dejaba de morderse el labio inferior. Sara empezó a hiperventilar y, para calmarse, pensó que solo era sexo, sexo y sexo. Además, aquel misterioso hombre tenía la espalda ancha y una sonrisa imantada. Después de todo, su compañero de juegos parecía atractivo.

«¿Y ahora qué? ¿Espero a que él tome la iniciativa o la tomo yo?».

Sin previo aviso y con una sonrisa torcida, él ancló las manos en su cintura y, colocándola de espaldas, le frotó los glúteos contra su miembro hinchado y latente. Justo después, él hundió el rostro entre sus frondosos rizos, haciéndole cosquillas en el cuello con la punta de la nariz. Sara ladeó el cuello para permitirle mejor acceso. De pronto, sintió en la piel el tacto húmedo y caliente de una lengua que tomaba el relevo y peregrinaba por el lóbulo de su oreja, mientras

unos dedos curiosos patinaban por la superficie de su espalda. En ese instante, a ella se le nubló la vista. Su ropa interior empezaba a derretirse, y sus músculos reaccionaban ante las caricias de ese desconocido. Estaba desmadejada de placer, y una sobre dosis de lujuria comenzó a recorrerle las venas de todo el cuerpo. Entonces cerró los ojos y decidió que iba a jugar hasta el final. No obstante, entre el resuello de su respiración, escuchó jadear el nombre de Sara y, abruptamente, se separó de él.

¿Pero cómo narices aquel tipo sabía cómo se llamaba?

Sin pensárselo dos veces, le bajó el antifaz y, cuando vio su rostro, se llevó las manos a la boca. ¡No podía ser! ¡Era él! ¡Era Devon!

Sara negó su presencia con la cabeza. Incluso creyó que estaba bajo el efecto de alguna sustancia alucinógena, porque aquello no tenía ningún sentido. Apretó los párpados y rezó para que, cuando los abriese, aquella figura desapareciese de su vista. Sin embargo, la imagen de Devon no se desvaneció; al contrario, aún seguía allí, escaneándola con un atisbo de deseo. ¡Dios mío! Se suponía que había venido a liarse con un desconocido, no con uno de los actores más conocidos del panorama internacional. Histérica, se atusó el pelo una y otra vez hasta que encontró el valor suficiente para poder hablarle.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Buscar placer. —Devon la sujetó de la cintura y la atrajo hacia él—. Me has sorprendido, cuando dijiste que ibas a una fiesta, no pensé que te referías a este tipo de celebraciones.

—¿Me has seguido? ¿Has sido capaz de algo tan bajo? ¡Suéltame ahora mismo!

—Hace un rato, cuando mi lengua recorría tu cuello y mis dedos acariciaban tu espalda, no querías que te soltara... Si deseabas tener sexo, solo tenías que habérmelo dicho, y yo con gusto te hubiera complacido.

Sara lo desafió con la mirada, y Devon aflojó su agarre.

—¡No quiero tener sexo contigo!

Aunque sus palabras sonaron convincentes, su cuerpo pensaba todo lo contrario.

—¿Entonces, prefieres tener sexo con otros? —Él separó las manos de sus caderas y tomó distancia de ella—. Lo lamento, te he fastidiado la noche... Será mejor que te deje sola para que puedas follar con quien quieras. Al menos, déjame invitarte a una copa por las molestias.

—¡No es lo que piensas!

—No pienso nada, Sara. Quiero que sepas que tu secreto está a salvo conmigo. No tienes que justificarte, no has hecho nada malo.

—Es que estás equivocado, solo he venido porque... porque Ana me recomendó este sitio. —Sara titubeó—. Pero, créeme, no me ha gustado. De hecho, estaba a punto de largarme hasta que...

—Hasta que mencioné tu nombre. —Devon la interrumpió—. ¿Has pensado lo que hubiera pasado si no lo hubiese dicho?

Sara meditó la respuesta unos segundos antes de responderle. Quizás lo más sensato era aceptar su invitación y explicarle cuáles habían sido los motivos que la habían llevado a entrar en ese local.

—Acepto esa copa.

—¿Cómo dices?

—¡Que acepto esa maldita copa! Tienes razón, me has arruinado la noche y quiero cobrarme.

Devon se acercó a la barra y llamó al camarero, pero Sara le sujetó el brazo.

—Aquí no. Por favor, sácame de aquí.

—¿Adónde quieres ir?

—¿Qué te parece a ese sitio de cócteles que mencionaste antes?

—¿Hablas en serio? No quiero que te sientas obligada a aceptar mi compañía.

Sara puso los ojos en blanco.

—¿Podemos irnos ya, por favor?

Devon le rodeó la espalda, y salieron a la calle en busca de un taxi. Por el camino ninguno de los dos habló, hasta que él le dijo al conductor que parara cerca del estadio Santiago Bernabéu. Pasaron un rato antes del llegar al pub, y Devon aprovechó para encenderse un cigarrillo.

—No te he ofrecido uno porque me dijiste que no fumabas.

—Así es. No sé cómo puedes meterte esa mierda en los pulmones.

Devon sonrió mientras le daba una calada.

—Tienes razón, es una porquería, pero cuando estoy nervioso me relaja.

—¿Y ahora mismo estás nervioso?

—Muchísimo. No sabes cuánto. Tú me pones nervioso.

—No te creo. Eres un mujeriego.

—No te lo discuto, pero reconozco que me intimidas.

—¡Venga ya! ¿Que yo te intimido a ti? Esa sí que es buena.

—¿Por qué no me crees? Eres una mujer muy especial: eres vegana, odias las redes sociales y adoras el patinaje artístico sobre hielo. Yo creo que son razones suficientes.

Sara comenzó a reírse.

—Eres bueno, sí. Eres muy bueno. Pero siento decirte que no soy especial, hay muchas mujeres como yo. —Sara lo señaló con el dedo índice—. Me preocupas, empiezo a pensar que no has conocido a tantas féminas como presumes.

Devon la arañó con la mirada.

—Siento decirte que he conocido a unas cuantas y sé de lo que hablo. —Él le abrió la puerta del local—. Bueno, ya hemos llegado: las señoritas primero, por favor.

El pub se llamaba La Villana. Era un sitio cosmopolita y estaba decorado con una amalgama de mobiliario industrial y clásico. Antes de sentarse, Devon saludó al dueño, y este les ofreció una mesa alejada del gentío.

—¿Qué vais a tomar?

—Sorpréndenos.

—¿Qué os parecen dos *crystal polish*?

—Perfecto —afirmó Devon.

—Por cierto, ¿dónde has dejado esta noche a tu inseparable mánager? —preguntó Sara mientras se cruzaba de piernas.

—¡Pobre Steve! Esta noche ha sido tu perrito guardián.

—¿Quieres decir que él te acompañó hasta la entrada de la discoteca?

—No, él solo me avisó de que te marchabas, y yo te seguí sin pensar en las consecuencias. ¿Sabes? He quedado como un maleducado, no me he despedido de nadie. Ni siquiera de Manako.

—Aún no me explico cómo te dejaron pasar, y más con esas pintas. Era una fiesta privada, y necesitabas invitación.

—Uno tiene sus métodos.

—Mejor no me los digas.

El camarero interrumpió la conversación y sirvió dos copas.

—Gracias. —Sara dio un par de vueltas con la pajita—. Es que todavía no comprendo cómo se te ha ocurrido semejante tontería. Manako debe pensar que sufres un trastorno mental.

—Y lo sufro, me vuelves loco.

—Bah, esa expresión está muy manida. Si quieres impresionarme, vas a tener que trabajártelo un poco más. —Sara dio un sorbo al cóctel—. ¡Vaya! Está delicioso.

De pronto, sintió cómo los ojos de Devon le quemaban el cuerpo. Eran como dos soles resplandecientes que la cegaban y la llenaban de calor.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella mientras dejaba la copa encima de la mesa.

—Perdona, es que me parece mentira que estés aquí conmigo. —Devon entrelazó sus dedos son los suyos—. Solo quería que habláramos a solas. Lo siento, de verdad. No debí seguirte.

—Pues lo has conseguido. Aquí me tienes.

—No, aún no te tengo. Y presiento que me va costar más trabajo de lo que me imaginé. —Devon dio un buen trago a su bebida—. Steve piensa que debo alejarme de ti. Me ha dicho que no me conviene estar cerca de una mujer tan inteligente.

—¿Debo tomármelo como un cumplido?

—Yo creo que sí... No se lo tengas en cuenta, él solo intenta protegerme.

—¿Has dicho protegerte? ¿Protegerte de quién, de mí? —Sara se echó a reír como una pirada mental—. ¿No has pensado en trabajar haciendo monólogos? Piénsalo. Steve podría hacerte el guion.

—Me encanta cuando te ríes.

Sara quiso decirle que a ella también le encantaba cuando sonreía y cuando la miraba de esa forma. Pero se acordó de que él era un conquistador y también se acordó de que la había pillado in fraganti cuando estaba a punto de practicar sexo con él sin saber que, en realidad, era él.

—Bueno, vamos a dejarnos de tonterías. —Sara le dio otro sorbo al cóctel—. Verás, quiero explicarte por qué estaba en ese local.

—Ya te he dicho que no me importa.

—Vale, pero a mí sí. Mira, lo reconozco, fui pensando en mantener sexo con un desconocido. Quería experimentar algo nuevo, sin embargo, no ha salido tal como lo esperaba. De hecho, estaba a punto de irme corriendo. No me sentía bien conmigo misma, pero entonces llegaste tú y... —Sara se aclaró la garganta—. Bueno, eres un hombre muy atractivo, y me dejé llevar.

Devon se acercó a un palmo de sus labios mientras planchaba con los dedos uno de sus largos rizos.

—Yo también me dejé llevar... Y me pregunto si hay algo que nos impida acabar lo que antes dejamos a medias.

Ella sintió cómo su aliento bramaba en su boca, y el corazón se le desató. Sabía que si la besaba ya no podría mantenerse férrea en sus convicciones. Y pensó que al diablo con todo: al diablo con Steve, al diablo con la película, al diablo con su ecuanimidad, al diablo con esperar hasta que llegara el hombre correcto. Sí. Al diablo con todo. Quería hacerlo con ese hombre, y si no la besaba él, lo haría ella.

Sara ladeó la cabeza para amoldarse a sus labios cuando, de repente, el móvil de Devon sonó. Él abrió los ojos y parpadeó un par de veces seguidas antes de comprobar quién narices lo llamaba a esa hora.

—Es Steve. ¿Qué habrá pasado? Enseguida regreso.

Devon salió a la calle mientras ella lo observaba caminar, nervioso, de un lado a otro. Se le

veía enfadado y molesto, y no paraba de hablar con las palmas de las manos abiertas. Cuando él regresó al local, sus ojos no mostraban calidez, sino frialdad e indiferencia.

—Lo siento, Sara, pero tengo que irme. Mi abuelo está muy enfermo y voy a tomar un vuelo a Londres para hacer conexión con Montreal.

—Vaya, no pasa nada... Esto, espero que no sea nada grave.

—Al parecer sí lo es. Tiene noventa y cuatro años y lleva unos meses muy enfermo... En fin, he dejado pagadas las copas y he llamado a un taxi. ¿Quieres que te deje en el hotel? ¿O prefieres que te deje en ese local? —Devon sonrió al decir la última frase.

Sara también sonrió, y luego negó con la cabeza.

—No, déjalo, yo cogeré otro, así no tienes que desviarte.

—¿Estás segura? Me hubiera gustado acabar la noche de otra manera, pero son cosas que pasan.

—Lo comprendo... Bueno, ya nos veremos en el rodaje. Espero que tu abuelo se mejore. Buen viaje.

Devon le dio un beso en el dorso de la mano. Después sacó un bolígrafo del bolsillo del pantalón y le apuntó un número de teléfono.

—Si necesitas cualquier cosa, este es mi móvil privado. Espero que no te laves las manos hasta que lo guardes en la agenda —manifestó con una amplia sonrisa—. Ahora sí, tengo que irme. Cuídate mucho, fierecilla.

Cuando Devon salió del local, Sara se sentó en la mesa y pidió otro cóctel. Mientras saboreaba el combinado no dejaba de pensar en todo lo que le había ocurrido aquella noche, y cayó en la cuenta de que, por muchos clubs liberales que visitara, nunca encontraría al hombre que la desinhibía por completo. En realidad, ya lo había encontrado: se llamaba Devon Stelin, era actor, vivía en Nueva York y la hacía subir al Valhalla con una simple mirada.

Capítulo 18

Habían pasado tres meses desde que Devon había desaparecido por la puerta de La Villana. Tres largos meses en los que Sara aún no comprendía para qué puñetas le había apuntado su número de móvil cuando no había tenido la decencia de cogerle el teléfono ni una sola vez. Ni siquiera se había dignado a responderle a los mensajes donde ella le había dado las condolencias por la muerte de su abuelo.

Pensó que su cambio de actitud solo se debía a que aquella noche él estaba tan aburrido que no encontró otro entretenimiento que divertirse a su costa. ¡Pero qué imbécil era! ¿Acaso no había aprendido de sus errores? Por lo visto estaba condenada a tropezarse con la misma piedra una y otra vez. Después de todo, se lo merecía, por haberse fijado en una piedra tan preciosa: Devon era guapo, rico y famoso. ¿Qué mujer no querría estar a su lado? Ni siquiera sabía por qué demonios ella quería estar a su lado, pues nunca le habían interesado los hombres arrogantes, llenos de fama y de dinero. Otra cosa era su físico: no podía negarse que el color de sus ojos podría enamorar a cualquiera, aunque tampoco era lo que primaba en su lista de cualidades del sexo masculino. En el fondo, siempre había sentido cierta debilidad por los tipos con un alma oscura y tormentosa, y presentía que Devon era más frágil de lo que aparentaba ser. Mucho más.

—¡Buenas y calurosas tardes!

Al escuchar la voz chillona de Ana, Sara dio un respingo. Hacía dos semanas que apenas conciliaba el sueño por culpa del calor. El mes de agosto había entrado con fuerza y traía de regalo cuarenta grados a la sombra. Sin duda, Granada era una ciudad maravillosa en invierno, pero, cuando llegaba el verano, era mejor mudarse a la costa. Por lo demás, trabajar en pleno agosto no era tan malo como creía, e incluso tenía algunas ventajas, como no pillar atascos en el centro, o pasear por calle Mesones sin que alguna energúmena le diera un bolsazo.

—Oh, ¡qué ganas tengo de cerrar la consulta! ¿Cuántos días faltan para el quince de agosto? —preguntó Sara mientras emitía un largo bostezo.

—Justo dos semanas. ¡Venga, ya no nos queda nada para irnos de vacaciones!

—Querrás decir para irte de vacaciones, por desgracia, no es mi caso. ¿Cómo se le ha ocurrido a Paolo empezar a rodar en el mes de agosto?

—Míralo por el lado positivo, no creo que sea tan estresante estar al lado de Devon.

—No, claro que no. Después de cómo me ha ignorado, lo último que me apetece es verle el careto.

—Supéralo, chiqui. Mírame a mí, aún estoy esperando que tu querido señor Brandon me llame para ofrecerme una disculpa por lo que pasó en Buenos Aires. Hazme caso, no sigas torturándote con eso. Todos los hombres vienen con un manual de instrucciones, y ya deberías saberlo.

—Ah, ¿pero traen un manual? No lo sabía —ironizó mientras se servía un vaso de agua.

—Por supuesto, aparte de que son unos cobardes; solo se rigen por tres cosas: sexo, sexo y sexo. No hay que buscarle los tres pies al gato.

—Uh, acabas de desbancar al mismísimo Einstein.

Ana sonrió y le revolvió el pelo.

—¡Oye! No te burles, sé de lo que hablo. Solo intento decirte que los hombres actúan por impulsos y, seguramente, tu apuesto Devon, entre lidiar con el trabajo y tirarse a las fans que se

meten en su camerino, es lógico que se haya olvidado de contestar a tus mensajes. No se lo tomes a mal.

—Una pregunta: si fuese un cardo borriquero, ¿lo defenderías de la misma manera?

—No lo defiendo, solo me veo reflejada en él. Yo también soy muy despistada y, a veces, tampoco contesto a los mensajes de mis ligues.

—¡Por favor! Pero si ni siquiera es mi ligue. No somos nada. Es una cuestión de educación.

—Entonces, será que yo soy una maleducada.

—Joder, Ana, me estás dando la razón. Tú misma me has contestado. Cuando uno no significa nada para la otra persona, lo ignora hasta el extremo de no responderle ni a un puto mensaje.

—Puede ser, chiqui, pero me extraña que después de seguirte por todo Madrid actúe así contigo por mera diversión. No tiene sentido. Mira, yo creo que hay algo más. No sigas haciendo elucubraciones, pronto lo descubrirás.

Sara caminó en círculos y se llevó una mano a la sien.

—Es que no sé cómo actuar cuando lo vea. Tampoco quiero que piense que estoy dolida. ¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar?

—Ya sabes la respuesta: yo me lo tiraba a la primera de cambio. Le haría de todo, y te aseguro que no se volvería a olvidar de mí en su puñetera vida.

—¿Me estás diciendo que debería lanzarme a sus brazos? O sea que, según tú, después de cómo se ha portado conmigo, lo mejor es hacerle una mamada por las molestias. Sí, señor, muy buen consejo.

Ana clavó los ojos en el techo y alzó las manos.

—¡Dios mío, dame paciencia! Bueno, chiqui, está claro que hoy no se puede hablar contigo. Mejor me voy a mi despacho. Resumiendo, haz lo que creas conveniente, pero ya sabes que lo mejor en este mundo es ser natural. —Ana chasqueó los dedos—. Ahí lo tienes, sé natural —reiteró antes de cerrar la puerta.

«¿Natural? ¡Como si fuera tan fácil!».

Horas más tarde, cerraron la consulta, y Ana se fue a tomar unas cervezas con unas amigas. Aquel día Sara no estaba de humor para acompañarla, pues quería llegar pronto a casa para adelantar trabajo. Faltaba una semana para que la filmación empezase, y aún tenía que dar un buen repaso a las escenas que debía enviarles a los guionistas. Antes de darle los últimos retoques al guion literario, hizo una conexión vía Skype con Mónica, y esta la puso al día de sus quehaceres. Asimismo le recordó que le había enviado por correo electrónico tanto los billetes de avión como la reserva del hotel en el que iba a hospedarse en Nueva York. Al comprobar que se alojaría en el ONE UN Nueva York, sus labios dibujaron una pequeña sonrisa. Quizás Ana tenía razón y no tenía derecho a quejarse. ¡Pues claro que no! No todos los días se disfrutaba de las increíbles vistas de Manhattan arrebujada en los brazos de Devon. Al pensar en ello se mordió el labio inferior al tiempo que pulsaba el mando del aire y lo bajaba a dieciocho grados, rezando para que el calor se esfumase, al igual que sus locas fantasías.

Semanas después, Sara aterrizó en el aeropuerto JFK. Al pisar suelo neoyorkino, una ráfaga de aire caliente le dio la bienvenida. Nueva York estaba padeciendo una ola de calor, y ella maldecía su suerte, pues cuanto más intentaba alejarse del bochorno, más la perseguía. Sin duda,

la ley de Murphy nunca fallaba.

Mientras se bebía lo que quedaba de la botella de agua, a lo lejos divisó a una mujer pelirroja que se acercaba hasta ella cimbreado las caderas de forma sensual: era Mónica, que venía a recogerla para acompañarla al hotel.

—¡Sarita! ¡Cuánto tiempo!

Se saludaron y se dieron dos besos.

—¿Qué tal estás? —preguntó Sara, escaneándola por completo—. Ya veo que estupenda, como siempre.

—No mejor que vos. Estás muy bronceada.

—¿Tú crees? Será de la playa, aunque entre la consulta y la nueva novela, apenas la he pisado.

—Yo tampoco. Ya sabes que en Buenos Aires ahora estamos en invierno.

De repente, unas manos le taparon los ojos.

—¿Sabés quién soy, princesa?

Al darse la vuelta vio a Eusebio y se abrazó a él.

—¿Pero qué haces aquí? Mónica no me había contado que estabas en Nueva York.

—Le advertí de que no te dijera nada. Quería que fuese una sorpresa.

—Pues así ha sido. Me alegro mucho de verte. ¿Has venido a firmar la novela?

—Sí, es la tercera edición. La editorial y yo estamos muy contentos con *Invierno dorado*.

—Enhorabuena. ¿Y cuántos días vas a quedarte? Podrías venir al rodaje. De hecho, me encantaría.

—A mí también, pero me temo que no va a poder ser. Mañana por la tarde regreso a Buenos Aires.

—Vaya, ¿entonces mañana regresas a tu propio invierno dorado?

—Así es, princesa.

Sara observó el nuevo estilo de Eusebio: se había dejado barba y llevaba unas gafas de pasta negra. En realidad, se veía muy atractivo, y estaba casi segura de que sus lectoras no solo soñaban con los personajes masculinos de su libro, sino también con el escritor. Aquel hombre era un partidazo, y había que estar ciega para no verlo. Seguramente ya lo estaba, porque cuando lo miraba, no sentía nada, y volvió a culparse por no poder corresponderle como él se merecía.

Más tarde, dejó el equipaje en el hotel, el mismo donde Mónica y Eusebio se alojaban. Después fueron a comer los tres juntos cerca del museo de arte moderno, conocido como el MoMa. Mónica tenía un par de entradas, y aprovecharon la tarde para contemplar grandes obras maestras, como *La noche estrellada* de Van Gogh.

—Chicas, las espero arriba, Van Gogh no es lo mío —comentó Eusebio.

—Está bien —dijeron a la vez mientras lo veían alejarse.

—Qué preciosidad. Es una pena que no pudiese disfrutar de su éxito —expuso Sara mientras paseaba por delante del cuadro.

—Veo que te gusta mucho Van Gogh.

—Sí, él y Gauguin son mis pintores favoritos.

—¿Así que te gustan los cuadros coloridos? Yo soy más de su época clásica.

—Yo prefiero su época demente. ¿Has visto la colección de día?

—No he tenido el gusto. Supongo que estará en Ámsterdam.

—Exacto, y no te puedes ni imaginar el tamaño de *Los girasoles*; cuando lo vi, me quedé embobada, y mira que hay pocas cosas en este mundo que me impresionen.

—¿No me digas? Pues cuando veas a Devon con su nuevo corte de pelo no te vas a quedar

embobada, directamente te vas a caer al piso.

Al escuchar el nombre prohibido, una vorágine de sensaciones se arremolinó en su vientre y sintió que se asfixiaba.

—¿Qué se ha hecho? —preguntó intrigada.

—Se lo ha rapado. Imagínate, si antes se parecía a Ren Carter, ahora ya ni te cuento. Es un clon.

A Sara le dio un brinco en el corazón de solo pensar en su nuevo aspecto.

—Qué pena. Me encantaba su pelazo, era tan negro y tan brillante.

—Pues la culpa es tuya por describir a Ren con ese corte militar.

Sara se encogió de hombros.

—Menos mal que no lo describí con una cresta de colores. Estará súper enfadado conmigo; al fin y al cabo soy la culpable de su cambio de imagen. Ahora entiendo por qué no ha querido contestar a mis llamadas.

—¿Le diste el pésame por lo de su abuelo?

—Sí, varias veces. Y no recibí el típico: «Gracias» o el «Oye, no pasa nada, es ley de vida».

Mónica se rio.

—Bueno, ahora que ha asumido el control de la empresa, lo mismo ha cambiado de teléfono. Además, desde que se ha hecho cargo de la compañía familiar, no ha parado de viajar de un lado a otro.

A Sara se le tensaron los labios y dibujaron una línea recta.

—¿Devon es el nuevo jefe de la empresa? No lo sabía... ¿Y qué va a ocurrir ahora con su carrera de actor?

—No lo sé, eso tendrás que preguntárselo a él; pero, por el momento, todo sigue según lo planeado. —Sara puso cara de desasosiego—. Eh, no te pongás así, no creo que abandone el proyecto. Recuerda que ha firmado un contrato con la productora.

—Aun así me preocupa que nos quedemos sin Ren Carter. No sería nada fácil encontrar un sustituto como él.

—No, claro que no. Devon es especial. De modo que no le tomes a mal que no te haya atendido el teléfono.

—Me has dado la misma respuesta que Ana. Empiezo a pensar que ese hombre os ha hechizado a las dos.

—Si solo fuera a las dos... ¡Vamos, Sarita! ¿Y a vos no te ha hechizado? No tenés que hacerte la dura delante de mí. He visto cómo lo miras.

—¿Yo? Qué va. Para nada. Serán ideas tuyas. Para mí solo es un compañero más. —Sara se asombró de la naturalidad con la que había mentido.

—Entonces, no te importará saber que tiene algo con Manako.

Sara abrió los ojos de par en par y luego adoptó un rictus neutral.

—Es lógico, Manako es guapísima. ¿Por qué debería sorprenderme? En Madrid ya se veían muy acaramelados. En fin, un problema menos. Creo que no tenemos por qué preocuparnos por la química entre esos dos —bromeó mientras se fijaba en la pintura.

—Y tampoco por el marketing. Sería genial para la película que su relación se afianzase. ¿No crees?

—No lo sé. Tú eres la experta. Bueno, ¿vamos a otra sala?

Mónica se acercó hasta ella y la hizo girarse sobre sus talones.

—Sara, más que tu editora, me considero una buena amiga. A mí no podés engañarme, así que,

si te gusta Devon, mi consejo es que te lo cojás, pero, eso sí, no se te ocurra enamorarte. ¿Sabés cómo lo apodan? Lo llaman el Halcón, porque les saca las entrañas a las mujeres. —Le guiñó el ojo—. Después no digas que no te lo advertí.

Sara se quedó perpleja con su repentina recomendación, pero no le dijo nada. En el fondo no quería confesarle lo que sentía por Devon. Por ello prefirió cambiar de tema y le sugirió que fueran juntas a buscar a Eusebio.

Cuando las luces vespertinas iluminaron los rascacielos, Sara llegó al hotel, se dio una ducha rápida y se cambió de ropa para la cena que tenía programada con la productora en un famoso restaurante, situado en el barrio de Chelsea. Para esa ocasión había elegido un sencillo vestido negro y unas sandalias plateadas.

Antes de cerrar la puerta de la habitación, Sara vislumbró a Eusebio, que venía caminando por el pasillo, acicalado en un elegante traje oscuro. Ambos compartían la misma planta, en cambio, Mónica estaba hospedada tres pisos por debajo, y habían quedado con ella en el vestíbulo.

Mientras bajaban por el ascensor, Eusebio se sinceró con ella y le confesó que no le apetecía ir a una cena donde, en realidad, él no pintaba nada. De hecho, solo había aceptado de puro compromiso por la insistencia de Mónica. Sin embargo, Sara le recordó que la editorial con la que trabajaban y la productora de la película pertenecían a la misma empresa, y que no había motivos para sentirse incómodo.

Al llegar al restaurante, Sara leyó en el toledo de la entrada: *Organic vegetarian cuisine*.

—No sabía que veníamos a un vegetariano. ¿Ha sido idea de Paolo?

—Así es. Sabía que llegarías cansada y no quería que te desmayaras durante la cena. El Blossom es uno de los restaurantes vegetarianos más de moda de la ciudad y, además, la comida es riquísima.

Al fondo del restaurante se encontraba el señor Brandon presidiendo la mesa. Cuando vislumbró a Sara, el jefe de la editorial se levantó para darle un fuerte abrazo. Después le tocó el turno a Paolo, quien se acercó hasta ella y le dio un beso sonoro en la mejilla. A continuación, Sara saludó a los demás miembros del equipo con una grata sonrisa en los labios. Una vez sentada y acomodada entre Mónica y Eusebio, se dio cuenta de que el único que faltaba por llegar a la cena era Devon. Se preguntó dónde estaría, pero prefirió no indagar acerca de su paradero.

—¿Qué me aconsejás para cenar? —preguntó Eusebio, despertándola de sus cavilaciones.

—Pues no sé. ¿Has probado el tofu con salsa de soja? A mí me encanta.

—Y a mí me encanta cómo hueles —susurró él, pegándose a su cuello.

Eusebio la besó con los ojos, y Sara se quedó paralizada por su flirteo. Tanto que no se percató de que Devon y Steve habían llegado, y cuando se giró para buscar los ojos del actor, este la escudriñó con cara de pocos amigos. Aun así, se levantó y lo saludó como si fuese cualquier otro compañero. Sin embargo, Devon le estrechó la mano sin ni siquiera mirarla a la cara. Al observarlo de cerca, comprobó que era verdad lo que Mónica le había contado: con ese cambio de imagen estaba mucho más imponente. Ahora sí que parecía un asesino implacable, no solo de personas, sino también de corazones. Volvió a sentarse y, fruto de los nervios, ella comenzó a limpiarse el vestido con las manos, cuando, en realidad, estaba impoluto como una patena. En su mente solo rondaba una única pregunta: ¿qué diablos le pasaba a ese hombre? La que debería estar molesta por su comportamiento era ella, no él.

¡Y después decían que las mujeres eran las complicadas!

—¿Te encuentras bien, princesa?

—Sí, estoy perfectamente. ¿Me llenas otra copa, por favor?

Al poco rato sirvieron los entrantes, y Sara empezó a relajarse. Por ningún motivo iba a permitir que ese actor le amargara la cena. De modo que se centró en paladear aquel exquisito vino y en saborear cada plato del menú degustación mientras no perdía detalle de la conversación de los comensales más allegados.

Tras tomar el postre, todos brindaron por el rodaje de la película y luego, los más fiesteros, salieron a tomar unas copas a la discoteca Highline Ballroom, entre los que se encontraban Devon y su guapísima compañera de reparto, Manako Izumi. Sara observó por el rabillo del ojo que Devon caminaba muy pegado al lado de aquella sugestiva mujer. Ambos hablaban en inglés y se carcajaban mientras él la rodeaba con los brazos. El sonido de su risa ronca la estremeció y, por un momento, los visualizó a los dos en la cama: imaginó que él la besaba, la acariciaba, la penetraba... Y por primera vez en su vida sintió unos celos enfermizos impropios de ella. Tal era la rabia que sentía en el estómago que estuvo a punto de romper el tacón contra el asfalto.

«Tonta, tonta y tonta. ¿De verdad pensabas que te pediría excusas y que luego te invitaría a pasar la noche con él? Sí, eres muy tonta».

Antes de entrar en el local, uno de los guionistas habló con un relaciones públicas de la discoteca, y este los condujo hasta un reservado. Por unos instantes Sara perdió de vista a Devon, y casi lo agradeció, así podría disfrutar de la noche neoyorkina.

Al adentrarse en la sala, Sara se dirigió a la barra junto al señor Brandon y Paolo. Los tres estuvieron hablando de la postproducción de la película. Según le aclaró Paolo, lo que retrasaba el estreno de una filmación no era el rodaje, sino el montaje, que podía durar desde un par de meses hasta años. Minutos después, el rumbo de la conversación se desvió hacia Devon, y salió a relucir el tema de la muerte de su abuelo. El señor Brandon les explicó que ahora él era el heredero de la fortuna de los Pioginni y que, sobre su espalda, llevaba el peso de una gran responsabilidad. Por último, hablaron del rodaje, y Paolo le aconsejó a Sara que no se fuera muy tarde a la cama, ya que, al día siguiente, tenía que estar fresca para comenzar con las grabaciones.

Más tarde, cuando todos estaban colmados de alcohol, Sara se adentró en la pista y se puso a bailar con Mónica y con Eusebio. Aunque la música que sonaba no era de su agrado, había tanto ron danzando por sus venas que ya le daba igual la canción que el DJ eligiese: llegó un momento en el que todas le sonaban como si fuesen temazos. Entre risas y cuchicheos, Mónica le comentó que iba un momento al aseo y que enseguida regresaba. Sara le dio su beneplácito y se quedó a solas con Eusebio, instante que él aprovechó para arrastrarla hacia su cuerpo y besarla sin su permiso. A pesar de que Sara estaba ebria, aún era dueña de sus actos, e intentó zafarse de aquellos brazos que parecían cadenas de hierro. Pero fue imposible. Eusebio era un hombre fuerte y la tenía bien sujeta. Cuando por fin recobró el aliento, ella estuvo a punto de darle una bofetada (o mejor aún, un buen puñetazo). Sin embargo, no quería armar un escándalo delante de todo el equipo, y decidió correr un tupido velo.

—Lo siento, Sara... Sos tan hermosa que no pude evitarlo. De verdad, te prometo que no volverá a ocurrir.

Sara tardó unos segundos en reaccionar. Eusebio la había decepcionado como amigo y le dieron hasta ganas de llorar. Aunque, en el fondo, sabía que ese no era el único motivo por el que se encontraba tan sensible, sino más bien por todos los nervios acumulados, que, unidos al cansancio del viaje y a la frialdad con la que Devon la había tratado, habían terminado por desmoralizarla.

—Está bien, acepto tus disculpas, pero si vuelves a ponerme una mano encima, te juro que rompo nuestra amistad.

—Lo lamento, estoy muy avergonzado. Incluso se me cortó el rollo.

—A mí también. Si quieres, nos vamos al hotel. Eso sí, yo a mi cama y tú a la tuya.

—No te preocupés, te entendí, princesa.

—Eso espero, sapito.

Tras despedirse de todos, Sara y Eusebio salieron de la discoteca, no sin antes proponerle a Mónica si quería irse con ellos al hotel; la editora se negó y prefirió quedarse junto al señor Brandon.

Mientras esperaban un taxi, Sara ladeó la cabeza y entonces vio a Devon apoyado en una de las paredes metalizadas que daban acceso al local. De repente, el corazón le aleteó con fuerza, y un sabor amargo le cubrió el paladar. Estaba fumándose un cigarrillo junto a Manako, y otra vez los celos se le instalaron en la boca del estómago. Durante toda la cena no había querido espiarlo por miedo a que él la descubriese, pero, gracias al efecto del alcohol, en aquel instante le importaba un bledo lo que Devon pensara de ella, y no tuvo ningún pudor a la hora de contemplarlo. Él tampoco se quedó atrás, y la desafió con la mirada. El azul de sus iris destellaba rencor, y ella seguía sin entender el porqué de su cambio de actitud. ¿Dónde estaba el hombre adulador que había conocido en Buenos Aires?

Antes de que se subiera al coche, Devon besó apasionadamente a Manako sin apartar los ojos de los de Sara. Ella apretó la boca y cerró los puños, fingiendo que no le había importado verle con otra. No obstante, a medida que el taxi avanzaba por las avenidas neoyorkinas, unas lágrimas destrozaron su impoluto maquillaje.

—¿Qué te pasa? —indagó Eusebio, extrañado por su repentina melancolía—. ¿No estarás así por lo de antes? Ya te he dicho que no volverá a pasar, te he dado mi palabra.

—No, no es por eso. —Le agarró la mano y negó con la cabeza—. Es solo que cuando bebo más de la cuenta me pongo tonta. No te preocupes.

Sara apoyó la cabeza contra su pecho mientras los brazos de él se aferraban a su espalda menuda. Al ver que ella cedía a sus carantoñas, Eusebio la apretó con más fuerza e intentó animarla. Sin embargo, Sara sabía que, por mucho que se esforzase, su sapito nunca sería el hombre que podría consolarla.

Capítulo 19

A las seis de la mañana, Devon llegó a su apartamento. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta con una pierna mientras su compañera de rodaje no dejaba de besarlo. Tiró las llaves al suelo y empezó a desvestirla sin dilaciones. Ella le correspondió y, ávidamente, le arrancó los primeros botones de la camisa. Luego, la rompió por completo y escondió sus dedos largos y finos por dentro de la tela, palpando el vello castaño de su torso. A los pocos segundos ambos estaban desnudos. Con la piel jaspeada por el sudor, él abrió el cajón de la mesita de noche, se puso un preservativo y, colocándola de nalgas, la embistió con fuerza. Al rozarse contra sus glúteos, recordó la noche en la que Sara y él casi sufren un cortocircuito. Nunca antes había experimentado algo similar con ninguna mujer, y eso lo enfurecía. Cerró los ojos e intentó volver a concentrarse en lo que estaba haciendo pues, si seguía acordándose de esa escritora, al final no daría la talla. Y pensó que ojalá fuese ella quien estuviera en su cama. No es que Manako no le gustara; al revés, era una mujer bellísima. Sin embargo, estaba excesivamente delgada; nada que ver con la figura curvilínea de Sara. Malhumorado por no poder arrancársela de la mente, aceleró el ritmo sin importarle lo que sintiera la modelo. Tan solo buscaba su propio placer. Quería exorcizar la rabia que ardía en su interior a través del cuerpo de Manako. Y el hecho de imaginarse a Sara en los brazos de otro lo estaba sacando de sus casillas. Él era un hombre que controlaba cualquier situación, pero aquella noche no solo había perdido los papeles, sino también la cabeza, y todo por culpa de esa española.

Minutos después, emitió un gruñido y se apartó del cuerpo de Manako. Al principio no era consciente de la magnitud de su error y no sabía qué excusa inventarse para que ella se marchara del apartamento sin enojarse. Él nunca dormía con sus amantes, y aquella mujer, a pesar de ser su compañera de reparto, no dejaba de serlo. Al ver que ella se acomodaba en el lado izquierdo de la cama y lo miraba con dulzura, se apoyó contra la cristalera y encendió un cigarrillo.

¿Pero qué demonios había hecho?

Podría haberse acostado con cualquier otra, pero Manako era la única mujer que estaba a su lado cuando Sara salió de la discoteca, y no encontró una oportunidad mejor para darle celos. Ahora no solo tendría que aguantar los reproches de Steve, sino también los de su compañera, y presentía que su hazaña sexual le traería consecuencias en el trabajo.

¡Joder! Se suponía que iba a ser una noche totalmente distinta, pero todos sus planes se habían ido al garete. Se suponía que aquella noche, durante la cena, se sentaría al lado de Sara y le aclararía cuáles habían sido los motivos de su distanciamiento. Le habría explicado que, tras la muerte de su abuelo, ahora era el nuevo dueño de la empresa y, por esa razón, no podría dedicarse en exclusiva a su trabajo como actor. También le habría explicado que, durante un par de semanas, había estado tan enfadado consigo mismo que incluso había arrojado el móvil por la ventana. Sin embargo, al llegar al restaurante y verla sentada al lado de Eusebio, comprendió que otro hombre se le había adelantado. Y, más tarde, cuando los pilló a ambos besándose en medio de la pista, sus sospechas se habían corroborado, haciéndole perder el control.

En efecto, todo se le había escapado de las manos y, para colmo, aún no había encontrado la manera de decirle a Manako que por favor desapareciese de su habitación. No sabía cómo se lo iba a tomar, y no quería romper la química que había entre ellos, sobre todo, el primer día de

rodaje. De modo que no le quedó más remedio que dormir en el sofá.

Sara se levantó a las diez de la mañana. Miró su reloj y, cuando se dio cuenta de que llegaba tarde al primer día de grabación, saltó de la cama como si una aguja le hubiera pinchado el trasero. Nerviosa, entró al aseo, se lavó los dientes y se atusó el pelo con las manos. Ni siquiera se duchó. Tan solo se humedeció los ojos con agua fría para limpiarse las legañas. Después corrió hacia el armario y se atavió con lo primero que encontró.

Al cerrar la puerta de la habitación recordó que, ese mismo día, Eusebio regresaba a Buenos Aires, y no quería marcharse a los estudios sin despedirse de él. Así que, antes de subirse en el ascensor, tocó en su puerta y le deseó toda la suerte del mundo con la firma de la novela. Luego le dio un beso en la mejilla y le confesó que no quería que su amistad se fragmentara por lo que había ocurrido la noche anterior. Eusebio asintió, mostrándose muy afectivo con ella, y le correspondió con otro fuerte abrazo. En ese momento, Sara sintió que se estaba despidiendo de ella para siempre, no como amiga, sino como algo más. Aquella mañana, su sapito había dejado de luchar por la relación y había decidido que ya era hora de buscarse a otra princesa más amorosa.

Mientras bajaba por el ascensor, Sara percibió cómo su mochila emocional pesaba un poco menos, y solo esperaba que en el futuro no se arrepintiese de la decisión que había tomado.

Escena 1: Nueva York/ Estudios Walter. 11:00 p.m.

—¡Corten! —vitoreó Paolo.

—¡Sara, pensábamos que vos ya no venías! —exclamó Mónica.

—Lo siento, me he quedado dormida. Ha sido por culpa de la resaca. Ayer bebí demasiado y esta mañana no he escuchado el despertador del móvil.

«Y eso que Ana me había puesto un temazo de David Guetta».

De repente, apareció Devon con las cejas enarcadas mientras estampaba un cigarrillo en el borde de una papelera refulgente.

—¡Hace tiempo que te lo dije! El alcohol y tú no sois compatibles. —La retó con una mirada chispeante—. ¿Crees que estas son horas de llegar? ¿Sabes a qué hora me acosté anoche? No, mejor no digas nada, te responderé yo mismo: a las siete de la mañana, pero eso no implica que no llegase el primero al rodaje.

Sara se quedó absorta, no tanto por su reprimenda sino por su aspecto. ¡Madre mía! Aquella mañana estaba más guapo que de costumbre. Estaba irresistible, sobre todo, cuando lo vio acercarse hacia ella con los hombros embutidos en una ceñida camiseta blanca a juego con un vaquero desgastado. Además, con ese nuevo corte de pelo estaba increíblemente masculino. Tanto que, al mirarlo, su ropa interior se humedeció. Por un momento todo su mundo se desdibujó, excepto la imagen de él que la veía con una asombrosa nitidez. Es más, si tuviera un espejo entre las manos, juraría que sus ojos tenían la expresión de un paroxismo de amor en la que sus pupilas habían sido reemplazadas por dos corazoncitos que no dejaban de latir como intentando salirse de las órbitas. Sí, aquel hombre escupía fuego por donde pasaba.

—¡Devon, vamos, la chica ya se disculpó! ¿Qué has comido esta mañana? Pareces un perro rabioso —afirmó Mónica.

Antes de taladrar a Sara con los ojos, Devon se dio la vuelta sin responder a nadie, con una mirada tan gélida que podría haber congelado a cualquiera de la sala. Acto seguido, Mónica se acercó hasta ella y apoyó una mano en su hombro para consolarla.

—No se lo tomes a mal. Solo está nervioso por el trabajo. Aparte de la película, Steve me ha comentado que acaba de firmar un contrato con una marca de moda, y eso lo tiene de muy mal humor.

—¿Alguna vez lo has visto así? He sentido hasta miedo.

—Sí, Sara. Ya te lo dije, algunos actores tienen manías inconfesables. Devon es adicto al trabajo y no soporta la impuntualidad.

Aunque las palabras de Mónica la habían tranquilizado, ella intuía que, bajo esa fachada encrespada, Devon escondía algo más. No era normal cómo la miraba. Estaba tan enfadado que sus ojos parecían dos cuchillos afilados. Ni siquiera se atrevía a ojearlo. ¡Dios mío! Solo había llegado dos horas más tarde. Vale. Lo había hecho mal. Era el primer día de rodaje y se suponía que tenía que estar allí la primera junto a Paolo, pero ¿qué podía hacer aparte de pedir disculpas? Ya no podía enmendar su error. ¡Joder! ¿Acaso él nunca se equivocaba? Pensó que ojalá pudiese retroceder el tiempo. Si eso fuese posible, seguramente habría cambiado muchas cosas en su vida. ¡Oh, sí! ¡Muchísimas! Seguramente no se hubiese casado con Alfonso y tampoco se hubiese atado a una hipoteca. Seguramente tampoco se hubiese liado con Eusebio. ¿Para qué? Para acabar rompiéndole el corazón al único hombre que la había tratado como una princesa. No, no era justo. Como tampoco era justo que, a día de hoy, de lo único que no se arrepentía era de su primer encuentro fortuito con Devon. Desde ese instante, sintió que ese hombre formaría parte de su vida. No sabía cómo y en qué momento, simplemente lo sabía. Al principio creyó que lo que la mantenía unida a él era solo una mera atracción por su gran parecido a Ren Carter, pero, con el paso de los meses, esa sensación empezó a germinar y a echar raíces alrededor de su pecho.

«Sí. Se ve que me van los cabrones», se dijo a sí misma a la vez que miraba el reflejo transido de su rostro a través de un espejo que formaba parte del decorado.

En el fondo presentía que Devon no era el hombre que mostraba ser. Su instinto de psicóloga le decía que estaba ocultando su verdadera personalidad bajo una coraza de acero. En realidad, era un hombre cariñoso, sensible y solidario, pero por algún motivo que desconocía, no le interesaba potenciar esa parte más humana. Quizás era puro marketing, pero a su corazón no podía engañarlo.

—¡Bueno, bueno, dejémonos de cháchara! Hoy ensayaremos las escenas cinco, nueve y veinticuatro. ¡Hola, holaaa! ¡Llamando a Sara a la tierra!

—Perdóname, Paolo. No me encuentro muy bien, creo que necesito medio litro de café. Empezad vosotros, ahora vengo.

—Está bien, pero no tardes mucho, *bambina*.

Sara caminó hasta la máquina expendedora, metió una moneda y eligió un expreso y un donut. Mientras saboreada la suave textura del bizcocho, empapado en café, se quedó ensimismada, observando la actuación de Devon. No podía apartar los ojos de su magnífica interpretación. Era de Óscar. No cometía ni un solo fallo y, gracias a su amplia experiencia como actor, sabía como nadie manejar las cuerdas de su compañera de reparto. Manako y él tenían bastante *feeling*, sin embargo, en la última escena, ella notó algo raro, como fuera de lugar. La mirada de Devon, más que la de un enamorado, parecía la de un asesino implacable. Estaba llena de ira y de cólera. No sabía qué le estaba pasando, pero no podía permitir que el capítulo más importante de su libro se

chafara de esa manera. Entonces se acercó a Paolo y le aconsejó que por favor parase el ensayo.

—¡Corten!

—¿Por qué? —preguntó Devon antes de separarse de los brazos de Manako.

—Vamos a repetir la escena. No nos gusta esa mirada, por favor, intenta que sea un poco más dulce —le ordenó Paolo, alentado por las sugerencias de Sara.

—Está bien.

Devon se puso la camiseta, que previamente había tirado al suelo por indicaciones del guion, y volvió a repetir las mismas palabras, pero cuando se acercaba el momento de decirle a Kiari que la amaba, de nuevo su mirada se enfundaba de odio y no conseguía exteriorizar los sentimientos del personaje.

—¡Corten!

—¡Mierda! —exclamó Devon, malhumorado.

—Una vez más. ¡Vamos, Devon, intenta concentrarte!

Ocho veces repitieron la misma secuencia, hasta que Devon no lo soportó más y salió del rodaje como alma que llevase el diablo. Se quitó la camiseta por última vez y la tiró al suelo, con furia, como dándose por vencido.

—¿Qué mierda le pasa? —comentó Steve a Paolo ante la mirada atónita de Sara.

—Voy a hablar con él, a lo mejor ha sido culpa mía.

—Por favor, Sara, no es culpa tuya, a veces los actores se bloquean. No hay que darle más vueltas. Lo mejor será que nos tomemos un descanso. ¡Paramos diez minutos! —gritó Paolo.

—Insisto, yo no he llegado a mi hora y esa escena estaba planificada a las nueve.

—Y yo insisto en que tú no tienes nada que ver —repitió Paolo mientras ojeaba el guion—. El problema está en la escena final.

—Sí, yo también me he dado cuenta. He observado que en las escenas de sexo Devon se sale, es apasionado, varonil y muy sensual, pero cuando se trata de mostrar los sentimientos, ahí es cuando empiezan los problemas. Quizás no sepa cómo actuar en este tipo de situaciones.

—Ahora que lo dices, tiene sentido. Steve, ¿alguna vez ha protagonizado un papel romántico? —indagó Paolo.

—Bueno, Devon lleva bastante tiempo encasillado en otro tipo de papeles, pero él es un gran actor, y estoy seguro de que terminará adaptándose al personaje. No tiene que ser tan difícil interpretar a un tío enamorado.

—¿Que no tiene que ser tan difícil? —espetó Sara con la frente arrugada—. Por supuesto que es difícil. Mucho más que interpretar las escenas de acción. A mí me ocurre igual cuando escribo. No es lo mismo describir una habitación que el corazón de un personaje.

—¿Y qué propones que hagamos, señorita sabelotodo? —inquirió Steve con un toque despectivo.

—No lo sé, dímelo tú, Steve, que eres su mánager y, además, la persona que, supuestamente, mejor lo conoce.

—¡Vamos, *bambini!* No es momento de pelear entre nosotros.

—Por supuesto que no. Es momento de actuar, dentro de poco me marcharé a España y aún no hemos conseguido sacar ni una escena. Sé que no soy la persona más indicada para quejarme, pero voy a intentar enmendar mi irresponsabilidad. Ahora vuelvo —les dijo a ambos.

Sara caminó con pasos firmes, decidida a hablar con Devon. No tenía nada que perder, pero sí muchas escenas que grabar. Empezó a rastrear entre sus archivos cerebrales, buscando algún tipo de recurso que resultase efectivo en casos de bloqueos emocionales. Por supuesto, no iba a

decirle que intentaría manipularlo, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

Cuando lo encontró, Devon estaba semidesnudo, fumándose un cigarrillo mientras hablaba por teléfono. A medida que se acercaba hasta él, el corazón atronaba en sus oídos. ¿Cómo era posible que su torso fuese tan perfecto? Parecía sacado de un libro de historia del arte. Su piel era tersa y morena y estaba recubierta por un leve sudor que la hacía reverberar con las luces de los fresnel[5].

«¿Ahora quién va a manipular a quién?», se preguntó a medida que se llenaba los pulmones de aire.

—Está bien, después te llamo —dijo Devon antes de cortar la llamada y de radiografiar a Sara con la mirada—. ¿Has venido a burlarte de mí? —Le echó el humo muy despacio, creando pequeños circulitos en el aire.

—¿Eso es lo que crees?

—¿Entonces a qué has venido? Si es por la escena, no te preocupes. Solo necesito un par de minutos para recuperarme. Enseguida estaré de vuelta.

Al percibir su perfume, a Sara se le secó la boca. Olía a limpio, igual que la ropa recién lavada sin suavizante. De nuevo ese almizcle tan característico se envolvía en el aire, espoleando todos sus recuerdos. Su aroma era tan refrescante como respirar en un pinar después de la lluvia. Era algo adictivo, indescriptible y etéreo. ¡Oh, sí! No podía dejar de inspirar cada partícula de sus feromonas. Aquel hombre estaba como un queso, y ella lo olfateaba como si fuese un ratoncillo antes de pegarle un buen mordisco.

—No he venido a recriminarte nada. En realidad quería hablar contigo. Me han dicho que llevas unos meses muy estresado, y eso te está pasando factura... Creo que deberías tomarte el día libre.

Devon sacó otro pitillo del paquete mientras forzaba una sonrisa y apartaba la mirada de la suya.

—¡Como si pudiese! Mira, Sara, este trabajo implica sacrificio. Más de una vez he venido a trabajar con cuarenta de fiebre. No puedes dejar una filmación así como así. No es tan sencillo. Por eso no soporto a la gente que se toma este mundo tan a la ligera.

—Si lo dices por mí, ya te he pedido disculpas. —Sara dejó caer los brazos—. Devon, no quiero pelear, solo he venido a decirte que yo confío en ti y sé qué defenderás el personaje hasta el final. No sé qué te está pasando, pero desde ayer estás insoportable. Si fueses una mujer, incluso diría que tienes la regla. Por favor, hazme caso y tómate unos días de descanso. Los necesitas.

Devon se tensó y arrugó el paquete de tabaco entre los dedos.

—¡No necesito nada, y mucho menos un descanso! Por favor, vuelve por donde has venido.

—¡Joder, solo quiero ofrecerte mi apoyo!

—¿De verdad quieres ayudarme? —preguntó, entornando los ojos.

—Por supuesto que sí.

—Está bien... la única forma de poder reencontrarme con el personaje es cambiando de actriz.

—¿Cómo dices? Pensaba que entre Manako y tú había buena química.

—Y la hay. Ese no es el problema. Es otro... Al menos eso creo. —De pronto, chasqueó los dedos—. Verás, se me acaba de ocurrir una idea. ¿Por qué no actúas, haciendo de Kiari? Eres una de las guionistas, y estoy seguro de que sabrás encauzarme en el papel.

—Pero yo no soy actriz. No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Solo tienes que decir sus líneas, y yo haré el resto del trabajo.

—No sé. No creo que salga bien, sigo pensando que deberías tomarte un descanso.

—¡No quiero tomarme un puto descanso! Quiero acabar la escena. No me gusta dejar el trabajo a medias —expuso, con los brazos puestos en jarra.

Tras un rato en silencio, Sara emitió un pequeño suspiro.

—Está bien, tú ganas. Si crees que puedo ayudarte, actuaré como Kiari.

—¿En serio? ¿De verdad harías eso por mí? Entonces vamos a ponernos manos a la obra. —Y agarrándola del brazo, ante el desconcierto de ella, la llevó de nuevo hasta el rodaje.

—¡Estupendo! —exclamó Paolo al conocer la idea de Devon.

Devon se acercó a Sara y señaló con el dedo índice las partes del guion donde Kiari salía en escena.

—Vale, solo tienes que leer a partir de este párrafo. Te dejaré unos minutos para que puedas familiarizarte con las líneas.

—¡Uf! No es tan fácil como pensaba. Hay quince diálogos... ¿Tomas algo para la memoria? Porque la mía está reparándose en el taller.

Devon torció los labios de forma maliciosa.

—No te preocupes, con leerlos será suficiente ❖❖

—Está bien. A ver, ¿qué te parece si empezamos desde que Kiari llega a su apartamento y encuentra a Ren sentado en la penumbra? Creo que ese es un momento clave de la escena.

—Estoy de acuerdo.

—Vale, ¿y cuándo quieres acabar? —preguntó Sara ruborizada, consciente de que había un beso guionizado entre medias.

—Cuando tú quieras —respondió Devon mientras se metía la camiseta por la cabeza y empezaba a meterse en el papel—. Recuerda, parpadea tres veces cuando quieras cortar la escena. Esa será nuestra señal, ¿de acuerdo?

Sara asintió al tiempo que sus manos comenzaban a transpirar. Aún no era consciente de que estaba entrando en la boca del lobo. ¿Cómo había podido llegar tan lejos? Todavía no había empezado a grabar la escena y ya estaba nerviosa. Claro que estaba nerviosa. No solo eso, estaba que se subía por las paredes. Iba a introducirse dentro de su novela junto a Ren Carter. Junto al hombre de sus sueños, y también de sus pesadillas. Pero ya no había marcha atrás, le había prometido ayudarlo y pensaba llegar hasta el final, aunque eso implicase jugar un juego muy peligroso donde intuía que saldría herida.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó Devon con una mirada dulce y cálida, justo la expresión que Sara estaba buscando.

—¡Espera! ¡Vuelve a hacerlo!

—¿El qué?

—A mirarme así.

—¿Así cómo? —le contestó él con una sonrisa taimada.

—Déjalo, cuanto antes empecemos, antes acabaremos con este circo.

Un tanto molesta, Sara caminó con la cabeza firme hasta el centro del decorado. Por unos segundos, miró a Devon con el ceño fruncido. En el fondo sospechaba que él no necesitaba su ayuda. Pues claro que no, no era tan tonta. Solo le había seguido la corriente para ver hasta dónde era capaz de llegar con aquel juegucito. Pero, esta vez, no iba a darle el gusto de que se saliera con la suya, y quería darle una lección delante del todo el equipo. Sí, esta vez, pensaba darse una lección a ella misma. Quería autoconvencerse de que no sentía nada por ese hombre.

Antes de empezar a actuar, Devon se colocó frente a ella y le preguntó:

—¿Segura? Aún estás a tiempo de salir corriendo —añadió, tocándole suavemente el pelo mientras le colocaba un mechón detrás de la oreja.

Aquel gesto fue tan íntimo que Sara por poco vomita mariposas por la boca. ¡Hasta cuándo tendría que soportar aquella tortura! Cuando ese hombre se acercaba a ella todos sus sentidos se aturdían, y un cosquilleo incesante aparecía en el centro de su estómago. Otra vez tenía la misma sensación que cuando conoció a Alfonso. Otra vez su cuerpo palpitaba de emoción cuando un hombre la tocaba. ¡Y vaya hombre!

—¿Qué haces? Empiezo a pensar que eres un pelichista —bromeó con palabras entrecortadas—. No es necesario que me toques.

—Claro que es necesario, entonces, ¿cómo piensas que vamos a conectar? ¿Acaso te estás echando para atrás, fierecilla?

—Eso ni lo pienses. Siempre cumplo mis promesas y te aseguro que juntos vamos a sacar adelante esta escena, aunque para ello tenga que convertirme en Kiari Tokomeji o incluso en Ren Carter.

—Vaya, tengo que ponerme las pilas o, a este paso, me quitarás el papel. Ok, ¿hacemos un breve resumen?

—Sí... esto, aquí lo tengo. Escena veinticuatro punto tres.

Kiari llega del trabajo. Entra al salón y ve una sombra sentada en el sofá. Todo está muy oscuro y, antes de encender la luz, coge su arma y coloca sus manos sobre ella. De repente, Ren se levanta y, cuando Kiari reconoce su voz, baja el arma, sorprendida de que esté en su loft y no en la cárcel, tal como ella pensaba.

—Empiezo. —Devon asintió—. *¿Qué haces aquí? ¿Cómo es posible que hayas escapado de la cárcel?*

—*Me he escapado porque necesitaba verte.*

—*¿Por qué...? No me hagas más daño, lo nuestro no puede ser. ¡Se acabó, Ren! ¡Aléjate de mí!*

—*No sabes lo que dices. ¿Aún me amas? Lo sé. Puedo sentirlo.* —Ren da un paso hacia Kiari.

—*¡No sigas avanzando o llamaré a la policía!*

—*Cielo, tú eres la policía. Es sencillo, solo tienes que esposarme. ¿Realmente es eso lo que quieres? ¿Realmente quieres separarte de mí?*

—*¡Lo que quiero es que salgas por esa puerta y que no regreses jamás!*

—*¡Mientes! Sé cuándo lo haces... Estás temblando. ¡Oh, nena... Lo sabía, sabía que aún me amabas!*

En ese instante a Sara se le formó un nudo en la garganta; no era actriz y los nervios la delataban. Devon estaba tan metido en el papel que no sabía si parpadear tres o treinta veces, pero él parecía estar en su mundo: en el mundo de Ren Carter. De pronto, como si de un rayo se tratase, él se abalanzó sobre sus labios mientras los papeles del guion levitaban por encima de su cabeza. Ella se quedó perpleja. Devon estaba invadiendo su boca, chocando sus labios contra los suyos. Saboreándolos, acariciándolos con la lengua. Explorándola sin censura. Llenándola de pasión. Llenándola de él. Devon era como un volcán en erupción y su piel estaba transformándose en cenizas. Su lengua ardía de pasión, bailando al compás de la suya. Tentándola hacia el delirio. Hacia el éxtasis. Hacia la locura... Hasta que él se separó de su boca y entonces Sara abrió los ojos como platos. Por unos segundos, ella se quedó impactada, pero al

ver que Devon estaba sonriéndole de forma divertida, reaccionó y le dio una bofetada en la cara, tal como estaba escrito en el guion. Devon curvó los labios, se llevó la mano al moflete afectado y, haciéndole cosquillas con el aliento en la mejilla, le susurró:

—*Te quiero, Kiari, y jamás volveré a alejarme de ti.*

Al escuchar esa falsa declaración de amor, Sara se emocionó. Aquellas palabras parecían tan verídicas y tan reales que deseó más que nunca meterse en su libro y ser Kiari Tokomeji para poder besar a Ren Carter hasta quedarse sin aliento. Sí, deseaba a ese hombre. Deseaba volver a sentir la suavidad de sus labios. Deseaba tocar su piel. Desnudarlo. Sentirlo en su interior. Sí, deseaba hacer con él tantas y tantas cosas... Sin embargo, cuando observó que Devon parpadeaba tres veces seguidas, ella recuperó el control de sus emociones, y aquellos deseos se revistieron de rabia e indignación.

Sin duda, Devon Stelin había aprovechado la clase extra y había pasado con nota la prueba de fuego, en cambio, ella había hecho el papelón de su vida.

[5] Tipo de lente utilizada para la iluminación. Su inventor fue Augustin Frenel, un físico e ingeniero francés que contribuyó significativamente a la teoría ondulatoria de la luz.

Capítulo 20

Sara se quedó encandilada observando las cámaras. Aún no concebía que Devon la hubiera besado. Después de meses soñando con ese momento, por fin había sucedido. Siempre pensó que el primer beso ocurriría en un lugar más íntimo, pero jamás a la luz de los focos, y mucho menos delante del equipo de producción. ¡Oh, no! Se había convertido en el centro de las miradas y estaba casi segura de que en los próximos días iba a ser el hazmerreír de sus compañeros. Todo lo contrario al gran actor Devon Stelin, el cual había quedado como un machito arrogante y, apostaba lo que fuera a que, a partir de ahora, se pavonearía delante de ella con una sonrisa de vencedor.

—¿Qué tal besa? ¿Es verdad lo que dicen las actrices? —le susurró Paolo con una risita malévola.

—¿Y qué se supone que dicen? —preguntó Sara con un gesto serio.

—Pues que besa igual que actúa.

—Si te soy sincera, no lo sé. Estaba tan concentrada en la escena que no he sentido nada.

Paolo le puso las manos en la cintura.

—*Bambina*, eres una mentirosa. Por favor, no hay nada más que mirarte. Incluso aún sigues ruborizada.

—Bueno, eso es porque soy muy tímida y no me lo esperaba.

—Pero...

Sara lo interrumpió.

—Pero nada, Paolo. No sigas atosigándome, por favor. Lo más importante es que ahora estamos satisfechos con la escena, y eso es lo único que cuenta. Si me disculpas, voy al baño.

Sara salió del rodaje con un enfado descomunal y se dirigió a los servicios. Cuando entró al aseo, lo primero que hizo fue mirarse en el espejo, y lo que observó al otro lado no le gustó: era cierto, sus mejillas aún seguían sonrojadas. Pero eso no era lo más traumático, lo peor de todo fue comprobar que su rostro no tenía una pizca de maquillaje. Ya no se acordaba de que con las prisas no le había dado tiempo a arreglarse. Así que, además de que Devon la había avergonzado delante de todo el equipo, también la había contemplado como su madre la había traído al mundo: llena de pecas y de ojeras. Resignada, caminó de regreso al rodaje mientras se secaba las manos con un suave papel; justo cuando iba a desecharlo en una papelera, vislumbró a Devon, que también se dirigía al mismo lugar para apagar un cigarrillo.

Ambos se miraron y, sin querer, los nudillos de Sara se rozaron con los suyos.

—Lo siento —se excusó ella con la cabeza agachada. Luego hizo amago de irse, pero él le sujetó la muñeca y se lo impidió.

—Espera. Cuando han cortado la escena, he salido a fumar y ni siquiera te he dado las gracias por ayudarme.

Sara giró la cabeza y lo miró un tanto desconcertada. ¿Y ahora qué estaría tramando? De nuevo había regresado el Devon educado y zalamero. ¿Y mañana? ¿Volvería a tratarla con indiferencia?

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

Devon abrió los ojos y enarcó las cejas.

—¿Cómo dices? No te comprendo.

—Yo creo que sí. Y aunque pongas esa carita de niño bueno, los dos sabemos que no lo eres, así que evítala, me pone de los nervios. —◆◆Y también me pone a cien», pensó.

Devon torció los labios de forma petulante.

—Lo siento, pero esta vez tampoco va a salvarte esa sonrisita teatrera. Me has utilizado, eres un cabrón.

Sara se zafó de su brazo y siguió caminando.

—Sara, espera. —Devon aligeró el ritmo y se colocó delante de ella, impidiéndole el paso—. Está bien, tienes razón, soy un capullo.

—No he dicho capullo, he dicho cabrón.

—Vale, pues soy un cabrón. Por favor, ¿podrías escucharme un segundo?

Sara chasqueó la lengua.

—Adelante. Convénceme de que no lo eres.

—Está bien, pero aquí no —susurró—. Hay demasiada gente. Tenemos diez minutos antes de volver a rodar. Por favor, acompáñame.

Devon la tomó del brazo y la llevó hasta su camerino. Luego la invitó a pasar dentro y cerró la puerta con llave.

—Aquí es donde vengo a ensayar cuando estoy bloqueado. Fíjate bien en las vistas de Manhattan —afirmó mientras subía el estor—. Son inmejorables.

Sara contempló la silueta de los rascacielos y asintió.

—Sí, tienes razón. Desde aquí Nueva York parece una postal.

Devon se acercó a la amplia cristalera y se colocó al lado de ella.

—¿Ves la diferencia de altura que tienen los edificios?

—Pues claro, llevo lentillas.

Devon se rio y le atrapó la mirada.

—No me refería a tu campo visual. Quiero decir que esos edificios son como nuestra relación. Es como una curva oscilante que sube y que baja, y en la que no hay un punto intermedio.

—¿Y dónde se supone que está ese punto?

—De eso mismo quería hablar contigo.

Sara miró su reloj de muñeca.

—Pues date prisa, porque te quedan ocho minutos.

Devon se pasó las manos por la cabeza y fijó sus ojos en el contorno de aquellas construcciones.

—Mónica me ha dicho que me llamaste varias veces por lo de mi abuelo. ¿Es eso cierto?

Ella se puso rígida y comenzó a tamborilear los dedos sobre la superficie de la mesa mientras pensaba que Mónica era una chivata.

—¿Es que acaso no viste mis llamadas ni mis mensajes?

Devon negó con la cabeza.

—¿Cómo podría verlos? Hace meses que arrojé ese móvil por la ventana de la oficina.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó ella asombrada.

—Digamos que exploté. Desde que mi abuelo murió, he estado muy estresado porque no quería tomar el control de la empresa, pero hay cosas que no puedes cambiar por mucho que lo desees y, al parecer, nunca voy poder arrancarme el estigma de los Pioginni.

Sara observó cómo su voz se quebraba y se llenaba de tristeza.

—Hablas como si te avergonzara pertenecer a tu familia. ¿Por qué hay tanto dolor en tus

palabras?

Devon se levantó y echó los hombros hacia atrás.

—Es mejor que no lo sepas. Nunca lo entenderías. En fin, no te he traído hasta aquí para hablar de mis problemas. En realidad quería pedirte perdón. Ayer me comporté como un capullo.

Ella torció los labios antes de responder.

—Dirás más bien como un cabrón.

Devon también arqueó la boca.

—Lo asumo, ayer me comporté como un cabrón y me gustaría enmendar mi error.

—¿No me digas? ¿Y cómo piensas enmendarlo? —preguntó ella, suspicaz.

—Antes que nada, necesito que me respondas a algo.

—Tú dirás.

Devon se colocó a la altura de su barbilla.

—¿Estás saliendo con ese escritor?

Sorprendida, ella abrió la boca.

—¿Y a ti qué demonios te importa? ¿Acaso yo te he preguntado si estás saliendo con Manako?

—¿Y no piensas preguntármelo? —preguntó él, con las pupilas dilatadas.

Sara lo miró recelosa.

—Devon, ¿qué es lo que quieres? Ya han pasado cinco minutos y tenemos que regresar al rodaje. Así que, si tienes algo que decirme, te agradecería que fueras un poquito más explícito.

—Está bien, voy a ser muy explícito.

Cuando Sara quiso darse cuenta, sus lenguas habían vuelto a enredarse. Al principio, ella se quedó estupefacta, pero, al percibir su aroma, la suavidad de sus labios y el calor que desprendería su aliento, cerró los ojos y se dejó llevar por ese segundo beso. Un beso mucho más tierno, que hablaba por sí solo y que le ronroneaba un sinfín de sensaciones, hasta que Devon se separó y le musitó cerca de la boca:

—¿Ya lo has entendido o necesitas que te lo explique mejor?

Sara tragó saliva y se humedeció los labios.

—Soy muy torpe. Creo que necesito clases particulares. —Y esta vez fue ella quien lo agarró por la camiseta y lo acercó hasta su boca. Lo besó con rabia, con ira, con inquina... Estaba cansada de luchar contra su orgullo y de rechazar a aquel pastelito. Sí, ya le daba igual si se empachaba con su dulzor o si subía unos cuantos kilos en la báscula. En aquel momento lo único que deseaba era comérselo entero.

—Shh, nena, si sigues besándome así, no voy a poder controlarme y al final tendré que follarte encima de esta mesa —musitó él mientras apresaba su labio inferior y lo soltaba muy despacio —.Y no quiero hacerlo... Quiero que nuestra primera vez sea especial. Quiero tomarme mi tiempo. Quiero conocer tu cuerpo. Quiero enterrarme en tu cabello y quiero sentir los latidos de tu corazón mientras gritas mi nombre.

Cuando Sara escuchó su advertencia, anheló más que nunca que la cumpliera. Sin embargo, por encima de sus propios deseos estaba su responsabilidad como guionista, y ambos estaban dentro del horario laboral. Sin saber qué fuerza sobrehumana la ayudó a separarse de él, consiguió dar unos cuantos pasos hacia atrás.

—¡Joder! Se suponía que estaba enfadada contigo y mírame ahora. ¡Estarás satisfecho!

Devon sonrió y avanzó hacia ella, pero Sara no se lo permitió, extendiendo los brazos y abriendo las palmas de las manos.

—¡No! Si no quieres hacerlo en esa mesa, no te acerques más. Tienes razón, no es el lugar ni

es el momento.

Pero él la ignoró, se aproximó a ella de una zancada, la tomó en volandas y la sentó encima de la mesa.

—Estás loco, ¿qué haces?

—Antes de irnos, quiero hacerte una promesa.

Devon le abrió las piernas y la atrajo hacia él mientras sus manos se posaban en su estrecha cintura.

—Algún día te follaré encima de esta mesa.

Devon lo musitó de una forma tan sensual que Sara creyó que su ropa interior se calcinaría.

—¿Lo juras? —indagó Sara mientras le acariciaba el cuero cabelludo.

—Lo juro.

Después, él se separó de ella y se recolocó el bulto de la entrepierna ante la atenta mirada de Sara.

—¿Ves lo que me ocurre cuando estoy a tu lado? Acabas de presenciar el efecto Sara.

Ruborizada, ella empezó a reírse.

—Lo lamento, no era mi intención. ¿Y ahora qué vamos a hacer? Yo también he sufrido el efecto Devon.

Él sonrió y le escondió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Aún no me has respondido. ¿Estás saliendo con ese escritor?

—No, solo somos buenos amigos.

—Pero te besó en la boca... ¿Sueles ser tan cariñosa con tus amigos?

Sara achicó los ojos.

—¿Me viste?

—Por supuesto. De hecho no te quité el ojo de encima en toda la noche. Y cuando vi que te montabas con él en ese taxi, creí que enloquecería. Como puedes comprobar, el efecto Sara me ha desestabilizado por completo.

Sara le rodeó el cuello con las manos.

—Señor Pioginni, siento decirle que ha malinterpretado las cosas. Es cierto que Eusebio me besó, pero a mí no me interesa como hombre y, hace meses, ya le dejé las cosas claras. Y en cuanto al taxi, nos fuimos juntos porque nos alojamos en el mismo hotel.

Devon resopló aliviado.

—Después de escucharte me quedo más tranquilo. No me gustaría meterme en medio de una relación. No soy esa clase de hombre.

—¿Ah, no? ¿Y de qué clase eres?

—De gama alta —murmuró, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—¿No me digas? Pues nunca he manejado un Ferrari —susurró ella entre jadeos.

—No te preocupes, yo te voy a enseñar. —La tomó de la cintura y la bajó al suelo—. Y ahora, señorita Martín, lamento comunicarle que tenemos que regresar al plató.

Sara hizo un puchero con los labios.

—Tienes razón, aunque, si te soy sincera, me encantaría estrenar esa mesa.

—A mí también, pero esta vez quiero hacer las cosas bien. —Le acarició las mejillas—. Por primera vez en mi vida voy a reducir la velocidad y voy a disfrutar del paisaje... Por cierto, ¿qué haces esta noche?

—Tengo una cena de trabajo... Al parecer los guionistas vamos a hablar con las *scripts*^[6] para hablar del montaje de las escenas.

—¿Y después?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque había pensado que podrías tomarte el postre en mi apartamento.

—¿Me estás invitando a pasar la noche contigo?

—Supongo que sí. ¿Qué me dices?

—Acepto, pero solo si tienes tarta de chocolate. Es lo único a lo que no he podido renunciar como vegana. En realidad, los dulces son mi perdición.

—Entonces compraré cantidades industriales de tarta de chocolate. Y ahora, muy a mi pesar, voy a tener que alejarme de ti, o si no Manako va a pensar que soy un perverso —matizó al señalar su entrepierna—. Ah, casi se me olvida: este es mi nuevo número de teléfono.

Él le dio una tarjeta, y ella lo miró con el entrecejo arrugado.

—Tranquila, no voy a deshacerme de él. Si quieres, cuando acabes la cena, me envías un mensaje y te recojo.

Al abrir el pomo de la puerta, él se giró y le robó un ligero ósculo.

Cuando Sara volvió al rodaje, su sonrisa brillaba igual que las luces de los focos. Estaba envuelta en una nube de felicidad y, aunque sabía que su relación con Devon tenía fecha de caducidad, no deseaba pensar en el futuro. Ahora solo quería vivir el presente, y quería vivirlo junto a él.

[6] Profesional del cine que se encarga de la continuidad de las escenas de la película. También es el responsable del presupuesto de producción.

Capítulo 21

Durante la grabación, Sara no había podido apartar los ojos de Devon. Se veía tan seguro de sí mismo y tan concentrado en el guion que no parecía afectarle lo más mínimo lo que había sucedido en el camerino. Y excepto por el pequeño percance que había sufrido a primera hora de la mañana, su actuación brilló con luz propia. Se notaba que había captado la personalidad del personaje, y si seguía así, estaba convencida de que sus lectoras quedarían muy satisfechas con aquella colosal interpretación. Aunque no podía decir lo mismo de Manako, la cual estaba ausente y, en varias ocasiones, se había confundido a la hora de decir sus líneas. Quizás Devon tenía razón y entre ellos se había acabado el *feeling*; o quizás ella se había enamorado de él y no era tan buena actriz como creía, y ahora no era capaz de separar los sentimientos ficticios de los reales. Fuera lo que fuese, Sara la compadecía: Devon era uno de esos hombres que se quedaban tatuados bajo la piel y que difícilmente podían olvidarse.

A las cinco de la tarde, Paolo dio por finalizado el primer día de rodaje y pidió un aplauso por el gran esfuerzo que habían hecho tanto los actores como los demás miembros del equipo. No quería dejarse a nadie en el tintero y, en un discurso motivador, mencionó desde el regidor hasta el cámara, e hizo especial hincapié en que todos eran imprescindibles para sacar adelante la película.

Mientras aplaudían, los ojos de Sara se cruzaron con los de Devon. Ella sintió cómo sus iris azules le golpeaban el corazón, hasta que él apartó la mirada y bromeó con uno de los guionistas. De repente, Mónica le tocó el hombro y le propuso ir a tomar algo. Sara aceptó, y salieron del plató hacia la cafetería. La editora aprovechó ese interludio para comentarle algunos aspectos de su agenda semanal, y Sara también aprovechó para sincerarse con ella acerca de su inminente encuentro con el actor. En un principio, Sara prefirió guardar silencio, pues cuantas menos personas supiesen que iba a mantener una aventura con él, mucho mejor. Sin embargo, estaba tan llena de felicidad que, si no se lo contaba a alguien, sentía que explotaría de dicha. Después de todo, estaba sola a miles de kilómetros de su tierra, y Mónica, más que una editora, se había convertido en una buena amiga.

—¡No puedo creerlo! De modo que al final van a hacerlo.

—Shh, baja la voz... No me gustaría que mi nombre saliera en la prensa.

—¿Por qué no? Incluso puedo imaginarme el titular: *la escritora Sara Carrilla y el actor Devon Stelin tienen un romance de novela*.

Sara puso los ojos en blanco.

—Muy graciosa...

—No te enfades, solo bromeaba... Y decime, ¿cómo te sentís, no tenés miedo de que el Halcón te destruce?

—Creo que ya es demasiado tarde para hacerme esa pregunta.

Mónica sonrió antes de darle un sorbo a su taza de café.

—Yo también lo creo.

De pronto, Sara clavó la vista en el cielo y se fijó en que cada vez se tornaba de un color más grisáceo.

—¡Madre mía del amor hermoso! Mira cómo se ha puesto el día, con el sol que hacía esta

mañana.

—Tenés razón. Parece que va caer una buena.

—Será mejor que nos vayamos al hotel.

Cuando salieron a la calle, se encontraron con una estampa otoñal: llovía a cántaros. Pararon un taxi, pero iba ocupado. A los pocos segundos pasó otro, aunque tampoco hubo suerte. Al final acabaron anegadas de agua, y Sara pensó que el tiempo estaba tan loco como su corazón.

Tras unos minutos, se resguardaron de la lluvia debajo de un pórtico. Mónica navegó con el móvil y comprobó que Nueva York estaba en alerta por fuertes tormentas. Al escuchar un estruendo, Sara se abrazó a ella; no soportaba el fulgor de las culebrinas ni el sonido de los fragores, y todo gracias a que un rayo había caído en la iglesia del pueblo el día que su abuela murió. Aquella noche se quedó tan traumatizada que incluso algunas veces soñaba que un grupo de mujeres, vestidas de negro, rezaban el rosario dentro de su habitación. Sin duda aquella experiencia marcó su vida para siempre y, desde entonces, sentía una alergia brutal a los crucifijos.

—¡Señor! La que está cayendo. Teníamos que habernos ido con alguien del equipo. ¿Cuánto rato hemos estado en la cafetería? —exclamó Sara mientras se secaba la cara con la camiseta.

—Creo que demasiado, porque han cerrado hasta los estudios. Así que no nos queda más remedio que esperar aquí debajo hasta que algún taxi se digne a pasar.

—Bueno, no perdamos la calma, no es el fin del mundo. Aunque si miras el cielo, es justo lo que parece.

—¡Mierda! Se me han mojado mis Louis Vuitton —protestó Mónica.

—Mejor no te pregunto cuántos dólares te han costado —objetó Sara, sacudiéndose la melena.

—En realidad fue un regalo del señor Brandon por mi cumpleaños.

—¡Vaya! El señor Brandon es muy generoso con sus empleados.

—Así es. —Mónica sonrió—. La verdad es que le he tomado mucho cariño. Es el mejor jefe del mundo y tiene un humor envidiable.

—Ahora que lo dices, tienes razón. Nunca lo he visto enfadado.

Mónica se quitó las sandalias y las puso boca abajo para quitarles el exceso de agua.

—Sí, es un buen hombre, por eso mismo me preocupa su salud. Desde que Devon es el socio mayoritario de la empresa, ha estado asesorándole acerca del puesto y no ha parado de viajar a Montreal. Digamos que ha adoptado el rol de padre.

—¿En serio? De modo que ahora son buenos amigos. —Sara tomó una bocanada de aire—. Sin embargo, Devon no parece muy conforme con ser el nuevo jefe de la empresa. ¿Por qué la familia no delega el cargo en otra persona?

—Uh, no es tan fácil. El padre de Aurora había firmado una cláusula en el testamento donde se especificaba que el único heredero de la compañía era su nieto. Así que, aparte de cumplir con la última voluntad de su abuelo, yo pienso que Devon también ha firmado por un valor meramente sentimental. Por lo visto, antes de que su padre muriese, él le hizo jurar que nunca dejaría a su madre desamparada. Y a pesar de que la relación entre ambos no es afable, una promesa es una promesa, ¿no crees?

Sara asintió. En ese aspecto comprendía a Devon, ya que ella también le había hecho una promesa a su padre, y sabía lo que eso significaba.

—Vaya, después de todo, Devon no es tan frío como aparenta ser.

—Si vos lo decís... Pero, aun así, yo no me confiaría demasiado. ¡Ah, qué suerte! Parece que este taxi está libre —aplaudió Mónica de forma efusiva antes de subirse al vehículo.

Cuando Sara llegó al hotel, su ropa estaba empapada. Entre estornudos, abrió la puerta de la habitación y se tumbó en la cama. Desde que había llegado a Nueva York se sentía más cansada de lo habitual. Recordó que la noche anterior había notado cierta molestia en la garganta y, durante el almuerzo, aquella sensación se había agravado. Cerró los ojos y sintió que le ardían los párpados, pero achacó ese intenso calor a que su cuerpo había estado sometido a una sobrecarga de emociones. Todavía no concebía que fuera a pasar la noche con Devon. De hecho, no había dejado de pensar en lo mismo y, cada vez que imaginaba ese momento, su temperatura corporal aumentaba unos cuantos centígrados.

Una hora más tarde, se despertó con temblores, y la cabeza le iba a explotar. Se enjugó la frente con el dorso de la mano y notó que le quemaba; además, le dolían todos los huesos del cuerpo. Parecía como si un tráiler hubiese pasado por encima de ella. Estaba tan mal que tuvo que llamar a Mónica para que, por favor, subiese a la habitación.

—¡Sara! ¡Estás ardiendo en fiebre! ¿Acaso no te secaste el pelo? —afirmó con una mano en la sien.

—La verdad es que no. Tenía tanto calor que me dormí con el cabello húmedo. ¡Maldita sea, qué mala suerte tengo! —refunfuñó con el rostro enterrado en las manos—. ¿Por qué ha tenido que pasarme esto justo la noche en la que iba a acostarme con Devon?

Mónica se rio y le acomodó la almohada.

—Quizás el destino te esté salvando de las garras del Halcón. —Le guiñó un ojo—. Vamos, seguro que mañana te encuentras mejor.

—Ojalá, aunque me temo lo peor. Cuando pillo un resfriado, no lo suelto en una semana —comentó, sonándose la nariz con un pañuelo de papel—. Por favor, dile a Paolo que confío en él. Que decidan lo que decidan sobre las escenas, yo estaré de acuerdo.

—No te preocupes. Ahora no pienses en el guion. Mejor descansa y tómate un paracetamol, te sentará bien.

—Muchas gracias por todo, Mónica. Eres un sol.

—No hay de qué. Pide a recepción que te suban la cena. Después me pasaré a ver cómo sigues.

Cuando Mónica abandonó la habitación, Sara cerró los ojos y volvió a maldecirse a sí misma, ya que su cuerpo debería estar destrozado a causa de una noche loca de pasión al lado de Devon y no por culpa de un fastidioso virus.

Hola, Devon, al final no voy a poder comerme esa exquisita tarta de chocolate. No me encuentro bien y me he quedado descansando en el hotel. Lo lamento, ya nos veremos por el rodaje.

Sorprendido por ese mensaje, Devon se dejó caer en el sofá. Agarró el móvil y pensó en llamar a Sara para preguntar por su salud, sin embargo, cambió de opinión. No sabía por qué motivo necesitaba verla, pero así era. Aquella noche no podía conformarse con escuchar su voz. De modo que telefoneó a Mónica y esta le informó dónde se alojaba e incluso lo animó a que se pasara por su habitación. A él no le pareció una idea tan descabellada, pues el hotel y su apartamento estaban relativamente cerca y, si iba corriendo, llegaría en menos de un cuarto de hora; así que se calzó sus Adidas y salió como un rayo del apartamento.

Cuando Devon llegó a la planta treinta y tres, se paró frente a la habitación de Sara mientras unas gotitas de lluvia le caían por la cara y mojaban el suelo de la moqueta.

—¡Sara! ¿Estás ahí? Ábreme, por favor, soy yo. —Al ver que ella no daba señales de vida,

volvió a golpear con más insistencia—. ¿Te encuentras bien? Por favor, contéstame. Estoy preocupado.

En ese instante, escuchó que alguien se acercaba detrás de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sara con la voz entrecortada.

—Ya sabes el dicho: si Mahoma no va a la montaña...

—¿Cómo has sabido dónde me hospedaba?

—Llamé a Mónica. No me quedé muy convencido con tu mensaje y necesitaba cerciorarme de que estabas bien.

—Pues ya ves, sigo viva. —Ella hizo una pausa—. Te agradezco que hayas venido, pero no estoy presentable. Así que, por favor, prefiero que te marches.

—Vamos, Sara, te recuerdo que ya te he visto sin maquillaje. No será para tanto. Anda, ábreme la puerta.

—No sabes lo que dices. Tengo la nariz de un payaso y mi cara es un espectro. Por mucho que insistas, no voy a dejarte entrar. Además, podría pegarte el virus.

—¿Virus? Mónica me dijo que era un resfriado sin importancia.

—Mónica habla mucho. —Se sonó la nariz—. De verdad, puedes irte tranquilo. Solo necesito descansar. Mañana estaré como nueva.

—Sara, no pienso irme sin verte. Es más, ahora mismo voy a llamar a mi médico para que venga a echarte un vistazo.

—¡Devon, no lo hagas! ¡No es necesario! Está bien, te abriré la puerta, pero, por lo que más quieras, no llames a ningún médico.

La puerta chirrió, y ella apareció vestida con un pijama de Mickey Mouse. Tenía el rostro pálido, la nariz inflamada y el pelo enmarañado. Al verla tan desvalida, a Devon le dieron ganas de achucharla entre sus brazos.

—Si mañana amaneces estornudando, no digas que no te lo advertí —dijo mientras arrugaba un pañuelo entre los dedos.

Devon le sonrió y entró en la habitación.

—No creo que eso ocurra. Te recuerdo que yo como carne y estoy fuerte como un roble —bromeó él, colocando una bolsa encima de la mesa—. Te he traído algunas cosas. ¿Ya has cenado?

Sara negó con la cabeza.

—Pues adelante, ¿a qué esperas para hacerlo?

Con una gran sonrisa, Sara vació el contenido de una cajita de cartón y comprobó que había una sopa de verduras y una macedonia de frutas.

—Uh, qué rica —añadió al llevarse una cucharada a la boca—. Además, está tan calentita que no me duele la garganta al tragarla. Muchas gracias, has sido muy atento.

Fascinado por todas las sensaciones que esa mujer le hacía sentir, Devon observó, maravillado, cómo dejaba el cuenco vacío y cómo después devoraba el postre.

—¿Lo haces muy a menudo? —preguntó Sara mientras saboreaba el dulzor del almíbar.

—¿El qué? —respondió él, con una expresión burlona en el rostro.

—Aparecer sin avisar en las habitaciones de los hoteles. Te recuerdo que ya hiciste lo mismo en Buenos Aires.

Devon sonrió maliciosamente.

—Cómo podría olvidarlo. Aunque en aquella ocasión tuve más suerte y Mickey Mouse no era un pijama. —Él percibió cómo ella se sonrojaba y se echó a reír—. Veo que te gustan los

personajes de Disney. ¿No me digas que eres una de esas mujeres que aún cree en príncipes y en princesas?

Sara terminó de tragar antes de responderle.

—No, por desgracia, tengo los pies en la tierra. Y digo por desgracia porque hubo un tiempo en que sí creí que existía el amor verdadero —carraspeó—; por eso mismo pienso que esos cuentos deberían estar prohibidos.

Devon la escuchó toser y le llevó una mano a la frente.

—Creo que te está subiendo la fiebre. Será mejor que llame a mi médico.

Sara le sujetó el brazo.

—No, Devon. No es necesario.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no quieres que llame al doctor?

Sara se mordió el labio y se quedó pensativa.

—Si te lo digo, vas a reírte de mí.

Devon la miró, incrédulo.

—Te prometo que no me reiré. Lo juro.

—¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad? Te recuerdo que eres actor.

—¡Sara, por favor! No puedo estar actuando las veinticuatro horas. Venga, dime de una vez por qué no quieres que te vea el médico.

—Pues es que... —Ella jugó con las puntas del pelo—. Tengo mucho miedo a las agujas y estoy segura de que me va a poner una inyección.

Devon comenzó a reírse, y ella lo miró visiblemente irritada.

—Lo sabía. Sabía que no podía confiar en ti —afirmó con un dedo acusador—. Lo juraste y mírate, estas partiéndote de risa en toda mi cara.

—Perdóname, de verdad. —Se llevó una mano al estómago—. Lo siento mucho, pero no he podido evitarlo. Pareces tan segura de ti misma que no me lo esperaba. No pensaba que fueras una mujer asustadiza.

—Pues ya ves, las apariencias engañan. Aunque no te emociones, tampoco te creas que soy una médica. Solo hay dos cosas en el mundo que me horrorizan: una son los rayos, y otra son las agujas. Por lo demás, no le temo a nada ni a nadie, incluso cojo los insectos con la mano —confesó orgullosa.

—De modo que no tienes miedo a las cucarachas. Entonces ya sé quién va a salvarme de ellas.

—¿Te dan miedo las cucarachas? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Más que miedo, me dan asco. En cambio, hay otras cosas que me dan pavor. Pero no pienso decírtelas, perdería todo mi *sex-appeal*.

Ambos sonrieron, y Devon se acercó hasta ella.

—Por favor, déjame que llame al médico. No tienes buen aspecto.

En ese instante, ella le rodeó el cuello.

—¿Para qué? Tú eres mi mejor medicina —le susurró al oído.

Devon la cobijó entre sus brazos y la apretó contra él. Se veía tan pequeña y tan indefensa que no quería apartarse de ella. Por primera vez en su vida estaba en la habitación de un hotel con una mujer y no iba a practicar sexo. De repente, sufrió una erección al sentir la textura de sus pechos aplastados contra su torso. Ella no era consciente de lo sexy que estaba con aquel pijama, y tuvo que controlarse para no devorarle los labios. Entonces emitió un suspiro, apretó los puños y se separó de su cuerpo de forma brusca.

—Me siento halagado, pero mi compañía no es suficiente. —Se levantó de la cama y cogió el

móvil—. Ah, y será mejor que te pongas un sujetador, o se me va a olvidar que estás enferma.

Sara se miró los pechos y se cubrió con la sábana.

—¡Eres un guarro!

—No, fierecilla, soy un hombre. Un hombre que no está ciego —añadió mientras se llevaba el teléfono a la oreja.

—¿Estás llamando al médico ?

—Por supuesto, ahora que he encontrado a una mujer que me hace reír, no pienso permitir que le ocurra nada.

—De modo que para ti soy una especie de bufón.

—Bueno, yo no diría un bufón, más bien una bufona preciosa. —Devon le guiñó un ojo y se puso a hablar en inglés con el médico.

Al poco rato llegó el doctor, se sentó a los pies de la cama y auscultó a Sara. Tras hablar unos minutos con Devon, le firmó unas recetas y, antes de irse, se despidió de la paciente con una grata sonrisa.

—¿Llegaré a ver el estreno de la película? —bromeó ella.

—Creo que sí. Me ha dicho que tienes amigdalitis.

—Ya decía yo que me dolía al tragar.

—También me ha advertido que es altamente contagiosa por vía salival y respiratoria, así que tal vez tengas razón y mañana amanezca con tos de perro —afirmó con una sonrisa endemoniada.

—Ya te dije que era mejor que te marcharas, pero no me hiciste caso.

Devon le rozó las mejillas con la yema de los dedos.

—No te preocupes, soy inmune a estos virus, aunque no puedo decir lo mismo de... —Se quedó callado y le colocó un cojín entre los pechos—. Perfecto, así estarás a salvo de mí.

Sara sonrió tímidamente e ignoró su pulla.

—Pues si yo fuera tú, no estaría tan confiado. Siempre hay una primera vez para todo. Sigo pensando que deberías irte cuanto antes o, al final, te contagiarás.

Él asintió con la cabeza.

—Está bien, te haré caso, pero antes de marcharme, voy a ir a la farmacia a comprar las medicinas.

—Devon...

Justo cuando estaba a punto de salir por la puerta, él se giró al escuchar su nombre.

—¿Qué ocurre?

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Él la acarició con la mirada.

—En cambio, yo sí sé cómo puedes hacerlo y, en cuanto estés mejor, voy a darte un par de ideas.

Sara le dedicó una bobalicona sonrisa, y Devon se estremeció. Al bajar en el ascensor, él se acordó de sus vivarachos ojos castaños, y de nuevo sus labios se ensancharon. Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien al lado de una mujer. Mejor dicho, hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto con alguien. Casi siempre salía con féminas frías y superficiales que no suponían un riesgo para su soltería. Sin embargo, Sara era diferente, ya que cuando estaba con ella, no tenía que aparentar ser otra persona. En el fondo, esa española tenía razón, y presentía que ya se había contagiado, aunque no de amigdalitis, sino de su ternura. Y eso era algo mucho más perjudicial para su salud emocional que cualquier enfermedad vírica.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, Sara se levantó muy despacio, como si la cabeza le pesara toneladas. Al incorporarse de la cama, sufrió un pequeño mareo y apoyó las manos en el cabecero, intentando recuperar el equilibrio. Al girar la cabeza, atisbó un jarabe y una caja de pastillas que había encima de la mesilla de noche. En ese instante supo que no había sido un sueño. Así es. No había sido una alucinación, sino que Devon realmente había estado allí. Pero no solo eso, también le había llevado la cena, llamado al médico, bajado a la farmacia a comprar sus medicinas y acariciado la frente hasta que se quedó plenamente dormida. Entonces suspiró. Nunca imaginó que su primera cita con él fuese tan tierna, que ese actor haría el papel de enfermero amoroso y, mucho menos, que ella vestiría un pijama de Mickey Mouse.

De repente, sonó el teléfono, y en la pantalla del móvil apareció de forma intermitente el nombre de Paolo.

—Hola, hola... ¿Cómo has amanecido? Ayer Mónica me dijo que Devon estuvo cuidándote. ¡Aún no me lo creo! *Bambina*, has castrado a ese hombre. ¿Cuál es tu secreto?

Sara apartó el teléfono de la oreja; la voz de Paolo a veces podía llegar a ser demasiado estridente.

—Hola, Paolo, yo también me alegro de oírte. Por lo que veo, Mónica no se calla ni debajo del agua.

—Oh, no te enfades con ella. Mónica solo quería ayudarte, por eso mismo le dio a Devon la dirección del hotel.

—Sí, yo creo se está tomando muy en serio su papel de celestina.

—Y, dime, *bambina*, ¿qué tal se portó Devon?

—De fábula. Me sentí muy arropada por él.

—Es que en esos brazos cualquiera se sentiría en el edén, reina.

—Tienes razón —suspiró—. Ay, Paolo, no sabía que Devon era tan cariñoso, no me lo esperaba. ¿Tú crees que estará actuando conmigo o realmente es el hombre perfecto?

—A ver, *bambina*, lo conozco desde que éramos pequeños y jamás lo había visto así de interesado por nadie. Ni siquiera por Steve —añadió con una sutil risita—. Yo creo que has desinflado su ego. De modo que puedes sentirte orgullosa: el gladiador Devon Stelin ha claudicado ante los pies de la emperatriz Sara Martín.

—Paolo, tampoco te pases. Los dos sabemos que solo soy la novedad, pero, en cuanto me tenga en la cama, se olvidará de mí y me echará a los leones.

—No seas tan negativa, *bambina*. A veces pienso que no sé cómo puedes escribir sobre el amor si no crees en él.

—Yo tampoco —confirmó taciturna—. Por cierto, ¿cómo fue la cena de ayer?

—Fantástica. Estuvimos hablando sobre el montaje de las escenas y hemos calculado que, si todo va como el primer día de filmación, acabaremos el rodaje aproximadamente para el mes de diciembre.

—Excelente. ¿Y cuándo viajáis a Tokio?

—El mes que viene. Estaremos fuera unas seis semanas. Es una pena que no quieras acompañarnos.

—Ya sabes que me encantaría ir. Tokio es mi debilidad, pero yo no vivo del cine y no puedo abandonar la consulta. Por eso mismo le dije al señor Brandon que solo estaría en Nueva York para filmar las escenas más relevantes.

—Te comprendo. Aunque si lo piensas un poco, podrías dedicarte al mundo del celuloide. No he tenido la oportunidad de decírtelo en persona, pero has hecho un gran trabajo.

—Muchas gracias, Paolo, aunque el mérito no es solo mío. En realidad ha sido el resultado de un trabajo en equipo... Bueno, y dime, ¿hoy qué escena vas a filmar?

—Esta mañana tenemos programado rodar la escena en el Botanical Garden.

Al escuchar a Paolo, Sara se emocionó, ya que aquella escena era crucial en su novela, justo cuando los azules y penetrantes ojos de Ren Carter atrapaban los de Kiari Tokomeji y ambos acababan acunados bajo las ramas de un majestuoso cerezo.

—¡Vaya, qué pena! Me hubiese encantado estar ahí.

—Y después dices que no crees en el amor verdadero. En fin, *bambina*, tengo que abandonarte, me está llamando uno de los técnicos. Más tarde hablamos. Por favor, cuídate mucho y ponte buena cuanto antes, te necesito en el rodaje.

—No te preocupes, mañana mismo estaré allí. Muchas gracias por llamarme, nos vemos en unas horas.

—¿Cómo que nos vemos en unas horas? Tú de aquí no te mueves hasta que el doctor te dé el alta —manifestó Devon, que en ese instante salía del baño, envuelto solamente por una toalla anudada a la cintura.

Cuando Sara escuchó su voz, abrió las palmas de las manos y tiró el móvil al suelo. Al girar la cabeza, se dio de bruces con su esplendorosa anatomía y por poco sufre un vahído.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —balbuceó—. Me has dado un susto de muerte.

Devon torció los labios, como si supiera que su sonrisa la desestabilizaba hasta el punto de dejarla sin palabras.

—¿Ah, sí? Pues no tienes cara de estar asustada, más bien me atrevería a decir que te gusta lo que ves.

Abrumada por su presencia, ella admiró un abdomen firme y plano; una pequeña senda de vello castaño se perdía a lo largo de sus imponentes oblicuos. Su pecho estaba esculpido por suaves líneas de músculos, y el bronceado de su piel contrastaba con el blanco níveo de la toalla. Ese hombre rezumaba sensualidad por los cuatro costados, y él parecía divertirse con el aturdimiento que provocaba entre las mujeres. Ante esa imagen, casi divina, Sara no sabía si su temperatura corporal estaba subiendo por culpa de la fiebre o era a causa de aquella portentosa visión.

—He tomado prestada una toalla, espero que no te importe. Tenía mucho calor y necesitaba darme una ducha.

En ese momento Sara se fijó en cómo la carcomían sus ojos azules, brillantes y profundos, enmarcados en unas gruesas pestañas. También se fijó en sus labios mullidos y en su mentón cuadrado, cubierto de una barba incipiente. Y, cómo no, en la sonrisa tan sensual que despuntaba en su boca y que podría derretir el mismísimo polo norte. ¿Acaso no eran suficientes motivos para sufrir un desmayo?

—No, no me importa —silabeó con la voz entrecortada y el corazón bombeando a toda potencia.

«Sara, respira y mantén la calma. No es un dios, solo es un hombre. Eso es, buena chica, tú puedes controlarte».

—¿Ocurre algo? —preguntó Devon mientras hurgaba entre su mochila—. Ha sido verme y te has quedado callada, y eso no es propio de ti.

—No, no me ocurre nada. ¿Por qué debería pasarme algo? Además, no me conoces lo suficiente para saber lo que es propio de mí y lo que no lo es.

Devon se encogió de hombros.

—Estás equivocada, te conozco mejor de lo que crees. Eres una mujer demasiado transparente, y, por tus gestos, puedo adivinar lo que piensas en cada momento. De hecho, ahora mismo voy a hacer algo que te va a ruborizar, y estoy casi seguro de que vas a apartar la mirada de mi cuerpo.

En ese instante, él se quitó la toalla.

—¡Joder! —exclamó Sara, dándose la vuelta mientras se relamía los labios después de verle el trasero—. ¿Cuánto rato llevas aquí? Juraría que ayer escuché cómo cerrabas la puerta —habló despacio, como si tuviera que pensar las palabras que iba a decir.

—Así es —afirmó él al tiempo que se enfundaba unos boxers—. Fui a mi apartamento, tomé algunas cosas y luego regresé al hotel. Después de verte, no me quedé tranquilo y creí que lo más prudente sería pasar la noche contigo.

—¿De verdad has pasado la noche conmigo? ¿Y dónde se supone que has dormido?

La mirada de Devon trepó por su rostro de forma pérfida mientras le daba una palmadita al colchón.

—Creo que en esta cama hay suficiente espacio para dos personas.

Sara cambió su expresión y frunció el ceño.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido meterte en la cama conmigo?

Las pupilas de él se ensancharon, y ella sintió cómo se licuaban las pocas neuronas que aún danzaban por su cerebro.

—Tranquila, nena, no ha pasado nada. No suelo aprovecharme de las mujeres desvalidas.

—Lo sé, Devon, me habría dado cuenta, ¿no crees? No me refería a eso. Quiero decir que eres un irresponsable: si caes enfermo, se paralizará la filmación, y yo me sentiré culpable.

—Eso no va a suceder. —Se acercó hasta ella, vestido únicamente por unos vaqueros que dejaban a entrever la gomilla blanca de los calzoncillos—. Nunca he estado enfermo. Te contaré algo: cuando estuve en el internado, no solo compartía habitación con Steve, sino también con otros dos muchachos, y siempre que alguno de ellos pillaba la gripe, el único que resultaba ileso era yo.

—¿No me digas? Me alegro mucho de que nunca hayas enfermado, pero no puedes tentar a la suerte, llegará el día en el que...

Devon paseó el pulgar por sus labios.

—Shh, llegará el día en el que ningún virus impida que seas mía. —Él la sentó sobre sus rodillas y le acarició el pelo—. Nena, quiero que hagas caso del médico. Prométeme que te quedarás en la cama y que no vas a hacer ninguna tontería.

Los dedos crispados de ella tocaron la piel sedosa y tersa de su ancha espalda mientras sentía cómo algo duro y caliente empezaba a tensarse bajo sus muslos.

—¿Te han dicho alguna vez que eres exasperante...? —opinó ella, enterrando la nariz en el hueco de su clavícula.

—¿Y a ti te han dicho alguna vez que estás preciosa recién levantada?

Sin poder evitarlo, Sara se sonrojó: el tono ronco y suave de su voz era como un interruptor que encendía todos los poros de su piel. Luego apoyó la cabeza entre su diamantino pecho e intentó aspirar el aroma de su cuello. Sin embargo, tenía la nariz congestionada y había perdido

el olfato. Aunque no era lo único: también estaba perdiendo la cordura por no poder disfrutar de aquel hombre con los cinco sentidos.

Por unos momentos ninguno de los dos habló, y solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones agitadas y las caricias de unos dedos nervudos enredándose entre sus rizos. Sara no supo cuánto rato permanecieron abrazados, pero presentía que aquellos minutos se quedarían grabados en su mente de por vida, hasta que Devon se encargó de romper ese dulce silencio.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta tu pelo?

Ella asintió.

—Sí, aunque te recuerdo que la primera vez que me viste me llamaste perro de agua.

Devon empezó a reírse.

—Es verdad, y te pido disculpas, solo buscaba llamar tu atención.

Sara alzó el cuello y lo miró a través de sus infinitas pestañas.

—Pues tengo que felicitarte, porque lo has conseguido, y eso que pensaba que no eras mi tipo.

Él la miró con un gesto aniñado y divertido.

—Explícame un poco mejor eso de que no era tu tipo.

—Quizás más adelante, no es bueno darte tanta información de golpe —confesó ella mientras tocaba el colgante de su pecho y observaba el dragón negro que simbolizaba el poder de su familia—. Tuvo que ser duro... Digo, criarse en un internado.

Melancólico, Devon asintió.

—No te lo niego. Aquello, más que un colegio, era una especie de entrenamiento militar. Desde pequeños estuvimos sometidos a una fuerte disciplina. No solo aprendimos técnicas de lucha, sino también a disparar armas de fuego.

Sara abrió los ojos y la boca de par en par.

—¿Pero qué clase de lugar era ese? Pensaba que los colegios internos solo se preocupaban de la educación de sus alumnos a través de los libros, no de la violencia.

—Pues ya ves, ese lugar, más que un internado, era un colegio elitista en el que primaban los deseos de quien pagaba. En mi caso, fue mi propio abuelo quien insistió al director del centro para que aprendiera a ser un excelente militar, y Steve y mis compañeros corrieron la misma suerte. De modo que al final nos convirtieron en seres inexpresivos. —Devon dejó escapar el aire de forma lenta—. Al menos nos enseñaron varios idiomas, eso fue lo único que mereció la pena.

De nuevo sus palabras estaban cargadas de aflicción, y Sara sintió la necesidad de agarrarle la mano.

—Lo lamento tanto, no tenía ni idea. Debes estar muy orgulloso de ti mismo... No todo el mundo sale a flote por sus propios medios, y tú lo has logrado.

—Bueno, bueno... tampoco nos pongamos melodramáticos, no todo ha sido tan negativo. Gracias a los entrenamientos del internado, hoy en día puedo lucir este cuerpo que te vuelve loca.

Sara sonrió de forma perezosa, ya que sabía que él solo estaba bromeando para quitarle hierro al asunto.

—¿Y quién te ha dicho a ti que me vuelve loca?

—No puedo asegurarlo, pero sé cuándo una mujer me come con los ojos. —La apretó más contra su torso—. Llámalo intuición masculina.

—Yo creo que mejor deberías llamarlo arrogancia. Eres un caso perdido —afirmó Sara mientras observaba la pequeña cicatriz que sobresalía en uno de sus hoyuelos.

—¿Esto te lo hiciste en el internado?

—No, qué va, tampoco te creas que me maltrataban. —Devon señaló la cicatriz con el dedo—.

Esto me lo hice cuando jugaba con Steve al baloncesto. Me di una hostia monumental y me quedó este pequeño recuerdo.

Ella resopló.

—Qué alivio, al menos has tenido infancia.

—Sí, a estas marcas yo las llamo marcas de felicidad.

—Es cierto, yo también tengo unas cuantas.

—¿En serio? No te imagino como una niña traviesa.

—Pues siento decirte que sí lo era.

—Y ahora, ¿sigues siéndolo?

—¿Tú qué crees? —dijo pizpireta, encaramándose a su cuello.

—Te lo diré cuando estés recuperada.

De pronto, sonó la alarma del teléfono de Devon, y entonces él aflojó su agarre.

—Bueno, nena, me encantaría quedarme hablando contigo toda la mañana, pero el deber me llama. Mejor dicho, Paolo me va a matar como no esté en el Botanical Garden en menos de quince minutos —comentó, separándose de ella mientras miraba el móvil.

—Qué suerte, me hubiera encantado estar allí. Hoy vas a filmar una de las escenas más importantes de toda la novela.

—Lo sé, y también sé lo importante que es para ti el tema de las miradas. Pero no te preocupes, ayer, mientras dormías, estuve un rato ensayando y creo que lo tengo todo bajo control.

—Me alegro mucho, aunque, en realidad, tu actuación no es la que más me preocupa, sino la de Manako. Los dos sabemos que ayer no estuvo a la altura del papel.

—Tienes razón, y la culpa es mía. Hablaré con ella; no he tenido tiempo de excusarme por lo que pasó entre nosotros la otra noche.

Sara meditó un par de segundos antes de hacerle una pregunta que durante el día anterior había estado rondando por su cabeza y que no se atrevía a decir en voz alta.

—¿Te acostaste con ella? —preguntó en un tono flemático, fingiendo que no le importaba.

—Sí, no tengo por qué negártelo, y créeme, no me siento orgulloso de haberme cargado la química que había entre nosotros —contestó, a la vez que se colocaba la mochila en la espalda.

—Pues te deseo mucha suerte, no es fácil lidiar con una mujer enamorada.

Devon enarcó las cejas.

—¿Enamorada? No, no creo que lo esté. Solo nos hemos visto un par de veces.

—Eso no tiene nada que ver. ¿Acaso no crees en el amor a primera vista?

Devon negó con la cabeza.

—Ni tampoco en el amor a segunda vista ni a tercera. Por eso mismo me siento tan bien a tu lado, porque sé que tú tampoco crees en él. —Devon le dio un beso en la frente—. Ahora tengo que irme. Si te sientes peor, no dudes en llamarme. Estaré pendiente.

Consternada, tras saber su contundente opinión acerca del amor, Sara se quedó un buen rato apoyada en el quicio de la puerta, observando cómo la figura de Devon se perdía en el pasillo, al igual que también lo hacían sus ilusiones. En el fondo sabía que ese hombre solo era un espejismo que, tarde o temprano, se desvanecería para siempre de su vida.

Capítulo 23

Sara se levantó de la cama y estiró los brazos mientras caminaba hasta el amplio ventanal. Cuando la punta de su nariz se dio de bruces contra la frialdad del cristal, comprobó que el mes de agosto había recuperado su temperatura habitual. Al parecer las nubes que cubrían el cielo de Manhattan habían desaparecido, dándoles la bienvenida a un sol resplandeciente. Durante unos minutos, oteó, curiosa, el ajetreo de la ciudad y luego regresó a la cama. Justo cuando iba a taparse con la sábana, sus retinas atisbaron una camiseta gris de manga corta. Sin poder evitarlo, su cara adoptó un rictus de enamorada platónica y, como si fuese un acto reflejo, se agachó para tomarla entre los dedos. Sonriendo como una boba, cerró los ojos y se la llevó hasta la nariz para disfrutar del perfume de Devon. Mientras aspiraba ese olor, inundado de testosterona, no concebía cómo había podido dormir cuatro noches al lado de un bomboncito sin haberlo asaltado sexualmente. ¡Por Dios! Aquello tenía delito. Tras debatirlo con su conciencia y darse dos collejas por ser tan imbécil, entró en la ducha. Al enjabonarse el cuerpo, se percató de que ya no le dolía la garganta. Por lo que se ve la medicación y los cuidados de Devon habían surtido efecto.

A los pocos minutos salió del baño, envuelta en una esponjosa toalla. Se sentó en el borde de la cama y, mientras se esparcía un poco de crema hidratante en las piernas, escuchó el crujido de la puerta. Al darse la vuelta, vio que Devon entraba en la habitación con una bolsa de cartón colgando bajo una de sus manos. Automáticamente, los labios se le ensancharon y el corazón se le encogió. Estaba guapísimo: llevaba una camiseta celeste, que hacía juego con sus sugerentes ojos, y un pantalón vaquero de cintura baja.

—Hola, nena. —Le dio un beso tierno en la punta de la nariz—. ¿Qué tal has pasado la tarde?

Antes de responder, las pupilas de Sara se dilataron y luego agachó la cabeza. En ese preciso momento se dio cuenta de que, cuando lo miraba fijamente a los ojos, parecía que lo conocía de toda la vida, y esa era una señal inequívoca de que ese hombre había despertado en su interior un aluvión de sentimientos que empezaban a asustarla. ¡Oh, no! Aún no estaba preparada para volver a enamorarse (al menos, no de un actor famoso y mujeriego), aunque presentía que ya no podía remediar lo irremediable, sobre todo, después de haber pasado a su lado unos días inolvidables. Así es, los dos habían visto películas, habían hablado hasta el amanecer y habían reído como si fuesen dos chiquillos alocados; digamos que entre ambos se había creado un vínculo especial. Por ello, a pesar de que no podía asegurarlo con exactitud, juraría que ese actor se había convertido en algo mucho más fuerte que una simple atracción física. Sara comparaba esa sensación con un terremoto de ocho grados en la escala Richter. Un terremoto que había agrietado las paredes de su corazón y que estaba a punto de derrumbarlo. Se sacudió la cabeza y emitió otro intenso suspiro, pensando en el futuro y en qué ocurriría «después de». Le daba un pánico atroz enfrentarse a la realidad, y no sabía cómo iba a coser sus jirones emocionales. Sin embargo, ahora mismo, no quería flagelarse por algo que aún no había ocurrido. Sin duda, era una pérdida de tiempo.

—¿Qué has traído? —inquirió ella, husmeando dentro de la bolsa.

—¡Averigua! Ayer devoraste mi sándwich, así que te he traído uno igual.

—Vaya, qué detalle por tu parte, pero no deberías haberte molestado. —Sara lo abrazó por

detrás y por poco se derrite al sentir la dureza de sus pectorales.

—No es ninguna molestia, nena —afirmó él mientras se daba la vuelta y le ofrecía el emparedado.

Sara le dio un bocado y cerró los ojos, concentrándose de lleno en su sabor.

—Uh, está exquisito. Muchas gracias.

—Muchas de nada. Cuando te recuperes, voy a llevarte a cenar a ese sitio. Estoy seguro de que te va a encantar —dijo él, antes de llevarse a la boca un trozo de pan de molde.

—Me parece una idea estupenda. —Ella le pellizcó el trasero—. ¿Y por qué no vamos esta noche?

—¿Esta noche? —reiteró Devon mientras Sara le quitaba con el pulgar unas miguitas de pan que se le habían quedado pegadas en la comisura de los labios.

—Ajá... ¿Por qué me miras así? Ya puedes dejar de tratarme como si fuese una moribunda. Me encuentro perfectamente bien. —Sara silabeó la última frase a propósito.

Al escucharla decir aquello, los ojos de Devon vagaron por todo su cuerpo, y Sara se percató de que solo llevaba una toalla blanca anudada al pecho.

—Tienes razón. Estás perfectamente bien... yo diría más que bien —puntualizó él, con una mirada sicalíptica—. Pero si no quieres volver a recaer, será mejor que te seques el pelo.

A continuación, Devon tomó el secador que estaba al lado de la cama y lo enchufó a la corriente eléctrica.

—¿Qué haces? ¿Desde cuándo eres peluquero?

Él ignoró su pulla, se colocó detrás de ella y empezó a masajear su cabellera de medusa.

Sara cerró los ojos, deleitándose por la brisa del aire caliente mientras sus dedos le ahuecaban el cabello. Instintivamente los pezones se le endurecieron y sintió cómo un escalofrío peregrinaba por toda su columna vertebral.

Tras unos minutos, él apagó el secador y, sin apartarse de su tersa espalda, rozó con los labios uno de sus hombros desnudos. En ese momento Sara echó el cuello hacia atrás, incitándolo a que siguiera besándola. Ella quería darle a entender que ya no estaba enferma y que su corazón no palpitaba a mil por hora a causa de la fiebre, sino que esta vez palpitaba lleno de frenesí.

—Nena —susurró—. Aún estás débil. No deberías tentarme, o no podré contenerme.

Sara le sonrió, pegándose aún más a su nervudo tórax; buscó sus manos y las ancló entre sus costillas salientes.

—¿Y quién te ha dicho a ti que debes contenerte?

Sara percibió cómo sus labios se ensanchaban a la par que las yemas de sus dedos subían delicadamente hasta llegar al contorno de sus pechos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó él mientras palpaba los pezones por encima de la toalla—. No me gustaría que te desmayaras por un sobreesfuerzo físico.

—Oh, Devon, si sigues tocándome así, creo que voy a desmayarme, pero de placer.

—Está bien, fierecilla, si es lo que quieres, ¿quién soy yo para negártelo? Separa las piernas. —Le ordenó en un tono ronco y varonil.

Sara asintió, permitiendo que aquellas manos mañosas trepan por sus sedosas piernas hasta llegar al centro de su feminidad. Justo en ese punto, ella siseó de placer al sentir unos dedos largos y masculinos acariciando los pliegues de su resbaladiza hendidura con suaves vaivenes.

—Oh, nena, estás tan húmeda —rugió en la oreja de ella al tiempo que mordía su esbelto cuello y los dedos jugaban con su enaltecido clítoris—. No eres consciente de lo mucho que he deseado este momento.

Luego, le dio la vuelta y la despojó de la toalla, admirando cómo sus turgentes y generosos pechos se abrían ante él igual que una flor en primavera.

—Eres preciosa... Sabía que eras preciosa —afirmó, con un tono de voz sensual antes de agachar la cabeza y de succionar sus pezones con avidez hasta ponerlos tan erectos como ya lo estaban sus genitales.

En ese instante, Sara creyó que se derretía entre su boca. Parecía que aquella lengua, caliente y húmeda, estaba escribiendo un relato erótico sobre las dos areolas. Él libaba un pezón y tomaba otro con afán, sin darle una tregua a sus pulmones, moviéndose velozmente a través de su piel suave y sudorosa.

—Espera, Devon...

—¿Qué ocurre, preciosa?

—Yo también quiero verte... Déjame desnudarte.

Él sonrió de una forma tan masculina que Sara por poco llega al éxtasis. Devon le tendió los brazos como signo de aceptación y, de forma coqueta, ella se mordió el labio inferior y asió su camiseta, tirándola al suelo con brío mientras le clavaba la mirada en la cinturilla de su pantalón vaquero.

Aquel torso era soberbio. Era arrollador.

¡SOS! ¡Peligro!

«¿Todo este banquete es para mí sola?», se preguntó, contemplando su cuerpo desnudo mientras lo comparaba con una obra de Miguel Ángel.

Cada trozo de su piel estaba fraguado por una carretera de músculos. Boquiabierta, sus dedos temblaron antes de dibujar en ese escultural lienzo. Fue el mismo Devon quien llevó una mano hasta su torso, y ella, un tanto apocada, empezó a tocarle los pectorales. Su tez era cálida y dura como el acero; no pudo evitar suspirar al sentir el almizcle que desprendía. Y como por instinto, sintió la necesidad de besar esos surcos, llenándolos con los labios.

«¡Madre mía! Solo quiero disfrutar de este monumento. Quiero visitarlo, hacerle fotos y recrearme la vista hasta quedarme ciega».

«¡Uh! ¡Delicioso!», susurraba mientras perfilaba con la boca un sendero de besos, desde el cuello hasta llegar a sus Calvin Klein. Justo ahí, ella frenó en seco y, antes de echar una tímida ojeada bajo aquellos dos imponentes oblicuos, se humedeció los labios con la punta de la lengua. Se sentía como si fuese a hacer *puenting*, pero sin cinturón de seguridad. Su sangre estaba cargada de adrenalina e inspiró profundamente antes de saltar al vacío, colocando los dedos trémulos en la gomilla de sus calzoncillos. Quería liberar su erección. Necesitaba hacerlo. Sin embargo, Devon no se lo permitió y le conquistó la boca, volviendo a ejercer de líder.

Con un movimiento veloz, él la tumbó en la cama y comenzó a marcar su piel con un reguero de saliva que quemaba como la lava. Como si se tratase de un río, su lengua deambuló por el valle de sus pechos, por las costillas y por el vientre hasta desembocar en el triángulo sedoso que habitaba entre los muslos.

Jadeante, Sara sonrió al comprobar que la realidad superaba con creces el sueño erótico que había tenido en el avión, donde él, sin ninguna clemencia, invadía con la lengua el interior de su excitado cuerpo. A medida que Devon lamía aquellos sonrosados pliegues, ella encorvaba los dedos de los pies, sintiendo como si cientos de astillas de cristal se clavasen dentro de su húmeda abertura. Su corazón era una bomba de relojería a punto de estallar.

Justo cuando ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo, él cesó los movimientos y la desafió con la mirada.

—Te lo dije, nena. Te dije que gritarías mi nombre... Sé cómo llevarte al límite y al final vas a suplicarme que te folle.

—Ni lo sueñes... —gimió Sara desmadejada de placer por sus ardientes caricias.

—¡Oh, sí! Claro que lo harás —aseguró él, tocando con pericia y dedicación las teclas de aquel instrumento mediante movimientos circulares.

—¡Eres un presuntuoso! ¿Siempre consigues todo lo que quieres? —interpeló ella entre risas.

—Aún no. Aún no he conseguido todo lo que quiero.

—¿Y a que estás esperando para hacerlo?

—A que tú misma me lo pidas.

—Ya te he dicho que no pienso hacerlo.

—Yo creo que sí —corroboró él mientras sus dedos disminuían el ritmo en el interior de su sexo.

—Por favor...

—¿Cómo dices? No te escucho, nena...

—Eres cruel.

—No sabes cuánto —afirmó, acomodando su prominente erección entre las piernas de ella.

—¡Por favor!

—No, todavía no. Antes tengo que hacerte una pregunta: ¿tomas la píldora?

—La tomo, Devon... La tomo, pero...

—Shh... Soy donante de sangre y me hago analíticas cada tres meses. ¿Confías en mí?

—No sé, ahora mismo no pienso con claridad. —Y fue ella misma quien se aferró a su cuello y selló su boca con la de él, aun a sabiendas de que hacerlo sin preservativo no era una buena idea.

Sara intuyó que ese beso le daría luz verde para penetrarla y, al escuchar el ruido de una cremallera, supo que no tardaría mucho en hacerlo. Ese sonido fue tan erótico que un intenso cosquilleo se arremolinó en la parte baja de su vientre.

Tras deshacerse de los calzoncillos, Devon le sujetó las caderas, arrastrándola hacia su abdomen y, antes de fundirse dentro de ella, la miró con lujuria. A continuación, se acopló a su cuerpo de un solo empujón. Al sentir su miembro, duro y caliente, Sara jadeó enardecida, agradeciéndole que por fin acabara con su dulce agonía. Se sentía completa, henchida de él. Al principio, él se movía lánguidamente, pero cuando ella se adaptó a sus movimientos, Devon comenzó a embestirla con más intensidad.

—¡Oh, Devon! Me vas a matar.

—Eso espero, pero de gusto.

—Devon...

—Sí, nena, eso es, libérate, déjate llevar.

Carcomiéndola con los ojos, él le sujetó la barbilla, impidiéndole que le apartase la mirada.

—No lo hagas, quiero ver el brillo de tus ojos cuando te corras.

—Si me dices esas cosas, no tardaré mucho en hacerlo...

Devon sonrió y aumentó la intensidad de sus empujones. Ahora eran más fuertes, más internos, más salvajes... Sus embestidas eran mucho más dinámicas sobre su menudo y espasmódico cuerpo. Ella cabalgaba a su ritmo hasta que no pudo soportarlo más y, agarrándose a su ancha espalda, lo rodeó con las piernas.

Cuando Sara llegó al clímax no hubo fuegos artificiales, sino una especie de mascletá. Todo su cuerpo tembló, detonando de júbilo entre sus brazos. Acto seguido, él emitió un gruñido y expulsó un líquido abrasador, quemándole el interior de la vagina.

Mientras las respiraciones de ambos recobraban la normalidad, Sara cerró los párpados y hundió el rostro en su cuello. Durante un par de segundos se quedó quieta, empapándose de su aroma. Tan solo quería imprimir en su mente ese maravilloso recuerdo. Quería cincelarlos por toda la piel. Después alzó la barbilla y lo miró fijamente a los ojos, igual que una hurraca hipnotizada por el centelleo de dos zafiros.

—¿Estás bien? —preguntó él, apartándole un mechón de cabello que le caía por las mejillas.

—Más que bien. Ha sido increíble.

—Tú sí que eres increíble. —La besó en la sien y la rodeó con sus fuertes brazos.

Sara apoyó la cabeza contra su pecho, sintiendo el sonido de sus palpitaciones mientras le trazaba con la yema de los dedos pequeños círculos en el tórax. Durante unos segundos, deseó con todas sus fuerzas que las horas pasaran muy despacio para poder dibujar sobre aquel busto todo tipo de figuras trigonométricas.

—Devon...

—Dime, nena...

Ella se quedó unos segundos en silencio. Aún no asimilaba el hecho de que se había acostado no solo con Devon Stelin, sino también con un tío que fumaba. En efecto, aquel hombre había impregnado de nicotina su boca, su piel y sus sábanas.

—Esto... si quieres, puedes fumarte un cigarrillo. De verdad, no me importa. —Devon la miró extrañado—. ¿Acaso no es lo que hacéis los fumadores después de echar una canita al aire?

Asombrado por ese comentario, él se echó a reír.

—Vaya, muchas gracias por ser tan comprensiva, pero no me apetece. Ya te dije que solo fumo cuando estoy nervioso y, ahora mismo, estoy en el mismísimo nirvana.

Sara pestañeó un par de veces antes de hablar.

—Entonces no estás tan enganchado como creía.

Él flexionó el antebrazo y apoyó el rostro en la palma de la mano en un gesto de chulería masculina.

—En realidad, no estoy enganchado a nada. Durante años he consumido todo tipo de sustancias, y puedo asegurarte que ninguna de ellas me ha creado adicción.

Al oírlo, Sara abrió los ojos como platos.

—¡Venga ya! ¿Y cuál es el truco? Porque no tienes ni idea de la cantidad de casos que trato a diario en la consulta de personas que han destrozado sus vidas por culpa de las drogas.

Devon asintió con la cabeza.

—Lo sé... Muchos de mis compañeros han acabado consumidos por la coca. Créeme, no hay ningún truco, el único secreto es saber dónde está el límite. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Sara, no quiero engañarte. A veces me meto alguna raya que otra, pero solo lo hago de forma esporádica.

Ella endureció las facciones y lo miró sin indulgencia.

—¿De forma esporádica? Mira, este es un tema que me supera. Te seré sincera, mientras estés conmigo, preferiría que no te metieses nada. ¿Podrás complacerme?

Devon le sonrió, la sujetó de la cintura y la apretó contra su pecho.

—Nena, por supuesto que voy a complacerte, y no sabes de qué manera. —Ella se tensó entre sus brazos—. Vamos, fierecilla, no quiero que te enfades. Ya te he dicho que no consumo a diario. Además, desde que te conozco, mi única droga eres tú.

Sara abrió las palmas de la mano, intentando separarse de él.

—Eres un puto zalamero, y yo una idiota por creerte...

—Cielo, ten mucho cuidado con esa boquita o, de lo contrario, tendré que lavártela —le advirtió con una sonrisa socarrona, pegándola de nuevo contra su pétreo torso.

—Adelante, hazlo —afirmó ella de forma tajante.

Él enarcó una ceja y, sin dejar de mirarla, posó las manos en su nuca. Luego tiró de ella, hasta que sus labios se engomaron con los suyos. Mientras degustaba ese beso ardiente y posesivo, Sara pensó que lo mejor era dejar el tema drogas en modo *stand by*, pues Devon ya era lo bastante mayorcito como para saber que quien juega con fuego al final acaba quemándose.

—Nena, no quiero perder ni un segundo en discusiones ridículas —susurró él a escasos milímetros de su boca—. No merece la pena.

Ella masajeó la punta de su nariz con la suya y esbozó una pequeña sonrisa.

—Tienes razón, será mejor que lo olvidemos. Además, no es de mi incumbencia... Mejor hablemos de otra cosa. Dime, ¿siempre eres tan ardiente en la cama? Creía que los tíos que fumaban se asfixiaban a la primera de cambio.

Devon la miró de soslayo.

—En serio, pensaba que no aguantaban ni un asalto —reiteró ella, convencida de sus palabras.

—Pues siento desbancar su teoría, señorita Carrilla, pero, como ya ha podido comprobar, soy fumador, y no solo aguanto un asalto, sino que, además, estoy preparado para el segundo.

Sara levantó una ceja, interrogante.

—No me diga, señor Pioginni. ¿Y cómo piensa demostrármelo?

De repente, la sentó a horcajadas sobre él, colocándola sobre su potente erección.

—Creo que será mejor remitirme a los hechos.

Con los ojos velados por la pasión, ella echó la cabeza hacia atrás y se balanceó al ritmo de sus caderas, dejándose llevar por sus venéreos movimientos.

—¿Y bien? —preguntó él divertido—. ¿Necesita más evidencias científicas para corroborar su teoría, señorita Carrilla?

Sara negó con la cabeza y luego enterró los labios en su boca, dispuesta a arrebatarse otro orgasmo. En ese momento un intenso calor brotó por los poros de su piel, y sintió que de nuevo explotaba de deseo. Parecía que su cuerpo reclamaba a ese hombre sin importarle las consecuencias. Sin lugar a dudas, Devon Stelin se había transformado en un buen sustituto del chocolate, y se juró a sí misma que no se iría de Nueva York sin hacer un estudio sociológico de hasta dónde era capaz de aguantar en la cama un fumador de treinta y dos años.

Capítulo 24

Tras saborear cada centímetro de la piel de Sara, Devon se tumbó de costado y la contempló despacio. Con cuidado de no despertarla, trazó un reguero de besos desde los pliegues de sus algodonosos párpados hasta la punta de su nariz respingona. Radiografiando aquel tentador cuerpo, sus ojos vagaron por el contorno de sus pechos, por su ombligo, por el vértice de sus muslos y, por último, se detuvieron en unos labios entreabiertos que parecían pedir a gritos que los besaran.

Sara se veía preciosa, ajena a su implacable escrutinio, con los brazos aferrados a la almohada y las piernas dobladas en posición fetal. Increíble. Parpadeó varias veces al contemplar a esa Venus desnuda. Suavemente, le apartó de la frente unos mullidos rizos que le caían por el rostro. Durante unos segundos, la miró con dulzura y acto seguido escondió la nariz entre su suave marabunta castaña mientras aspiraba un delicioso perfume a vainilla.

«¡Uh, pero qué bien huele mi chica! ¿He dicho mi chica? ¿Realmente es mi chica?».

Sacudiéndose la cabeza, Devon bajó la barbilla y posó los labios sobre una estela de pecas que coronaban sus sonrojadas mejillas. Después le mordió el labio inferior, el cuello, el escote... hasta que los dientes aterrizaron en sus generosos pechos. En ese instante su polla sufrió una fuerte sacudida, recordándole que esa mujer iba a ser su perdición. Sin poder resistirse ante el embaucamiento que le profesaban aquellos sonrosados pezones, trazó unos pequeños círculos sobre ellos. Los succionó despacio. Luego rápido. Primero uno. Después otro. ¡Por todos los santos! De todas las drogas que había consumido, aquella escritora era la más adictiva. De repente, escuchó a Sara jadear y, acallando sus gemidos, le dio un apasionado beso de buenos días.

—Hola, fierecilla. Siento haberte despertado. ¿Qué tal has dormido? —preguntó él, esbozando una sonrisa de chico Martini.

—Muuuy bien —respondió ella mientras se estiraba con los brazos—. ¿Y tú? ¿Has dormido algo?

Devon negó con la cabeza.

—No, nena. Es imposible dormir al lado de una mujer como tú. Sería una pérdida de tiempo. Sara frunció el ceño.

—¿No me digas? ¿Entonces qué has estado haciendo toda la noche?

—Digamos que he estado observándote.

—¿Observándome? —repitió ella, haciendo una mueca con los labios.

—Sí, nena. Observándote... Y no sabes cómo he disfrutado de las vistas —silabeó él, atisbando sus pezones enrojecidos y enhiestos.

—¿De verdad no has dormido nada? —reiteró Sara con las mejillas arboladas al tiempo que se cubría el cuerpo con una sábana.

—Nada de nada. Si te soy sincero, en realidad, no he pegado ojo por culpa de tus ronquidos.

Sara le tiró la almohada a la cara.

—¡Serás imbécil!

—Lo admito, soy un completo imbécil. —Devon haló de la tela y la atrajo a su pecho—. Mejor dicho, tú me vuelves imbécil.

Ella se contagió de su sonrisa y le masajeó la mandíbula con los pulgares.

—Eh, ¿no crees que es un poco tarde para seguir en la cama? Será mejor que nos duchemos. Te recuerdo que tenemos que ir al rodaje —musitó a un palmo de sus labios.

—Y yo te recuerdo que me vuelves loco. Me temo que Paolo tendrá que esperar.

A continuación él la colocó de nalgas y, sujetándola fuertemente de las muñecas, la penetró de golpe, saqueando el interior de su cuerpo con profundos embates. En ese momento le importaban un comino Paolo y el rodaje. En ese momento su única prioridad consistía en apagar unas llamas de deseo que ardían en su interior y que, para su propia sorpresa, no habían mermado después de haberse acostado con ella; al contrario, ahora crepitaban con más fuerza que antes. Sí. Aquella escritora lo había convertido en un ser rudo y primitivo que solo saciaba su voraz apetito sexual, comiendo de su piel y bebiendo de su boca. Aunque esa insaciabilidad no era lo que más le preocupaba. No, qué va. Lo realmente terrorífico es que presentía que jamás podría arrancarse a esa mujer de la mente. Y eso sí que era un serio problema.

—Oh, nena, me he dejado llevar... Perdona, he sido un bruto, ¿te he hecho daño? —inquirió él después de haberle regalado otro placentero orgasmo.

Sara lo miró fijamente y, en vez de contestarle, se acercó a su boca y lengüeteó su labio inferior.

—¿Responde esto a su pregunta, señor Pioginni?

Al escuchar su sugerente contestación, los labios de él afloraron en una seductora sonrisa.

—Estás jugando con fuego, fierecilla...

Ella alzó la mandíbula, buscando el contacto con sus azulados ojos, y le susurró en los labios:

—¿Acaso es una amenaza, señor Pioginni?

Devon la observó un poco receloso, con expresión de pillín, y le contestó con voz ronca:

—Dame veinte minutos para recuperarme y entonces lo comprobarás por ti misma.

Sara comenzó a reírse de forma jocosa.

—Me gustan los hombres que cumplen sus amenazas —afirmó ella mientras le masajeaba el cuero cabelludo.

—Y a mí me encanta verte sonreír. Eres tan bonita...

Ella puso los ojos en blanco.

—Y tú un peligro para las mujeres.

Él la miró de soslayo.

—¿Por qué dices eso?

—¡Anda! No te hagas el tonto. Lo sabes mejor que yo —aseguró mientras se anudaba la sábana a la altura del pecho y se levantaba de la cama.

—Oye, ¿adónde vas? Aún no he terminado contigo —matizó él con las manos apoyadas detrás de la nuca.

—Voy a darme una ducha, creo que ya es hora de comportarnos como personas maduras y responsables.

Devon arqueó una ceja y la miró interrogante.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre?

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Acaso ves a alguien más en esta habitación? Porque si es así, me acojonaría bastante.

Ella ignoró su pulla y le contestó con la mirada fija en el esmalte de uñas.

—No me pasa nada... ¿Por qué debería pasarme algo?

—Entonces es más serio de lo que creía.

—¿Cómo dices? —dijo ella, antes de beberse un vaso de agua.

—Digo que cuando una mujer afirma que no le pasa nada es mejor no seguir indagando, pues ese nada esconde algo terrorífico. ¿Me equivoco?

Sara arqueó los labios.

—Al menos te he hecho sonreír. Vamos, nena, ¿por qué no vuelves a la cama conmigo?

Ella negó con el dedo índice a la par que emitía un ruidito en la garganta.

—Ni lo sueñes. A esta hora deberías estar grabando, y yo no voy a ser la culpable de ese retraso.

Devon alzó una ceja mientras se pasaba las dos manos por la cabeza.

—¿No crees que debería ser yo quien decida eso? No te lo voy a repetir dos veces: o regresas a esta cama, o voy a por ti. Tú decides.

—No serías capaz... —afirmó ella con una sonrisilla en los labios.

—¿Cómo que no? Antes me has dicho que te gustan los hombres que cumplen sus amenazas, así que no me dejas opción.

Con un movimiento rápido, Devon la enarboló con los brazos y la tiró a la cama.

—¡Estás chiflado!

—¿Has dicho chiflado? Es la primera vez en mi vida que me llaman chiflado.

—No te creo.

—Pues deberías hacerlo.

—Eso es imposible. No me fío de ti.

—¿Ah, no? ¿Y qué tengo que hacer para que lo hagas?

—Por lo pronto dejar que salga de esta cama. —Sara le masajeó la frente con la yema de los dedos—. No podemos pasarnos toda la mañana apareándonos como animales salvajes.

—¿Por qué no? ¿Quién nos lo impide?

—Devon, no lo hagas más difícil. Los dos sabemos que tienes que ir al rodaje.

—Aún no me has respondido. ¿De verdad prefieres ir al rodaje antes que quedarte en la cama con el sueño erótico de millones de mujeres? —Se señaló a sí mismo con el pulgar, haciendo énfasis en su persona.

Sara se mordió el labio inferior antes de responder.

—Sí, eso es justo lo que quiero.

—Mentirosa, eres una pésima actriz —afirmó él mientras le sujetaba las muñecas con las manos—. Tus ojos no pueden engañarme.

—Si tú lo dices... —silabeó ella de forma sutil.

—¿Acaso no me crees? —susurró él a medida que aflojaba el nudo de la sábana que aprisionaba sus pechos—. Sí, nena, tus ojos no saben mentir y, en estos momentos, me dicen que te bese aquí. —Sus labios investigaron cada recoveco de su cuello—. Y también aquí... ¡Oh, sí! Y aquí... sobre todo, aquí —aseguró con voz rasgada mientras ascendía con la lengua de forma calmada por toda la arteria carótida.

—Devon... Espera, ¿alguna vez te han dicho que no? —preguntó ella entre alaridos de placer.

—Alguna vez.

—¿Y puede saberse qué fémina osó a rechazarte?

—Lo siento, pero no puedo revelar su identidad... no sería muy caballeroso por mi parte, ¿no crees?

Sara comenzó a reírse, alentada por las cosquillas que su lengua le provocaba en la garganta.

—Venga, no seas así, me has dejado con la miel en los labios. ¿De verdad no conseguiste llevártela a la cama?

—Si te soy sincero, no lo sé, pero estoy a punto de averiguarlo. —Sonrió de medio lado y, de nuevo, enterró el rostro en su clavícula.

—¡Eres un cuentista!

—Y tú un loro. Si sigues hablando, tendré que amordazarte la boca —le advirtió antes de ladear el rostro, buscando desesperado el contacto con sus insinuantes labios.

—¡Eh, toro! No vayas tan deprisa —dijo ella, colocándole un dedo en la boca.

—Cielo, no tengo intención de ir deprisa, créeme. —Devon la miró con lujuria y luego bajó hasta su cuello para devorárselo con pequeños besos y mordiscos.

—Espera un segundo, antes de que pierda el control, quiero confesarte algo.

Al escucharla, él se reincorporó, se atusó el pelo y, dubitativo, enarcó una ceja.

—Me estas asustando. ¿Ocurre algo?

—No, es solo que... —balbuceó ella con un gesto añorado—. Bah, olvídale. ¿Por dónde íbamos?

Cuando percibió el nerviosismo que destilaban sus palabras, Devon se humedeció los labios con la lengua y le murmuró al oído:

—Vamos, nena —se aclaró la voz—, ¿qué ibas a decirme?

Sara contuvo el aliento antes de responder.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Qué pregunta es esa? Por supuesto que quiero saberlo —afirmó él, tumbándose de medio lado.

—A lo mejor no te gusta lo que voy a decirte.

—Puede que no, pero prefiero correr ese riesgo.

—¿Estás seguro?

Devon le contestó, asintiendo con la cabeza.

—Está bien, si insistes —resopló—. Solo espero que no salgas corriendo después de lo que voy a decirte... Uf, la verdad es que no sé por dónde empezar.

—Shh, nena, tranquilízate. Si no quieres contármelo, no lo hagas. Tampoco quiero presionarte.

—Lo sé, lo sé, pero quiero hacerlo... Esto es muy embarazoso, a ver cómo te lo digo. Bien, allá voy —carraspeó unos instantes antes de continuar hablando—. Quiero confesarte algo que, para mí, ha sido tabú durante mucho tiempo. Es sobre mi sexualidad. Desde que Alfonso me dejó, no había podido... en fin, ya sabes a lo que me refiero. —Se sentó en la cama con las piernas en forma de indio—. En cambio, llegaste tú y bueno... nunca antes me había pasado nada igual, pero, cuando me tocas, siento en mi piel una especie de conexión que va más allá del plano físico. —Se tapó los ojos con las manos—. Dios, la estoy liando. Lo siento, de verdad, olvida lo que acabo de decir, está totalmente fuera de lugar. Pensarás que de tanto escribir acerca del amor, me he vuelto chalada. Y no te culpo, porque en realidad lo estoy. Lo que quiero decir es que hacía mucho tiempo que no disfrutaba del sexo con ningún hombre y, créeme, eso es algo maravilloso.

Al oírla decir aquello con las mejillas ruborizadas, Devon paseó un dedo bajo su mentón y luego la abrazó con fuerza. No sabía por qué razón sus palabras le habían conmovido, pero, en vez de salir corriendo (tal como ella había augurado), lo único que sentía era la imperiosa necesidad de besarla hasta que sus pulmones se quedaran sin oxígeno. Sí, aquella mujer lo había cautivado, no solo con su belleza, con su sentido del humor y con su inteligencia, sino también

con su admirable sinceridad. No obstante, Sara no sospechaba el lugar tan importante que ocupaba dentro de su pecho, y eso se traducía en una gran ventaja para él, ya que, de ese modo, podía seguir camuflando sus verdaderos sentimientos bajo una actitud fría e indiferente.

—Bueno,  no tienes nada que decirme después de haber oído mi patético discurso? —preguntó Sara con los ojos muy abiertos.

—No s ,  qu  quieres escuchar?

—Me conformo con la verdad.  Es mucho pedir?

Devon apretó los labios y tensó la mandíbula.

—No, nena. Creo que es lo mínimo que te mereces después de haberme confesado que soy el tío que mejor te ha follado en tu penosa vida sexual.

Sara le dio un pellizco en los mofletes.

—Tampoco te pases, yo no la definiría como penosa. En realidad Alfonso y yo lo pasábamos muy bien en la cama... para nosotros el sexo era como un ritual.

—Joder,  comparas el sexo con un ritual? Veo que no me he equivocado, tu ex era un pésimo amante. No s  cómo no le dejaste antes.  Cu ntos años estuvisteis juntos?

Sara se acomodó en los pectorales y comenzó a dibujar surcos en su piel.

—Unos cuantos... Y no, no lo dej  yo. Para colmo, me dej  él por una rubia más joven... ya sabes, con cuerpazo y tetas de silicona.

—Vaya, lo siento mucho... no tenía ni idea.

—No pasa nada, no tenías por qué saberlo. Soy muy recelosa con mi intimidad y no suelo escribir acerca de mi vida privada.

— Puedo preguntarte algo? —preguntó Devon, acariciándole la cabeza.

—Claro, faltaría más... Venga, dispara.

Devon cambió de postura y la miró directamente a los ojos.

— Qu  ocurrió entre vosotros para que él se fijará en una mujer tan superficial?

Sara forzó una sonrisa.

—Buena pregunta. A decir verdad, pienso que es la mejor pregunta que me han hecho en muuucho tiempo —suspiró—. Si te soy sincera, ahora que el odio ya no puede cegarme, creo que la culpa fue de los dos, aunque eso no justifica lo que él me hizo.  Y t ?  Has estado casado? —soltó ella a bocajarro.

— Yo?  Acaso tengo cara de idiota? Eso sería lo último que haría en toda mi vida. —Alarg  la mano, cogió el paquete de tabaco que estaba en la mesilla de noche y sacó un cigarrillo—. Nunca he creído en el matrimonio. No me gustan los contratos donde dos personas se prometen fidelidad. Me parece una hipocresía que va en contra de la propia naturaleza del amor.

—Vaya, de modo que el señor Pioginni es un alma libre...

—Completamente libre —aseguró él, antes de encender el pitillo.

Sara apoyó el rostro en la palma de la mano.

—Solo por curiosidad.  Cu nto ha durado tu relación más larga?

Devon la miró extrañado, entretanto observaba la boquilla incandescente del cigarro.

— Cu l ha sido mi delito? Esto parece un interrogatorio. En fin, si te hace feliz saberlo, te dir  que mi récord en relaciones no ha llegado al año.

Al escucharlo, Sara palideció y él se echó a reír.

—Veo que te lo est s pasando en grande a mi costa. Me alegro mucho de que mis preguntas te diviertan tanto —farfull  un poco molesta.

—Lo que me hace gracia no son tus preguntas, sino esta situación que parece sacada de una

película de Woody Allen. —Vertió la ceniza en un cuenco plateado—. Nunca pensé que acabaría hablando de estos temas con nadie, y mucho menos con una psicóloga. Solo espero que saques un diagnóstico acertado de mi alergia al compromiso.

—Lo intentaré, aunque no te prometo nada —ironizó Sara, enroscando un mechón de pelo entre el dedo índice—. Oye, perdona si te han molestado mis preguntas, ya sabes que las mujeres somos muy cotillas y nos gusta saber qué secretillos oculta el corazón de un hombre.

—¿Ah, pero tengo corazón? No lo sabía.

—Pero mira que eres payaso... pues claro que tienes corazón. Todos tenemos uno, aunque, a veces, nos olvidemos de que existe. —Sara se dio dos toquécitos en el pecho, dedicándole a Devon una dulce sonrisa—. Bueno, después de examinar tus respuestas, lamento decirte que sufres de hipersensibilidad brutal al compromiso.

—¿Y eso tiene cura, doctora? —preguntó él mientras apagaba el cigarrillo.

—Depende de muchos factores. —Ella comenzó a reírse.

—Parece ser que no soy el único que se divierte.

—Sí, perdona, es que me acordé de algo.

—Uh, yo también me quiero reír.

Sara echó la cabeza en su hombro.

—Estaba pensando en la cara que has puesto cuando he mencionado la palabra conexión... Apuesto lo que sea a que la bilis se te ha subido a la garganta. Por cierto, aún no me has dicho nada al respecto.

—Nena, ¡qué bien me conoces! En serio, ¿dónde demonios has aprendido a calar a la gente así? ¿Eso también te lo enseñaron en la universidad?

Sara arrugó la nariz.

—Venga, no des más rodeos y dime de una vez qué piensas de mi romántico monólogo.

—Ok, ¿preparada para oír mi veredicto? —Sara asintió con la cabeza—. En primer lugar, quiero que me prometas que vas a quitarte de la cabeza todos esos estúpidos complejos sexuales; el problema lo tienen los tíos con los que te has acostado, no tú, ¿te ha quedado claro? Y, en segundo lugar, tengo que reconocer que yo también he sentido esa conexión entre nosotros, pero, por ahora, no puedo ofrecerte más que esto. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ella sonrió y, lentamente, deslizó el pulgar por el contorno de sus labios.

—Devon, no te he pedido nada. Además, para mí, esto, es más que suficiente.

Él la sujetó de la barbilla y la penetró con la mirada.

—¿Te ha molestado mi sinceridad? Si es así, te pido perdón... pero es cierto, ahora mismo, no sería una buena pareja para ti, y lo último que quiero es hacerte daño.

Devon la observó unos segundos para examinar su reacción. Sabía que su respuesta no era la más romántica, sin embargo, sí era la más sincera.

—No tienes por qué disculparte, y mucho menos por decir la verdad... Soy yo quien debe pedir perdón por haberte soltado todo ese rollo premenstrual. —Sara sonrió mientras sus dedos, largos y finos, serpenteaban a lo largo de su espalda—. Oye, ¿qué estábamos haciendo antes de que se me ocurriera la genial idea de psicoanalizarte?

—¿De verdad no lo recuerdas? —preguntó él, con una sonrisa de galán de cine antiguo.

—Ya te he dicho que tengo muy mala memoria. ¿Serías tan amable de recordármelo?

—Será un placer, nena, pero antes, prométeme que no volverás a ejercer de terapeuta en todo lo que queda de mañana.

—Tienes mi palabra. —Levantó la palma de la mano.

En ese instante, él la rodeó con los brazos y la alzó de la cama, llevándola en volandas hasta el baño. Ahora más que nunca deseaba sentir el calor de su piel. Más que un deseo carnal, era una necesidad vital. En parte, se sentía culpable por no poder corresponderle como ella se merecía pero, ante todo, no quería crearle falsas ilusiones.

Impaciente y excitado por sus suaves labios, Devon abrió el grifo de la ducha, y ambos acabaron empapados no solo de agua, sino también de risas, besos y caricias.

Capítulo 25

Tres horas más tarde de lo estipulado, Sara y Devon tomaron un taxi en dirección a los estudios; eso sí, no llegaron juntos, sino que cada uno caminaba al lado del otro como si entre ellos no hubiera nada más que una gran amistad.

—¡*Bambina*, estás esplendida! —exclamó Paolo al vislumbrar a Sara.

—¿Tú crees? —ironizó ella mientras lo abrazaba efusivamente.

—Por supuesto que sí, ¿cuándo te he mentido? Es más, ¿podrías pasarme un poco de ese virus? Me gustaría hacerme un tratamiento de belleza intensivo. *Oh my god!* Pero ¿tú te has visto bien?

Sara le mostró una amplia sonrisa.

—¡Qué exagerado eres! Tú sí que estás divino... Y, bueno, ¿cómo va todo por aquí? ¿Me has echado de menos?

—¡No sabes cuánto! Sin ti la filmación no ha sido lo mismo... Ya sabes que eres el alma de la película.

—¡Oh, cómo no voy a quererte con las cosas tan bonitas que me dices!

Devon torció los labios y le rodeó con un brazo la espalda a Paolo.

—De modo que ella es la diva, ¿entonces qué somos los demás para ti?

Ambos se rieron mientras Devon observaba cómo Paolo lo miraba con una sonrisa maléfica.

—¿Y para ti? ¿Qué es ella para ti? —le susurró Paolo sin que Sara se percatase de su indiscreta pregunta.

Devon parpadeó varias veces antes de contestarle. Incluso meditó la respuesta. ¿De verdad estaba pensando en responderle a la loca de Paolo? Pues sí, al parecer, es lo que estaba haciendo. ¡Joder! Él era un hombre que siempre llevaba la voz cantante en sus relaciones (si es que podían llamarse así), en cambio, desde que esa escritora había irrumpido en su vida, todo escapaba a su férreo control. Sí, había que reconocer que Sara había removido algo en su interior y presentía que no era solo un buen polvo.

—Paolo, Paolo... Siempre metiendo el dedo en la llaga. Será mejor que os deje a solas —sugirió él, alzando la voz—. Seguramente, los dos tendréis mucho de lo que hablar.

Tras decir aquello, Devon miró a Paolo con una sonrisa irónica, ya que una cosa era reconocer que se había acostado con Sara y otra, muy diferente, era admitir que ella ocupaba un lugar privilegiado entre sus infinitas conquistas. No, qué va. ¡Por ahí no estaba dispuesto a pasar! De modo que prefirió cortar de raíz aquella conversación. Luego, se dirigió a Sara y le murmuró al oído:

—Nos vemos después del rodaje. Necesito alejarme de ti o, de lo contrario, no podré filmar ni una sola escena.

Justo después, su rostro adoptó un rictus inexpresivo que no se correspondía con el hombre enamorado que unas horas antes la había besado y la había acariciado hasta llegar al éxtasis. En ese momento, había vuelto a ser Devon Stelin: el actor de moda, cuya imagen y reputación podría peligrar si se mostraba tal y como era en la intimidad de aquellas sábanas.

Durante toda la mañana, Sara intentó concentrarse en el trabajo, sin embargo, no lo consiguió.

Era imposible. Su mente estaba colapsada por una única imagen: Devon, Devon y Devon. Al parecer los rumores que aseguraban que ese actor era una bestia sexual en la cama no iban muy mal encaminados, pues su lengua, sus dedos y sus labios habían entretejido bajo su piel unas sensaciones inigualables. Así es, no sabía si a Devon Stelin le darían el Óscar por interpretar a Ren Carter, aunque estaba casi segura de que como buen amante ya era merecedor de dicha estatuilla.

«¡Ay, Dios! Por fin lo he hecho con él, y no una, sino tres veces. Cuando se lo cuente a Ana no se lo va a creer», se dijo mientras se tomaba un café, bien cargado de hielo, intentando refrescar sus ardientes pensamientos.

Al mediodía, Paolo cortó la escena y dio un fuerte aplauso como broche de oro antes de acabar la filmación. Había sido una mañana muy dura para todos los actores, pues habían grabado en dos exteriores diferentes y, aunque el esfuerzo había merecido la pena, a Devon se le veía más cansado de lo habitual. Sara no pudo reprimir una sonrisilla al imaginarse que ella tenía mucho que ver en ese atípico estado de agotamiento.

—¡Sara, Sarita! ¿Qué estás mirando? Ah, déjame adivinar: a tu querido Devon —afirmó Mónica, dándole una palmadita en la espalda.

Sara se giró muy despacio y sonrió a su editora.

—Sí, para qué voy a mentirte, es justo lo que estaba haciendo.

Mónica también le sonrió, y luego clavó los ojos en el actor.

—Uh, creo que tenés muchas cosas que contarme, ¿qué te parece si cenamos juntas?

Sara la miró de forma compasiva.

—Vaya, lo siento mucho... esta noche no puedo, he quedado con Devon.

Mónica frunció el ceño y entornó los ojos.

—De modo que van en serio... Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo dices? —dijo Sara, arrugando la frente—. Creo que vas muy deprisa... Por ahora solo estamos conociéndonos.

Mónica se atusó las cejas antes de hablar.

—Discrepo, querida, conozco a muchos tipos como Devon, y, créeme, cuando repiten con una mujer, es porque realmente quieren conseguir algo más que echar un buen polvo. De lo contrario, no se hubiera tomado tantas molestias en seducirte.

Al escuchar sus palabras, Sara se quedó un buen rato pensativa, y deseó que ojalá fuesen ciertas. Sí, ojalá Mónica tuviera razón, aunque, por desgracia, algo en su interior le gritaba a voces que no debía ilusionarse con una relación agonizante.

—Vamos, Mónica, las dos sabemos que Devon y yo no pertenecemos al mismo mundo y, tarde o temprano, eso nos pasará factura.

La editora negó con los dedos.

—No sé qué decirte, no sos la primera que ha tenido un desliz con un famoso y luego ha terminado en boda.

Cuando oyó la palabra boda, Sara abrió los ojos de par en par y se echó a reír.

—¡Por favor! ¡Qué cosas tienes! ¿Por qué mejor no comemos juntas? Así te compenso por el plantón de esta noche.

Mónica la rodeó con los brazos y le susurró al oído:

—Me parece estupendo, así podrás ponerme al día de lo tuyo con Devon.

Sara puso los ojos en blanco.

—Ya te he dicho que entre Devon y yo no hay nada... Por favor, no sigas con lo mismo.

Mónica se encogió de hombros.

—Está bien, no insistiré más, pero vuelvo a repetirte que ese hombre quiere algo más que pasar un buen rato con vos. Ya me darás la razón.

Sara prefirió no seguir hurgando en el tema, de modo que se hizo la muda y, sujetándola del brazo, la sacó casi a la fuerza del rodaje.

Durante el almuerzo, y pese a los múltiples intentos de Mónica por sonsacarle información acerca de Devon, Sara se mantuvo firme y no permitió que salieran al trasluz sus verdaderos sentimientos. En el fondo no quería que nadie supiera que estaba pillada de Devon Stelin. ¿Había dicho pillada? Así es, le gustaba todo de ese hombre. Y cuando decía todo se refería a absolutamente todo, hasta su aliento a tabaco y su arrogancia. Ajá, ¡hasta eso le gustaba!

Por la tarde, el equipo técnico se trasladó a los estudios. En esta ocasión, a Devon le había tocado rodar una escena un poco subida de tono, donde Ren Carter y Kiari Tokomeji hacían el amor por primera vez. A medida que avanzaba la filmación, su interpretación resultó tan verídica que incluso arrancó algún que otro suspiro entre las afortunadas que disfrutaban del espectáculo visual. Sara no iba ser menos, y ella también se quedó hipnotizada con esa actuación en la que el actor de sus sueños miraba, besaba y acariciaba a su compañera de reparto.

Mientras Devon abrazaba a Manako, ella sintió como si le pincharan el estómago con una aguja gigante. ¡Dios mío, estaba celosa! Pero ¿cómo era posible que sintiera celos de un personaje que ella misma había creado? En todo caso lo que tendría que estar era eufórica, pero jamás enfadada. En ese momento no se reconoció a sí misma y se bebió de golpe un vaso de agua con la esperanza de ahogar toda la rabia que burbujeaba en sus entrañas. Sin embargo, un codazo de Paolo fue suficiente para que se esfumara por completo.

—¡Por el amor de Dios! Un día de estos me vas a matar de un susto.

Paolo empezó a reírse de forma compulsiva.

—Lo lamento, *Bambina*, pero estabas tan concentrada en la escena, que no he podido resistirme. Y, bien, ¿qué te ha parecido? Yo creo que Devon ha estado espléndido.

Antes de expresar su opinión, Sara incrustó los ojos en Devon y observó que estaba secándose la frente con una toallita mediante pequeños golpecitos. De pronto, la garganta se le secó y de nuevo se quedó mirándolo ensimismada. ¡Para no hacerlo! Estaba apoteósico, con el torso desnudo y con esa expresión en el rostro de chico malo que a ella tanto le enloquecía.

—¡Sara! ¿Estás bien?

—Perdona, Paolo, solo estaba un poco distraída. ¿Me decías?

—Te decía que Devon ha dejado a tu personaje en una posición inmejorable.

—Estoy de acuerdo, Ren Carter no podía estar en mejores manos.

—Sí, *bambina*, está en las mejores —reiteró Paolo, entrelazando los dedos por detrás de la nuca—. Reconozco que, al principio, tenía dudas respecto a sus cualidades interpretativas. Sin embargo, semana tras semana, Devon ha demostrado que es un actor camaleónico y ha conseguido captar el alma del personaje. Yo creo que, a partir de ahora, todo va a ser pan comido y no vamos a tener ningún problema con las escenas que van a rodarse en Japón.

Sara descansó una mano en su hombro, y él bajó los brazos.

—Eso quiere decir que ya puedo regresar a España.

—¡No, *bambina*! No lo he dicho por eso. Perdóname, no me refería a...

Ella le colocó un dedo en los labios.

—Paolo, no tienes que pedirme disculpas. Sé que no lo has dicho con mala intención, pero es la pura verdad. El guion está acabado y ya hemos rodado las escenas más complicadas.

Sinceramente, no veo el motivo de continuar aquí. Todos sabemos que grabar en Japón ha supuesto unos costes muy elevados, y no me parece bien seguir aprovechándome de la gentileza del señor Brandon.

Paolo se quitó el sombrero y empezó a abanicarse con el ala del mismo.

—Pero, yo no quiero que te marches. Tenía muchos planes en mente. Con lo de tu enfermedad, apenas hemos salido a disfrutar de la Gran Manzana.

—Bueno, eso tiene fácil solución, ¿qué te parece si el sábado nos metemos un fiestón? Le diré a Mónica que quiero marcharme el lunes, así tendrá tiempo de organizarlo todo.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte? ¿No estarás huyendo por otro motivo?

Sara negó con la cabeza.

—No, no estoy huyendo. Solo me he dado cuenta de que irme es lo mejor para la filmación.

—¿Para la filmación? No te entiendo, reina.

—Verás, durante todo el día no he dejado de pensar en lo mismo, y creo que lo más sensato es alejarme por un tiempo de Devon.

—Pero ¿por qué? ¿Ha pasado algo entre vosotros? Ya sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé, Paolo, pero los tiros no van por ahí. En realidad no ha pasado nada. De verdad, entre nosotros todo está perfecto... Yo diría demasiado perfecto —emitió una especie de soprido por la nariz y se cruzó de piernas—. Solo necesito un poco de tiempo para pensar y poder aclarar mis ideas. Además, quiero que Devon se centre en la película. Creo que ha sido un error tener algo con él justo cuando estamos rodando. Ya lo he decidido, el lunes me marcho y ya no hay vuelta atrás.

Paolo se encogió de hombros y la miró con un rictus de turbación.

—Está bien, *bambina*, si es tu decisión, no voy a ser yo quien insista. Eres una cabezota y tengo todas las de perder.

—Bueno, bueno, ¿y esas caritas? ¿Acaso no os ha gustado la escena? —preguntó Devon, que se acercó hasta ellos con una toalla blanca echada en uno de los hombros.

En ese momento, Paolo miró a Devon con el rostro desencajado.

—No, no estamos así por la escena. Es por otro motivo, pero prefiero que sea la misma Sara quien te lo cuente.

Cuando Paolo se alejó unos cuantos pasos, Devon volvió a centrar toda su atención en Sara.

—Sara, ¿qué es lo que pasa?

Ella agachó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz antes de responderle.

—No pasa nada, solo voy a adelantar mi regreso a España... Hoy has estado apoteósico y ya no necesitas a nadie que te supervise.

—¿Me estás diciendo que te marchas a España porque hago bien mi trabajo? Perfecto, entonces mañana interpretaré una versión más mediocre de Ren Carter. Haré lo que sea con tal de impedir que subas a ese avión, y sabes que no estoy mintiéndote.

Al escucharlo decir aquello con esa seguridad, ella le enfrentó la mirada.

—¿No hablarás en serio? No puedes chantajearme emocionalmente con algo así.

—¡Venga ya! No puedo creer que, precisamente, seas tú quien me hables de chantaje emocional. —Su sonrisa se torció de forma perversa—. Nena, yo no soy quien ha confesado, hace apenas unas horas, que entre nosotros había una conexión especial; y tampoco soy yo quien ahora quiere marcharse a España para cargarse esa puta conexión. —Devon avanzó un paso más y colocó la barbilla a la altura de su nariz—. Escúchame bien, si aquí hay alguien que está sufriendo un chantaje emocional, ese soy yo. —De pronto, su voz se suavizó y le acarició la

mejilla con los dedos—. Anda, ven conmigo al camerino. Necesito hablar contigo en privado.

Sara echó el cuello hacia atrás, tomando un poco de distancia de su alentador cuerpo para intentar procesar aquellas palabras.

—No, Devon, tienes que aprender a aceptar negativas. Por favor, no quiero seguir hablando del tema. Ya he decidido que me marcho el lunes para España, y ni tú ni nadie va a hacerme cambiar de opinión.

Devon volvió a pegarse a su oído y le murmuró:

—¿Estás segura de ello? Vuelve a repetirlo, pero, esta vez, dímelo mirándome a los ojos, ellos son los únicos en los que confío.

Sara tragó saliva. Tenerlo tan cerca le aturdía todos los sentidos.

—Devon, estamos rodeados de gente... ¿Podemos continuar esta conversación durante la cena?

Lánguidamente, él posó las manos en su mentón, haciendo que las retinas de ambos colisionaran.

—No, nena. Quiero hablar contigo aquí y ahora, y si no quieres protagonizar el culebrón del año, te sugiero que me sigas.

Sara relinchó como una yegua enfadada mientras se pasaba una mano por la frente.

—Está bien, tú ganas.

Cuando llegaron al camerino, Devon la invitó a pasar y luego lo hizo él, cerrando la puerta con un portazo sonoro. Lentamente, Sara se acercó a la ventana, oteando el paisaje urbano mientras le venían a la mente las imágenes de la última vez que había estado allí. Sin poder evitarlo, recordó la promesa que él le había hecho acerca de hacerle el amor encima de una mesa, situada en el centro de la sala. Al pensar en ello, sus mejillas se sonrojaron y el corazón le aleteaba tan fuerte en el cuello que parecía que iba a salir disparado por la garganta.

De repente, Sara dio un repulso al percibir la aspereza de una barbilla descansando en uno de sus hombros al tiempo que dos brazos cálidos la envolvían por detrás. En ese momento, se giró muy despacio hasta que sus ojos y los de Devon se saludaron. Entonces sintió cómo toda su fortaleza, poco a poco, se ahogaba entre aquellos océanos y, en una súplica inconsciente, entreabrió los labios, invitándolo a que la besara. Y él no tardó en aceptar su oferta, saqueando su boca con virulencia, hambriento de lujuria, mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas, pegándose a su visible erección.

Durante minutos, Sara no fue consciente de lo excitada que estaba, hasta que la razón pugnó contra el deseo y, gracias a ese efímero instante de cordura, logró desengarzarse de aquel manjar exquisito.

—Joder, Devon. —Se limpió los labios, hinchados y enrojecidos, con el antebrazo—. Esto no estaba previsto. Vamos a tranquilizarnos. Recuerda que hemos venido a hablar, no a follar.

Con un brillo diabólico en la mirada y los primeros botones del pantalón vaquero desbrochados, él comenzó a reírse.

—Nena, tus palabras no suenan muy convincentes. Debería darte un curso acelerado de actuación. —Sara rodó los ojos y se cruzó de brazos—. Está bien, seré un chico bueno y hablaremos. A ver, ¿por qué quieres irte dos semanas antes de lo previsto? No quiero excusas, dime la verdad. —Se acercó a ella y comenzó a alisarle el pelo con los dedos—. ¿Es por mí? ¿He hecho algo mal?

Sara no supo qué responderle, y se quedó un par de segundos callada, meditando lo que iba a decir. Por un lado, no quería confesarle la verdad, pero, por el otro, no sabía qué excusa iba a

inventarse. Lo único que tenía claro es que no iba a volver a cometer el mismo error de antes. Durante toda la mañana había estado martirizándose por culpa de ese desafortunado momento de debilidad donde ella se le había abierto en canal, mostrándole sus sentimientos sin ningún tapujo. Sí, sííí... a veces, se comportaba como una completa estúpida. ¿Por qué narices no tendría la boca callada? Desde luego se ahorraría muchos dolores de cabeza.

—No, Devon, no has hecho nada malo. Tampoco te creas que eres el centro de mi universo.

—Vaya, eso me ha dolido. —La miró con una sonrisa chulesca—. Entonces, si no es por mí, ¿por qué lo haces? Cualquiera mujer mataría por pasar dos semanas en Nueva York con todos los gastos pagados.

—Bueno, ya sabes que yo no soy cualquier mujer —afirmó con voz temblorosa, ante el escrutinio de su mirada azulada.

Devon avanzaba un paso adelante, a medida que ella se desplazaba hacia atrás.

—Eso ya lo sé, si no nunca me hubiera fijado en ti.

Sin saber cómo, su espalda había chocado contra la pared y Sara se encontró acorralada por dos vigorosos brazos. Al alzar la barbilla, observó que los ojos de Devon se oscurecían, tornándose cada vez más peligrosos. No solo eso, también percibió el tacto de su cuerpo, vibrante y caliente, y su respiración agitada; casi podía oler la pasión que brotaba de cada poro de su piel. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Tan solo se miraban fijamente como si sus ojos hablaran por ellos, hasta que las palabras de Devon mitigaron la corriente de ese electrificante momento.

—Sara, no te marches. No te alejes de mí. Aún no. No quiero volver a sentirme vacío. —Su voz sonó estrangulada—. Es la primera vez en mi vida que le pido a una mujer que se quede a mi lado y no sé cómo debo actuar. No hagas que me arrodille ante ti, porque si hace falta, lo haré.

Al escuchar sus palabras, Sara se quedó impactada y sus piernas se transformaron en gelatina. ¿De verdad uno de los tíos más buenos del planeta le estaba pidiendo que se quedara junto a él? Eso sí que no lo tenía previsto ni en sus mejores fantasías. ¡Por todos los santos! Aquel hombre con una par de frases guionizadas acababa de poner patas arriba sus planes de marcharse a España. ¿Pero qué le pasaba? ¿Dónde estaba esa fortaleza de la que tanto alardeaba delante de todos? Sin duda, desde que había conocido a Devon Stelin había perdido muchas cosas por el camino, y esa había sido una de ellas.

—Vamos, Devon. ¿No estarás hablando en serio? ¿Tú arrodillarte por una mujer? ¡Venga, ya! De verdad, cada día me sorprendes más. Si sigues así, estoy segura de que este año te nominarán al Óscar.

En ese instante, él flexionó las rodillas, y a ella se le pusieron los ojos como platos.

—Pero ¿qué coño haces? ¡No se te ocurra hacerlo! ¡Vamos, levántate ahora mismo! —Devon no paraba de reírse mientras Sara le sujetaba de las axilas, intentando que se irguiera.

—No puedes conmigo. Es inútil.

—Esto no tiene ninguna gracia. Disfrutas manipulando a la gente, ¿es eso?

—Nena, relájate y disfruta de mi actuación. —Él le sujetó la muñeca con fuerza y la horadó con la mirada—. ¿Estás preparada para evaluar mi papel de Ren Carter?

Sara se llevó las manos a los párpados, muerta de la vergüenza.

—Anda, mírame a los ojos, necesito algo de inspiración.

Poco a poco, ella apartó las manos del rostro y entonces lo vio: postrado a sus pies con esa sonrisa malvada que conocía tan bien y que juraría que había roto un sinfín de bragas e ilusiones.

Antes de comenzar a hablar, Devon carraspeó.

—Bien, nena. Solo espero que esto sirva para algo. Te lo advierto, si te ríes lo pagarás caro, y ya sabes que siempre cumplo mis amenazas. —Le guiñó un ojo y luego hizo una reverencia teatral con las manos—. Sara, mi Sara, la única mujer que ha conseguido que haga el imbécil, ¿serías tan amable de mudarte a mi apartamento estas próximas dos semanas? No puedo prometerte una historia de amor eterno, ni tampoco el inicio de una relación. Sin embargo, puedo prometerte que te daré mucho sexo, el mejor que hayas conocido; y también puedo prometerte que cada noche te llevaré a cenar a un lugar increíble donde hacen los mejores sándwiches vegetales de la ciudad, ¿qué me dices?

Sara no pudo evitar reírse ante su creativa proposición. Y aunque sabía que él estaba haciendo el payaso, la oferta de irse a su apartamento realmente la había sorprendido. En un pispás había pasado de tener las ideas claras a estar hecha un lío. ¿Y ahora qué? ¿Acaso ese hombre no se había dado cuenta de que cada día que pasaba a su lado iba a ser más difícil sacarlo de su pecho? ¿Acaso no intuía que necesitaba escudarse de sus labios a través de la distancia? ¿Acaso ignoraba que por su culpa su mente se estaba llenando de recuerdos imborrables? No, al parecer Devon no sabía cuánto daño le estaba haciendo con aquella interpretación de hombre perfecto. Aunque lo peor aún estaba por venir, porque dos semanas a su lado significaban firmar su sentencia de muerte. Sin embargo, ya era demasiado tarde para controlar al aluvión de emociones que vivían en su pecho y que, por lo visto, no tenían ninguna intención de mudarse. De modo que no le quedó más remedio que decir que sí. Sí a todo. Sí a saborear la felicidad. Sí a exprimirla al máximo y sí a hacerse un zumo con ella, aunque después le diesen arcadas y acabara por vomitarla.

—Está bien, acepto... me has convencido por los sándwiches —bromeó ella mientras lo ayudaba a ponerse en pie, momento que él aprovechó para paladearle los labios muy despacio.

—Oh, nena. No sabes lo feliz que me haces. Gracias por confiar en mí... No vas a arrepentirte de tu decisión, te lo aseguro.

—Eso espero. —Sara le acarició la mejilla con el pulgar—. ¿Y cuándo se supone que vas a empezar a cumplir todas esas promesas?

—¿Qué te parece si empiezo ahora mismo?

Devon señaló con la barbilla a la mesa de sus fantasías eróticas, y Sara le leyó la mente.

—Sí, fierecilla, es justo lo que estás pensando. —De pronto, él la subió encima del tablero de madera y le susurró al oído—: Voy a follarte hasta que te duelan las piernas—. Lentamente, la mano de él trepó por la cara interna de sus muslos y, al llegar a la ropa interior, se deshizo de las braguitas y comenzó a masajear su excitado clítoris—. Voy a vengarme de ti por lo mal que me lo has hecho pasar y voy a cobrarme con tu cuerpo, ¿alguna objeción?

Al sentir aquellos dedos viriles jugando en su entrepierna, Sara supo que ese hombre era su dueño y que haría con ella lo que él quisiera. Y también supo que por mucho que intentara luchar contra lo que sentía, ya no podía hacer nada para evitarlo, e intuía que esas dos semanas a su lado iban a ser inolvidables.

Capítulo 26

Durante los días que Sara vivió en el apartamento de Devon se sintió igual que Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York*. Y no lo decía porque él tuviera un vestidor repleto de Manolos Blahnick por doquier. No, qué va (todavía no entendía cómo una escritora podía darse esos caprichitos, ¡por favor, que le confesara el secreto!), más bien se comparaba con Carrie en el sentido de que ella también había encontrado en la ciudad de los rascacielos a un Mr. Big que cuando la llamaba *nena* su corazón palpitaba de emoción.

Sí, Nueva York había sido testigo de los días tan maravillosos, aderezados de sexo y confidencias, que había pasado junto a Devon y que, con el recuerdo de la noche anterior, difícilmente podría sacar de su cabeza. Una noche donde Devon, frente a la luz de las velas, le había prometido que ellos también plantarían su propio cerezo y que, cuando este creciera, grabarían las iniciales de sus nombres en el tronco, tal como le dijo Ren Carter a Kiari Tokomeji en uno de los capítulos más apasionados de su novela.

Al escuchar el símil, Sara adoptó un rictus de indiferencia y, rápidamente, cambió el tema de conversación. Desde luego, aquella decisión había sido la más acertada, ya que, en ese momento, no tenía fuerzas para adentrarse en un terreno lleno de minas emocionales, y mucho menos a padecer un vía crucis antes de marcharse a España. Además, Devon se había tomado un par de cervezas y estaba casi segura de que el alcohol, unido al estresante rodaje, habían hecho que el personaje de Ren Carter lo abdujera por completo. Sí, lo mejor sería no darle importancia a ese lapsus actoral y hacer oídos sordos a esa utópica promesa.

«¿Qué estás haciendo conmigo?», pensó ella mientras sus labios se empapaban de un afrutado vino blanco.

Tras la velada, Devon no volvió a mencionar la metáfora del cerezo, y Sara se lo agradeció. Aunque, en el fondo, se sintió un poco decepcionada de que él hubiera tirado la toalla tan pronto. Sin lugar a dudas, ese comportamiento solo corroboraba sus sospechas. Por supuesto que sí. Devon le había dejado muy claro que el amor no entraba en sus planes. ¿Por qué aquella noche iba a cambiar de opinión? No tenía ningún sentido.

Hacía un par de semanas que Devon Stelin no sufría de insomnio, sin embargo, aquella madrugada, se desveló. No era para menos, sobre todo, después de haber soltado por la boca aquella insensatez del cerezo. ¡Pero en qué cojones estaría pensando! Por favor, él no era así. Él nunca había necesitado echar mano de metáforas cursis para impresionar a una mujer (aunque era justo lo que había hecho).

Durante la cena había estado dando rienda suelta a sus sentimientos e intentó ahondar, en repetidas ocasiones, en el corazón de Sara como si fuese un sacacorchos. Aún no sabía qué demonios pretendía con esa actitud, pero si de algo estaba seguro era de que no quería estropear aquello tan especial que se había forjado entre ellos. Recordó la última vez que había estado interesado en una mujer, y también recordó el intenso dolor que padeció cuando la presión de la fama terminó por separarlos. Desde ese día, se prometió a sí mismo que no volvería a sufrir por

amor. Total, era una pérdida de tiempo. El mundo estaba lleno de mujeres preciosas dispuestas a entregar su cuerpo sin restricciones. ¿Para qué complicarse la vida? No merecía la pena. Pensando en el pasado y en los errores que había cometido en sus antiguas relaciones, al final se quedó plenamente dormido.

A las siete de la mañana, abrió los ojos de par en par. Su cuerpo funcionaba como un reloj suizo y siempre se despertaba a la misma hora. Bostezando, caminó a la cocina y metió una capsula dentro de la Nescafé Dolce Gusto. Se bebió un capuchino, casi sin saborearlo, mientras maquinaba cómo iba a sorprender a Sara. Quería regalarle un bonito recuerdo antes de que ella regresara a Madrid. No sabía cuánto tiempo tardaría en volver a verla, y deseaba que su última noche en Nueva York fuera especial. Joder, quizás estaba volviéndose loco, pero, cuando pensaba en su partida, un escalofrío viajaba por su columna vertebral. Tal vez Steve tenía razón y en cuanto esa escritora desapareciera de su vida, todo volvería a la normalidad, y aquel sentimiento que crecía en su interior y que, a veces, no lo dejaba ni respirar, se esfumaría de sus pulmones. O tal vez se haría más intenso y terminaría por asfixiarlo. Sea lo que fuere, se masajeó la nuca y, de nuevo, enfocó todos los pensamientos en intentar deslumbrar a la que ya consideraba como su chica.

Tras darse una ducha reconfortante, Sara se enfundó una camiseta de tirantes negros, unos vaqueros cortos y unas playeras: la indumentaria perfecta de andar por casa. Aquella noche Devon había acertado de pleno al invitarla a una velada en su apartamento. En realidad, ya estaba harta de salir a cenar fuera, y echaba en falta la comodidad del sofá mientras degustaba una copa de Protos. Aunque lo que más echaba en falta era tumbarse en la cama sin miedo a manchar la almohada de rímel. A veces se preguntaba qué diablos llevaba la composición del *waterproof* para incrustarse de esa manera en las sábanas; pensándolo bien, era mejor no saberlo, o jamás volvería a pintarse.

Esparciéndose un poco de crema en la cara, un aroma a albahaca se adentró en sus fosas nasales. De inmediato, se dirigió a la cocina y, al ver a Devon al mando de los fogones, por poco sufre un cortocircuito mental. ¡Dios Santo! No estaba sexy, sino lo siguiente. Desde luego, si quería impresionarla con sus dotes culinarias, ya lo había hecho y, además, con sobresaliente.

—Uh, esto huele de vicio, estás guapísimo con ese delantal —lo agasajó, abrazándolo por detrás.

—Nena, no me desconcentres o se me pasará la pasta —comentó él mientras removía los espaguetis con una cuchara de madera—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Tú dirás —contestó Sara, echándose a la boca una aceituna negra.

—¿Quieres poner la mesa mientras termino con esto? He dejado una botella de vino enfriándose en el congelador.

—Claro que sí. —Y antes de desaparecer de su campo de visión, ella le dio una sutil palmadita en el trasero.

Al llegar al salón, ella observó que Devon había cuidado hasta el mínimo detalle. El mantel, la vajilla, la cristalería, los cubiertos... todo estaba colocado de forma impoluta. Aunque lo que más llamó su atención fue una vela aromática que titilaba en el centro de la mesa y que, por lo visto, iba a ser la encargada de iluminar aquella tenue estancia. Sí, señor, Devon Stelin sabía muy bien lo que tenía que hacer para impresionar a una mujer. Al menos con ella había dado resultado.

Más tarde, ambos se sentaron a cenar y, cuando Sara probó los espaguetis, cerró los ojos de gusto. Nadie podía cuestionar la sangre italiana que corría por las venas de Devon, pues aquel plato de pasta *al dente*, recubierto de una salsa de tomate con boletus, estaba exquisito.

—Muchas gracias por prepararme un plato vegano, está riquísimo.

Devon se encogió de hombros.

—¡Qué remedio! No me has dejado opción. Es una pena que no quieras echarle un poco de *mozzarella* por encima, de ese modo potenciarías el sabor de la salsa.

—No es que no quiera, es mi dieta la que no me lo permite. —Alzó el mentón y buscó la mirada de Devon—. Sé que no compartes mi estilo de alimentación, pero lo hago por una buena causa. El día que entres en una granja industrial y veas lo que yo he visto, me comprenderás. —Forzó una sonrisa—. Pero volviendo al tema de la cena, de verdad, estoy alucinando, no sabía que eras tan buen cocinero, en eso has salido a tu madre. Bueno, en eso y en los ojazos.

Al ver que el cuello de Devon se tensaba, Sara se arrepintió de sus palabras, ya que, para él, hablar de su progenitora era un tema vetado.

—Gracias por lo de buen cocinero —contestó él, tajante, sin apartar la vista del plato.

Sara estuvo tentada a pedirle perdón, pero pensó que lo mejor era seguir comiendo y hacer como si no hubiera mencionado a Aurora.

—La verdad es que me has sorprendido, nunca pensé que se te dieran tan bien las labores domesticas. —Sara enrolló con el tenedor un par de espaguetis—. ¿Sabes? La mujer que te pesque va a ser muy afortunada, aunque, eso sí, lo va tener un pelín difícil.

Devon sonrió y, hundiendo los ojos en los suyos, le cubrió una mano con los dedos.

—Nena, ningún pez puede resistirse a un buen cebo.

Al oírle decir aquello, con esa sensualidad turbadora, su pecho se anegó de burbujitas. Un momento. ¿Cebo? ¿Había dicho cebo? ¿De verdad la estaba comparando con un vulgar gusano? De pronto, todo el romanticismo se evaporó al imaginarse una lonja de pescados moribundos, boqueando sin cesar.

—Creo que vamos a hablar de otra cosa. Solo de pensar en el sufrimiento de los pobres peces, se me ha quitado hasta el apetito.

—Pues no he sido yo quien ha sacado el tema —matizó él, guiñándole un ojo mientras se acicalaba la boca con la servilleta.

—Lo sé, y te pido disculpas. Esta noche no he estado muy acertada con mis temas de conversación, serán los nervios del viaje.

En ese instante, Devon apoyó los codos en la mesa y, acercándose a la comisura de sus labios, le limpió con la lengua un poco de salsa de tomate.

—Nena, no tienes que pedirme disculpas, me parece que estás exagerando. —Él volvió a su sitio—. Por cierto, ¿a qué hora salía tu vuelo a Madrid?

—A las ocho de la mañana.

—Entonces, pondré el despertador a las cinco.

—Devon, no es necesario que me lleves, ya he llamado a un taxi para que me recoja.

Devon miró al techo y emitió un largo suspiro.

—Prometí que te acompañaría y lo voy a hacer, así que no me jodas.

—¿Seguro que no quieres que te joda? —ironizó ella, suspicaz.

Él ignoró la pulla y comenzó a recoger la mesa sin dirigirle la mirada.

—Pondré el despertador a las cinco en punto —reiteró mientras caminaba a la cocina con las manos ocupadas.

Tras colocar los platos en el lavavajillas, los dos se sentaron en el sofá dispuestos a disfrutar de una buena sesión de cine. Esta vez le tocaba el turno a *La Celestina*, una película española basada en el exitoso libro de Fernando de Rojas. A Sara le pareció una gran idea que él se inspirase en el personaje de Calisto para su próxima obra de teatro. Sin embargo, Devon quería inspirarse de otra forma, ya que, cuando ella iba presionar el play, le quitó el mando de las manos y atrapó sus labios con ahínco.

—Nena, voy a echarte mucho de menos —susurró él al separarse de su boca.

Sara sonrió mientras perfilaba con los dedos el contorno de su áspera barbilla.

—Yo también voy a echarte de menos. Aunque no mucho —bromeó ella, intentando aplacar sus ganas de llorar. En ese momento, sintió como si le hubieran echado por encima un jarro de agua fría. Desde que aterrizó en Nueva York estaba temiendo que llegara el fatídico día en el que tendría que separarse de su lado y, por desgracia, ese día había llegado. Sí, por desgracia, había llegado la hora de despertar de un sueño maravilloso para darse de bruces con la dura realidad. Una realidad donde no había cabida para Devon.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —inquirió él, arrebujándola entre sus fuertes brazos.

Sara se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Paolo me ha dicho que vais a estar seis semanas grabando en Japón, así que, ¿quién sabe!... Lo mismo el año que viene.

Devon tironeó de la goma del pelo y le soltó la melena.

—¿Quieres decir que hasta 2017 no voy a poder disfrutar de estos rizos que me vuelven loco? No sé cómo voy a sobrevivir hasta entonces.

—Te aseguro que sobrevivirás, eres un hombre con recursos —añadió ella, haciendo un baile histriónico con las cejas.

De repente, él enmarcó el rostro femenino entre sus dedos.

—¿Crees que ha sido un juego, verdad? Me refiero a esto que tenemos.

Antes de contestar, los ojos de Sara brillaron como si estuvieran llenos de purpurina.

—¿Qué quieres decir con esto que tenemos? Pensaba que entre tú y yo no había nada. Tú mismo te encargaste de dejármelo bien claro.

Él sonrió con vehemencia.

—¿Es mi imaginación o noto cierto rencor en tus palabras? Sara, has sacado las cosas de contexto. Me refería a que con el nuevo cargo de la empresa, las grabaciones y los compromisos sociales, no creo que sea el momento más idóneo para empezar una relación. Pero eso no quita que, en un par de meses, no podamos darnos una oportunidad como pareja.

¿Había escuchado bien? Al parecer Devon dejaba entreabierta la puerta a algo más serio que a un simple rollo de verano, y eso, para ella, se traducía en una inmensa felicidad. No obstante, tenía que ponerle freno a sus emociones o, de lo contrario, quedaría ante él como una fan obsesiva. De modo que adoptó una actitud distante, como si aquellas palabras no le hubieran afectado lo más mínimo.

—Si tú lo dices... —comentó Sara en un tono irónico.

Devon achicó los ojos e hizo una mueca fanfarrona en los labios.

—Nena, sé que estás molesta por mi actitud y no te culpo. Siempre has sido muy sincera conmigo, y yo no he estado a la altura... Antes de que te marches, quiero pedirte perdón por no haberte demostrado cuánto me importas. Eres una mujer fantástica y cualquier hombre se sentiría muy feliz de estar a tu lado...

—¡Perooo! —Sara lo interrumpió—. Después de esa frase sigue un pero, no me mires así.

Devon la observó de forma incrédula.

—¿Ves? Ese es tu problema. Crees que conoces a la gente, pero no tienes ni idea. Cielo, no eres vidente y siento decirte que no seguía ningún pero, así que, por favor, me gustaría acabar la frase sin que auguraras predicciones erróneas. —Le tocó la punta de la nariz con el dedo índice—. ¿Podrás mantener la boca cerrada hasta que termine de hablar?

Sara apoyó la frente en su hombro.

—Vale, vale, ya me callo.

Él la perforó con la mirada antes de abrir la boca.

—Te decía que cualquier hombre se sentiría muy feliz de estar a tu lado y de pasar junto a ti el resto de su vida. Sara, eres una mujer increíble, pero tienes un problema: tu inseguridad, no confías en ti misma. —Sonrió de medio lado—. El día que lo hagas, serás imparable.

—Vaya, ahora resulta que, además de actor, enfermero, peluquero y cocinero, también eres psicólogo. Créeme, no me interesa tenerte como competidor. Estoy casi segura de que me quitarías a todas mis pacientes. Y también estoy casi segura de que con esa sonrisita curarías más de una depresión.

Devon volvió a dibujar otra amplia sonrisa en los labios y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Todavía no comprendo cómo tu ex pudo dejarte escapar. —Sus ojos se encendieron de rabia—. Reza para que nunca me encuentre a ese infeliz por la calle, porque, ese día, se va a acordar de todo el daño que te ha hecho.

Al oír su amenaza, Sara sintió la acuciante necesidad de besarlo hasta la extenuación. ¡Pero qué mono era! Aquella noche el actor de sus sueños estaba interpretando el papel de novio celoso, y había que reconocer que le iba como anillo al dedo.

—Creo que no voy a rezar. Si te soy sincera me encantaría que le dieras una buena paliza. Por favor, avísame con antelación para hacer un hueco en mi agenda, no me perdería ese espectáculo por nada del mundo.

Devon emitió una sonora carcajada.

—Es imposible aburrirse a tu lado. Tienes unas ocurrencias... ¿Dónde has estado todos estos años? —preguntó él mientras le escondía un mechón de cabello detrás de la oreja.

Sara lo miró con ternura y, tirando del colgante de oro que adornaba su cuello, le susurró en los labios:

—Esperándote...

Capítulo 27

Granada, diciembre de 2016

Hacía tan solo una semana que Mónica había llamado a Sara para decirle que el rodaje en Japón ya había acabado y que, en breve, comenzaba la postproducción de la película. Después de varios meses de intenso trabajo, Ren Carter y Kiari Tokomeji, por fin tenían su propia historia de amor en la gran pantalla. Al enterarse de la feliz noticia, Sara sintió un hormigueo en el estómago que no la dejaba dormir y, cada noche, antes de acostarse, tachaba del calendario los días que quedaban para el estreno. Pero, sobre todo, tachaba los días que quedaban para reencontrarse con Devon. Desde los apasionados días que ambos habían compartido en Nueva York, apenas había tenido contacto con él, excepto un par de mensajes y varias llamadas vía Skype. En realidad aquel hombre la estaba volviendo loca con su comportamiento bipolar. Sin embargo, su actitud no le había sorprendido, y era algo con lo que ya contaba. Por supuesto que sí. ¿Acaso era tan ingenua como para pensar que ese actor querría tener con ella algo más serio que una relación pasajera? No, claro que no. Por muchas promesas y palabras bonitas que hubieran salido de su boca, Sara sabía que, tarde o temprano, saldría a flote su verdadera personalidad de capullo (con C mayúscula).

Por suerte, ahora mismo, su mente estaba inmersa en la continuación de *Un cerezo en Nueva York*, y no tenía mucho tiempo para pensar en Devon y en sus múltiples conquistas. En esta nueva entrega, titulada: *Un naranjo en Sevilla*, Kiari Tokomeji, la protagonista femenina que la había catapultado al éxito como escritora, decide romper con su pasado y se instala en la capital andaluza. La idea había germinado al observar que los tablaos flamencos estaban a rebosar de japoneses y, desde entonces, no había podido quitarse a Kiari de la cabeza.

Gracias a su coyuntura creativa, Sara llevaba varios días sin apartarse del teclado y apenas conciliaba el sueño. Una mañana entró en la consulta con unas ojeras que le llegaban al suelo, y también con un humor de perros. Todavía no entendía por qué la gente le llamaba humor de perros, cuando su bóxer era la cosita más adorable del mundo.

En fin, allí estaba ella, parada en la puerta de la consulta con un cabreo descomunal, al contrario que Ana, que le dio los buenos días con una sonrisa de oreja a oreja y, a continuación, le esparció confeti por toda la cabeza. ¡Dios Santo! Había estado tan metida en la novela que se había olvidado hasta de su trigésimo cumpleaños. Extrañada, ojeó la fecha del móvil y se dio cuenta de que no era doce de diciembre, sino trece. Sí, trece.

—¡Felicidades, chiqui! —exclamó Ana, dándole un gran abrazo.

Sara forzó una sonrisa y, por encima del hombro de Ana, atisbó a su madre junto a su hermano aplaudiendo la escena como locos. Tras recordar con sus seres queridos mil y una anécdotas y engullir unos deliciosos pasteles que su madre había comprado, Sara sopló las temidas velas. Sin poder evitarlo, escondió el rostro entre las manos mientras las voces desafinadas de sus acompañantes le cantaban *Cumpleaños feliz*. Odiaba ser el centro de atención y, en esos instantes, todas las miradas estaban puestas en ella.

Una vez que aquella horrenda melodía dejó de sonar, fue al servicio y se fijó de cerca en las

incipientes arruguitas que atravesaban la piel de sus amoratadas ojeras. También observó un par de canas que aparecían, tímidamente, por el nacimiento del pelo, recordándole que ya no era una niña. Siempre que cumplía años la nostalgia le invadía el pecho y hacía un balance de los últimos doce meses. Sin apartar la vista del espejo, sonrió al darse cuenta de que, a pesar de haber entrado en la era del tres, había dejado atrás muchos de sus estúpidos complejos, y eso se reflejaba a la hora de trabajar con sus pacientes.

Después, se secó las lágrimas con un pañuelo de papel y regresó a la consulta para abrir los regalos. Como siempre, Ana volvió a ganar una medalla por su originalidad. En esta ocasión le obsequió con un fin de semana en un retiro espiritual budista llamado O. SEL. LING, situado en las Alpujarras granadinas. Desde el día que se había hecho vegana, Sara tenía muchas ganas de aprender meditación tibetana, pues se sentía bastante identificada con esa corriente filosófica. Sin embargo, lo que jamás hubiera sospechado era que aquel fin de semana sería de todo, excepto tranquilo. ¡Cómo no! Debería haber intuido que la echarían del centro por alboroto a la comunidad, y más conociendo a su querida amiga, que no se callaba ni debajo del agua. Sí, desde luego, había sido el regalo más original y también el más divertido, ya que el recuerdo del monje budista quitándole a Ana de las manos una botella de Four Roses le sacaba una carcajada de forma automática.

Mientras recordaba aquel divertido incidente, escuchó la voz del piloto de Iberia, comunicando a los pasajeros que en breve aterrizarían en Nueva York. Siempre que el avión descendía, se mareaba por el cambio de presión. Cerró los ojos y decidió pensar en algo que la tranquilizara y, de repente, apareció por su cabeza el rostro de Devon. ¡Dios, qué ganas tenía de volver a verlo! Aunque, en esta ocasión, volaba a la Gran Manzana por temas relacionados con la editorial y no sabía si coincidirían. Ni siquiera le había contado que viajaba a los Estados Unidos para hacer una gira promocional de su novela. ¿Por qué tendría que decírselo? Después de todo él no era su pareja y no le debía ninguna explicación.

Al pisar suelo neoyorkino, Sara se sintió tan feliz que le dieron hasta ganas de bailar bajo la incesante lluvia. Recordó el calor sofocante que había padecido la última vez que caminó por sus amplias avenidas, sin embargo, ahora estaba embutida en un plumón sintético con gorro incorporado. Por suerte, el frío, lejos de incordiarla, le aumentaba la serotonina.

Más tarde, tras dejar el equipaje en la habitación del hotel y tomar una buena ducha, salió a comer con Mónica para ponerse al día de sus compromisos editoriales.

Antes de probar un café humeante, Sara se dio cuenta de que a su editora le ocurría algo. Durante la comida la había notado muy despistada, y eso no era propio de ella.

—¿Qué te pasa, Mónica? —inquirió Sara con las manos aferradas a la taza de café.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Y no me digas que nada.

Mónica se quitó la chaqueta, mostrando una blusa negra de manga larga con un pronunciado escote.

—¿No tenés calor? Voy a decirle al camarero que baje un poco la calefacción.

—Vamos —le colocó la mano en los nudillos—, no cambies de tema. Venga, desembucha. Prometo que no te cobraré por la consulta.

—Sos muy amable. Quizás te tome la palabra pero, ahora mismo, no es el momento.

—¿Por qué no? A mí me parece el momento perfecto. Además, estamos solas y el camarero está más pendiente de los Yankees que de tus tetas.

Mónica sonrió y, suavemente, se acarició uno de sus pendientes de perlas.

—Muchas gracias por preocuparte por mí, aunque, en realidad, estoy así por vos.

—¿Por mí? —Sara la fulminó con la mirada y apartó de golpe los dedos de la taza—. ¿Por qué dices eso?

—Se suponía que no tenía que decírtelo, pero no quiero que haya secretos entre nosotras... Sara, es sobre Devon.

—¿Sobre Devon?

Mónica asintió con la cabeza y, esta vez, fue ella quien le masajeó la muñeca.

—Sí, Sara, Devon no es quien vos crees...

Al escucharla, los ojos se le abrieron de par en par y sus dedos temblaron, tanto que por poco tiró al suelo la taza de café.

—Mónica, no te entiendo. ¡Por Dios, no te quedes callada!

Mónica miró al techo y tomó una bocanada de aire antes de continuar hablando.

—Sara, el apellido Pioginni pertenece a la camorra napolitana, y Devon es el nuevo jefe del clan. Por ende, todos los negocios de su familia están metidos en el mismo saco, y eso también incluye a la editorial.

Presa del nerviosismo, el corazón a Sara comenzó a palparle acelerado y las manos le empezaron a traspasar.

—¿Es-tás segu-ra de lo que di-ces? —balbuceó.

—Completamente segura.

—¿Y en qué te basas para argumentar algo así? Explícate, por favor.

Antes de contestar, Mónica dio un largo sorbo a su té con leche y luego dejó la taza en el platillo.

—Todo ocurrió una mañana, cuando iba a entregarle unos documentos al señor Brandon y, de casualidad, lo oí hablar con Aurora sobre un supuesto viaje a Paraguay. Al principio me pareció extraño, ya que yo soy quien organiza su agenda, pero al escuchar que Devon era la persona que iba a encargarse de la operación, me quedé criogenizada y no pude despegar la oreja de la puerta. Después de eso, moví algunos hilos y estuve investigando por mi cuenta, hasta que contrasté toda la información... Sara, lo siento mucho, pero es la pura verdad.

—¡Joder, no puedo creerlo!

—Pues aún hay más... También he averiguado que los Crecento, el clan enemigo de los Pioginni, están buscando como locos una caja de música, en cuyo interior se encuentra un *microfilm* que podría sacar a la luz nombres de personalidades muy importantes de Latinoamérica con los que ellos trafican. Por eso mismo los Pioginni se han convertido en los nuevos reyes de la coca; y averigua quién custodia esa cajita de música...

Sara se quedó paralizada, con la mirada perdida en el infinito, intentando encontrar algún sentido a aquel galimatías.

—Mónica, esto que me cuentas parece sacado del guion de una película de Al Pacino. Discúlpame, pero no te creo.

—Lo sé, Sara. Cuando me enteré de la verdad, yo estaba igual que vos. Pero, es cierto. Los ojos de Devon me lo han confirmado.

—¿Cómo que te lo han confirmado? ¿Acaso has hablado con él de este tema?

—Bueno, no exactamente... digamos que no me lo desmintió. Mira, sé que no hice lo correcto, pero no pude reprimir mis impulsos de decirle a la cara todo lo que sabía de los Pioginni. Quería ver su reacción para poder salir de dudas. De modo que, una noche, después de las grabaciones, lo asalté y le exigí que, por favor, me contara toda la verdad. También le dije que vos no

merecías estar en peligro por su culpa y, al escuchar tu nombre, los ojos le ardieron de cólera. Después me sujetó de la muñeca y me confesó que, si tanto te apreciaba, lo mejor sería que me quedara con la boca cerrada, y luego se marchó sin ni siquiera despedirse. —Mónica apretó la mano de Sara con fuerza—. Perdóname, yo no quería contártelo, pero tenía que hacerlo. No podía seguir guardándome esto para mí sola. Necesitaba compartir el peso con vos. ¿Entendés ahora mi preocupación?

—Madre mía, es que no me entra en la cabeza. Pero ¿cómo es posible que no haya información al respecto? Me refiero en medios de comunicación o en Google. Yo misma estuve investigando acerca de los Pigionnis y no leí nada fuera de lugar.

—Sara, esta gente tienen el culo cubierto. Ya sabés, el poder llama al poder. A mí me costó lágrimas de sangre, y también unos buenos dólares, conseguir que un periodista experto en el tema abriera la boca.

Cabizbaja, Sara cerró los ojos.

—Santo cielo, ¿y ahora qué vamos a hacer? Después de saber de dónde viene el dinero con el que me pagan, no quiero seguir trabajando para el señor Brandon. Además, si dices que ese clan está buscando un *microfilm*, no pararán hasta encontrarlo. No solo Devon y su familia están en el punto de mira, sino también todos los que formamos parte de la editorial.

—Sara, tranquilízate, ahora más que nunca debemos mantener la calma y ser discretas. Cuantas menos personas sepan la verdad, mucho mejor, así no levantaremos sospechas.

—No sé si podre hacerlo. ¿Acaso no te das cuenta del peligro que corremos?

—Claro que me doy cuenta. Por eso mismo te lo he contado. —Mónica se cuadró de hombros—. Te diré lo que vamos a hacer: lo primero de todo será acabar la gira. Recuerda que has firmado un contrato y podrían penalizarte por no cumplirlo. Después hablaré con el señor Brandon y buscaremos una solución. No te preocupes, yo estoy en la misma situación que vos.

—Todavía no me lo creo. Jamás podría imaginarme que Aurora y el señor Brandon estuviesen metidos en negocios ilícitos, y mucho menos Devon.

Con las piernas temblorosas, Sara se levantó del asiento y se puso el plumón, cerrándose la cremallera con brío.

—Espera un segundo, ¿dónde vas? Voy a pagar esto y nos vamos —dijo Mónica, sacando la tarjeta del monedero.

—No, Mónica, prefiero estar sola. Esto ha sido demasiado para mí. Aún estoy en *shock*.

—Está bien, si esa es tu decisión, la respetaré. Pero, por favor, llámame si necesitas hablar o lo que sea. Estaré durmiendo una planta más arriba. —Mónica la abrazó con garra mientras le susurraba en la oreja—: Sé lo importante que es Devon para vos y no me gustaría estar en tu pellejo... De verdad, lo siento muchísimo.

—Más lo siento yo. En estos momentos me siento como una puta marioneta. Será mejor que me vaya antes de que rompa algo.

Luego tomó distancia de Mónica y sujetó el pomo de la puerta, como si quisiera arrancarlo de cuajo, antes de alejarse del local con un gesto taciturno, pensando que Devon era el hombre de las mil caras.

Capítulo 28

Las palabras de Mónica no paraban de retumbar una y otra vez en su cabeza: «Devon es el jefe de los Pioginni y la editorial Senea es una tapadera financiera, un entramado de poder, de violencia, de sangre... de odio». ¡No, Dios mío! Sara no paraba de repetir aquella frase mientras se frotaba las sienes. Ella era una mujer que solo creía en sí misma y en su capacidad para solventar los problemas. Además, era atea, pero, aquella tarde, no le quedó más remedio que aferrarse a lo irracional, a lo desconocido. Y, por supuesto, no le quedó más remedio que pedirle al todopoderoso que aquello fuese una puta pesadilla o una broma de mal gusto, pero ante todo que no fuese real. ¡No, por favor! Todo menos eso.

Se bajó del taxi, aún con las piernas temblorosas, y caminó unos cuantos pasos alrededor de la Quinta Avenida. Necesitaba desconectar. Necesitaba recuperar el juicio. Sin embargo, se detuvo frente a un cartel que estaba promocionando la última temporada de *Misterios en Manhattan*. Entonces vio a Devon. ¡Como para no verlo! Estaba recubierto por un sinfín de luces de neón. Y allí estaba él, haciendo el verdadero papel de su vida. Interpretándose a sí mismo. Emitió un largo suspiro mientras lo miraba con los ojos inundados de lágrimas. Una de ellas humedeció sus manos, despertándola de aquella ensoñación. Su corazón galopaba como un caballo salvaje. Enfurecido. Rabioso. Estaba herido. Todos eran unos actores increíbles, y le habían ocultado su verdadera identidad. ¡Qué mala suerte! Para una vez que alguien que no fuese su mejor amiga confiaba en su pluma, le habían pagado de la peor de las maneras posibles: engañándola. Utilizándola como a un títere. Exprimiéndole cinco años de derechos de autor. Un quince por ciento en concepto de *royalties* y una mentira que le había roto el alma. ¡Oh, sí! Desde luego, había firmado un contrato cojonudo.

Pero, lo peor de todo es que había mezclado el negocio con el placer. Se había saltado las reglas, esas reglas de moralidad de las que tanto alardeaba, y había permitido que otro hombre volviera a partirla en dos mitades (y no precisamente de placer). No sabía que era tan ingenua como para tropezar con el mismo cabrón dos veces seguidas. Empezaba a sospechar que todo lo que le estaba pasando era consecuencia de su mala cabeza. Quizás era un regalito del karma por no aceptar el amor de Eusebio. O quizás la vida estaba poniendo a prueba su paciencia.

Tras maldecir a Devon una y mil veces, se pasó un pañuelo de papel bajo los párpados y arrastró la poca pintura que quedaba entre ellos. Después, lo apretó con los nudillos e, indignada, hizo una pequeña bola y lo lanzó a la papelera como si fuese un tiro libre de baloncesto. Durante unos segundos, pensó que ojalá pudiese hacer lo mismo con el protagonista de su corazón. Ojalá pudiese eliminarlo de su vida tan fácilmente. Si antes tenía dudas, ahora ya no las había: se acabó. Lo tenía más claro que sus propios ojos. Tenía que alejarse de él. Alejarse de su mirada felina y de cualquier persona relacionada con la editorial. Pero ¿dónde demonios se había metido? Ahora mismo estaba muy asustada y lo único que quería era tomar un vuelo a Madrid y escapar de aquella farsa.

De repente, al cruzar en dirección a la Primera Avenida, un coche estuvo a punto de atropellarla. El vehículo tuvo que frenar en seco. Pasó tan cerca, que incluso ondeó un bucle de su flequillo. Estaba despistada. Muchísimo, y no podía pensar con claridad. Confiaba en que, después de llenar la bañera de agua tibia y hundirse dentro de ella, lo asimilaría todo mucho

mejor. Sí. Confiaba en ello. Estaba padeciendo una pequeña psicosis y no podía dejar de pensar en lo mismo: ¿realmente Devon sería capaz de hacerle daño? ¿Por qué no? Él era un angelito disfrazado de demonio, un encantador de serpientes. Un actor buenísimo. El mejor que conocía, y si ella hablaba más de la cuenta, no dudaría en meterle un tiro entre ceja y ceja.

¡No! Aquellos pensamientos estaban yendo muy lejos. Demasiado lejos. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada y se estaba montando (nunca mejor dicho) una película en su cabeza.

«Sara, ahora no es el momento de escribir una novela. Es el momento de ser valiente y de afrontar esta nueva realidad», pensó mientras caminaba hacia el hotel, un soberbio rascacielos plateado.

Cuando entró en el vestíbulo, saludó a un recepcionista de color que medía casi dos metros, el cual, antes de darle la tarjeta de la habitación, le sonrió y le deseó que pasara una buena noche. Ella le dio las gracias y torció los labios por mera cortesía. Después, continuó su camino casi arrastrando los pies hasta llegar al ascensor. Estaba tan abatida que, cuando entró en aquel cubo de cristal, apenas tenía fuerzas para presionar el botón de la planta treinta y tres.

¡Lástima que no había nadie para hacerlo!

Al final uno de sus dedos se alzó de valor y lo empujó, a la vez que apoyaba la cabeza en uno de los espejos mientras subía a toda velocidad.

Al abrirse la puerta bruñida, se adentró en un largo pasillo enmoquetado en color ocre. Estaba deseando entrar en la habitación para desahogarse con la almohada, sin embargo, cuando metió la tarjeta en la ranura de la habitación tres mil trescientos tres, una mano corpulenta le sujetó el hombro.

—Sara...

Al escuchar ese suave murmullo, se quedó petrificada como una estatua. Era él. Era la voz de Devon. Pero ¿quién narices le había avisado de que estaba en Nueva York? Aunque, ahora mismo, eso era lo que menos le importaba. ¡Dios! Estaba detrás de su espalda. Podía sentir su aliento calentándole la coronilla. En ese instante, deseó que el tiempo se parase. Sabía que cuando se diese la vuelta, ya nada sería como antes. Él no era el hombre que ella pensaba. Podía ser un gilipollas, un prepotente, un presumido... pero jamás un asesino.

¡Joder, ahora mismo no quería un Ren Carter en su vida! Aquello solo pasaba en su mente. Solo pasaba en las series policiacas. No podía ser real. No debía pasar. No lo aceptaba. De modo que entró en la habitación dando un portazo, escurriéndose igual que una lombriz. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía permitir que sus miradas se cruzasen. Así sería más fácil. Solo así tendría una mínima oportunidad de salir airoso de ese encuentro. Tenía que seguir su plan a rajatabla y alejarse cuanto antes de aquella tentadora presencia.

No obstante, se dio cuenta de algo: no había sentido miedo de él. Era muy extraño, pero todas las sensaciones que, momentos antes, desbordaban su cabeza, llenándola de dudas, de repente, habían desaparecido. El calor de su mano, su voz y su aliento, más que asustarla, la habían reconfortado. Debía de estar loca. Seguramente ya lo estaba. Y lo peor es que lo estaba por él.

—¡Sara! Por favor. Tenemos que hablar. Llevo aquí fuera esperándote más de una hora.

Ella permaneció de espaldas, pegada a la puerta, mientras su respiración se volvía cada vez más agitada.

—¡Vamos, Sara! No seas infantil. Mónica me lo ha contado todo. Estaba muy preocupada por ti. Nena, no he venido a recriminarte nada. Por favor, déjame decirte quién soy. Permíteme presentarme.

Sara percibió cómo él torcía los labios a través de aquella frontera de madera.

—¿No vas a decir nada? Ni siquiera piensas decirme a la cara lo cabrón que soy o algo por el estilo. —Se hizo un largo silencio—. Está bien, sabes que no puedes evitarme, y tarde o temprano tendrás que salir de tu guarida. Llámame si cambias de opinión.

Sara estaba a punto de ceder. De hecho, estaba a punto de abrirle la puerta (y, de paso, también la de su corazón). Pero no. No podía. Simplemente no debía. Si lo dejaba entrar, ya no podría echarlo. ¿De verdad iba a permitirle que se sirviese de su cuerpo y que después esparciera sus pedazos por todas partes? Claro que no. No podía caer tan bajo. Demasiados problemas tenía ya en su vida como para enamorarse de un tipo tan peligroso... tan encantador... tan adulator. No, no y no. No iba a permitirlo, aunque tuviese que quedarse encerrada en aquella habitación por el resto de su vida. Al menos tenía buenas vistas, una cama de dos metros y un arsenal de chocolate para situaciones de emergencia. Sin duda, esa era una de ellas.

Sin pensárselo dos veces, gateó hasta la maleta. A continuación, se escuchó el crujido de un envoltorio de aluminio: eran sus propios dedos que desenvolvían un diamante de ébano. Estaba ansiosa por llevárselo a la boca y, antes de hacerlo, lo miró recelosa, esperando que obrase un milagro. Cerró los ojos mientras ese cuadrado se derretía alrededor de su lengua y poco a poco iba endulzando todo su dolor. No conocía una anestesia más eficaz. El alcohol le provocaba resaca, pero el azúcar le sentaba de maravilla. Realmente le funcionaba.

Tras relamerse los labios y apurar los restos de su gula chocolatera, contempló el cielo de Manhattan. No estaba estrellado como de costumbre, sino que, aquella noche, estaba recubierto de un tono azafranado. De pronto, una culebrina hizo acto de presencia e iluminó toda la habitación igual que el *flash* de una cámara de fotos. Sara presentía que se avecinaba una fuerte tormenta, tanto o más que la que ya estaba ocurriendo en su interior.

«¡Mierda, y para acabar la noche, ahora esto! Tengo más mala suerte que una novia de James Bond».

Otro destello de luz irrumpió en la ventana y el corazón se le encogió. Por muchos años que pasaran, no lograba deshacerse del pavor que le daban los relámpagos. Ni siquiera los consejos de Ana le habían funcionado. Aquella terapia de choque cognitiva conductual no fue la solución. Es más, si acaso, lo que hizo fue empeorar su diagnóstico.

Al escuchar otro estruendo, salió disparada hacia la cama y se acurrucó en posición fetal, agarrándose a la almohada como si fuese un salvavidas en alta mar. Estaba atemorizada, mucho más que cuando se enteró de que Devon era un hombre muy peligroso. De hecho, en el fondo sabía que lo era y presentía que pondría su vida patas arriba. ¡Y vamos si se la había puesto! Se la había puesto de vuelta y media.

A los diez minutos, su corazón palpaba más sereno, aunque no podía decir lo mismo de la climatología. Las gotas de lluvia se estrellaban vigorosamente una y otra vez contra las ventanas, y el viento no dejaba de soplar malhumorado. Ella no paraba de repetirse que no le pasaría nada. ¡Por Dios! Allí estaba a salvo. Pero, aun así, no podía dejar de sentirse indefensa.

«Y, Devon, ¿aún seguirá detrás de la puerta?».

Su curiosidad la hizo levantarse de la cama. Se acercó despacio hasta la mirilla para cerciorarse de que no había nadie alrededor. Aunque, paradójicamente, lo que más deseaba es que hubiese alguien. Sin embargo, no estaba. Devon se había ido, al menos le dio esa sensación.

Mientras regresaba a la cama, mil dudas asaltaban su cabeza: ¿por qué no estaba allí? Quizás porque ella misma le había impedido la entrada, cuando en realidad lo que quería era abrazarse a él y olvidarse de todo entre sus brazos. ¿En qué estaba pensando? De nuevo estaba

contradiciéndose, luchando contra sus propios deseos. Luchando contra sus verdaderos sentimientos. Se sentía tan desvalida que incluso se puso a hablar con la aplicación Siri del Iphone.

Luego se preparó un baño y se quedó unos segundos con la cabeza sumergida bajo el agua mientras su larga melena flotaba alrededor de su cuerpo. Parecía una hermosa sirena que había perdido el amor de un marinero. ¿Realmente lo había perdido? ¿Cómo podía perder algo que nunca había tenido?

No paraba de martirizarse, y ni siquiera el olor a lavanda conseguía relajarla. Lo único que necesitaba en aquellos duros momentos era un fuerte abrazo de su madre, una pelea con su hermano, tomarse unas «tapicas» con sus amigas y un lametón de Pixi. En cambio, todos ellos estaban al otro lado del océano. Ahora mismo se sentía muy sola. Ni siquiera confiaba en Mónica.

¡Mierda! ¿Por qué no se dejaba arrastrar por lo que sentía? No era tan complicado. Devon tenía razón, se estaba comportando como una niña asustada. Había firmado un contrato y no podía romperlo sin más. Tenía que hablar con él. Solo así podría cerrar ese círculo vicioso. Y lo haría. Claro que lo haría. Ella era una mujer valiente. Una mujer que no se dejaba amedrentar por nada ni por nadie. Una superviviente, una luchadora. Y una vez más se lo iba a demostrar a sí misma. De modo que salió de la bañera, se secó el cuerpo de forma acelerada y se puso un chándal gris claro. Enseguida agarró el Iphone y, con el pelo empapado, llamó a Devon.

Ya no había marcha atrás.

—Sara...

—Antes de que digas nada: tienes razón. Tenemos que hablar. ¿Dónde estás? ¿No seguirás detrás de la puerta?

—Por supuesto que no. ¿No pensarás que iba a dormir en esa sucia moqueta, esperando a que recapacitaras? Aunque por tu silencio, intuyo que eso mismo es lo que te hubiese gustado que hiciera.

—¿Cómo puedes bromear en un momento así? Estoy destrozada.

—Yo también... Me duelen todos los huesos. Ábreme la maldita puerta.

En ese momento a ella se le iluminaron los ojos y, vertiginosamente, fue hasta la mirilla a comprobarlo. Era cierto, ahí estaba él, saludándola con un gesto irónico. Ya lo había decidido, no podía apartarlo de su mente ni tampoco de su vida. Respiró hondo, antes de permitirle la entrada. Entornó los ojos y notó cómo los dedos le temblaban mientras Devon terminaba de empujar la puerta por completo.

—Esto... pasa por favor. Si quieres puedes sentarte aquí —sugirió ella, quitando con premura la ropa interior que había dejado encima de la silla.

—No hace falta. Me refiero a que puedes dejarlo todo tal como está. No me molesta en absoluto —dijo él con unos ojos burlones y traviosos mientras escaneaba su lencería.

Sara llevaba un par de meses sin verlo y, al tenerlo tan cerca, la sangre le hormigueó y el corazón se le puso a mil por hora. Era lógico, aquel hombre cada día estaba más guapo y era casi imposible apartarle la mirada.

—Antes que nada, quería disculparme por mi comportamiento. Entiéndeme, todo esto me ha superado. Aunque me duela reconocerlo, por ahora no puedo huir de la editorial... ni tampoco puedo huir de ti.

—Lo comprendo —comentó, escueto, sin dejar de escrutarla. El azul de sus ojos se reflejaba como dos linternas en la oscuridad.

Ninguno de los dos dijo nada, hasta que Devon se acercó a la silla y se quitó el largo abrigo de paño.

—¿Puedo? —preguntó antes de sacar un cigarro del paquete mientras arqueaba las cejas y se remangaba la camisa a la altura de los codos.

—¡Qué remedio! —contestó ella, poniendo los ojos en blanco.

Llevándose el pitillo a la boca, Devon descorrió las cortinas y se colocó frente al amplio ventanal. Se puso rígido como una barra de hierro. Luego ocultó una mano en el bolsillo de su Armani, observando la panorámica neoyorkina alumbrada por luces naturales, mientras que, con la otra, sujetaba el cigarro y estampaba el humo contra el cristal ahumado. Entonces se aflojó la corbata y rompió su silencio.

—Mi nombre es Devon, pero mi apellido no es Stelin. Aunque eso ya lo sabes —afirmó, poniéndose de perfil a la vez que sus ojos se tornaban violáceos—. Mi familia materna procede de Italia, exactamente de Nápoles. Apuesto a que eso también lo sabías. —Volvió a hacer hincapié, sujetando el colgante de su pecho—. Hace veinte años, cuando los rusos entraron en el negocio, algunos de nuestros clanes se desperdigaron y se instalaron en otros lugares. Mi abuelo eligió Montreal para crear su nueva sede. Era un sitio bien situado, muy estratégico por sus rutas comerciales y, además, estaba lleno de buenos contactos. Por otro lado, mi tío se estableció en Paraguay, y ambos formaron una sólida alianza. Fue muy fructífera. Demasiado buena. Tanto, que a los tres años ya habían sometido a los clanes inferiores, y se habían convertido en los nuevos amos de la coca. Ya sabes cómo funciona esto: el pez gordo se come al pequeño.

De repente, Sara lo interrumpió.

—Devon, no hace falta que me cuentes todo esto... yo solo...

—Por favor, déjame acabar, después podrás hablar todo lo que quieras.

Él le lanzó una mirada que la paralizó por completo. Ahora lo entendía: aquella era la mirada de un mafioso. Era mordaz y peligrosa. Muy peligrosa.

—Hace tres años, asesinaron a mi padre. Ocurrió cuando mi madre estaba en el teatro... Fue en plena actuación. Él era una buena persona. Un hombre ajeno al mundo de la camorra, pero cometió un grave error: se enamoró de la mujer equivocada. Se enamoró de Aurora Montreal. —Hizo una pausa para darle una calada al cigarro antes de continuar—. Una mujer sin escrúpulos que puso nuestras vidas en sus manos. Una mujer que solo se ha querido a sí misma y que ha creado el monstruo que hoy en día soy. —Apagó el pitillo en el cenicero con inquina—. Al principio, no quería hacerme cargo del clan, pero, tras su muerte, todo cambió. Me llené de odio porque habían matado a la única persona que quería en este puto mundo. La única de la que yo me sentía orgulloso. Juré que le vengaría. Y así fue.

»Una noche, hablé con mi abuelo. Le dije que tomaría el mando a cambio de que me dejase acabar con los Crecento, nuestro clan enemigo. Ese día salió a relucir mi instinto de cazador y, cuando encontré a su líder, le disparé hasta quedarme sin balas. Desde ese día estamos enfrentados. Diente por diente y ojo por ojo —dijo, acortando la distancia hasta llegar a ella—. Sé que piensas que soy un egoísta, un ser sin escrúpulos. Efectivamente, lo soy. Soy un asesino que va a seguir matando. Solo me mantiene vivo la venganza. Ni siquiera lo hago por mi madre. Lo hago por mí. Y no pienso dejar a ningún Crecento con vida. No después de lo que pasó. —Se situó a escasos milímetros de su boca—. Esto es lo que soy, Sara. Por eso me gusta tanto mi trabajo. Mi profesión hace que pueda evadirme de los problemas. En la ficción siempre hay un final feliz para mí, soy un héroe y nadie me juzga por lo que soy. Nadie me juzga por matar.

A Sara se le encogió el corazón. Sus palabras estaban cargadas de sufrimiento. De dolor. De

angustia. Y sintió incluso pena de él.

«¿Pero qué coño estoy haciendo? Debería de estar orinándome encima y, sin embargo, estoy compadeciéndole».

—Devon... yo...

En ese momento, los pulgares de él acariciaron sus pómulos enrojecidos. Sara se quedó anonadada por el calor de sus dedos y por el brillo de sus ojos, los cuales competían con los mismos destellos de la naturaleza.

—¡Shhh! Nena, no digas nada. —Le puso un dedo entre los labios—. Ahora que ya lo sabes todo, por favor, no tengas miedo de mí. Yo jamás te haría daño. Yo jamás te tocaría sin tu consentimiento.

—¿Estás seguro de eso? Hay tantas cosas que no entiendo —balbuceó ella.

—Lo sé, Sara, lo sé. Pero ya habrá tiempo de explicártelas. Ahora no es el momento.

—¿Por qué ahora no es el momento?

—Porque estoy a punto de besarte.

Y lo hizo. Tomó su boca y la enterró en la suya sin dejar que ella articulase ni una sola palabra. Otra vez la había pillado infraganti con las defensas por los suelos. Otra vez sentía mariposas, pajaritos y hasta unicornios bailando dentro del estómago. Otra vez estaba saboreando al hombre de sus sueños. Estaba en el edén rodeada por sus brazos, sintiendo el fuego de su lengua mientras una mano fuerte y masculina se ahuecaba bajo sus tirabuzones y la otra recorría sin prisa la espina dorsal, bajando hasta su trasero.

Sara jadeó cuando sintió las yemas de sus dedos acariciándole los glúteos. Devon estaba atrayéndola hacia su cuerpo, pegándola a su desbordante excitación, hasta que él curvó los labios, despegándose de la comisura de los suyos y susurró:

—¿Quieres que te dé un balazo aquí? —preguntó él formando una pistola con los dedos—. O, mejor aún, ¿aquí...? —masculló, refiriéndose a su corazón.

—Devon... ¿A qué estás jugando conmigo? —protestó ella, mientras él no le quitaba los ojos de encima.

—No juego a nada. Los dos somos adultos y los dos sabemos lo que queremos.

—Devon...

—Sara, ni tú ni yo podemos seguir engañándonos... tu cuerpo me responde. Si decides que me vaya, lo entenderé. Es más, te prometo que no volveré a molestarte, pero si decides que me quede, entonces te follaré hasta quedarme sin aliento.

Sara no podía reaccionar. Devon parecía una pantera a punto de saltar sobre su víctima, y sus ojos ardían igual que la llama de un mechero.

—Devon, yo... —contestó al fin con un hilo de voz, pero no pudo decir nada más; de pronto, él enredó los labios en los suyos, besándola suavemente de forma dulce y cálida.

—No voy a ponértelo nada fácil. ¿Qué has decidido? —musitó, a la vez que sus dedos se hundían en su costado.

Sara no sabía qué responderle. Aquella pregunta la había pillado tan desprevenida como ese beso. Un beso con sabor a tabaco y a chicle de menta. Un beso que había encendido todo su cuerpo.

—Nena, ¿de qué tienes miedo? ¿De mí o de enamorarte de mí?

Ella parpadeó varias veces antes de contestarle y dio un paso hacia atrás. Si lo besaba otra vez, no podría contenerse. De hecho, no pensaba hacerlo.

—Esto no tiene sentido. ¡Joder, Devon! Eres el jefe de un clan mafioso. Todavía no puedo

creerlo —confesó, con las manos cubriéndole el rostro.

—Y yo todavía no puedo creerme que una española me haya puesto en mi lugar —afirmó, atrayéndola a sus brazos de un solo impulso.

—¡Suéltame!

—No pienso hacerlo, al menos hasta que me mires fijamente y me digas que me vaya. —Le besó el cuello muy despacio hasta llegar al lóbulo de la oreja, para después morderlo sin clemencia—. Sara, no te hagas más daño. Ríndete a mí.

—¡Espera, no sigas! Antes quiero que me respondas a algo: ¿es cierto que está en tu poder una caja de música que podría destruir a los Crecento? ¿Es verdad que...?

Pero Sara no pudo proseguir su interrogatorio. Devon no paraba de rozarle la lengua contra la oreja mientras percibía cómo su nervuda erección se le clavaba en el vientre. Ella se estremeció por completo al notar las palpitations de su miembro deseoso por poseerla. Estaba duro como una roca, y sintió cómo se elevaba entre sus piernas aumentando de tamaño como si fuese un dios. ¡Su dios!

—¿Esto es una especie de castigo por haberte cerrado la puerta en las narices? —preguntó ella entre gemidos.

—Un castigo, por lo que puedo apreciar, bastante agradable.

Sara percibió cómo él la desnudaba no solo con la mirada, sino también con los dedos. Sin dejar de besarla, comenzó a desvestirla y le sacó la sudadera por encima de los hombros, quedándose solamente vestida con una camiseta interior de tirantes finos. Poco a poco, sin apartar los ojos de su cuerpo, le bajó uno, y antes de quitarle el otro, le besó con delicadeza uno de sus esbeltos hombros.

—Devon, espera, necesito respuestas...

—Y yo necesito estar dentro de ti —aclaró, llevándola en brazos hasta la cama—. Solo así sabrás cuánto te he echado de menos.

—Te odio. Haces conmigo lo que quieres.

—Nena, si esta es tu manera de odiarme, me encanta que me odies...

Y de nuevo él le regaló esa sonrisa arrogante que derrumbaba de una sola patada todo su muro emocional. En aquel momento no quería pensar en los Pioginni, ni en la editorial. No quería pensar en nada. Solo quería pensar en él. Quería sentirlo dentro de ella.

«Solo será una noche. Solo una».

En la radio sonaba la versión de Michael Bolton, *Silent Night*. La habitación estaba invadida por un torbellino de sonidos que se acompañaban al unísono como si se tratase de un coro: notas navideñas que, junto a los estertores de sus cuerpos y el lenguaje de los truenos, hicieron que se crease una tormenta paralela. Una tormenta que a Sara parecía no importarle, ya que no temía las descargas eléctricas sobre su piel, ni tampoco el ruido acelerado de su corazón o el titileo de los ojos de Devon. Más bien tenía miedo de no ser capaz de alejarse de él y de no ser capaz de discernir lo que le convenía de lo que no. Después de todo estaba enredándose con un mafioso.

—Nena, siento mucho haberme portado contigo como un capullo, pero, estos últimos meses, he estado muy estresado con el negocio y las cosas no han salido como yo esperaba... Por eso intenté alejarme de ti, no quería involucrarte en esta mierda. —Le sujetó el mentón con fuerza—. Entiéndeme, estaba confundido y tenía miedo de perderte.

—Devon, yo...

—Shh, por favor, no digas nada. —Le puso un dedo en los labios—. Solo te pido que confíes en mí. Sé que no es fácil después de saber quién soy, pero al menos me gustaría que lo intentaras.

A continuación, la besó de forma tierna, saboreando no solo sus labios, sino también cada recoveco de su alma. Después, aceleró el ritmo y le atrapó la boca con vehemencia, imprimiéndole la calidez de su aliento. Sara ni siquiera supo cómo había llegado hasta la cama pero, cuando abrió los ojos, sintió toda su virilidad aplastándole las piernas. En ese momento, él le sonrió y todas sus dudas se disiparon. Mirándolo con unos ojos almendrados y brillantes, ella le respondió con otra sonrisa descarada. ¡Dios, lo deseaba tanto! ¡Tantísimo! Ahora sí era verdad que estaba a su merced; sin lugar a dudas Devon era un seductor y jugaba con la ventaja de su atractivo. Daba la sensación de que estaba inmovilizada por una telaraña llena de pasión donde ella era una inofensiva hormiga. Era como si del interior de su cuerpo brotase un cosquilleo que la absorbía y la impelía hasta llegar al éxtasis, pues cuando ese hombre la tocaba, algo indescriptible cobraba vida dentro de ella.

—Al parecer tu cuerpo me ha echado de menos —susurró él, con voz ronca, al comprobar que ella se arqueaba de forma involuntaria contra sus caderas.

—Al parecer tu cosita también... —bromeó Sara, mientras metía la mano por dentro de su pantalón, tanteando el bulto que habitaba entre sus muslos con suaves vaivenes.

—Oh, nena —jadeó él, a la par que unos dedos de pianista inspeccionaban su tremenda erección, centrando toda la atención en su cima aterciopelada—. Si sigues así, me correré en tus dedos y no podré cumplir mi promesa.

Al escucharlo decir aquello, Sara aumentó el ritmo de sus movimientos. Quería que Devon disfrutara con el tacto de sus manos. Quería traspasarle, a través de la yema de los dedos, todas las sensaciones que él le había hecho sentir. De repente, él le sujetó la muñeca y apartó de forma brusca la mano de su entrepierna.

—Ahora me toca a mí, fierecilla —le susurró mientras, lánguidamente, le besaba el cuello hasta llegar al valle de sus pechos—. Ahora vas a conocer al verdadero Devon.

Sara lo observó a través de sus largas pestañas, deseosa de conocer a ese nuevo Devon. Sin dejar de apartarle la mirada, él le quitó la ropa interior y luego la tumbó en la cama. Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio, perdiéndose en la oscuridad de sus densas pupilas.

En el ambiente se respiraba algo mucho más fuerte e inexplicable que una simple pulsión sexual. No sabía si el hecho de que él se hubiera quitado la careta había tenido algo que ver, pero era la primera vez que la acariciaba de esa forma, dulce y cadente, como queriendo detener el tiempo. Parecía que sus manos, sus dientes y su lengua se habían puesto de acuerdo para que ella descubriese hasta el último rincón de su corazón. Minutos después, ambos llegaron al orgasmo, y Sara derramó una lágrima que rodó, perdiéndose por su cuello. Entonces comprendió que aquella noche habían hecho el amor por primera vez.

Mientras su respiración se normalizaba, ella apoyó la cabeza sobre su pecho y, al otear la ventana, comprobó que las gotas de lluvia se habían transformado en frondosos copos de nieve.

—Nena, feliz Navidad —murmuró él con una sonrisilla a la vez que rozaba la nariz con la suya.

—Feliz Navidad —dijo Sara, agradeciéndole mentalmente a Papá Noel aquel pedazo de regalo por anticipado.

«Solo será una noche. Solo una», pensó antes de volver a pegar sus labios a los suyos.

Capítulo 29

Sara se prometió que aquella noche sería la última que pasaría al lado de Devon. Sin embargo, no pudo cumplir su promesa y, a esa noche, le siguieron unas cuantas más. En total habían sido tres. Tres noches de ensueño en las que había disfrutado del sexo al lado de un actor que, en sus ratos libres, interpretaba el papel de un mafioso sin escrúpulos. Así es, Devon Stelin cumplía a rajatabla con el lote de hombre complicado: atractivo, famoso y, para colmo, peligroso. Sí, parecía que ese actor llevaba un cartel encima de la cabeza con letras escritas para miopes, recubierto de lucecitas fosforitas y parpadeantes que decía: «si te acercas, te destrozaré». Y, por lo visto, Sara estaba tan ciega que, hasta con las lentillas puestas, no había sido capaz de leerlo. O quizás no le había interesado hacerlo. Fuera lo que fuese, allí estaba ella, tumbada frente a él, mirándolo con ojos de enamorada y siendo consciente de que, el día menos pensado, ese hombre la despedazaría por completo. Le acarició el mentón de forma sutil y luego caminó al baño de puntillas para no despertarlo.

Al meterse en la ducha, giró el grifo y se quedó un rato pensativa bajo aquel manto de agua, intentando convencerse de que Devon no era una mala persona. Sin embargo, no era ninguna mema, y sabía que él tampoco era un angelito, pues había sido capaz de matar a sangre a fría a otro ser humano y, en ese sentido, no podía justificarlo. Sara creía en el estado del bienestar y no estaba de acuerdo con las personas que se tomaban la justicia por su mano. Mientras más pensaba en ello, más ganas le daban de arrancarse la piel con la esponja. La incrustó tan fuerte en su cuerpo, que incluso se acordó de una escena de Aladdín, aquella en la que el muchacho frotaba la lámpara con la esperanza de que apareciera un genio y le cumpliera tres deseos. Aunque ella no necesitaba tres, con uno le bastaba. Tan solo anhelaba que Devon pudiera recuperar las riendas de su vida, dejando atrás el rencor y la venganza. Sin duda aquel era un deseo que valía por cien.

Antes de salir de la habitación, Sara arrojó a Devon con mucho cuidado y luego lo besó en la frente, pensando que dentro de poco, y por mucho que le doliera, tendría que despedirse de él para siempre.

Tras regresar de Boston, Sara comprobó con sus propios ojos cómo el alumbrado festivo transformaba Nueva York en un cuento navideño. Las avenidas más importantes deslumbraban a los transeúntes con sus miles de bombillas LED, encendiendo no solo las ilusiones de los más pequeños, sino también las de los mayores a través de las compras compulsivas. Las calles estaban a rebosar, llenas de neoyorkinos y de turistas que no paraban de invertir en bolsa, y no precisamente en la de Wall Street. Era increíble la cantidad de cartones y plásticos, de todas las formas y colores inimaginables, que colgaban entre sus dedos. Pero estaban en Times Square, ¿qué se podía esperar? Aquello parecía un *black-friday* todos los días del año.

—Esta es la esencia de la Gran Manzana: ¡*shopping, shopping* y más *shopping*! —exclamó Sara en voz alta—. Mónica, ¿has visto este *tsunami* de personas? Y eso que aún faltan dos semanas para la Navidad. No quiero ni pensar en los despistados de última hora. ¿Crees que quedará alguna ganga para ellos?

—Noto cierta preocupación en tus palabras, ¿acaso formás parte de ese grupo de despistados? —le respondió su editora, dibujando una sonrisa con los ojos pegados en el asfalto—. Respecto a la segunda cuestión, esto es Nueva York, la ciudad del consumismo. Por las ofertas, no te preocupés. Es más, en cuanto acabemos la firma, te voy a llevar a un centro comercial que vas a alucinar.

—¿En serio? ¡Qué alivio! Me encanta la Navidad, pero me agobia mucho el tema de los regalos, es horroroso. —Emitió un suspiro—. Con mi padre no tenía esos problemas, siempre acertaba con un buen libro.

—Entonces, ya sé a quién saliste.

—Yo también lo creo —afirmó Sara, a la vez que contemplaba cómo su editora se tocaba su sedosa melena rojiza.

—¿Qué tipo de género le gustaba? —preguntó Mónica mientras respondía a un mensaje vía WhatsApp.

—Principalmente, literatura clásica. Solía regalarle un Crisolín... ¿Sabes? Aún sigo comprándolo. Me hizo prometerle que disfrutaría de estas fiestas. Solo por esa razón, no aborrezco la Navidad. Es imposible, tengo demasiados buenos recuerdos.

Mónica volvió a poner en marcha el coche, un Kia Rio rojo pasión y, sin apartar las manos del volante, le dedicó de perfil una tierna sonrisa.

—¡Vamos, ánimo! O ambas llegaremos con el rímel corrido.

—Tienes razón —dijo Sara, abanicándose los ojos con las dos manos mientras esbozaba una pequeña sonrisa—. Hablando de compras, quiero ir a Tribeca. Me gustaría comprarle a Eusebio un libro en Mysterious bookshop. Le dije que le enviaría un recuerdo navideño.

—¿Eusebio? Es extraño.

—¿A qué te refieres?

—¿No crees que te has fijado en el hombre equivocado? Es decir, Eusebio es escritor, no fuma, es educado, es culto... Ustedes son más, como diría... más compatibles. En cambio, Devon es tan... tan complicado. Sí, esa palabra lo define a la perfección.

—Lo sé, pero en el corazón no se manda. Además, ya es demasiado tarde para arrepentirme. No sé cuánto durará lo nuestro, pero no pienso perder ni un segundo pensando en el futuro y en qué pasará.

—Por lo que puedo apreciar, consiguió engatusarte. Después, no me vengás llorando. Te lo advertí. Ese hombre destroza todo lo que toca.

—Te recuerdo que fuiste tú misma quien me animó a que experimentase nuevas sensaciones —comentó Sara con un tono de voz superficial.

—Exacto, te dije que te lo cogieses, no que te enamoraras. —Mónica se humedeció los labios—. Después de lo que sabés de él, ¿aún pensás que esa relación puede llegar a buen puerto? No sabés dónde te has metido—. En ese momento, Mónica aceleró el coche y lo desvió hacia otra dirección.

—¿Qué mosca te ha picado? ¡No vayas tan rápido o te pondrán una multa! Además, los almacenes no están por aquí. ¡Observa el GPS!

—Lo sé.

—¿Cómo dices?

—Vamos a tomar un atajo. Ponte cómoda. Será divertido —rio a carcajadas.

Sara presintió que no llegaría a la librería a la hora prevista. No era la primera vez que Mónica intentaba llegar antes por medio de sus rutas alternativas. Recordó que por la mañana estuvieron

dando vueltas sin parar durante horas. Otra cosa no, pero aquella mujer era un peligro al volante y estaba más perdida que una brújula sin manecilla.

—¿Por qué nos desviamos hacia Jersey City?

—Todo a su tiempo, querida. Todo a su tiempo.

Inesperadamente, Mónica giró a la derecha y aparcó el coche en una zona muy cerca del río Hudson.

—¿Me puedes decir qué hacemos aquí? —inquirió Sara a la vez que sus dedos tamborileaban sobre la guantera del coche.

—Al parecer hay un cambio de agenda a última hora.

—¿Cómo dices?

—¿Acaso estás sorda?

—Tampoco hace falta que te pongas tan borde. Entonces, ¿dónde se supone que es la firma?

—Eso mismo me gustaría saber a mí. Estoy esperando a que me avisen.

—¡Qué raro! El señor Brandon tiene muy mala organización. En fin, voy a abrir la ventanilla. Un poco más y nos derretimos. Necesito respirar un poco de aire fresco.

Sara presionó el botón automático, y sus pulmones se llenaron de aire. Después dejó caer la cabeza en el asiento y cerró los ojos, emitiendo una exhalación, mientras escuchaba el ruido repetitivo de los mensajes del móvil de su editora.

—Bueno, al menos, las vistas son inmejorables. Aunque no se puede decir lo mismo del olor: huele fatal. —Sara se frotó los brazos mientras contemplaba el fulgor de los edificios, llenos de lucecitas diminutas igual que las celdillas de un panel de abejas—. Ya podían limpiar el río de vez en cuando.

—En eso te doy toda la razón —le respondió Mónica de forma escueta.

Sara subió la ventanilla y vio que su reloj de mano marcaba las siete de la tarde.

—Se supone que a esta hora deberíamos estar comenzando la firma. ¿No tienes más noticias?

—Sí, acaban de contestarme. Parece ser que vamos a desplazarnos fuera de Nueva York.

—¿Cómo? ¿A esta hora? Ni de coña. Me niego rotundamente a que conduzcas de noche por esas carreteras.

—No nos pasará nada. Confiá en mí. Además, no pienso decirte adónde vamos. Es una sorpresa. —Mónica encendió un pitillo y comenzó a echarle el humo cerca de la cara.

—Pues no me gustan las sorpresas —confesó Sara, apartando con las manos aquella neblina de su rostro—. ¡Joder, qué asco! Odio cuando haces eso.

—¡Pobre! Sos tan delicada.

Su cinismo no le dio buena espina. De repente, Mónica se puso a hablar por teléfono, y la atmósfera cambió. Sara sintió un escalofrío que le puso los vellos de punta. Pensaba que era a causa de la temperatura y de aquel lugar: un lugar apartado de la City y del bullicio de la gente, donde reinaba un silencio sepulcral. Pero no. Se dio cuenta de que había algo más. Había algo mucho más turbio que aquellas aguas. Había algo etéreo y maligno que estaba latiendo en el ambiente. Algo que no alcanzaba a comprender. Su intuición nunca la defraudaba, aunque esperaba que esta vez se equivocase por completo.

—Dime... ejem... Estoy en eso... De acuerdo, enseguida estaremos allí. Hasta ahora, cariño.

—¡Ya te vale! ¿Cariño? ¿Desde cuándo tienes un cariño? —ironizó Sara con la mirada perdida en la ventanilla.

—Ay, Sarita, hay tantas cosas que no sabés de mí. —La voz de Mónica sonó amortiguada por el chasquido de una pistola.

Sara giró el cuello con brío y se encontró de frente con los ojos verdes de Mónica, que la examinaban fijamente.

—¿Qué cojones significa esto? ¿Qué estás haciendo? —inquirió, abrumada, al sentir la frialdad del metal en su sien izquierda.

—¿Sos tan boluda como para no darte cuenta? Es simple, te estoy apuntando con un calibre de nueve milímetros.

—Pero ¿qué coño? ¡Vamos, déjate de bromas! ¡Aún no es veintiocho de diciembre!

—No es ninguna broma. Te lo aseguro. —Volvió a dejarle una marca de humo cerca de la boca.

—Mónica, me estás asustando. ¡Quieres, por favor, apartar esa puta arma de mi cabeza!

—No pienso hacerlo. Si colaboras, te prometo que todo será mucho más sencillo, y ninguna de las dos saldrá herida.

—¿Acaso estás loca? ¿Qué pasa contigo? No... espera, no me digas que tú también formas parte de... No... ¡No es posible!

Sara se fijó en ella y su expresión la desconcertó. Parecía otra persona. Sus gestos, su mirada, su altanería, su soberbia... Aquella mujer no era Mónica.

—¡Uf, por fin reaccionás! Por lo que veo, Devon te dejó medio tarada. Mira, Sara, no me gustaría hacerte daño. Es más, en verdad te aprecio, así que, por favor, no me jodás y portáte bien. Vamos a hacer un poco de turismo por Filadelfia, ¿satisfecha?

—¿Por qué vamos allí? ¡Mónica, por Dios! ¡Contéstame! —gritó angustiada.

—No te lo voy a repetir dos veces. ¡Calmáte! Solo te pido que no intentés hacer nada de lo que podás arrepentirte o, de lo contrario, me veré obligada a actuar de forma drástica —aseguró, tirando el cigarrillo por la ventanilla.

¡No, por Dios! Otra vez esa sensación de angustia y pánico se había apoderado de ella. En el fondo pensaba que se lo merecía. Se había arriesgado demasiado y ahora estaba pagando las consecuencias con su propia integridad física. ¿Desde cuándo era tan ingenua?

Sara asintió, y Mónica, muy despacio, retiró el arma de su sudorosa frente.

—Eso es... veo que nos vamos entendiendo.

Aquel gesto de autarquía la estremeció. Todos sus sentidos se pusieron en alerta, y un torrente de adrenalina comenzó a recorrerle las venas del cuerpo, el cual se estaba preparando para lo que se avecinaba como si se tratase de un mecanismo de defensa: las manos se le helaron, la garganta se le secó, las pupilas se le ensancharon como dos obsidianas, y el corazón comenzó a palparle igual que si hubiese corrido una maratón de cuarenta y dos kilómetros. Estaba padeciendo un ataque de ansiedad. No uno cualquiera, sino uno brutal. Esa sensación le era familiar. Era la misma de hacía tan solo unos días, cuando supo que Devon era un capo muy peligroso. Sin embargo, esto lo superaba. Ahora, Mónica, su amiga-editora de la que en un principio su instinto le hizo desconfiar, la había secuestrado.

Por su mente pasaron cientos de imágenes. No podía creerlo. Había compartido tantas risas y tantas confidencias con ella. Tantas y tantas. En efecto, le había servido el corazón en bandeja, le había mostrado todos sus miedos, sus ilusiones, sus deseos... ¿Cómo era posible? ¿Cómo pudo no darse cuenta antes? De hecho, lo intuyó, pero aquella idea fue desechada. ¡Por favor! Era Mónica, una guapísima argentina con la voz más dulce del universo. ¡Cinco años estudiando el cerebro humano tirados a la basura como si nada! ¿Psicóloga? ¿De verdad lo era? Sara ya dudaba de sus propias capacidades y solo se preguntaba qué sería lo siguiente. La pregunta era: ¿habría siguiente?

No pudo evitar acordarse del refrán que solía decir su madre: «dime con quién andas y te diré quién eres». Eso mismo se preguntó: ¿quién era ella? ¿En qué se había convertido? En una irresponsable a cambio de echar los mejores polvos de su vida. ¡Oh, sí! Desde luego, Ana le hubiese dicho que si alguna vez tenía que marcharse de este mundo, la mejor forma de hacerlo era follando. Ella tampoco lo ponía en duda, y ojalá hubiese sido así: ojalá hubiese sido bajo el cuerpo de Devon. Pero no, era mucho peor. Seguramente la policía encontraría su cadáver meses después en algún suburbio, con un agujero en medio de la cabeza, y todo por culpa de una perturbada.

¡Mierda! No podía permitirlo.

Por un segundo mantuvo la calma. Tenía que pensar algo rápido y efectivo. ¿Qué tal una buena patada en el estómago? De ese modo, podría hacerse con el control de la situación. Otra opción era intentar pedir ayuda con el móvil, pero, por desgracia, Mónica le exigió que se lo entregara. Sin duda, esa opción había que descartarla, a no ser que consiguiese patear sus entrañas. De nuevo, esa idea iba ganando puntos sobre todas las demás. Necesitaba quitarle el arma como fuese. Estaba en una encrucijada, y Mónica no dejaba de apuntarle a la cabeza con una parsimonia absoluta.

«Esta hija de puta sabe lo que hace».

Sara estaba equivocada, Devon no era el mejor actor de la productora; Mónica se llevaba la estatuilla. Aquella pelirroja endemoniada era una demente. Era fría y calculadora: ¡Dios mío! Era una psicópata. ¿Quién si no podría ocultar su verdadera personalidad sin levantar ni siquiera un ápice de sospecha? Desde luego, nadie que estuviese en sus sanos cabales, y esos ojos de víbora lo ratificaban.

¿Qué podía hacer? Sus neuronas no le daban una mísera tregua, y no disponía de mucho tiempo. Lo primero de todo era analizar la situación, aunque le resultaba muy difícil mantener la templanza. Pero debía hacerlo. Ahora más que nunca tenía que poner boca arriba sus cartas más valiosas, y no conocía mejor escalera de color que su amplio historial clínico. Sara atesoraba uno muy completo. Había trabajado con diversos perfiles psicológicos. Incluso estuvo un par de años en un colegio privado. Le encantaban los niños, y recordó lo gratificante que había sido trabajar junto a ellos. Asimismo, recordó que los casos más recurrentes a los que había tenido que enfrentarse eran el síndrome de Asperger y la agresividad precoz. Quizás Mónica también había sufrido algún tipo de desequilibrio emocional en su infancia. Sí, quizás, con un poco de suerte, podría encontrar la aguja que desinflara aquella personalidad tan perversa. En esta ocasión, estaba ante el reto profesional más importante de su vida. Si algo había aprendido en todos esos meses era a ser una buena actriz, así que bajó el tono de voz e intentó transmitirle un aura de sumisión.

—Está bien, te prometo que no te daré problemas, pero, por favor, antes respóndeme: Mónica, ¿por qué yo? Sabes que no sé nada de los asuntos de Devon. Él solo se acuesta conmigo, tú misma me lo has dicho. Cuando se canse de mí, me dejará. Solo soy una más.

—¿De verdad creés que si vos fueses una más me iba a tomar tantas molestias?

Sara esperó unos segundos antes de volver a la carga.

—¡Entonces, explícamelo! Me lo merezco. Si en realidad me aprecias tanto como dices, ¡explícamelo! Mónica, por favor, al menos quiero saber qué es lo que quieres de mí.

—¿En serio?, ¿todavía no lo sabés? Sos una mina muy bobá, lo supe desde el día que te recogí en el aeropuerto, y más tarde, cuando Devon te miró... Sí, intuí que serías una buena presa. Por eso mismo te puse al tanto de los negocios de su familia. Quería ver cómo actuabas. Todo

formaba parte de un minucioso plan. ¿Acaso no te resultó extraño que llamara a Devon para suplicarle que, por favor, fuera a consolarte al hotel? Lo hice aposta, porque sabía que él te contaría la verdad, y eso incluye el paradero de la caja de música... Sara, no lo niegues, sé que sabés más de lo que decís. Cuando Andrea te interrogue, lo escupirás todo por esa boca tan bonita. Más te vale que sea así.

—¿Cómo dices? Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo sabías que Devon se fijaría en mí? ¡Por Dios! Todo esto es una locura.

—Una locura que está dándome muy buenos resultados. Sara, ¿no lo comprendés? Vos sos la llave que abre la caja de música.

—¡Pero yo no sé nada, maldita loca! Perdona... no quise decir eso. ¡Mónica, por favor, recapacita! Si me sueltas, te prometo que me marcharé a España y jamás diré nada a nadie. Es más, dejaré a Devon, dejaré la editorial, lo dejaré todo... Dime, ¿qué quieres? No tengo dinero, pero te daré todo lo que gane con el contrato. Mónica, te lo suplico, no hagas que ese hombre me mate. Serás igual de asesina que él. ¿Acaso eres una asesina? Mónica, ¿quién eres en realidad? ¿Eres una Crecento? ¿Es eso?

—¡Tantas y tantas preguntas!

Mónica volvió a apuntarle a la cabeza con un gesto frívolo.

—Me duele la cabeza. ¡Sos tan molesta! ¿Por qué simplemente no te callás? Anda, bebé un poco de agua. Te hará falta después de lo que voy a decirte.

Sara cogió el botellín y tomó una bocanada, pero estaba tan sedienta que se lo bebió de un solo trago.

—Eso es, buena chica. Verás, no soy una Crecento, pero como si lo fuese. Conocí a Andrea en París. Estaba con unas amigas tomándome una copa en el barrio de Saint Germain... ya sabés, el oasis de las librerías. Es paradójico, ¿no creés? Y entonces me sonrió. Sí. Fue un flechazo, al igual que lo tuyo con Devon. Desde entonces, él es mi única familia. Es lo único que tengo, y si me pide la luna, se la bajo. Es así de sencillo, ¿comprendés ahora por qué actúo así? Vos harías lo mismo por Devon.

—Ese hombre te está utilizando, ¿acaso no lo ves? Si te quisiera, no te involucraría en sus asuntos. ¿Qué... qué lle-vaba esa agua? —balbuceó mientras escuchaba cómo las palabras de Mónica se hacían cada vez más lejanas. Parecía que estaba contándole un cuento. Se sentía tan indefensa, tan poca cosa, que incluso sintió pena de ella misma.

—¡Shhh! Dormíte, pronto conocerás a mi hombre. Lástima que tu novio y el mío no puedan ser buenos amigos... es una verdadera lástima.

Sara empezó a ver borroso; le costaba hablar y los brazos se le volvieron tan pesados como dos vigas de hierro. De pronto, lo veía todo claro, aunque sus ojos estaban envueltos en una neblina opaca. Andrea había elegido cuidadosamente a su víctima: una mujer sin familia y, para colmo, editora, justo lo que necesitaba para infiltrarse dentro de la compañía del señor Brandon. Justo lo que necesitaba para llegar hasta el líder de los Pioginni. Según Mónica, ella era su debilidad, pero Sara no lo tenía tan claro: ¿realmente vendría a buscarla? ¿Era tan importante para Devon como para arriesgar su vida? No podía poner la mano en el fuego por él, pero deseaba que así fuese. Al menos, esa era la única esperanza que le quedaba. De no ser porque se estaba pellizcando el jersey, creería que aquello era un mal sueño, hasta que sus dedos se paralizaron y soltaron el trozo de angora negra aprisionada. Enseguida sintió que le faltaban las fuerzas. Solo quería irse de allí, correr hacia la luz. Pero era tan difícil llegar hasta ella que al final la oscuridad la arropó por completo.

Sara sabía que su pesadilla estaba a punto de comenzar, y que su nombre empezaba por la primera letra del abecedario.

Capítulo 30

Sara se despertó atarida y desorientada. Intentó abrir los ojos, pero era imposible. Apenas podía pestañear y se dio cuenta de que había algo que le inmovilizaba los párpados. Tampoco podía hablar ni moverse: tenía los labios silenciados bajo un fuerte esparadrapo, y las manos y los pies maniatados detrás de una silla. Hizo amago de respirar, pero le faltaba el aire. ¡Mierda! No había sido una pesadilla. En realidad, su editora le había jodido la vida.

De pronto, recordó lo sucedido y deseó con todas sus fuerzas que ojalá aquel botellín de agua hubiese estado envenenado. Desde luego, eso hubiese sido lo mejor. No quería recuperar la conciencia, ¿para qué? De hecho, creía que había traspasado la puerta del más allá y se sentía en paz consigo misma dentro de un mundo donde no había maldad. Un mundo en el que no había cabida para las desilusiones y el sufrimiento. Quizás era a causa de la droga, pero, en ese momento, la muerte era lo único que podía reconfortarla, y solo rezaba porque Andrea Crecento acabase cuanto antes con su vida. Lo único que le preocupaba era el dolor físico... Sabía que no lo soportaría.

Al no poder ver, el oído y el olfato se le habían agudizado. De repente, escuchó el chasquido de una puerta junto con el sonido de unos pasos pesados que se acercaban hasta ella. Luego percibió un intenso olor a óxido y a whisky chocando contra sus labios. El ambiente estaba inundado de una fragancia metálica que, a su vez, se mezclaba con notas de lavanda, salvia y orégano. Sara reconoció ese aroma, y estaba casi segura de que era el olor de la sangre, enmascarado bajo un sinfín de especias. Necesitaba averiguar dónde cojones se encontraba, aunque intuía que saberlo tampoco le serviría de mucha ayuda. De todas maneras, era imposible escapar de allí. Sin embargo, no podía luchar contra su instinto de supervivencia, el cual se negaba a rendirse y afloraba de forma natural.

—Bienvenida, señorita Carrilla, ¿o mejor debo llamarla señorita Martín?

Sara supo de inmediato que aquella voz se correspondía con la de Andrea Crecento. ¿De quién sino?

—Permíteme que te tuteé, ¿estás cómoda? ¿Quieres tomar algo? No me gusta ser descortés con mis invitados.

Al escuchar aquellas palabras teñidas de sarcasmo, ella comenzó a tiritar. Estaba empapada de agua hasta la médula, los dientes le castañeteaban y un frío punzante le recorría sin prisa la espina dorsal. Sentía escalofríos, y los pezones se le pusieron enhiestos, al igual que todo el vello del cuerpo. Tenía frío. Muchísimo frío. Y también tenía mucho miedo, ya que la mera presencia de Andrea la sobrecogía.

De pronto, él se acercó hasta ella y, desde atrás, le colocó las manos en los hombros, quedándose a tan solo a unos milímetros de su barbilla.

—Creo que podemos evitarnos las presentaciones formales, después de todo yo no soy un caballero —musitó en su oído—. ¡Mmm! Tienes una piel tan suave —ronroneó, mientras metía las manos bajo el jersey—. Devon siempre ha tenido buen gusto para las mujeres. Debo reconocer que cualquier hombre estaría loco por follarte.

Cuando los dedos de él acariciaron la copa del sujetador, Sara dio un respingo e intuyó que su tortura acababa de empezar. Por lo visto, Andrea tenía la intención de hacerla pedacitos a un

ritmo flemático. ¡Dios, era repulsivo! Sus manos invadían cada rincón de su piel mientras un aliento a alcohol le calentaba las mejillas.

—¡Vaya! ¿Es mi imaginación o te está gustando?

Sara intentó moverse con todas sus fuerzas hasta que la silla se tambaleó. Sintió tanto asco en sus entrañas que ahora comprendía a Devon. Ahora comprendía por qué el ser humano podía llegar a convertirse en un vil asesino. Es más, si hubiese tenido un arma entre las manos, no hubiera titubeado en dispararle una bala directa al pecho; aunque intuía que el corazón de ese demente hacía mucho tiempo que había dejado de latir.

—¿No te gusta jugar? Está bien, vamos a pasar al plan B.

Andrea le dio un tirón a la cinta adhesiva que oprimía su boca, y luego le quitó la venda de los ojos y le desató las manos. Al principio, Sara lo veía todo borroso, pero, poco a poco, comenzó a recuperar la visión. El lugar era lúgubre, y apenas se distinguía un atisbo de luz. Parecía un almacén o algo por el estilo, y de nuevo percibió ese olor a especias. Cada vez que lo inhalaba era como un pequeño sople de aire fresco que la llenaba de energía.

—Perdona mis modales... No estoy acostumbrado a tratar con señoritas de tu clase. ¿Quieres más agua? —preguntó, en un tono gentil.

Sara no sabía cómo comportarse frente a él. Su perfil de personalidad la había dejado paralizada. Incluso se acordó del máster en psicología forense y jurídica, en el que había estudiado casos espeluznantes. Era increíble hasta dónde podía llegar el ser humano. Ahora entendía por qué no había sido capaz de pasar las prácticas judiciales. Simplemente no tuvo el suficiente valor para analizar el comportamiento de un violador o de un pederasta. Desde ese día, se dio cuenta de que estaba hecha de otro tejido, al parecer de uno muy blandito. Esas vivencias se quedaron guardadas en su mente y, al cabo de unos meses, para lo único que le habían servido fue para moldear el carácter de uno de sus personajes más temidos: Yuu Takai, el malo malísimo de su historia, ahora reencarnado en Andrea Crecento. Daba la sensación de que estaba viviendo su novela en primera persona, y presentía que esta tampoco tendría un final feliz.

Andrea no dejaba de examinarla humedeciéndose los labios, y ese gesto no le presagió nada bueno. En ese instante, se dio cuenta de que su aspecto no era tan tenebroso como el peligro que irradiaban sus palabras. Al contrario, era un tipo alto, rubio y bien parecido. Llevaba el pelo recogido en una coleta y una camiseta negra de manga corta mostraba con vanidad las líneas atléticas de su torso. En el brazo derecho tenía tatuado un dragón de colores, y su dedo índice estaba coronado por un anillo de oro con la insignia de una estrella. Quizás esa era la señal distintiva de su clan. Pero lo que más le sorprendió fue su mirada: angelical y, a la vez, mordaz. Había que reconocer que era un tipo bastante atractivo, nada que ver con su execrable interior. Ahora entendía para qué utilizaba su físico imponente: sin duda para engatusar a las mujeres, al igual que ya había hecho con Mónica.

—Por tu silencio entiendo que no deseas tomar nada. Está bien, vamos a charlar un ratito... Supongo que eso es lo que hace Devon contigo antes de metértela. ¡Qué cabrón! Es un putito casanova —puntualizó, torciendo la boca a medida que se servía una copa—. ¿Seguro que no quieres un trago? Es un whisky escocés de doce años, era el favorito de Mónica.

Al escuchar aquella frase, a Sara se le encogió el estómago.

—¿Era? —Ella se atrevió a romper su silencio.

—Sí, has escuchado bien. Mónica ya no está entre nosotros. —Andrea se bebió el vaso de un trago—. Fue una gran mujer... Una mujer leal para la organización, pero sabía más de la cuenta y empezaba a ser un incordio. Incluso me suplicó que no te matase, ¿puedes creerlo? —Comenzó

a reírse—. No sé qué tipo de lobotomía le hiciste en el cerebro, pero, en estos últimos meses, se había transformado en una blandengue. —Andrea estrelló el vaso contra el suelo—. Y, sintiéndolo mucho, no podía darme el lujo de dejarla con vida. Entiéndeme, sería un peligro para los Crecento.

Sara puso los ojos como platos. ¿Qué clase de monstruo era Andrea Crecento? Al menos Mónica tenía una justificación para hacer lo que había hecho, pero ese hombre. No, mejor dicho, ese hijo de puta acababa de matar a su novia y estaba bebiendo como si nada. ¡Por favor! ¿Cómo podía ser tan frío y tan calculador? Las uñas se hincaban con fuerza en la palma de su mano mientras intentaba asimilar aquella información. No podía creerlo y hasta dudaba de sus palabras. Incluso creyó que se lo había inventado todo para intimidarla. Sí, estaba segura. Todo formaba parte de una estrategia psicológica. Por supuesto que sí. No era real. No podía ser real.

—¿Crees que soy estúpida? —verbalizó con la poca entereza que le quedaba.

—¿No me crees? —Andrea la miró de soslayo—. ¿Así que piensas que solo ha sido un farol?

Él chasqueó los dedos y llamó a uno de sus hombres.

—¡Lucio! Trae el cuerpo de Mónica... Vamos a enseñarle a la señorita Carrilla de qué somos capaces los Crecento.

Un hombre calvo, de casi dos metros, asintió y luego abrió una puerta de hierro mohosa. A los pocos segundos, volvió a aparecer, trayendo consigo a una mujer entre los brazos. Sara estiró el cuello para poder tener más visibilidad y comprobó que Andrea no le había mentado. Era cierto, aquella silueta se correspondía con la de su editora.

—¡No puede ser! —gritó ella con un gemido desgarrador al ver el cuerpo inerte de Mónica.

Sara se fijó en su rostro: tenía los ojos abiertos igual que los de una mártir; la boca estaba entreabierta, y por la frente aún le caían unas ligeras gotas de sangre, poniendo un punto y final a aquel cuadro terrorífico. Sara apartó la mirada, no podía soportarlo. Nunca había visto tanto dolor en una expresión y, aunque ella era la culpable de que se encontrara en ese lugar, no pudo evitar sentir pena de su triste desenlace.

—Te lo dije, yo nunca miento. —Andrea le acarició los labios con el pulgar—. Tienes una boca preciosa... Me pregunto a qué sabrá la zorra de Devon.

A continuación, él la besó. Le metió la lengua hasta el fondo, sujetándole la nuca con una de sus fornidas manos para evitar que ella se moviera. Sara creyó que iba a vomitar y, cuando él se separó de sus labios, le escupió a la cara. No podía más. La había sacado de sus casillas. De todas formas, iba a morir, así que pensó que si lo cabreaba aceleraría el proceso.

—¡Buah! Me has puesto como una moto. Me encantan las mujeres con carácter —aclaró con desdén—. Creo que vamos a pasarlo muy bien, pero antes me vas a decir un par de cositas. —Le sujetó el cabello con fuerza y la obligó a mirarlo a sus ojos grisáceos.

—¿Qué quieres de mí? ¡Mátame de una puta vez! —gritó ella, intentando que su voz sonase convincente.

—No, no... no. —Andrea emitió un ruidito con la garganta—. Todavía no. A ver, preciosa, si me respondes puede que lo haga... puede que tengas una muerte indolora. ¿Dónde demonios está la caja de música?

Sara intuyó que le haría esa pregunta y emitió un fuerte suspiro.

—No sé de lo que me hablas... Te estoy diciendo la verdad. ¡Mírame! ¿Por qué tendría que mentirte? Estoy acabada.

Andrea apoyó un codo sobre el respaldo de la silla y se quedó pensativo.

—Preciosa, no me gustan tus truquitos de psicóloga. ¡Uf! Me da mucha pereza tener que

interrogar a una mujer tan hermosa. Por favor, colabora, o no me quedará más remedio que llenarte esta carita tan bonita de cicatrices, así que no me obligues a hacerlo. Te lo preguntaré de nuevo... Venga, guapa, haz memoria: ¿dónde guarda Devon la maldita caja? Es una reliquia, estoy seguro de que te acuerdas de ella. Apuesto lo que sea a que eres el tipo de mujer que se fijaría en algo así... Te daré unos segundos para que recapacites —comentó, a la vez que ahuecaba las manos entre sus rizos.

Sara cerró los ojos y le contestó de forma tajante:

—No lo sé.

—¿Seguro que no recuerdas nada?

Aquello sonó más bien como una advertencia, y, acto seguido, ella negó con la cabeza.

—Preciosa, quiero que sepas que la paciencia no es una de mis virtudes.

Justo después, Andrea le tiró del cabello hacia atrás.

—¿Duele? Es una pena que no quieras decirme la verdad. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¿Dónde está la maldita caja? No te lo preguntaré más veces.

A Sara le quemaba el cuero cabelludo y, por un instante, creyó que él le arrancararía el pelo.

—Está bien, te... lo di-ré —balbuceó entre jadeos.

Al escucharla, Andrea bajó la cabeza y se acercó hasta su boca para escuchar lo que tenía que decirle.

—¡Jódete! Eres un maldito cabrón. Yo que tú no estaría tan confiado. Los Pioginni acabarán contigo. —Sara le sonrió descaradamente, antes de volver a lanzarle otro escupitajo a la cara. Andrea se limpió el rostro con el dorso de la mano mientras le advertía con una hosca mirada que aquella contestación no había sido la más acertada. Entonces, ella supo que había firmado su sentencia de muerte.

—Tienes razón, debería acabar contigo, pero aún no. Aún te necesito viva. Vas a servirme como anzuelo, y tu amorcito vendrá a por ti.

Sara esperó la revancha y respiró de forma profunda antes de enfrentarle con los ojos.

—No lo hará. No tienes ni idea... Por favor, solo nos hemos acostado un par de veces. No tiene sentido. ¡Nada tiene sentido!

—Todo tiene sentido, ya lo entenderás, preciosa.

Andrea le hizo una carantoña en los pómulos e, inesperadamente, le dio un tortazo. Luego le sujetó la cara con una mano y volvió a darle otra bofetada. No satisfecho con eso, le pegó una patada a la silla, provocando que el rostro de Sara aterrizara contra el duro cemento, instante que él aprovechó para colocarse detrás de su espalda y empezar a apalearla sin compasión. Ella sentía como si miles de avispas la agujonearan por todas partes. La piel le escocía. Cada golpe era más intenso que el anterior y le dolía hasta respirar. ¡Por todos los santos, quería que parase! Si hacía falta suplicarle o inventarse dónde estaba esa puta caja, lo haría. No sabía por cuánto más tiempo podría soportar aquel calvario.

Durante un par de segundos, él dejó de hacerle daño. Sin embargo, la tregua duró poco, ya que Andrea volvió a contraatacar, presionando su frágil cuello con la suela de una bota negra de estilo militar. Cada vez ejercía más presión sobre ella, intentando asfixiarla, hasta que Sara levantó la mano en señal de clemencia. Entonces se agachó, tomó su rostro desfigurado y arqueó los labios ante su inminente rendición.

—La ca-ja de músi-ca la guar-da en una casa que tie-ne en Long Island... Eso esto-do lo que sé. Cré-eme...

—Así me gusta, eres una chica lista.

Acto seguido, Andrea le desató los pies y las muñecas. Luego la levantó sin ningún esfuerzo, como si fuese una pluma, colocándola de nuevo sobre la silla. Le sujetó la cabeza con las manos y, a continuación, le puso un espejo entre los dedos. Sara se miró el rostro: una parte de la cara estaba amoratada, y tenía varios rasguños alrededor de los mofletes. La nariz le sangraba, y bajo los párpados inferiores habían aparecido dos manchas color púrpura. Sus ojos estaban enrojecidos, llenos de lágrimas y de dolor. Creía que estaba viendo un fantasma. De hecho, le faltaba muy poco para convertirse en uno.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Andrea, divertido.

Sara lo miró desconcertada. Andrea Crecento quería seguir jugando, pero ella no estaba por la labor y emitió un profundo sollozo, que sonó más bien como un aullido de desesperación.

—No veo nada. Solo soy un espectro de mí misma.

Andrea le sonrió y le recogió el pelo con una gomilla.

—Aún no. Aún no lo eres... ¡Mírame! —le ordenó, echándole el cuello hacia atrás.

Sara lo escuchaba a intervalos. El oído y la vista empezaban a fallarle. El corazón le bombeaba con menor intensidad, y sus pulmones se quejaban por la falta de oxígeno. Notó cómo el dolor se desvanecía de su cuerpo al tiempo que un sudor frío le perlaba la frente. No sabía con certeza cuánto tiempo le quedaba y, aunque no creía en ninguna fuerza suprema, había algo en lo que sí deseaba creer, y era en volver a reunirse con su padre. Deseaba verlo. Tocarlo. Sentirlo. Quería exorcizar el dolor que padecía a través de su recuerdo. Quería abrazarse al olvido... oler el aroma de un libro nuevo. Acabar su historia y escribir un final feliz. Sin embargo, un estampido de agua glacial la avivó justo cuando estaba a punto de caer dentro de un precipicio nubloso.

—¡Mírame! —le exigió Andrea.

Sara se comparaba con una muñeca de trapo. Apenas sentía los brazos y las piernas. Apenas sentía un hilo de vida.

—¡Joder! ¡He dicho que me mires! Voy a hacerte una foto de recuerdo. Estoy seguro de que cuando tu querido Devon te vea tan favorecida, hará todo lo posible por venir a rescatarte.

Sara negó con la cabeza, como dando por hecho que jamás volvería a ver a Devon. Ya lo había asumido: sus esperanzas se habían evaporado al igual que el color de sus mejillas.

—¡No lo ha-rá! ¡Mal-dito chi-flado!

—Eres dura de roer... Solo suplicas cuando el dolor absorbe cada molécula de tu cuerpo. ¿Qué te parece si acabamos lo que antes dejamos a medias? —sugirió él mientras le subía el jersey por encima del ombligo.

Sara suplicó al universo, a la naturaleza y a todos los Dioses que componían las diversas religiones del mundo que, por favor, su cerebro se apagase en ese instante. La vida era injusta. Recordó el día en el que se había desmayado a las ocho de la mañana, cuando fue a hacerse una analítica de sangre. Sin embargo, ahora su cuerpo estaba drogado y magullado y, pese a todo, aún tenía lucidez. Sí, la vida era injusta.

—¡Salid de aquí! Y no entréis hasta que os avise —ordenó Andrea a dos de los hombres que custodiaban la entrada.

—¿Te avergüen-zas de tus ac-tos? —Sara torció los labios—. Yo tam-bién lo ha-ría. Eres un maldito co-bar-de.

Andrea la sujetó de los hombros y la zarandeó.

—¡Cállate! Voy a hacer que te arrepientas de haberme llamado cobarde. Antes de acabar con tu vida, vas a saber lo que es follar con un hombre de verdad. No te hagas la estrecha, sé que lo deseas tanto como yo.

Acto seguido, la tumbó en el suelo y le quitó los pantalones con premura. Sara no podía luchar, y aunque quisiera intentarlo, era imposible, el cuerpo no le respondía.

—Preciosa, eres un espectáculo para los cinco sentidos... Realmente voy a disfrutarlo. Ninguna otra hubiese aguantado tanto —susurró mientras le chupaba la clavícula—. ¿Sabes? En otras circunstancias habríamos hecho una buena pareja.

Sara cerró los ojos. No podía moverse. Andrea se había encargado de destrozarse no solo su cuerpo, sino que también iba a destrozarse lo poco que quedaba de su alma.

—Eso es... buena chica.

Andrea le metió una rodilla entre las piernas y la inmovilizó. Al sentir el tacto de su piel, Sara apretó los nudillos y algo dentro de ella despertó. No podía permitir que ese malnacido se siguiese aprovechando de su debilidad. Entonces decidió luchar. La rabia era la única arma que le quedaba, y pensaba utilizarla en el momento apropiado.

—Vamos, guapa... relájate, vamos a divertirnos.

Cuando él se disponía a penetrarla, Sara le dio una patada triunfal. Todavía no entendía de dónde demonios había sacado ese ímpetu guerrero, pero lo importante es que le había dado resultado y había conseguido quitarse a ese hombre de encima. Al menos por ahora.

—¡Maldita puta! —exclamó Andrea, retorciéndose de dolor en el suelo.

Sara aprovechó esos segundos de confusión para levantarse y tomar un ápice de ventaja. Lo primero que hizo fue analizar el lugar y comprobar si había algún arma con la que pudiera defenderse, sin embargo, Andrea se incorporó tan deprisa que no le quedó más remedio que esconderse en el almacén. Estaba nerviosa y confundida. Tan solo cogió unos frascos de vidrio que había tirados en el suelo, y arrastró los pies hasta apoyar la espalda detrás de unas cajas.

—¡Ya verás cuando te encuentre! No puedes escapar de mí. Además, tengo quince hombres a mis órdenes. ¿Me escuchas? ¡Lo vas a pagar, zorra! —Andrea comenzó a reírse de forma tétrica mientras el sonido de su risa hacía eco por todo el lugar—. Te hubiese gustado, pequeña, pero ahora no seré tan compasivo. ¡Ahora te va a doler!

Andrea estaba en lo cierto, ella no tenía escapatoria y apenas podía moverse en su lamentable estado. A medida que él avanzaba entre los pasillos, pateaba con violencia las estanterías, las cuales caían al suelo al igual que las sospechas de Sara: ahora no le cabía la menor duda de que aquel sitio era el almacén de un herbolario. Entonces cayó en la cuenta de que los Crecento utilizaban esos tarros de especias para traficar con cocaína.

Durante unos minutos, se hizo un molesto silencio, hasta que ella escuchó unos pasos acercándose a su amedrentada figura. La adrenalina era lo único que la mantenía activa. Aquel hombre era su mayor pesadilla, y estaba tan cerca que incluso podía oler su maldad. Todos los músculos se le tensaron, y el corazón se le puso a mil por hora al sentir su presencia. Los nudillos se le tornaron blanquecinos mientras, vibrantes, sujetaban el contorno de dos recipientes. Tenía que ser precisa, pues si fallaba, no volvería a tener otra oportunidad.

De repente, Andrea apareció de la nada y la observó con cara de pocos amigos.

—Aquí estás... Me has engañado, maldita zorra. Eres muy hábil, te hacía moribunda. Acéptalo, preciosa, he ganado. Se te han acabado los comodines.

Se aproximó a ella sigilosamente, sin dejar de morderse el labio inferior.

Sara supo que era el momento clave de sacar toda su artillería y le tiró el primer bote, sin embargo, Andrea lo evitó con un simple gesto; justo después, le lanzó el segundo, aunque tampoco tuvo suerte. Tan solo escuchó el ruido de los cristales rompiéndose en el suelo, al igual que lo hacían todas sus esperanzas de salir victoriosa. Con la vista fija en el techo, ella se

derrumbó. Todo se había acabado. Las rodillas le flaquearon, y se arrodilló ante su captor con los ojos abatidos. Odiaba reconocerlo, pero Andrea había ganado. Al menos había luchado como una leona hasta el último aliento, y se sintió orgullosa de ella misma, de lo valiente que había sido y de cómo había afrontado aquella traumática situación.

—Sara, Sara, Sara... dime, ¿qué voy a hacer contigo? —Andrea le acarició la cabeza como un cachorro, y luego la empuñó del pelo, arrastrándola por el pavimento—. ¡Vamos, levántate! No voy a volver a picar el anzuelo.

Sara intentó hacer lo que él le decía, pero no pudo mantenerse en pie y se quedó en *shock*, apoyada con las manos en el suelo, observando el brillo que emanaban sus impolutas botas negras.

—¿Con que esas tenemos? Está bien, tendré que follarte como una perra. Has sido una chica mala y mereces un castigo.

Ella percibió en los glúteos la frialdad de la hebilla de su cinturón.

—¡Oh, sí! ¿Lo notas? ¿Notas lo cachondo que estoy?

Sara cerró los ojos al escuchar el ruido de una cremallera y supo que ya no había nada que pudiese hacer. Impotente, apretó la mandíbula mientras una vorágine de pánico le cortaba la respiración. Fueron los segundos más angustiosos de toda su vida, hasta que el chirrido de una puerta le dio un atisbo de esperanza. En ese instante, Andrea se apartó de ella y, estupefacto, miró a uno de sus hombres.

—¡Jefe! Siento la interrupción, pero Devon Pioginni acaba de llegar.

Al escuchar el nombre de Devon, Sara sonrió, pensando que aquello era una alucinación de su cerebro, pues apenas le quedaban fuerzas ni para respirar.

—¿Cómo dices? —Andrea soltó el cuerpo de Sara y se subió la cremallera con ímpetu—. ¿Cómo es posible que esté aquí? ¡Mierda! Se suponía que no íbamos a contactar con él hasta pasadas unas horas.

—¿Qué quiere que haga, jefe? ¿Lo matamos?

—No, esa sería la última opción. Primero tenemos que saber el paradero de esa maldita caja. ¿Ha venido solo?

—Sí, jefe.

—¿Estás seguro? No quiero sorpresas de última hora.

—Completamente seguro.

—Está bien, desármalo y hazle pasar. Mientras tenga a la chica, hará todo lo que le diga.

Andrea tomó a Sara en brazos y se la echó al hombro como si fuese una mercancía.

—¿Ves? Te lo dije, te dije que tu amorcito vendría a por ti... lo que me extraña es que lo haya hecho tan rápido. —La colocó encima de la silla y le susurró al oído—: Siento haberte dejado con las ganas, pero ya tendremos tiempo de continuar con lo nuestro cuando me encargue de él.

Luego se acercó a su rostro y la besó en los labios. Esta vez, Sara no opuso resistencia y dejó que aquel cerdo le explorase la boca a su antojo. Estaba demasiado cansada como para detenerlo, y ya no le importaba lo que hiciese con su cuerpo. Mientras sentía el calor de su lengua saqueándole el paladar, ella tenía la vista clavada en uno de los focos parpadeantes del techo, y se dio cuenta de que estaba a punto de fundirse al igual que su propia vida. De pronto, ya no sentía dolor. Ya no sentía nada. Por fin su cuerpo estaba anestesiándose y sonrió; estaba en el limbo. En ese lugar Andrea no podía hacerle daño. Allí no. Nunca más.

«Papá, ahora puedo verte».

Capítulo 31

Cuando Devon entró en el almacén y vio a Sara apaleada y medio desnuda, la sangre se le congeló. Apartó la mirada de ella y se llenó los pulmones de aire. Ni siquiera pestañeó al encontrarse frente a frente con los ojos plateados de Andrea. En ese instante, no era Devon Stelin, sino Devon Pioginni, un mafioso que no se intimidaba por nada ni por nadie. No podía mostrarse pusilánime, de eso dependían la vida de Sara y también la suya propia. Tenía claro que si salía de esta, ella jamás volvería a ser la misma. ¡Dios! Era la primera vez que se involucraba sentimentalmente con alguien y, asimismo, era la primera vez que su corazón ardía de dolor. Nunca creyó que las cosas pudiesen llegar tan lejos y maldijo la hora en la que se encaprichó de esa española. Debería haber hecho caso a Steve: él no estaba hecho para el amor. Todo lo que tocaba al final acababa muriendo entre sus dedos.

—¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí? No puedo creerlo, si es el gran actor, Devon Stelin. Has llegado justo a tiempo para ver cómo mato a tu putita.

Andrea se colocó detrás de Sara y le levantó la cabeza con desdén.

—¿A que la he dejado guapa? Por poco nos pillas en una situación comprometida, tu zorrита es una mujer muy fogosa. —Se rio en voz alta.

Devon se metió las manos en los bolsillos y escaneó a Andrea. Sabía que él utilizaba sus mismos trucos y, por ende, intuyó que aquello solo se lo estaba diciendo para que perdiese la calma. Pero no pensaba darle el gusto, al menos hasta que sus hombres llegasen. Se giró de lado y volvió a adoptar una posición defensiva, haciendo que sus ojos se volviesen inexpresivos, aunque por dentro estaba calcinándose de angustia.

—No es mi zorrита, y me importa bien poco lo que le ocurra... Estoy aquí por otra causa —afirmó, con una sonrisa arrogante, al tiempo que encendía un cigarrillo y echaba una rápida ojeada al almacén.

—Ah, ¿no me digas? No sé si creerte, todos sabemos que eres un buen actor.

Devon torció la boca ante aquel comentario que, de no ser por la situación, se lo hubiese tomado como un cumplido. Caminó un par de pasos, echó los hombros hacia atrás y le dio una fuerte calada al cigarro mientras se preparaba para intimidarlo psicológicamente. Con cualquier otro adversario, incluso le hubiera resultado divertido, pero, en esta ocasión, la mujer a la que amaba más que a nada en este mundo estaba debatiéndose entre la vida y la muerte. Desde luego, no era el momento más idóneo para jugar al gato y al ratón.

—¡Adelante! Cárgate a la mano derecha de Logan, ya sabes el lío en el que te meterás. ¿De verdad piensas que matando a esta mujer vas a sacarme alguna información acerca de la caja de música? Sabía que eras imbécil, pero no tanto.

Devon examinó la sala hasta el último detalle. Delante de él había una mesa ovalada y un par de sillas de metal. Al fondo, se encontraban varias cajas de cartón, amontonadas unas encima de otras; algunas de ellas yacían en el suelo junto a unos trozos de vidrio, salpicados por una hilera de gotas de sangre. Todo indicaba que Sara había intentado defenderse con uñas y dientes. ¡Maldita sea! ¿Dónde diablos estaba él cuando Andrea estaba maltratándola? ¿Por qué no estaba allí protegiéndola? Apretó los puños, encolerizado, y se mordió la lengua para poder continuar su interpretación sin sobresaltos. No quería que ese monstruo averiguase sus intenciones.

Devon se llevó una mano al cinturón, aun a sabiendas de que estaba desarmado, mientras la mirada inquisitiva de Andrea no paraba de escrutar cada uno de sus movimientos.

—Espero que no intentes hacer ningún truquito conmigo. Eres un cabrón, y no me fío de ti.

De repente, se produjo un hilo de silencio entre ambos, y, en ese intervalo de tiempo, Devon aprovechó para quitarse la chaqueta. Sin soltar el pitillo de la boca, se remangó la camisa a la altura de los codos. Luego tiró el cigarrillo al suelo, aplastándolo sin compasión a la par que taladraba con la mirada a su archienemigo.

—Puedes estar tranquilo, no puedo hacer magia. Tus hombres se han encargado de desplumarme como una gallina.

Andrea se rio de forma jocosa.

—Devon... Devon... Devon... t♦♦ y yo sabemos que no eres ninguna gallina. En todo caso, eres un gallito que pica en cuanto menos te lo esperas.

Devon alzó el mentón y le dio un puntapié a una de las sillas.

—¡Déjate de gilipolleces y vamos al grano! —Escuchó a Sara gemir y no pudo proseguir con su brillante actuación; después de todo, no era tan insensible como pensaba—. ¿Qué quieres a cambio de que me devuelvas a la chica con vida?

—Antes quiero que me respondas a un par de preguntas —contestó Andrea, haciendo malabares con el arma.

—¿Quieres jugar conmigo a los periodistas? Está bien, tú dirás.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Mónica me avisó, pensé que lo sabías... ¿Por eso la has matado? —ironizó mientras observaba el cuerpo inerte de la editora.

—Tenía mis sospechas, pero no ha sido por ese motivo. —Andrea recuperó la vigorosidad en la voz y el cuerpo—. Ya conoces cómo es el negocio, no podemos estar con la misma persona por mucho tiempo y, sintiéndolo mucho, Mónica había sobrepasado la barrera. Sabía demasiado.

—Claro, por eso mismo has cometido la mayor de las imprudencias y te has saltado de golpe todas las reglas. Has ido demasiado lejos.

—No me regañes, Pioginni, no estoy de humor. Ahora quiero que me respondas a otra pregunta.

—Hoy estás muy hablador... ¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué te interesa tanto esta mujer?

—Ya te lo he dicho, esta mujer es una mina de oro para la editorial, y no quiero problemas con Logan.

—Pero te la has follado, ¿me equivoco?

—Sí, ¿y qué con eso? Eso no da te da ningún derecho a involucrarla en nuestros asuntos. ¿Sabes a cuántas mujeres me follo al cabo de una semana? ¿Piensas que matándolas a todas ellas te diré dónde está la puta caja?

—Ahí quería llegar yo... a la puta caja. Está bien, hablemos en serio; esa zorra me ha dicho que la guardas en la cabaña de Long Island. ¿Es eso cierto?

Devon emitió una carcajada.

—¿De verdad piensas que soy tan gilipollas como para decirle a esa mujer dónde se encuentra la caja? No me conoces, Crecento. No se lo diría a nadie. El negocio es lo primero.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo explicas tu presencia? Si esta zorra no fuese importante para ti, no hubieses venido. ¿Me estás diciendo que has firmado tu sentencia de muerte solo por venir a saludarme? No cuela, Pioginni.

—Claro que no cuela, en realidad, Sara es la excusa. No he venido por ella, he venido para vengarme. Llevo detrás de ti desde que tu padre asesinó al mío, y tengo una cuenta pendiente contigo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Matarme? —preguntó Andrea con una sonrisa burlona.

—¿Acaso lo dudas?

—¿Y cómo piensas hacerlo? Antes te meto un tiro en la cabeza. —Andrea lo apuntó con el arma.

—No lo creo, ya lo hubieses hecho. Si me matas, nunca vas a conocer el paradero de la dichosa caja. —Ahora era Devon quien lo miraba divertido—. Vamos, Andrea, ríndete de una vez y no hagas más el ridículo. Sabes que, hagas lo que hagas, los Crecento tenéis las horas contadas.

—¡A mí nadie me habla así! ¿Quién coño te crees que eres? —Aplastó la boquilla de la pistola contra su sien—. Te diré lo que voy a hacer: ¡voy a matar a esta guarra delante de tus narices! Veremos si después sigues hablándome en ese tono.

—Por mí como si le cortas el cuello. Vuelvo a repetírtelo: ríndete ahora y no sacaré a la luz la información que contiene la tarjeta micro SD. Te tengo pillado de los huevos. Sé que adoras a tu hermana, y también sé que no te gustaría verla entre rejas.

—¡No nombres a mi hermana! ¡Ni se te ocurra meterla en esto! No soy como tú. Yo sí cuido de las personas que me importan, por eso mismo me he encargado de esconderla bien lejos, donde ninguno de tus perros pueda olfatearla. —Andrea se llevó las manos a la nuca y emitió un alarido de rabia.

A Devon le laceraron sus palabras, tanto como si le hubiera metido una bala en medio del corazón. Andrea tenía razón, no había sido precavido, y Sara había pagado las consecuencias de sus errores. En ese momento no quería pensar en las vejaciones a las que ese demente la había sometido. No, no quería saberlo. Aún no estaba preparado para soportar esa carga emocional; tan solo quería sacarla de allí, llevarla a un hospital y curarle las heridas con besos y caricias. Quería que se olvidara de esa pesadilla entre sus brazos, y también quería que se olvidara de él. Ya había decidido que, en cuanto todo acabara, él mismo iba a encargarse de alejarla para siempre de su lado.

—Está bien, dejémonos de cháchara y terminemos de una vez por todas con esta guerra sin sentido. Si no vas a rendirte, no me queda más remedio que acabar con tu vida.

—Y dime, Pioginni, ¿cómo piensas hacerlo?

—Con mis puños, no me hace falta tener un arma para matarte.

—¿Y lo dices así, con esa seguridad? Eres muy chistoso, la verdad es que llevo un día de lo más divertido, pero ya empiezo a aburrirme de tanta valentía. Empezaré por la escritora, ¿qué te parece...? *Ciao, bambina* —dijo mientras apuntaba la pistola sobre la cabeza de Sara—. Después me encargaré de ti y le enviaré a mami tu preciosa cabeza de recuerdo.

—Ten cuidado, Andrea, quizás sea yo quien te corte la tuya.

Cuando Devon escuchó el chasquido de la pistola, supo que Andrea iba a disparar. Con un movimiento veloz, le tiró una silla al estómago y se lanzó contra él. Quería que sufriera por todo el daño que le había hecho a Sara, y no iba a descansar hasta verlo muerto. La rabia lo cegó, mientras los puños y las piernas golpeaban su cuerpo sin tregua. No obstante, el líder de los Crecento también era un hombre corpulento y esquivaba los golpes con facilidad. En un descuido, Devon recibió una patada en la boca, y Andrea aprovechó ese instante de confusión para poder huir, escondiéndose detrás de un montón de cajas apiladas. Justo cuando Devon iba a ir tras él, escuchó el repiqueteo de unas balas chocando contra las paredes del almacén.

¡Por fin había llegado Steve con los refuerzos!

En cuestión de segundos, aquella nave se convirtió en un campo de batalla donde los Pioginni y los Crecento intentaban someter al clan más débil. En ese momento, Devon asió a Sara con fuerza y la llevó hasta un lugar más seguro, escudándola del fuego con su propio cuerpo. Durante unos segundos, él le miró el rostro y se fijó en la magnitud de sus magulladuras. Solo le venían a la mente tres palabras: sangre, dolor y miedo. Antes no había podido observar las marcas de su piel, pero ahora las veía con claridad. Le masajeó el cabello con dulzura y la apretó contra su pecho mientras exclamaba un par de improperios. Tenía el jersey desgarrado y solo llevaba puestas unas braguitas e imaginó lo peor. Encolerizado, la cubrió con su chaqueta de cachemira y la besó en la frente. Se preguntó cómo Andrea había podido ser capaz de hacerle daño. Aquel hijo de puta no tenía ni un ápice de humanidad. Quizás él no era un ejemplo a seguir, pero, al contrario que Andrea, nunca involucraba a inocentes para poder conseguir sus objetivos. Por esa razón, se juró a sí mismo que el líder de los Crecento pagaría por ello, aunque fuese lo último que hiciera en esta vida.

—¡Nena, aguanta, no puedes rendirte! Eso es, pequeña, respira. —Devon acercó la oreja a su corazón y se alegró de que continuase palpitando, aunque los latidos sonaban irregulares; desconocía cuánto tiempo le quedaba de vida. Tenía un fuerte golpe en la cabeza, y la nariz no paraba de sangrarle.

—¡Mierda, Steve! ¡Necesito una pistola! —gritó desesperado a su mánager.

Steve no paraba de disparar, pero, a pesar del tumulto, localizó a Devon y le arrojó un arma. Los Pigionnis, poco a poco, avanzaban posiciones frente a los Crecento. Devon esperó hasta que sus hombres tuviesen la situación controlada para poder salir de su escondite.

—Ahora sí, pequeña, por fin vamos a largarnos de este infierno. —Steve le hizo un gesto con la mano, avisándole de que ya no había peligro. Acto seguido, cogió a Sara en brazos y avanzó por el almacén. A medida que se acercaba a la salida, los vidrios que había esparcidos por el suelo crepitaban y se adherían a la suela de sus zapatos, negros y brillantes. De repente, la nave comenzó a incendiarse, y todo se llenó de humo.

—¡Steve! ¿Dónde cojones está Andrea? ¡No quiero que escape!

—Tranquilo, lo hemos capturado cuando intentaba huir. —Steve señaló con la barbilla el lugar donde se encontraba el susodicho.

—Buen trabajo. —Devon le palmeó la espalda—. ¡No dejéis a nadie con vida!, ¿entendido? Más tarde me encargaré personalmente de esa rata de cloaca —voceó en alusión a Andrea que, en ese momento, estaba inmovilizado por uno de sus secuaces.

—Descuida —dijo Steve, con un gesto taciturno, al comprobar el semblante baldado de Sara.

—¡Me la he follado! Siempre estaré en su cuerpo, jamás podrá olvidarme —bramó Andrea enloquecido.

—¡Steve! ¡Sujeta a Sara!

—¡Devon! ¡No le hagas caso! ¡Solo está provocándote! Ahora mismo, tu prioridad es Sara.

—Tienes razón, Sara es lo primero, pero no puedo irme sin darle un anticipo de lo que voy a hacerle.

—¡Eh! Pioginni, podemos establecer una tregua. ¡Yo me quedaré con el negocio en Brasil y tú con el de México! —sugirió Andrea, forcejeando con brío entre los brazos de dos gorilas.

Devon se acercó hasta él, le sujetó de la coleta y alzó su rostro, mirándole con hastío antes de pegarle un golpe en el abdomen con el revés del arma.

—A estas alturas ya deberías saber que un Pioginni nunca hace tratos con un Crecento.

Siempre seréis nuestros perros falderos. Por cierto, en cuanto encuentre a tu hermanita, me encargará personalmente de que sufra tanto o más que Sara —le musitó en el oído. A continuación, le soltó el pelo con tanta fuerza que le echó la cabeza hacia atrás.

Andrea se quedó pálido mientras Devon arqueaba las comisuras de la boca. Tan solo era un engaño; él nunca sería capaz de aprovecharse de los más débiles, y mucho menos hacerle daño a una niña de quince años, pero tenía que darle a probar un poco de su propia medicina.

—Steve, ya puedes devolverme a Sara.

Devon la tomó en brazos y se alejó con ella en busca de su Porsche. Con mucho cuidado, la tumbó en el asiento de atrás mientras la miraba con los ojos enrojecidos y le quitaba el sudor de la frente con un pañuelo de papel. Justo después, entró en el vehículo, se colocó el cinturón de seguridad y luego pisó el acelerador hasta el fondo, pensando que si a Sara le ocurría algo por su culpa, él nunca podría perdonárselo.

Capítulo 32

Devon estaba tomándose un café cuando la enfermera le comunicó que Sara por fin había abierto los ojos. Dejó la taza a medio beber y se dirigió como un loco a la habitación. Llevaba dos días sin moverse del hospital, a pesar de que el doctor Kolls le había explicado que la paciente se encontraba fuera de peligro. Sin embargo, no quería dejarla sola.

Abrió la puerta muy despacio, percibió un olor a limón y desinfectante y se encontró de frente con unos ojos amielados a punto de explotar en lágrimas. Al verla despierta, sintió una inmensa felicidad, pero también sintió mucha cobardía. Era la primera vez en su vida que no sabía cómo actuar. Había jurado que si sobrevivía se alejaría de ella para siempre. Y pensaba hacerlo. Aún desconocía cómo y en qué momento se lo diría, pero era algo que ya había decidido. Prefería que ella lo odiase a que estuviese al lado de un mafioso que ponía su vida en el punto de mira.

Estaba muy nervioso y le temblaba el pulso. Antes de decir nada, se pasó varias veces las manos por la nuca. Lucía un aspecto desaliñado: una camisa arrugada sobresalía por encima del pantalón con los primeros botones desabrochados; su rostro se veía cansado, y una pequeña barba asomaba por los poros de su piel.

—Bienvenida a la vida. ¿Cómo te encuentras? —preguntó él, escondiendo las manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

—Estaré fuera, por si me necesitan —matizó el doctor.

Devon asintió y se aproximó a ella.

Sara tardó unos segundos en responder y, cuando lo hizo, lo miró fijamente a sus ojos aguamarina.

—¿Cómo diste conmigo?

Él no quería precipitarse en sus respuestas y, antes de hablar, meditó cada palabra que iba a decir.

—Me avisó Mónica. En el último segundo, se arrepintió de lo que había hecho y decidió colaborar. Si no hubiese sido por ella... yo... yo no sé lo que ese hijo de puta podría haberte hecho. Nunca me lo hubiese perdonado.

Asombrada, ella abrió los ojos de par en par.

—¿Mónica te ayudó?

—Así es. Mónica, en el fondo, te apreciaba.

—¡Uh! Bonita forma de apreciarme.

Al decir aquello, Sara hizo una mueca con los labios, y a él le dieron unas ganas incontrolables de besarla y de estrecharla entre sus brazos, pero sabía que eso era lo último que debería hacer. El plan era separarse de ella, no pegarse a su cuerpo como si fuese una lapa.

—Por lo que sé, Andrea le prometió que no te haría daño, y ella cometió el grave error de confiar en la palabra de un mafioso... Todos tenemos derecho a arrepentirnos, y créeme que, de no ser por Mónica, nunca hubiese podido encontrar ese puto almacén —confesó él, con una actitud fría e indiferente.

—De todas formas nunca entenderé su comportamiento... Al parecer estoy perdiendo facultades como psicóloga. —Sara miró al techo—. Traté de convencerla de que era una locura, pero estaba empeñada en llevarme con Andrea.

Devon no pudo evitarlo, y le colocó una mano en el hombro, intentando consolarla.

—No le des más vueltas, tú mejor que nadie sabes que, a veces, hacemos cosas que no debemos. Mónica no midió las consecuencias de sus actos y encontró la muerte, pero a ti te dio una oportunidad de vivir. —Él le buscó la mirada—. Sara, no sé cómo pedirte perdón... Si no te hubiese seducido, esto nunca habría pasado.

Ella le dedicó una sonrisa almibarada.

—No tienes que pedirme perdón, no soy ninguna ingenua y sabía perfectamente dónde me estaba metiendo. —Sara le acarició la muñeca—. Eh, no quiero que te sientas responsable por algo que tú no has hecho.

Al sentir el calor de sus dedos, Devon masculló un taco entre dientes, echó la cabeza hacia atrás y se apartó de su lado, acomodando las manos detrás del cuello. Aquella mujer le hacía perder la razón hasta límites insospechados. Hubiese preferido que lo odiase y que lo culpase por lo que le había ocurrido. Sin embargo, no parecía estar enfadada, e incluso le daba ánimos. En efecto, el mundo estaba al revés.

—Después de lo que has sufrido, ¿cómo puedes decir que yo no tengo la culpa? Te recuerdo que Andrea te utilizó para poder sonsacarme información relevante.

Sara se tensó e hizo un ovillo con las sábanas.

—Lo sé, y también sé que tú nunca me harías daño.

Atónito con su respuesta, él crispó los puños.

—No estés tan segura de eso. Quizás no te lo haya hecho directamente, pero estarás de acuerdo conmigo en que yo soy el único responsable. —Se masajeó la cabeza con brío—. ¡Mierda! ¡Debí anticiparme a Andrea!

—¿Cómo? Era imposible averiguar que Mónica estaba detrás de todo esto.

—No sé, Sara, quizás si no hubiese estado tan ocupado con mil cosas en la cabeza, podría haber supuesto que Mónica no era de fiar. —Suspiró y empezó a caminar sin rumbo fijo por toda la habitación—. Reconozco que he vuelto a subestimar a los Crecento. Me siento igual que cuando asesinaron a mi padre... Por segunda vez he perdido el control.

—Devon, no seas tan duro contigo mismo, no olvides que eres humano.

—A veces, creo que no lo soy. —Agachó la cabeza—. Ese ha sido mi error. Nunca debí bajar la guardia.

—¿Está muerto? —Sara apretó los labios—. Me refiero a Andrea, ¿está muerto?

Devon dejó de moverse, y se preparó para enfrentarse a la pregunta más difícil de todas. No deseaba mentirle, pero tampoco quería decirle la verdad. Sin embargo, al final optó por ser sincero con ella.

—No, Sara. —Se cuadró de hombros—. Andrea sigue vivo. Escapó gracias a un gas lacrimógeno... Lo sé, fue un fallo imperdonable. En menos de veinticuatro horas, ese cabrón me la jugó dos veces. Debí imaginarme que no sería tan fácil acabar con su vida; después de todo ambos somos unos supervivientes. —La escudriñó con la mirada—. Pero no te preocupes, daremos con él.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que no sabes dónde está? ¡Ay, Dios mío! Entonces volverá a por mí y terminará lo que antes dejó a medias.

Al percibir su miedo, Devon quiso correr hacia ella y consolarla entre su pecho, pero al acordarse de todo lo que había padecido por su culpa, se contuvo y permaneció impasible.

—Sara, quiero que te tranquilices. Eso no va a suceder, porque no pienso permitirlo. Además, he contratado a un equipo de seguridad que estará pendiente de ti las veinticuatro horas. De

hecho, fuera de la habitación hay dos hombres de mi entera confianza y no van a dejar que nada ni nadie vuelva a hacerte daño.

Ella lo miró con el rostro acongojado.

—Volverá a por mí, estoy segura.

—Relájate, no está en los Estados Unidos. Según mis últimas averiguaciones, ha viajado a Europa. Solo es cuestión de días que demos con él. En cuanto sepa dónde se esconde, yo mismo me encargaré de acabar con su vida. Ahora, por favor, olvídate de Andrea. Confía en mí.

—Es complicado, yo... pensé que era el final. Ese hombre intentó, intentó... —Una sutil lágrima rodó por su mejilla.

—Lo sé, sé que quiso abusar de ti, pero no lo conseguí. Puedes estar tranquila, ese malnacido no llegó a tocarte.

—Es un alivio. —Suspiró con una mano en el pecho—. Nunca creí que diría algo así, soy una persona civilizada que cree en la justicia, pero quiero que lo mates. ¡Quiero que Andrea Crecento se pudra en el infierno!

Cuando Devon escuchó el dolor que brotaba de su garganta, pensó que aquel no era el momento más idóneo para decirle que jamás volverían a estar juntos. ¡Maldición, no era tan fuerte! Entonces se agachó, acercó la nariz junto a la suya y le rodeó el rostro con las manos.

—Escúchame, te repito que yo mismo acabaré con su vida. —Posó los labios en su sudorosa frente—. Ahora, quiero que intentes descansar y que te olvides de ese hijo de puta. Será mejor que te deje sola.

—¡Devon! Yo...

—Dime —dijo él, mientras se alzaba de la cama.

—Tengo miedo, estoy harta de fingir que soy fuerte.

—Todos tenemos miedo. —Él forzó una sonrisa—. Estoy seguro de que cuando regreses a España, todo esto habrá quedado como un mal recuerdo.

Ella dio dos palmaditas en el colchón, invitándolo otra vez a que se sentara a su lado; en cambio, él prefirió quedarse de pie.

—¿Acaso no vas a preguntarme por tu familia? —indagó Devon, para desviar la atención de su esquivo comportamiento.

Sara lo observó con el ceño fruncido e hizo un gesto vago con la cabeza.

—Por supuesto que sí. ¿Saben algo de lo que me ha sucedido?

—Claro que no, les envié un mensaje haciéndome pasar por ti.

—¿En serio has suplantado mi identidad?

—Lo hice por tu bien. No quiero que se forme un escándalo con la película de por medio. ¿Te imaginas el alboroto que se formaría? Además, lamento decirte que nunca te creerían... sería tu palabra contra la de una multinacional. Lo siento, Sara, pero nadie puede saber que un mafioso intentó acabar con tu vida. El remedio sería peor que la enfermedad. Créeme, sé de lo que te estoy hablando.

—¿Y se puede saber qué les dijiste?

—Les dije que estábamos grabando en Canadá, en una zona donde no hay cobertura.

—¿Y si hubiese muerto? ¿Qué mentira habrías inventado?

—No lo sé, pero por suerte eso no ha sucedido.

—No ha sido la suerte, has sido tú. Tú me has salvado la vida y siempre estaré en deuda contigo. En cuanto pueda, te pagaré todos los gastos de mi hospitalización.

—Por favor, Sara, no me debes nada. Es lo mínimo que podía hacer por ti.

—Insisto...

—Y yo insisto en que corre por mi cuenta. —Torció los labios—. Invita la casa.

—Preferiría que me invitaras a otra cosa, por ejemplo, a una copa.

—No creo que en tu estado sea una buena idea. Ahora mismo tu sangre está llena de bromazepam.

—¿Bromazepam? Tiene gracia, una broma de mal gusto es lo que parece todo esto.

—¿Mejor por qué no me dices qué te parece la habitación? Tiene unas vistas impresionantes, y la cama no está nada mal. —Devon hundió las manos en el colchón, comprobando su flexibilidad—. Incluso estoy pensando en mudarme aquí.

—No te pega nada.

—¿El qué?

—Hacerte el gracioso.

—Lo sé, lo mío nunca fueron las películas de humor —afirmó mientras se servía un vaso de agua—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. ¿Sabes? Al oír al doctor y a la enfermera creí que estaba en España.

—Pues siento decepcionarte, pero aún sigues en los Estados Unidos. El doctor Kolls es alemán, aunque él y todo su equipo hablan varios idiomas.

—¡Vaya! Has pensado en todo... qué considerado.

Devon no pudo reprimir una sonrisa al escucharla decir aquello.

—No, no lo soy. Solo ha sido casualidad.

Sara negó con la cabeza.

—No lo creo, las casualidades no existen. Ahora sé que todo pasa por algo.

Devon se encogió de hombros.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Si no fíjate en mí, siempre me burlé de los fenómenos paranormales, pero ahora sé que no estamos solos. No me mires así, no estoy loca. —Devon achicó los ojos—. Si algo positivo ha tenido esta experiencia es que ahora sé que hay otra dimensión.

—¿Lo dices en serio? Me parece mentira que hayas sacado algo positivo de toda esta mierda.

—¿Por qué no? ¿Nunca has oído eso de que de todo lo malo se puede sacar algo bueno?

—Perdona mi ignorancia, pero yo no veo nada bueno en todo esto.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso no lo ves? Ha sido mi padre quien me ha devuelto a la vida.

Antes de replicarle, Devon le mostró una sonrisa de Humphrey Bogart.

—No estoy muy convencido de eso, más bien opino que han sido los cuidados del doctor —objetó él.

—Entiendo tu postura y no voy a intentar convencerte de ello... Por cierto, a estas horas, ¿no deberías estar trabajando?

—Debería, pero no tenía cabeza para estudiarme el guion, así que he pospuesto todas las grabaciones. Steve se está encargando de arreglar mi agenda. Quiero que sepas que sin su ayuda nunca habría podido sacarte de allí.

—¿Steve? ¿Te refieres al Steve que yo conozco?

Devon le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Así es, el mismo.

—¿Hay alguien más a quien deba darle las gracias por salvarme la vida? A este paso, en vez de comprar una caja de vinos, voy a tener que comprar la bodega entera. —Sara emitió un soplo de exasperación.

—¿Qué tal una carta de agradecimiento? Eres escritora, algo se te ocurrirá. Y lo más importante: te saldrá gratis.

Devon se levantó y descorrió las cortinas, permitiendo que los rayos de sol se colasen en la habitación.

—Hace un día precioso...

Ella se puso las manos en forma de visera y observó varios ramos de flores esparcidos por toda la habitación.

—¡Vaya! Esto parece un cementerio.

Devon la miró extrañado y reprimió una carcajada.

—¿No te gustan? Me dijiste que el amarillo era tu color favorito.

—No me refería al color... Creo que soy la única mujer en el mundo a la que le horrorizan las flores. Solo me gustan en su hábitat. Prefiero una maceta, al menos están vivas.

—De acuerdo, la próxima vez te traeré un cactus.

Sara esbozó una dulce sonrisa y lo tomó de la mano.

—En realidad, prefiero que no me traigas nada, me basta con tu compañía. —Ella estiró la tela de su camisa—. Te prefiero a ti.

Devon se tensó y, por segunda vez aquella mañana, volvió a rechazar su contacto.

—¿Qué te ocurre, Devon?

—¿A qué te refieres?

—No sé. Te noto frío, como ausente. ¿Pasa algo?

—No, no me pasa nada. Todo está bien, no le des más vueltas.

—Devon, por favor, dime qué te pasa.

—Ahora no es el momento, Sara, verás...

Devon dio unos pasos hacia atrás y le apartó la mirada. Lo único que quería era huir de allí y enfrentarse a ella en otras condiciones.

—Me estás ocultando algo, ¿me equivoco? Estoy preocupada. ¡Por Dios! Di lo que tengas que decir, me estás matando de incertidumbre.

—Sara, no ha pasado nada. Por favor, intenta relajarte, no es bueno que te alteres.

—No puedo. ¡Necesito que me digas qué demonios te ocurre! No me lo niegues, porque sé que hay algo que no va bien.

—¡Joder, Sara! Tu cerebro no está en condiciones de asimilar ciertas cosas —bramó, girándose hacia ella con los ojos tan fríos como un témpano de hielo—. Lo siento de verdad, no debería haberte gritado.

—¿A qué te refieres con asimilar ciertas cosas? Te estás refiriendo a nosotros dos, ¿verdad?

—Creo que voy a llamar al doctor, ese Valium no te ha hecho efecto.

—Por supuesto que me ha hecho efecto, ahora lo veo todo claro. Aún no me has contestado.

—Mira, Sara, te repito que ahora no es el momento de hablar de nosotros. Cuando estés recuperada, hablaremos de ello.

—¿Crees que soy imbécil? ¿Crees que no me he dado cuenta de que desde que has entrado por esa puerta has intentado evitarme?

—Esta conversación no va ninguna parte. Relájate y descansa, o juro por Dios que te ato a esa cama.

—No jures tanto. Te creo, ahora sé hasta dónde puede llegar tu puto ego.

—¿Qué es lo que quieres, Sara?

—Dímelo tú, Devon... Dime que me amas, que estarás siempre a mi lado. Dime qué significo

para ti. Dime que no he sido un simple juego. Un número más. Dime la verdad, me la merezco.

—Joder, nena... ¿Por qué lo haces tan difícil?

—¡No me llames nena, ni fierecilla, ni cielo! Quiero saber a qué atenerme contigo cuando salga del hospital. Quiero saber si tú me amas tanto como yo a ti. Sí, Devon, lo has escuchado bien. Me niego a seguir engañando a mi corazón, ya no puedo ocultar lo que siento. Te amo, Devon Pioginni. Te amo, y aunque me pegaran mil palizas, seguiría amándote. Para mí, todo esto que ha pasado no ha cambiado mis sentimientos. Al contrario, cuando has entrado por esa puerta, me he dado cuenta de que seguía enamorada de ti como una idiota.

Devon se quedó mudo. ¿Había escuchado bien? Le había dicho que lo amaba. ¡Mierda! Aquella mujer había cambiado todas las líneas del guion y lo había dejado desubicado. ¿Y ahora qué se suponía que debía responderle? ¿Acaso no había captado sus señales? Quería darle a entender que él no era su héroe sino su verdugo, pero al parecer no quería darse cuenta.

—Sara, será mejor que hablemos mañana, cuando estés más sosegada...

—¿Es eso lo único que se te ocurre decirme después de haberte confesado que te amo? —Enterró las manos en el rostro—. Ahora sé que has estado a mi lado solo porque te sentías culpable de lo que me ha sucedido. Solo lo has hecho por ti mismo, para poder aplacar tu conciencia. ¡Pero qué tonta he sido!

Devon dio una zancada y se colocó próximo a sus pómulos. Era la oportunidad que estaba buscando y no iba a dejarla pasar. Ella había encendido la mecha, y él iba a encargarse de prenderle fuego.

—¡Joder! ¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres que te mienta? ¿Es eso lo que quieres? Está bien, si es lo que deseas, aquí tienes tu dosis de verdad. —Abrió las palmas de las manos—. No soy el hombre de tu vida, y si alguna vez pensaste que lo era, estabas equivocada. —La señaló con el dedo—. ¿De verdad creías que por echar cuatro polvos conmigo iba a acabar enamorándome de ti? Claro que no. Nunca te prometí nada. ¡Escúchame bien! No voy a casarme contigo, ni tampoco tengo intenciones de formar una familia, y mucho menos voy a vivir en una casita al lado del mar. No, Sara, nada de eso va a ocurrir. ¡No pienso dejar mis negocios por ti ni por nadie! No pienso cambiar... esto es lo que soy. Tienes razón, soy un puto egoísta y solo me preocupa mi propio ego. Y, sí, me siento culpable de lo que te ha sucedido y, ahora mismo, lo único que me importa es la película. Siento haberte dicho lo que pienso en estas circunstancias, pero no me has dejado opción... Ahora, por favor, descansa. Mañana me pasaré por aquí a ver cómo sigues.

—¡No!

Devon se quedó parado de espaldas, frente a la puerta.

—¿Cómo dices?

—¡No quiero volver a verte hasta la noche del estreno!

Él dio un puñetazo en la pared.

—Estás comportándote como una niña consentida, pero está bien, si es lo que deseas, no nos veremos hasta esa noche. —Se quedó un rato callado antes de hablar—. Supongo que esto es el final de nuestra relación, por llamarla de algún modo —afirmó, contundente, mientras se le hacía un nudo en el estómago.

—Supones bien. Es el final de cuatro polvos. —La voz de Sara sonó estrangulada—. Y, ahora, por favor, lárgate... Me gustaría estar sola.

Devon no miró atrás. Salió de la habitación y fue disparado hasta el pasillo. Estaba enfurecido. Él no quería que las cosas acabasen así, pero Sara había abierto la veda. ¡Maldita sea! Lo tenía

todo calculado, incluso se había estudiado el guion para la función final, pero no contó con que ella se le anticipase. De nuevo, aquella española le había tomado la delantera y lo había hecho sentir el hombre más cabrón de toda la tierra. A él. Sí, a él, al gran Devon Stelin. Al mujeriego del año, elegido por la revista *People*.

Mientras bajaba en el ascensor, no dejaba de pensar en ella. Sabía que se había comportado como un auténtico capullo y sintió unas ganas sobrenaturales de regresar a esa habitación para decirle que todo había sido una vulgar mentira. Quería decirle que en realidad la amaba más que a su propia vida, y que esos cuatro polvos habían sido los mejores de su existencia.

¡Mierda! ¡Ojalá pudiese desvincularse de los Pioginni! Ojalá pudiese hacerlo, pero no podía eludir sus responsabilidades. Por ahora, no podía ofrecerle la vida que ella se merecía. Nunca antes se había planteado dejarlo todo por una mujer. Sin embargo, Sara lo había cambiado por completo. Lo había querido tal y como era, sin máscaras de por medio. Sin presiones, sin culpabilidad... Había conseguido que se volviera vulnerable. Que se sintiese herido. Había conseguido recordarle que solo era un simple mortal, un patético hombre enamorado. Pero ya daba igual, no pensaba dar marcha atrás.

Buscó el coche y pulsó la llave automática. Se metió dentro y sacó un cigarrillo del paquete. Se lo llevó a la boca y lo desmembró despacio, pensando en todo lo que había compartido con ella. Después, cogió el iPhone y marcó el número de Steve. Necesitaba ir a una fiesta. ¡Oh, sí! Necesitaba meterse una raya, emborracharse hasta olvidarse de su nombre y follar en los muslos de alguna desconocida. Machacó el pitillo contra el cenicero, y luego se escuchó cómo las cilindradas del motor cantaban un coro celestial para los amantes del Porsche 918.

«Adiós, fierecilla. Algún día me lo agradecerás», dijo para sus adentros mientras desaparecía en la penumbra del garaje para perderse por las calles de Filadelfia.

Capítulo 33

—¡Nooo! ¡Nooo! ¡Suéltame, Andrea!

—¡Sara, cariño, despierta! Solo ha sido una pesadilla... Eso es, chiqui, tranquilízate.

Al escuchar la voz de Ana, Sara dejó de gritar. Gracias a Dios no estaba en ese puto almacén, sino en Granada, sana y salva, tumbada en el sofá de su piso. A pesar de que habían pasado cinco meses desde aquel traumático incidente, las pesadillas aún no habían remitido y el rostro de Andrea se negaba a emigrar de su cerebro.

—¿Estás mejor? ¿Quieres tomar un poco de agua? —preguntó Ana, dándole unas friegas en la espalda.

Sara asintió mientras se acariciaba la barriga con una mano. Aún le parecía mentira que dentro de ella estuviera creciendo un bebé. Recordó la madrugada en la que Ana había ido a la farmacia de guardia a comprarle una prueba de embarazo. Y también recordó cómo su estomago hizo piruetas mortales al ver dos rayitas rojas en el centro de aquella barrita de plástico. ¡Santo cielo! Se había metido en un buen lío. No solo iba a ser madre (que ya de por sí le aterraba), sino que el padre de su hijo era un cotizado mafioso. ¡Ay, Dios! Pero ¿cómo demonios aquel espermatozoide había llegado tan lejos? Sin duda tenía que ser la reencarnación de MacGyver[7]. Sí, ese bichito no solo había derrumbado su muralla anticonceptiva, sino que también había sobrevivido a la paliza de Andrea y al estrés postraumático. En efecto, su embarazo era un caso para debatir en *Cuarto Milenio*.

—Chiqui, no puedes seguir así. Creo que vamos a tener que aumentar las sesiones o bien probar con la regresión. Loli Álvarez es una experta en ese campo. Podías pedir una cita —sugirió Ana, acercándole un vaso de agua.

—No, gracias, no me gustan las regresiones. Además, no confío en esos métodos.

—¿Por qué no? Te recuerdo que tú misma no puedes psicoanalizarte —afirmó Ana, haciendo amago de encenderse un pitillo. Sin embargo, al mirar la barriga de su amiga, guardó el cigarro dentro del paquete—. Chiqui, sé que no es el momento para hablar de esto, pero pasan los meses y aún no has llamado a Devon... ¿Se puede saber a qué estás esperando?

Al escuchar al innombrable, Sara la miró con los ojos inundados de rabia. Apartó la vista de ella, se bebió el vaso de agua y lo dejó encima de la mesa con un golpe sonoro.

—No espero nada. No pienso llamarlo. Y por el bien de nuestra amistad, espero que tú tampoco lo hagas.

Ana frunció el ceño y se señaló a sí misma con el dedo pulgar.

—¿De verdad piensas que yo sería capaz de hacer algo así?

—Si te soy sincera, no lo sé. Desde ayer estás muy pesadita con el tema.

Ana se agachó hasta quedar al mismo nivel de su barbilla.

—Chiqui, solo quiero que recapacites. —Colocó las manos en su barriga—. Amo a este niño como si fuese mío y no quiero que el día de mañana te culpe por haberle privado de la compañía de su padre... Sara, debes hablar con él.

—¡Ya te he dicho que no! ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

Ana resopló y miró al techo.

—Bueno, será mejor que me marche. ¿Estás segura de que no quieres que me quede esta

noche?

—Muy segura. Hoy viene mi madre.

—Está bien, entonces me piro. —Ana cogió su bolso y se levantó del sofá—. Por favor, reflexiona sobre lo que te he dicho —le aconsejó antes de darle un beso en la frente y desaparecer del salón.

Al escuchar el crujido de la puerta, Sara volvió a tumbarse en el sofá, pensando en las palabras de Ana. Sin embargo, cuanto más lo hacía, más ganas le daban de ahogarla con sus propias manos. Después de todo, quién era ella para decidir lo que era mejor para su bebé. No. Por ahí no estaba dispuesta a pasar. Podría darle consejos de cualquier cosa, excepto de la educación de su futuro hijo. ¡Faltaría más!

Ofuscada, tomó el mando del aire y lo encendió. No entendía cómo podía tener tanto calor. Estaban a mitad de mayo y la temperatura era bastante agradable, pero su cuerpo no opinaba lo mismo: según sus hormonas, había llegado el mes de agosto. Sintiendo el frescor en su rostro, al final se quedó plenamente dormida.

Más tarde, se despertó, emitiendo el bostezo de un oso. Y pensó que eso mismo es lo que parecía, y no lo decía por el tamaño de su barriga sino porque, en vez de dormir, daba la impresión de que estaba hibernando.

Al escuchar el ruido de sus tripas, fue a la cocina y sacó un plato de humus. Lo puso dentro del microondas y se quedó en el limbo, observando cómo aquel cuenco daba vueltas igual que el nombre de Devon en su cabeza. Aún seguía enfadada con él, con la editorial y con el mundo entero y no encontraba la manera de calmarse, pero, por el bien de su criatura, necesitaba hacerlo. Entonces llamó a Pixi. No conocía un calmante más eficaz. Le rellenó el cuenco de pienso y sonrió mientras lo veía comer. Le acarició el lomo y sintió cómo aquel tumulto de rabia poco a poco iba mitigándose, hasta que desapareció por completo.

De repente, su móvil comenzó a sonar y, al ver el nombre de Ana en la pantalla, lo ignoró. Todavía no concebía que estuviese de parte de Devon. ¿Cómo era posible? Suspiró y volvió a tumbarse en el sofá. ¿Acaso había perdido el juicio? Por nada del mundo Devon podía enterarse de su estado. Ahora su hijo era lo más importante del universo y no iba a permitir que nada ni nadie le chafara sus planes.

«Cariño, lo hago por tu bien», musitó, hablando con su bebé mientras se tocaba la tripita.

Al poco rato, vio que Ana le enviaba un mensaje y, solo por curiosidad, lo leyó.

¿Ya has leído la carta que te he dejado en el recibidor? Antes de que te pongas a gritar como una histérica, quiero decirte que iba a dártela antes, pero no atendías a razones. Chiqui, no se te ocurra romperla. Después me cuentas.

Al leer aquello, su rostro palideció. Caminó de forma pausada hasta el mueble de la entrada y tomó la carta con los dedos crispados. Se agachó y olió el aroma del papel. Olía a Bulgari, olía a Devon. De pronto, el corazón se le ensanchó como un acordeón, y se desplomó en el suelo, escondiendo la cabeza entre las rodillas. Unos segundos más tarde, aspiró un cargamento de oxígeno y abrió el sobre.

Hola, fierecilla.

Espero que seas tú quien haya abierto esta carta, si no tendré serios problemas con Steve.

Bien, voy a ir al grano, no me gustan los rodeos y tampoco soy un buen escritor: nena, te echo

de menos y quiero verte. Lo sé, sé que no tengo derecho a interferir en tu vida, sobre todo después de apartarte de mi lado, pero, créeme, tenía mis motivos. Imagino que estarás muy sorprendida con este cambio de actitud, y no te culpo. Nunca imaginé que haría algo así de cursi por alguien. Y mucho menos por una mujer.

¿Sabes? Tenías razón, siempre fuiste más lista que yo. Esa fue una de las cosas que me enamoraron de ti: tu inteligencia. Aunque no fue lo único, también me enamoraron tus rizos, tus inocentes pecas y tus ojos... Oh, sí. Siento debilidad por tus ojos. Ellos supieron mirar más allá de la fama y descubrieron al hombre y no al actor.

Nena, no puedo decirte que cambiaré y tampoco puedo prometerte que dejaré de lado mis negocios, pero lo que sí puedo jurarte es que lo voy a intentar. Desde que te marchaste, no he dejado de pensar en ti y en qué hubiese ocurrido si aquel día en el hospital te hubiese retenido entre mis brazos. Quiero que sepas que, sin ti, mi vida gira sin rumbo fijo, cuando lo que más deseo es que ese rumbo tome dirección hasta ti.

No se me ocurren más palabras horteras para decir lo que siento, así que, con tu permiso, voy a dejar de hacer el ridículo.

Antes de que me juzgues, me gustaría que recogieses un paquete que te he enviado, y que solo después de abrirlo tomes la decisión de si quieres verme o no. Estaré un par de días por Granada; si al final tu respuesta es negativa, prometo que nunca más volveré a invadir ninguna parcela de tu intimidad.

*Siempre tuyo,
Devon Pioginni.*

Sara se frotó los parpados y se pellizcó los mofletes. Por unos segundos creyó que seguía durmiendo. Pero no, era su letra... era real. Era él, era Devon, el padre de su hijo y el hombre de su vida.

Con la carta apoyada en el pecho, sonrió embobada, hasta que cayó en la cuenta de que aquella nueva faceta de Devon solo se podía deber a una causa: se había enterado de su embarazo y quería volver con ella por un sentimiento de mera obligación. ¡Mierda! Ana no solo le había servido como gancho, sino que también se había ido de la lengua. Si eso era así, le retiraría el saludo por el resto de sus días. Se llevó las manos a la cabeza, dio un par de pasos por el pasillo y la llamó por teléfono.

—¡Ana! ¡Eres lo peor! ¡Se lo has dicho!

—¿El qué? Espera, Sara, no te precipites a sacar conclusiones que no son.

—¿Ah, no? ¿Y cómo explicas la carta que me ha escrito en plan caballero del rey Arturo? ¡Venga ya! ¡No hay quien se lo crea!

—Te repito que no le he dicho nada. Verás, ayer me llamó. Me dijo que estaba en Granada y que le urgía hablar conmigo. Yo acepté y quedamos en vernos en una cafetería del centro. Estuvimos un rato hablando de sus proyectos y luego me preguntó por ti y me suplicó que te dejara una carta. Eso es todo. Si quieres creerme, me crees, si no me da igual. ¿Sabes? ¡Estoy empezando a cansarme de ti y de Devon!

Sara se quedó unos minutos pensativa, como cuando un policía interroga a un sospechoso.

—Está bien, te creo...

—¿Ah sí? ¿Ahora me crees? Parece mentira que después de todo lo que hemos compartido hayas dudado de mí.

—Vale, vale... lo siento... ¡Joder! Ya sabes que estoy sensible por culpa del embarazo.

—Sí, claro... ¡Échale el muerto a otro! Cuéntaselo a una del Opus Dei que se pasa su vida engendrando niños. Sara, estás así porque amas a ese hombre y tienes tanto miedo de que vuelva a romperte el corazón que no quieres ni escuchar su nombre.

—Lo sé, pero es que estoy harta de sufrir por amor. ¿Acaso llevo un cartel pegado en la cara que diga que busco capullos? Tiene que ser eso, porque Devon es el rey de los gusanos de seda.

—¡Tienes unas cosas! En todo caso, es el rey de tus bragas. ¡Vamos, chiqui, levanta ese ánimo! Tú eres una tía luchadora y no tienes por qué temer al amor, sobre todo, después de haberte tomado un par de copas con la mismísima muerte.

—Ana, no estoy para coñas. ¿Tú qué harías en mi lugar? Por favor, sé sincera.

—Mira, no sé lo que te habrá escrito en esa carta, pero solo te diré que, sea lo que sea, ese hombre está colado por ti. ¿Acaso no lo ves? ¿Crees que haría toda esta parafernalia por echar una canita al aire? Sara, piensa un poquito. ¡Ese hombre es el terror de los alérgicos! Los polvos le persiguen.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? Dice que me ha dejado un paquete y que, una vez que lo abra, decida si quiero verlo o no. ¡Te lo ruego, vente para el piso! No quiero ir sola a la oficina de correos. Lo mismo es un paquete bomba y lo que quiere es deshacerse de mí.

—Sí, claro. Tú sí que tienes en la cabeza una bomba, pero llena de estupideces. Te diré lo que vas a hacer: te vas a meter en la ducha, vas a ponerte algo que te disimule esa barrigota y vas a jugar a su juego.

—Ana, tengo miedo. Tengo mucho miedo de perder esta partida.

—Sara, aquí no hay perdedores, en este juego ganáis los dos.

Haciendo acopio de una templanza que no se correspondía con lo que estaba sucediendo en su interior, Sara llevó a cabo cada una de las directrices que la sargento Ana le había ordenado. Después de planchar a vapor su melena indomable, abrió el armario e investigó con qué prenda se sentía más cómoda y a la vez más favorecida. Al final optó por unos pantalones vaqueros y una camisa larga de color camel. Luego fue al espejo y se espolvoreó la cara con unos coloretes bronceadores. Otra cosa no, pero el embarazo había obsequiado a su rostro con un tono verdoso y enfermizo. Se elevó las pestañas, empapándolas en rímel, y para terminar se puso un poco de *gloss* en los labios. Ya estaba lista. Volvió a mirar su reflejo y repitió en voz alta si de verdad estaba preparada para verlo después de tantos meses. No sabía cómo iba a reaccionar cuando lo tuviese frente a frente, pero si al leer la carta se había formado una hoguera dentro de su pecho, cuando mirase de cerca aquellos dos ojazos azul Caribe, sabía que ardería de pasión.

Ana llegó una hora más tarde. No había tiempo que perder y rápidamente fueron a la oficina de correos. Por suerte era temprano y no había nadie en la cola. Una señora de unos cincuenta años, rubia de bote y con unas gafas con la montura color lila, las atendió en la ventanilla.

—¡Hola! Vengo a recoger un paquete —dijo Sara de forma acelerada.

La mujer miró su reloj con cara de pocos amigos.

—Pues va a tener que esperar hasta mañana, esta tarde cerramos antes de lo previsto.

—¿Cómo? ¡No puede hacerme esto! Por favor, necesito ese paquete. ¡Estoy desesperada! —exclamó Sara, con las palmas de las manos puestas en el mostrador.

—Mire, señorita, yo no tengo la culpa de que los jefes hayan decidido cerrar hoy a las seis de la tarde y, como sabrá, solo faltan tres minutos. Así que, por favor, le sugiero que se marche por donde ha venido y que mañana regrese a por su paquete.

—¡Pero si hemos llegado antes de la seis! —exclamó Ana—. ¡Tiene el deber de atendernos!

—No, no lo tengo. Ahora mismo son las seis, así que apártese, porque voy a cerrar —reiteró la

señora con una sonrisa maliciosa.

Aquella mujer tenía malas pulgas, pero antes de darse por vencida, Sara recurrió al truco más antiguo del mundo: dar mucha pena.

—Se lo estoy suplicando. Solo será un momento... por favor... Mire, si no fuese importante, no se lo pediría con tanto ahínco.

—¡Oiga, vieja bruja! Le va a dar ese puto paquete a mi amiga, o si no voy a ponerle una queja a su superior diciendo que estaba jugando al Candy Crush en horas laborales. Pero ¿qué se cree? Necesita una clase de atención al público. Si quiere puedo recomendarle un par de psicólogas.

—¡Ana! No vayas por ahí, ya sabes que es mucho peor —le espetó Sara, tomándola del brazo, mientras su amiga miraba a aquella señora como una hiena en plena sabana.

De pronto, entró en la oficina un hombre rubio, alto y muy apuesto, con varios papeles en las manos.

—¡Vamos, Clotilde! No seas tan dura y dale a la muchacha el paquete.

La mujer asintió, cohibida por la situación, y, al final, fue a buscar el encargo de Sara.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó Sara a su salvador.

—No hay de qué —comentó, fulminando a Ana con la mirada—. Que pasen buena tarde.

—¡Vaya! Ese guaperas es el jefe de la oficina —le musitó a Ana—. Hemos tenido mucha suerte.

—Ya te digo, ese sí que tenía un buen paquete entre las piernas.

Las dos, muertas de la risa, abandonaron el lugar, no sin antes sacarle la lengua a aquella vieja amargada.

—Ha sido divertido. Tener a una amiga que está tan buena tiene sus ventajas —reconoció Sara al estirar sus piernas sobre el césped del parque.

—¿Ves? Te lo dije. No hay nada que un par de tetas no puedan solucionar.

—Por desgracia es así. ¡Qué asco de sociedad! En fin... ¿Qué habrá aquí dentro? —indagó, moviendo el paquete cerca de la oreja.

—No lo sé, lo mismo te ha enviado un vibrador. ¡Vamos! ¡No sigas torturándote y ábrelo ya! Estoy en ascuas.

Sara comenzó a desempapelarlo con mucha delicadeza, pero la envoltura era tan dura que no le quedó más remedio que destrozarla de manera violenta.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Ana con los ojos de un búho.

—¡Dios mío, me ha entregado la caja de música!

—¿Te estás refiriendo a la puta caja por la que por poco te matan?

—Exacto, para Devon es como si me hubiese entregado un pedacito de su alma —confesó Sara, casi sollozando.

—¡Mira, hay una nota debajo!

Sara la leyó lejos de la mirada indiscreta de Ana.

Hola de nuevo, fierecilla:

Como verás, te he entregado lo más valioso que tengo. Ahora tú tienes la caja y yo tengo la llave. Dentro del paquete hay una tarjeta con un número de teléfono. Por favor, llama a ese móvil para dar el siguiente paso. Recuerda: si quieres saber lo que contiene la caja, tendrás que seguir mis instrucciones.

No tardes mucho, me muero por besarte.

—¿Qué pone? —inquirió Ana algo nerviosa.

Sara resopló antes de marcar el número de teléfono.

—Ahora te cuento —respondió de manera tajante con el móvil en el oído.

El teléfono dio dos pitidos y, a continuación, saltó un contestador con voz de autómeta diciéndole que fuese a la iglesia de Santa Ana y que esperase allí hasta nueva orden.

—¡Madre mía! Parece que estoy dentro de la novela de Dan Brown, *Ángeles y demonios*. ¡Vamos! ¡Tenemos que ir a plaza Nueva!

—No, Sara.

—¿Cómo dices?

—No vamos a ir. Vas a ir. Chiqui, esto tienes que hacerlo tú sola.

Sara la miró y supo lo que quería decirle. Se abrazó a ella y luego tomó el bus en busca de su felicidad.

[7] Serie estadounidense donde el protagonista resuelve todos los problemas usando su inteligencia superior y sus amplios conocimientos técnicos.

Capítulo 34

Cuando bajó del autobús, Sara tomó una bocanada de aire fresco antes de caminar por el centro de la ciudad que, como de costumbre, estaba abarrotado de transeúntes y de turistas. Hacía una tarde preciosa, y los rayos del sol iluminaban la fachada de una de las iglesias más bonitas de Granada. Entonces comprobó una vez más por qué su tierra había sido tan deseada para la reina Isabel de Castilla. Aquel paisaje valía todo su peso en oro. Granada era una ciudad llena de embrujo y de estilos arquitectónicos, donde Al-Ándalus se mezclaba con el Renacimiento y el Barroco. Todavía se podían percibir en el ambiente las huellas de un pasado glorioso en el que habían convivido diversas religiones y que aún hoy en día seguían conviviendo bajo un mismo cielo.

Al llegar a la puerta de la iglesia, caminó por los adoquines y se asomó a una barandilla de piedra para deleitarse con la estampa del río Darro, cubierto de un manto verde y de una arboleda que se abría a su paso. El agua estaba tan transparente que incluso se podía adivinar un fondo de piedrecitas. Inspirando un olor a hierba y a tierra húmeda, cerró los ojos. Aquel aroma y el sonido mágico de la corriente del agua, que fluía sosegadamente, junto con el concierto de algunos pajarillos, consiguieron relajarla.

Se preguntaba cuál sería el paso siguiente cuando localizó a Devon caminando sin prisa hacia donde estaba ella, y su corazón volvió a alterarse. Llevaba los ojos cubiertos con unas gafas de sol tipo aviador. Sara imaginó que quizá era para no deslumbrar con sus dos soles a las mujeres que se le cruzaban por el camino.

¡Por Cristo y por todos los apóstoles! ¡Pero qué bueno estaba su chico! Esta vez no vestía el traje informal de costumbre. Esta vez había cambiado la chaqueta y la corbata por una sudadera gris y unos vaqueros oscuros, y sus pies habían sustituido el elitismo de los Berlutis por unas Adidas. Sí. Este Devon le gustaba todavía más, parecía un universitario.

A medida que se acercaba hasta ella, las uñas se le clavaban en la palma de la mano. No salió a su encuentro, sino que se quedó inmovilizada, con los codos flexionados encima de la balaustrada, atisbando aquella figura hercúlea. Cuando percibió su habitual fragancia, estiró los brazos, mientras el corazón le palpitaba como si estuviese encima de una montaña rusa.

«¿Y ahora qué? Ahora es cuando empiezo a babear, igual que Pixi en el veterinario», pensó ella, mientras él se posicionaba a su lado, con un brazo apoyado en el mirador.

—Hola, fierecilla, ¿traes la caja? —preguntó él, quitándose las gafas con una frialdad fuera de lugar.

Sara se ruborizó ante aquel gesto de supremacía. Esa mirada desafiante era lo que más veneraba de Devon. ¿Cómo era posible que ese hombre siguiese haciendo con ella lo que le diese la gana? Con solo apretar un botón, no solo su rostro sino también todo su cuerpo se encendía hasta límites insospechados.

—Me dejas de piedra... ¿Ni siquiera vas a saludarme?

—Descuida, de piedra me he puesto yo en cuanto te he visto —afirmó él sonriéndole y escaneando su cuerpo desde los pies a la cabeza.

Ella tragó saliva; al parecer el líder de los Pioginni venía pisando fuerte, pero, en esta ocasión, no iba a dejar que él llevase la iniciativa.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? Primero me envías una carta que, por cierto, dudo que la hayas escrito tú, y después, juegas conmigo a los espías.

Devon apoyó la cara en una mano, giró la cabeza y perforó sus pupilas.

—De modo que piensas que yo no he escrito esa carta. —Ensanchó las comisuras de los labios—. Eso me ha dolido. En realidad estuve tentado de dejarle el trabajo sucio a tu amiguito, el escritor, pero, al final, me lancé a la aventura. Y creo que el resultado ha merecido la pena... He conseguido llamar la atención de la mujer que me ha robado el corazón.

¿Había escuchado bien? ¿De verdad era ella esa mujer?

—Devon, ¿qué es lo que quieres? —preguntó con un gesto taciturno.

—Nena, ya lo sabes... te quiero a ti.

—Por favor, no juegues conmigo. No podría soportarlo... Esta vez no.

—No voy a jugar contigo —contestó él, avanzando con zancadas pesadas hasta enmarcarle el rostro con las manos—. Sara, escúchame bien, ¿crees que hubiese puesto en riesgo a toda mi organización por un simple juego? No, nena. No estoy jugando.

Ella buscó el calor de su mano igual que un gatito necesitado de mimos. ¡Dios santo! Lo había echado tanto de menos. Tantísimo. Había echado en falta el contacto de su piel y el ardor de su mirada. De pronto, él le saqueó la boca y le hizo recordar cómo eran sus labios: calientes y húmedos, colmados de deseo.

—Devon... —jadeó Sara cuando se separaron.

—Sí, fierecilla... —murmuró él mientras su aliento aún le hacía cosquillas en los labios.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó ella, rozando la punta de su nariz con la suya.

—Espero que muchas cosas sucias e inmorales. Te podría dar un par de ideas.

En ese instante, Sara se alejó de sus brazos e intentó tomar las riendas de la situación.

—Está bien, dejemos de flirtear como dos adolescentes cachondos. ¿Qué te parece si nos tomamos algo y me cuentas cómo consigo abrir la caja de música?

Devon se colocó las gafas de sol y luego, de un impulso, la atrajo hacia su torso.

—De modo que la señorita está impaciente por abrir la caja. Perfecto, ¿dónde quieres ir?

—Si sigues haciendo eso, creo que a la cama.

—Uh, interesante... —Él se pegó más a ella, mostrando con orgullo el bulto de su virilidad—. Me parece un buen sitio para solucionar los problemas. Y no soy el único que lo piensa... ella también te ha echado de menos. —Señaló con los ojos a sus partes bajas.

Sara se echó a reír, por un momento tuvo miedo de que él se hubiese dado cuenta del tamaño de su barriga. Sin embargo, al sentir su erección, respiró aliviada, dando por hecho que un hombre en ese estado no solía percatarse de nada.

—Creo que tu amiguita puede esperar... ¿Qué te parece si subimos al paseo de los Tristes?

Devon asintió, la rodeó de la cintura y la invitó a ascender por las callejuelas en torno al río.

—Y bien, ¿te gusta Granada? Aquí es donde suelo venir cuando pierdo la inspiración.

—Muchísimo. Es preciosa... igual que tú —afirmó, mientras ella percibía cómo su mirada penetrante traspasaba los cristales de las gafas y le quemaba el rostro.

—Buena respuesta, si sigues así puede que tengas tu recompensa. —Sara pensó en algo rápido, necesitaba distraerlo o, a ese paso, acabaría bajándole la cremallera en algún lugar apartado de los ojos curiosos—. Por cierto, ¿cómo sabías que estaba esperándote? ¿Dónde aprendiste a utilizar esos trucos de agente 007?

—Imagínate: Steve me dio la idea. En cuanto llamaste al móvil, el sistema me avisó. Después solo tuve que esperar sentado en una terraza del piso que alquilé justo enfrente de la iglesia, hasta

que te vi llegar... Los prismáticos hicieron el resto del trabajo. Como verás, no hay mucho truco.

—¡Vayaaa! Y yo rompiéndome la cabeza. Desde luego, jamás se me hubiese ocurrido algo similar, y más con lo negada que soy para la tecnología. Aunque hay algo que todavía no me cuadra: ¿y si nunca hubiese marcado ese teléfono? ¿Qué habrías hecho?

—Tenía un plan B.

—¿Tenías un plan B?

—Y también un C y un D. La verdad es que no pensaba irme sin verte.

—¿Ah, no? ¿Y por qué mejor no probaste a llamar por teléfono, como hacen las personas normales?

—Es simple: porque yo no soy una persona normal.

—No, si ya me he dado cuenta, no hay más que ver cómo te mira la gente. Me siento como el patito feo paseando al lado del cisne... Ya te vale, ¿no te duele la cara de ser tan guapo? —inquirió ella con sorna.

—No, fierecilla. Me duelen otras cosas, como, por ejemplo, estar lejos de ti. —Devon le acarició un jirón de su cabello—. ¿Por qué te has alisado el pelo? Estás mucho más guapa con los rizos.

—¿Tú crees? Eso lo dices porque no me has visto cuando he salido de la ducha, parecía que mi cabeza se había metido dentro de un enchufe. De verdad, si llegas a verme, sales corriendo.

—Eres una exagerada. No sería para tanto...

—Claro que no. ¿Tú que vas a saber de melenas afroamericanas? En fin, ¿y si dejamos de hablar de mis tratamientos capilares y me cuentas qué pasó con Andrea?

Devon cambió el semblante y se puso rígido.

—Solo te diré que ese hijo de puta está ardiendo en el infierno.

—Entonces, ¿está muerto?

—Sí, Sara, Andrea Crecento no volverá a tocarte.

—Y, ¿cuándo...?

Él le puso un dedo en los labios y la hizo callar.

—Nena, no me apetece hablar de ese cabrón. Fíjate dónde estamos, en un sitio increíble. No quiero que nada lo estropee. —Se giró y guardó las manos detrás del lóbulo de su oreja—. ¿Te he dicho ya que estás preciosa? Te noto diferente, tus ojos tienen un brillo especial.

Sara asintió y puso las manos sobre las suyas.

—¿Tú crees? Pues yo me veo igual que siempre. Bueno, lo que sí estoy es un poquito más gorda. He cogido algo de peso.

Devon bajó el pulgar por las vértebras de su espalda hasta depositar las manos en sus nalgas.

—¿De veras? No he notado nada —afirmó, pellizcando la curvatura de sus glúteos—. Yo creo que todo sigue igual que cuando lo dejé.

Sara le dio un manotazo y lo miró un tanto recelosa, sabía que solo se lo estaba diciendo por mera caballerosidad. ¡Pues claro que estaba más gorda!

—Devon, hay algo que quiero saber: si no quieres hablar de Andrea, entonces, ¿de qué quieres hablar? —indagó ella mientras jugaba entre los dedos con el colgante de su cuello.

—Solo quiero hablar de nosotros dos.

Ella tenía muchas ganas de decirle que ahora no eran dos, sino que en breve serían tres, pero se mordió la lengua. Antes quería seguir conociendo los motivos de su inesperada visita.

—Está bien, te escucho.

Devon la condujo hasta un banco frente a La Alhambra. Los bares estaban llenos de gente y la

brisa de la tarde traía consigo un olor a pescaíto frito. Las fosas nasales de Sara lo captaron al vuelo y se relamió los labios. Desde que era vegana, sus antojos se habían transformado en alimentos prohibidos, y eso los hacía mucho más apetitosos.

—A ver, ¿por dónde empiezo? —preguntó Devon mientras miraba la majestuosa silueta del Palacio Nazarí.

—¿Qué tal por el principio?

Él echó la cabeza hacia atrás y tensó la mandíbula.

—Sabía que cuando vieses la caja de música, vendrías a verme. ¿La has traído, verdad? —Sara lo confirmó moviendo el mentón—. Sácala, por favor.

Ella abrió el bolso y se la entregó a Devon. Luego él metió la llave en una pequeña abertura y entonces comenzó a sonar la melodía del *Danubio azul*, de Johann Strauss. En el centro de la caja había una pequeña bailarina que no dejaba de dar vueltas sobre sí misma al compás de la música mientras el color rosáceo de la superficie se tornasolaba por la luz del atardecer. Era una obra de arte. Una reliquia de gran valor cultural, pero, sobre todo, de gran valor para los Pioginni.

—Devon, es preciosa... Nunca la había visto abierta.

—Pues cuando sepas lo que hay en su interior, te gustará mucho más.

Sara investigó con los dedos y extrajo un sobrecito de cartón.

—Se supone que aquí dentro hay un diamante enorme, ¿no?

Él le dibujo una sonrisa matadora, de esas que la paralizaban por completo.

—Compruébalo por ti misma.

Cuando vio lo que contenía en su interior, ella puso la boca en forma de «o» gigante.

—¿Qué es esto? No me digas que por poco me peleé con la mujer de correos para que tú me regales un garbanzo... ¿Acaso te vas a hacer granjero?

Devon se echó a reír mientras Sara lo observaba con cara de lela. Nunca antes lo había visto así. Sus facciones estaban relajadas, y el sonido de su risa se traducía en un tintineo de felicidad.

—No, Sara. No voy a hacerme granjero. Este garbanzo es la semilla de un cerezo.

—¿Cómo dices? Disculpa, pero no logro entenderte.

—¿Recuerdas cuando te prometí que juntos plantaríamos nuestro propio cerezo? Pues no lo decía en broma.

—¡No puede ser! ¿En serio te has acordado de...? ¡Estás loco!

Sara se emocionó, admirando aquel granito que, para ella, era el diamante más bonito del mundo. Luego su vista viajó al rostro de Devon. ¡Estaba tan diferente! No solo su sonrisa lucía un brillo especial, sino que sus ojos titilaban con tanta fuerza que le hacían la competencia al mismo sol.

—Sí, fierecilla. Quiero que plantemos juntos este cerezo. Quiero que nuestro amor crezca tan firme y resistente como su tronco... Quiero que lo reguemos con besos y caricias y que, cuando lo mires, nunca olvides cuánto te amo.

Sara se quedó estupefacta. «¿De dónde habrá memorizado el texto? Ese no es su estilo. Fijo que lo ha sacado de Internet», pensó mientras maquinaba un juego de palabras para comprobar cuál era su cociente intelectual en materia de metáforas.

—Oh, Devon, es un símil precioso, pero ¿qué pasará si se marchita? ¿Qué pasará si esas ramas se vuelven frágiles y acaban por romperse?

Devon puso las manos en la barbilla, intentando pensar en algo original, ante la mirada expectante de Sara, que estaba disfrutando de lo lindo. Ahora era ella quien tomaba la batuta.

—Nena, eso no pasará, pero si, por algún motivo, llegase a ocurrir, podaremos los tallos secos y, cuando sea primavera, veremos juntos cómo brotan de nuevo con más fuerza que antes.

Sara dio su respuesta por válida: la prueba de acceso a su corazón estaba más que superada. ¡Pobre! Devon estaba haciendo lo imposible por agradarla, y ella se estaba comportando como una cínica, así que cambio de táctica. Volvió a ser la Sara dulce y enamorada. Volvió a ser ella misma. ¿A quién pretendía engañar?

—Ajá. Y entonces florecerá y echará muchas cerezas, rojas y dulces, como nuestros labios.

—Exacto, y cuando seamos viejecitos nos sentaremos junto a nuestros hijos bajo la sombra de ese gran cerezo.

Sara arrugó el entrecejo.

—¿Hijos? Creo que vas demasiado rápido...

Ambos se rieron durante un par de segundos hasta que las retinas de Devon aguijonearon las de Sara.

—Yo también lo creo. Primero tengo que dejarte embarazada y, para eso, hay que practicar.

«Si supieras que ya has dado en la diana», pensó Sara mientras sus labios mostraban una sonrisita cómplice.

—¿Te gustaría tener hijos conmigo? No es por nada, pero sería un papá bastante atractivo.

—Sí, y apuesto lo que sea a que también serás un papá cascarrabias. —Emitió un suspiro—. La verdad es que es una visualización muy bonita, pero hay un pequeño problema: ¿has pensado ya dónde vamos a plantar este garbancito? —preguntó Sara, pasándose la semilla de un dedo a otro.

—¿Qué te parece en Granada?

Un momento. ¿Había dicho Granada? Sí, había escuchado bien. ¡Había dicho Granada!

—¿Hablas en serio? —preguntó con un rápido aleteo de pestañas y con el corazón latiendo en la garganta.

—Nena, no quiero que estemos separados. Me gustaría hacer las cosas bien desde el principio.

—Perdona. Todavía estoy alucinando. ¿De verdad cambiarías Nueva York por Granada?

—Ya te dije que no era un juego. Entonces, ¿qué me dices?

—¡Pues qué te voy a decir! ¿Cuándo te mudas?

—La semana que viene, antes tengo que dejar algunos asuntos zanjados.

—¿Tan rápido? Vale, entonces yo aprovecharé esta semana para poner una puerta blindada con doble hoja de acero. Ah, y también tengo que comprar unas cadenas de hierro y varios cerrojos. No me gustaría que mis vecinas te secuestrasen.

Devon se desternilló de risa mientras se quitaba la sudadera para quedarse con una camiseta blanca de manga corta.

—No creo que haga falta que llegues a esos extremos.

—¿Ah, no? ¿Y qué propones? Yo no puedo protegerte de tus fans, recuerda que no tengo el cuerpazo de Steve. Además, en el primero vive Malena, y no me gustaría que se repitiese la historia de mi ex.

Devon la sentó sobre sus rodillas.

—No te preocupes. Tengo la solución, he decidido raparme al cero y voy a dejar de ir al gimnasio. Te aseguro que en un par de meses nadie me reconocerá.

—¡Nada de eso, Devon Pioginni! Siento decirte que esa idea no me gusta. No pienso dejar que te cortes el pelo, y mucho menos voy a consentir que esta tableta de chocolate se derrita.

—Entonces, ¿prefieres que esa tal Malena me desnude con los ojos?

Sara se encogió de hombros.

—Mientras no lo haga con las manos, por mí no hay problema.

—No lo habrá... —afirmó, rozando las caderas contra las suyas.

—¿De veras? ¿Y cómo piensas convencerme?

—De la mejor forma que sé.

Devon la tomó de la nuca y volvió a besarla.

Sara se mareó de deseo, incluso la vista se le nubló. Entonces comprendió que no era a causa de los efectos secundarios del embarazo, sino, más bien, por todas las emociones encontradas. Se sentía a punto de estallar de dicha. ¡Por fin Devon iba a tener con ella una relación de pareja! ¡Por fin iba a dormir abrazada a ese dios e iba a despertarse cada mañana con el resplandor de sus ojos! No podía ser más afortunada. Le había tocado el premio gordo de la lotería y la combinación ganadora era él, su chico. Ahora solo faltaba disfrutar del premio.

—Espera un momento, antes de que las mariposas nos persigan, hay algo que me gustaría hablar contigo. Quiero saber qué va a pasar con tus negocios. Necesito saberlo. Entiéndeme.

—Nena, ya te dije en la carta que no puedo abandonarlo todo de la noche a la mañana... no es tan sencillo. En estos meses, los Pioginni se han asociado con un clan de México. Su líder se llama Miguel Ramírez, y ellos se van a encargar de la zona de Latinoamérica. Llevaba unos meses muy presionado y decidí delegar parte de mi poder. —Sara le acarició los nudillos—. Al principio, Steve y, sobre todo, mi madre me dijeron que había perdido la cabeza, pero luego entendieron que era mejor alejarme de la organización. Nunca quise esa vida, sin embargo, me sentía en la obligación moral de vengar a mi padre; así fue como entré en ese círculo vicioso. Un círculo del que estoy saliendo gracias a ti. —Sara sujetó su mano con garra—. Por otro lado, tampoco quiero volver al cine. Detesto las entrevistas y que me miren como si fuese un trozo de carne. Quiero regresar al teatro. Este mundo es una mierda y, al final, la fama te consume. No quiero despertarme una mañana y arrepentirme de haber desperdiciado mi vida. Así que, de ahora en adelante, voy a estar más tranquilo, aunque no quiero que te confundas. Aún sigo dentro y no sé cuándo podré dejarlo. ¿Podrás lidiar con eso? ¿Podrás confiar en mí?

—¿Qué pregunta es esa? Claro que sí, tonto. ¿No pensarás que iba a dejarte tirado después de haber interpretado el papel de Ren Carter?

—¿Y qué tal lo he hecho? —Él alzó la barbilla para buscar su mirada.

—Si te soy sincera, ha sido la peor actuación de tu vida. —Sara atravesó sus iris diamantinos—. Devon, hoy has dado un gran paso, aunque, después de lo que voy a decirte, vas a tener que dar un paso más allá. —Él levantó una ceja y esperó intrigado lo que ella tenía que confesarle—. Algún día vas a tener que dejar a los Pioginni de forma definitiva; no solo deberás hacerlo por tu propio bien, sino que deberás hacerlo por el bien de tu hijo.

—¿Cómo dices?

—Sí, Devon, vas a ser padre.

Él se quedó pasmado mientras clavaba la vista en su barriguita.

—¿Pero cómo es posible? La última vez que estuvimos tú y yo... —balbuceó sin sentido.

—Ajá. La última vez que lo hicimos no estaba al día con la píldora y sucedió lo inevitable.

—¡Joder, Sara! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno, en realidad, no quería que lo supieses... Devon, compréndeme, tenía mucho miedo de la organización. Aún lo tengo. No quiero que a mi bebé le pase lo que me pasó a mí. No quiero que esté en peligro.

Devon permaneció en silencio, con una mano sujetándole la frente.

—¡Por favor, no te quedes callado! ¡Dime algo!

—Acabas de dejarme sin palabras. Voy a ser padre. ¿Sabes lo que eso significa para mí? Soy hijo único, y siempre quise tener una familia numerosa, pero, con el paso de los años, aquel deseo fue apagándose. Por eso era tan cuidadoso en mis relaciones. No quería tener más problemas. En cambio, al hacerlo contigo toda mi prudencia se fue al garete. ¡Dios! ¡Todo esto es tan extraño! En vez de sentir miedo, me siento el hombre más dichoso del mundo... Nena, ¿qué has hecho conmigo?

Sara le tocó la mejilla como si fuese una flor delicada.

—¿Estás segura de que estás embarazada? Apenas se te nota —puntualizó él mientras le masajeaba el vientre.

—Bueno, eso de que no se me nota... —Se señaló los pechos con los dedos—. Estoy de cinco meses, al parecer, a partir del sexto mes es cuando empezaré a transformarme en una foca. —Devon seguía sin reaccionar—. Entonces, después de saber que me volveré gorda como una vaca, y que habrá días que no podré aguantarme ni a mí misma, ¿aún sigue en pie lo de venirte a vivir conmigo? Si te echas para atrás, lo entenderé. Después de todo es algo que ninguno de los dos había planeado. Verás, si yo estuviese en tu lugar, también me lo pensaría. De hecho...

Sara cerró la boca. De nuevo Devon le había puesto una mordaza en los labios.

—Nena, ¿podrías callarte y dejar que me explique? Gracias. En primer lugar, mis planes siguen siendo los mismos. En segundo lugar, no tienes que temer por la vida de esa criatura, yo mismo me voy a encargar de mantenerlo al margen de la organización, ya se me ocurrirá algo. Y en tercer y en último lugar, te repito que me has hecho el hombre más feliz del mundo, aunque ahora mismo estoy algo enfadado contigo.

—Tienes razón, también es tu hijo, y yo... Está bien, lo admito, he sido una egoísta.

—¿Es un niño?

Sara le agarró una mano y se la llevó hasta el ombligo.

—Así es, será un niño guapísimo, igualito que su padre. —Devon se quedó como una estatua, observando cada ápice de su abdomen—. ¿Acaso no vas a presentarte? Definitivamente, hoy no estás por la labor de saludar a nadie.

—Esto... sí, claro... es solo que me has pillado desprevenido con la noticia. ¡Joder, qué sensación! —Devon pegó la cabeza a su barriga—. Hola, ¿estás ahí? Soy yo, tu papi. ¿Sabes? Mamá todavía no cree que vaya a venirme a vivir con vosotros, pero es la verdad. ¿Qué piensas tú que debería hacer para que se fíe de mí?

A Sara se le creó un nudo en la garganta y se puso a llorar como una niña pequeña. Ya se había hecho a la idea de que su hijo se criaría sin una figura paterna y ver a Devon allí, hablando con él, fue demasiado para ella.

—Lo siento... siento tanto haberte ocultando lo del niño... No pensé que... ¡Oh, Dios!

—Shh, nena, no pasa nada, lo importante es que ahora estamos juntos... Nunca más volveré a dejarte sola. Mejor dicho, nunca más volveré a dejaros solos.

—¿Lo dices en serio? ¿Entonces ya me has perdonado por no decirte que estaba incubando a un mafiosillo?

Devon le secó las lágrimas con los labios.

—¿Tú qué crees?

—¿De verdad no vas a alejarte de mí y vas a desvincularte de los Pioginni? ¡Oh, Devon! Si eso fuera verdad... Sé que no tiene que ser fácil dejarlo todo por alguien. No solo vas a cambiar de ciudad, sino también de continente —parloteó, secándose la nariz con un pañuelo—. Además, aquí hablamos muy alto, nos echamos la siesta y nos gusta el jamón más que nada en el mundo.

Bueno, a mí no, ya sabes que lo dejé hace tiempo...

De repente, la lengua de Devon abrió su boca y no permitió que aquella verborrea siguiese aumentando de intensidad. Una de las manos le presionaba la espalda y la otra le sujetaba la coronilla mientras sus labios absorbían todo el torrente de agua salada que corría por sus mejillas. Cuando Devon se alejó de su rostro, Sara aún permanecía con los ojos cerrados. Aquel hombre la besaba como nadie en su vida la había besado. Aquel hombre hacía que se olvidara de todo, excepto de él.

—Me parece que he encontrado la fórmula para que te calles —ronroneó él, con voz aterciopelada—. Nena, si crees que diciéndome todas esas cosas vas a deshacerte de mí, estás muy equivocada. Ahora, relájate y deja que te cuide.

—Pides demasiado. ¿Cómo voy a relajarme en los brazos del actor más deseado de la gran pantalla?

—Pues tendrás que acostumbrarte, porque pienso besarte muy a menudo.

Sara estalló en una risa nerviosa, aquello parecía tan irreal que todavía no podía digerirlo. Pensó que su vida era como una noria, o estaba abajo o estaba arriba. O se caía por un precipicio o escalaba una montaña llena de energía. Y allí estaba ella, en la cima de ese pico. ¡Oh, sí! Quién le iba a decir hacía tan solo unas horas que aquella caja de música que la había separado de Devon la uniría otra vez a él. Quién le iba a decir que acabaría sentada encima del hombre que amaba, frente a la Alhambra, como testigo de su amor, y que pasearía junto a él por el paseo de los Tristes cuando, paradójicamente, se sentía la mujer más alegre de todo el planeta. Y, sobre todo, quién le iba a decir que su historia tendría un final feliz... En efecto, la vida daba muchas vueltas, pero si de algo estaba segura era de que quería dar volteretas junto a Devon.

—¿Y qué más? —preguntó Sara, anudándole los brazos al cuello—. Aparte de besarme, ¿qué más piensas hacerme?

—Eso te lo diré cuando lleguemos al piso.

—Entonces, ¿a qué esperas para irnos?

—Creí que nunca lo dirías.

Epílogo

—¡Devon, date prisa! O, a este paso, llegaremos tarde al estreno.

—Tranquila, nena. Lo tengo todo bajo control, excepto esta pajarita del demonio que se me resiste.

—¿Pero cómo es posible que aún no sepas ponértela?

Devon se encogió de hombros.

—Quizás porque tengo una mujer preciosa que ya se encarga de hacerlo.

Sara lo miró de forma pícaro mientras terminaba de hacerle el nudo.

—¿Todavía te parezco preciosa?

—Creo que esa pregunta es innecesaria —le susurró Devon al oído antes de capturarle la boca. Durante segundos, ambos se dejaron arrastrar por la pasión que destilaba ese beso. Sin embargo, al escuchar el llanto de un bebé, Sara, abruptamente, se separó de sus labios.

—¡Dios mío, es Leo! —Ella se acercó hasta la cuna de su hijo y lo cargó en brazos—. Eh, pequeño, ¿qué te pasa? ¿Tienes hambre?

—No creo que sea eso. —Devon se tapó la nariz.

—Tienes razón, hay que cambiarlo. —Sara le dio a su bebé un dulce beso en la frente y se lo entregó a Devon—. Aún tengo que vestirme, hazlo tú.

Devon miró a su hijo con cara de terror.

—Sara, ten compasión. Si le cambio el pañal, vomitaré encima del traje.

—¿No me digas? Pues ponte una pinza en la nariz, ese no es mi problema—. Ella le guiñó un ojo y caminó coqueta hasta el baño.

Cuando terminó de arreglarse, Sara regresó al dormitorio y observó que Devon estaba metiendo a Leo en la cunita mientras lo tapaba con cuidado. En ese momento se emocionó. Para ella no había una estampa más bonita que la de un padre protegiendo a su hijo. Poco a poco, se acercó hasta él y lo abrazó por detrás.

—Lo estás haciendo muy bien, papá.

Sara no pudo verlo, pero sintió cómo él sonreía a través de su ancha espalda.

—Tengo una excelente maestra...

—Y yo un alumno muy obediente. —Se puso de puntillas y le hizo una carantoña en la coronilla—. Uh, creo que ya es hora de irnos. Llamaré a mi madre para que se encargue de Leo.

Devon se dio la vuelta muy despacio y ancló las manos en su estrecha cintura.

—Nena, esta noche estás increíble...

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le musitó en la oreja:

—Tú también estás increíble... En realidad das asco de lo guapísimo que estás.

Devon emitió una carcajada al tiempo que le acariciaba la nuca con el pulgar. De pronto, los ojos de él se oscurecieron y apoyó la frente contra la suya.

—Te noto tensa, ¿acaso te preocupan las críticas?

Sara negó con la cabeza.

—No, no es eso. Es que tengo miedo de ser tan feliz... Todo esto me parece un sueño.

Justo después, él le dio un fuerte abrazo y le susurró al oído:

—Entonces, soñemos juntos...

Nueva York. AMC Empire 25

Horas más tarde, comenzó el estreno de la película y todos los invitados fueron ocupando sus respectivos asientos.

Al terminar la proyección, Devon subió al estrado junto a Paolo y los demás actores que habían participado en el proyecto. Cuando le llegó el turno de hablar, dedicó unas palabras de agradecimiento a la productora por haber confiado en él y, en especial, a su chica, por haber escrito el personaje Ren Carter. Luego la invitó a subir al púlpito y Sara, visiblemente emocionada, aceptó.

Con el corazón aleteando a mil por hora y, antes de dirigirse al público, Sara fijó la vista en Ana. Su amiga del alma estaba sentada en la primera fila junto a su flamante novio. Aún no se creía que la loca del grupo hubiera sentado la cabeza, y mucho menos que hubiera conocido al hombre de su vida en una oficina de correos. Después atisbó la amplia sonrisa que iluminaba el rostro de su hermano, junto a la de Aurora y a la del señor Brandon quienes, con las manos entrelazadas entre sí, se reían junto a Steve. Y, al final de la fila, vislumbró a Eusebio, hablando muy acaramelado al lado de una nueva princesa.

Sí, allí estaba ella, de pie, contemplando la felicidad de sus seres queridos, con la garganta seca, enfundada en un espectacular vestido rojo de Carolina Herrera, a punto de decir su discurso. Un discurso plagado de sentimientos que le había robado más de una lágrima y unas cuantas horas de sueño.

Antes de subir el último escalón, que daba acceso al lugar donde se encontraban Paolo y los demás actores, Sara observó que Devon la escrutaba con unos ojos que destellaban lujuria y admiración. Por unos segundos ella lo miró fijamente y sintió que todo a su alrededor se desdibujaba, excepto el brillo de sus dos zafiros que, después de tanto tiempo, aún seguían hipnotizándola como el primer día que la deslumbraron en aquel aseo de Buenos Aires.

De pronto, Devon le guiñó un ojo y le sonrió de soslayo. A los pocos segundos, él repitió el mismo gesto. Vale, vale, lo había captado, aquello solo era una señal para que ella se centrara en el discurso. Entonces, tensó la espalda, se aclaró la voz y, con un nudo en el estómago, se acercó hasta el micrófono. A continuación, cerró los párpados y tomó una bocanada de aire mientras alisaba el folio, plagado de emociones, que traía arrugado entre los dedos, pensando que aquella película no solo había cambiado el guion de su vida, sino también el de su corazón.

Agradecimientos

A mi padre, por inculcarme la pasión por los libros.

A mi madre y a mi hermana, por creer siempre en mí y animarme a terminar esta historia.

A Érika Gael, por ser mi guía y enseñarme tanto en tan poco tiempo.

A Annie Fisher y a Altea Morgan, mis compañera de fatigas, por ser unas magníficas lectoras
cero.

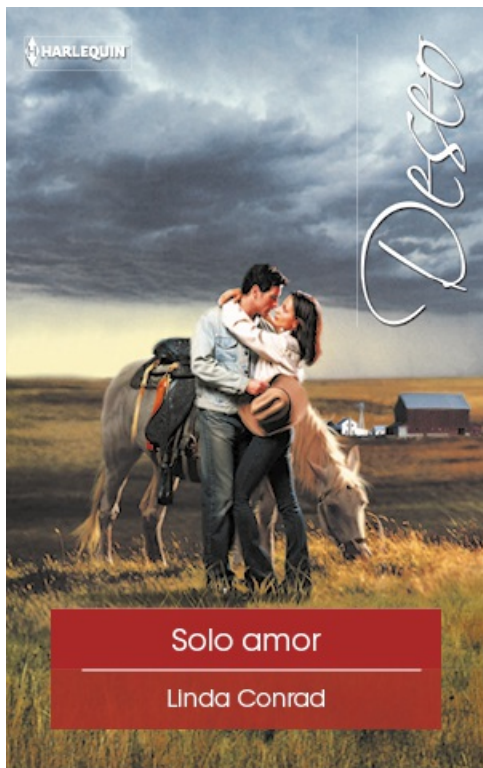
A la madrugada, por brindarme silencio y creatividad.

A mis dos gatas, por acompañarme en este divertido y, a veces, duro viaje.

A HQÑ y a Elisa Mesa, mi editora, por confiar en mi novela.

Y, ¡cómo no!, a ti, lector, por leer mis fantasías.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com